

Bruno Traven

EL BARCO DE LOS MUERTOS



Bruno Traven

EL BARCO DE LOS MUERTOS

(1926)

Libro primero

I

De Nueva Orleáns llegamos a Amberes a bordo del *Tuscaloosa*, cargado de algodón.

El *Tuscaloosa* era un barco excelente, un carguero de primera. Lo habían construido en los Estados Unidos de América y pertenecía al puerto de Nueva Orleáns. ¡Oh, lindo Nueva Orleáns, dorado por el sol, poblado de sonrisas!

¡Qué barco era el *Tuscaloosa*! Los camarotes que en él se destinaban a la tripulación eran un sueño. El armador, sin duda alguna, era un gran hombre. ¡Y qué ingeniero, y qué arquitecto! Por primera vez en la historia de los astilleros, se había construido un barco con la idea comunista de que la tripulación de un carguero está formada por seres humanos, no por brazos solamente. En cuanto a la compañía que había ordenado la construcción del barco, había hecho el gran descubrimiento de que una tripulación bien tratada, bien alimentada y bien alojada, resulta más valiosa para la buena marcha de un buque y para lograr dividendos más altos, que una tripulación menoscambiada.

Todo en el *Tuscaloosa* brillaba con el mismo aseo de una muchacha holandesa. Los hombres podían hacer uso de la ducha siempre que quisieran y las ropas de cama eran cambiadas dos veces por semana. Todo en él era sólido como una roca. La alimentación era rica y abundante y se podía comer hasta quedar satisfecho. El refectorio lucía siempre como restaurante de un hotel elegante. Había dos muchachos de color encargados de atendernos y de limpiar y sacar brillo a la estancia para mantenerla como el hogar de los campesinos suecos en la fiesta de Pentecostés, y todo aquello con la única mira de mantener a la tripulación saludable y optimista. *Yes, sir.*

¿Segundo piloto? *No, sir*, yo no era piloto ni daba órdenes a nadie; era simplemente marinero, trabajador ordinario de cubierta. A decir verdad, ahora ya no se necesitan marinos auténticos; éhos desaparecieron hace más de tres generaciones. Un carguero moderno es solo una máquina flotante. Tal vez usted no entienda mucho de barcos, señor, pero créame, los verdaderos marinos no sabrían qué hacer en un barco moderno. Lo que estos barcos de

ahora necesitan no son precisamente marinos sabios y hábiles en el manejo de cables y velas. Lo que en realidad necesitan son ingenieros, mecánicos y trabajadores familiarizados con las máquinas. Hasta el capitán necesita ser más ingeniero que marino. Tomemos por ejemplo a un marino competente, hábil como el que más, y resultará en realidad un trabajador encargado de determinada parte de la maquinaria, al que nadie le exigirá que sepa algo acerca del velamen ni de quien se esperará que pueda hacer un ajuste apropiado; esto no lo podría hacer ni por cien dólares y, sin embargo, es tan útil en un barco moderno como su abuelo lo fuera en una nave de tres mástiles. *Yes, sir.*

El romanticismo de los hombres de mar, acerca del que se habla en las historietas de las revistas, desapareció hace mucho, mucho tiempo. Sería inútil buscarlo hasta en el mar de China. Es más, yo creo que solo ha existido en los cuentos, y que nunca se ha presentado en alta mar ni en los buques que la surcan. Hay jóvenes excelentes que dan crédito a esos cuentos, y que corren en pos de una vida en la que han de acabar con el cuerpo y el alma despedazados, y se encuentran con que la realidad es muy distinta. La vida de mar no es ni ha sido nunca como ellos la imaginaron. Tal vez en alguna ocasión entre cien se haya presentado una bella aventura a algún capitán, a algún maquinista o piloto. Muchas veces se les ha visto como personajes centrales de una ópera o como trovadores en una película y hasta se les ha cantado en baladas. Pero, en realidad, la canción del genuino héroe del mar jamás ha sido entonada. ¿Por qué? Porque resultaría demasiado cruel y extraña para quienes gustan de las baladas. Los admiradores de la ópera, de las películas y de las historietas de las revistas tienen el mismo afán. Desean que todas las cosas sean gratas y tengan un final feliz, y la verdadera historia de los hombres de mar carece de romanticismo y de cosas gratas en el sentido generalmente aceptado. La vida de los héroes reales siempre es cruel, dedicada a un trabajo durísimo, peor tratados que los animales que se llevan a bordo y generalmente dispuestos a los más nobles sacrificios jamás premiados con medallas y placas o con óperas, películas o historias alusivas.

Yo era un simple grumete. Tenía que hacer cuanto trabajo se me atravesaba o me atravesaban. Para abreviar, era pintor y pulidor de metales. Los hombres de cubierta deben estar ocupados todo el día, pues de otra manera podrían concebir ideas peligrosas acerca de Rusia. En un buque moderno, una vez cargado, poco queda por hacer como no sea el mantenimiento de las máquinas. Algunas veces es necesario hacer reparaciones en la cubierta o en las sentinelas. Éstas hay que asearlas y airearlas. Algunas veces la carga se desvía y hay que acomodarla para que no

desnivele el barco. En ocasiones hay que limpiar las lámparas, acomodar las banderas de señales, lavar e inspeccionar los botes salvavidas. Y cuando nada queda por hacer en cubierta, los brazos pintan; siempre hay algo que pintar, de la mañana a la noche.

Llega un día en que los marineros de cubierta se convencen de que en el mundo solo existen dos clases de gentes, los que navegan por alta mar y los que fabrican pinturas, y hacia estos últimos se siente una especie de gratitud, porque el día en que dejaran de fabricarlas, el tercer piloto se volvería loco pensando en la forma de hacer trabajar a los brazos de cubierta. Estos no pueden recibir su salario por mirar el horizonte y contemplar el humo producido por algún buque que pasa. *No, sir.*

El sueldo no era elevado, muy cierto. La compañía no podría competir con los cargueros italianos si nos pagara sueldos semejantes a los percibidos por los vicepresidentes de los ferrocarriles.

Dicen que la única dificultad estriba en que los marines no saben qué hacer con su sueldo que, de ser alto, les daría lo suficiente para al cabo de un par de años convertirse en propietarios de cinco o seis cargueros. Por mi parte, no sufriendo la influencia del éxito obtenido por los grandes magnates de nuestra nación, creo esto: si no gastara ni un solo centavo de mi sueldo durante veinticinco años, y durante todo ese tiempo no dejara de percibirlo ni una sola semana y pudiera depositarlo en algún banco, ni siquiera así, al cabo de ese tiempo me sería dado vivir de mis dividendos. Sin embargo, al cabo de otros veinticinco años de práctica semejante y en los que también la suerte me ayudara a no pasar sin sueldo ni una semana, podría considerarme un ciudadano útil y honesto perteneciente a la más humilde clase media y dispuesto a comprar una estación de gasolina. Grande y noble propósito que me ha llevado a la convicción de seguir siendo marino en tanto me preparo a disfrutar del pan celestial dejando que otros disfruten de los manjares de la tierra...

Los demás se habían marchado a tierra. Y a mí no me interesaba la vista de la ciudad. Amberes no era de mi agrado. Hay allí muchos aplanadores de aceras, vagos, marinos sin barco, carpinteros navales borrachos, y uno no puede mezclarse con esa gente cuando es marino de un elegante carguero americano. Además, le prometí a mi preciosa no mezclarme con damas, por lo menos en este viaje; *no, sir*; es decir, *yes, sir*.

He descubierto que no son las montañas las que señalan nuestro destino, sino la arena y las piedrecitas. Esto suena a filosofía, pero es verdad.

Me encontraba solo, todos habían marchado a tierra. Todos habían bajado para saciarse en la vida del puerto antes de regresar a la abstinencia total. Yo estaba harto de leer relatos acerca de confesiones íntimas y de idilios rancheros. Ni siquiera me era dado seguir durmiendo, cosa rara, ya que yo puedo dormir en cualquier lugar y a cualquier hora. No sabía qué hacer.

Estábamos libres desde el mediodía, hora a la que habían sido puestos los relojes marcando la hora para emprender el regreso.

Más de quinientas veces recorrió la cubierta. Escupí en el agua calculando hasta dónde llegarían los anillos formados por mi escupitina antes de desaparecer. Eché migas de pan a los peces.

Me deprimía horriblemente la vista de las oficinas y edificios alineados en los muelles, a esa hora vacíos y cerrados. Las ventanas de las oficinas, a las horas en que permanecen cerradas, me causan la misma impresión que un montón de huesos humanos hallados a la intemperie en algún paraje desolado.

Desde lo alto del buque podía mirar a través de las vidrieras el interior de las oficinas en las que sobre los escritorios se amontonaban papeles de todas clases, esqueletos y talones. También la vista de esqueletos me deprime, pues me hacen recordar el interrogatorio de cierto empleado de gobierno a quien me encantaría decir hijo de quién lo considero. *Yes, sir.*

Todo cuanto veo en los muelles, los edificios, las oficinas, los papeles, me causa una profunda desesperanza, me parece un mundo próximo a sucumbir. Me acometió el deseo de apoyar los pies sobre una calle sólida, de ver gente a mi alrededor. Deseaba asegurarme de que el mundo seguía su curso usual, de que los hombres negociaban, hacían dinero, se emborrachaban, mataban, danzaban, se enamoraban y dejaban de amar. Estaba realmente asustado de sentirme solo en aquel sitio.

– ¿Por qué no vino temprano como los otros? -me preguntó el piloto-; ahora no le daré ni un centavo.

– Siento molestarlo, señor, pero necesito veinte dólares adelantados para enviárselos a mi madre.

– Cinco, y ni un centavo más.

– Con cinco nada puedo hacer, señor. Los precios en Bélgica son altos desde la guerra. Necesito veinte, ni un centavo menos. Tal vez, señor, mañana me encuentre muy enfermo, y entonces ¿quién pintará la cocina?, dígame. Tiene que estar lista para nuestro regreso.

– Bueno, que sean diez, es mi última palabra. Diez o nada; no tengo obligación de darle ni un níquel.

– Bueno, señor; tomaré los diez, pero son ustedes unos miserables al tratarme así en un país extraño y tan lejos de mi pobre madre.

– Cállese el hocico y firme el vale. Ya se lo apuntaré en el libro mañana.

A decir verdad, yo sólo quería diez, pero de haberlos pedido sólo habría logrado cinco. La cuestión es que no podría gastar más de diez, y una vez en el puerto, con dinero en la bolsa, éste desaparece, ya sean diez o doscientos.

– Ahora no vaya a emborracharse, ¿entiende? Mañana tendremos mucho trabajo a la hora de partir -dijo el piloto.

– ¿Emborracharme, emborracharme yo? No me insulte. El capitán, los otros pilotos, los marineros, el carpintero, hace seis horas que abandonaron su estado de sobriedad, y ahora me sale usted a mí con que no me emborrache. Ni siquiera uno de mis pensamientos estaba dedicado al *scotch*. Ni por un minuto pensé en él. ¿Yo emborracharme? Nunca, señor. Yo ni siquiera he tocado el corcho de una botella de whisky; odio ese brebaje. Sé en qué forma debo guardar respeto a mi país en suelo extranjero. Soy sobrio, señor. Podré ser del partido demócrata, pero soy sobrio. ¿Alguna vez me ha visto borracho, señor?

– Bueno, bueno, no he dicho nada, olvídelo.

– *Thank you, sir.*

A tierra.

Era un hermoso, ensorñador crepúsculo de verano, y yo estaba en perfecta armonía con el mundo. No comprendía cómo existían seres disgustados con la vida. Los comunistas, los reformadores y los aguafiestas debieran ser echados de este nuestro mundo.

Vagué por las calles, mirando los aparadores en los cuales se exhibían las riquezas del mundo en espera de compradores. Todas las gentes a quienes encontraba parecían muy satisfechas de sí mismas y de los demás. Las muchachas me sonreían y mientras más bellas eran, más cordiales se mostraban conmigo.

Llegué a una casa de linda fachada. Era acogedora y alegre. Las puertas se hallaban ampliamente abiertas como diciendo: «Entra, amigo. Entra y sé feliz con los felices. Ven y olvida todas tus penas.»

No tengo penas. Pero de todos modos agradezco que alguien se interese por llamarlo y recordarme la posibilidad de tener penas. Y entré. Dentro había una multitud alegre. Canciones, música, risas, conversaciones regocijadas y todo con una amistosa apariencia.

Me senté ante una mesa. Inmediatamente un joven se me aproximó preguntando en inglés:

— ¿Cómo está usted, señor? — y puso en la mesa una botella y un vaso. Lo llenó y agregó: ¡Beba usted por la grandeza de su país!

Y lo hice.

Durante semanas sólo había mirado a los muchachos del buque, bebido café y más café, agua y más agua y oido la pestosa pintura. Así, pues, pensé nuevamente en la grandeza de mi país, y una vez más, y otra vez. En realidad hay mucha agua en el mundo y la mayor parte salada, y la pintura no es perfume. Bien, ¡por la grandeza de mi patria!

Estaba rodeado de niebla, y mientras más tiempo permanecía sentado ante la mesa, y mientras más pensaba en mi país, más espesa era la capa que me rodeaba, y olvidé todas las penas que hubieran podido quedar grabadas en mi memoria durante toda la vida.

Ya entrada la noche, me encontré en la habitación de una linda

muchacha, sonriente, acogedora y dulce. Le dije:

– Mire, señorita, como quiera que usted se llame, es un pedacito de azúcar, eso y nada más. Ahora dígame, ¿qué hora es?

Movió los dulces y sonrientes labios y dijo:

– «Guapo mío» -yes, sir; así me llamó-. ¡Oh, marinero guapo de las hermosas tierras americanas!, ¿querrás ser un caballero, verdad? Un verdadero caballero incapaz de dejar abandonada en su cuarto a medianoche a una dama indefensa. Podrían venir ladrones para despojarme o para llevarme a la umbrosa África. Podrían hasta asesinarme o venderme como esclava a los salvajes árabes, y además les tengo miedo a los ratones.

– Pero a mí no me asustan los ratoncitos -dijo.

– No seas malo, marinero -dijo aquella belleza-. No me dejes sola a medianoche. ¡Me asustan tanto los terribles ladrones!

Yo sé bien lo que un americano de pura sangre debe hacer cuando es requerido para rescatar a una dama. Muchos sermones acerca de ello escuché desde niño: «Cuando una dama demande tu ayuda, apresúrate a prestársela, aun cuando ello te cueste la vida; recuerda que cada mujer es o será madre algún día. Solo así serás un buen niño.»

¿Qué podía yo hacer? Hay cosas que están en la sangre. Siempre hay que complacer a las damas, aun cuando en ello nos vaya la vida.

Antes de amanecer corrí a los muelles. El *Tuscaloosa* no aparecía por parte alguna. Sus amarras se veían abandonadas en el muelle. Había regresado al lindo Nueva Orleáns. Había salido sin mí.

He visto niños que entre la multitud de una feria pierden a sus madres. He visto gentes que han perdido su hogar en un incendio y otras que han visto sus propiedades arrastradas por una inundación. He visto venados que perdieron a sus compañeros en una cacería por ser capturados. Estos son espectáculos penosos cuyo solo pensamiento nos llena de tristeza. Pero entre todas esas cosas dolorosas, ninguna lo es tanto como la situación de un marino abandonado por su buque en tierra lejana.

No es el país ajeno lo que le tortura el corazón y le obliga a sentirse como un niñito separado de su madre. El marinero está acostumbrado a los países extranjeros. A menudo ha permanecido en ellos voluntariamente en busca de aventuras o persiguiendo una vida mejor, o por antipatía al capitán, a los pilotos o a los compañeros. Pero en ninguno de esos casos se siente depresión, porque se tiene un motivo para obrar en esa forma, aun cuando los

resultados difieran de los esperados.

Pero cuando un buque del que el marinero se considera un miembro útil parte sin él, se va sin esperarlo, éste siente como si su propio ser hubiera sido dividido, tiene la misma impresión que debe sufrir un pajarito cuando cae del nido. No tiene hogar y piensa que se han roto los lazos que le unían con el resto del mundo, y que ha perdido el derecho de ser útil a sus semejantes. En el barco no se preocuparon por esperarlo; el barco pudo partir sin él y continuar siendo una valiosa embarcación. Si un clavo de cobre se afloja o cierto remache de hierro se rompe, el barco está en peligro de hundirse y de no volver jamás a puerto. El marino abandonado y olvidado por su buque es de menor importancia para la vida y seguridad de la embarcación que lo que puede ser un clavo oxidado o un tubo conductor de vapor con algún punto débil. El barco trabaja perfectamente sin el marino, quien bien podría tirarse de cabeza desde la cubierta al mar, porque ello no dañaría en nada al buque que es su hogar, al que toda su existencia está ligada, el que es su razón de ser. Si en aquel momento saltara al agua y alguien encontrase su cadáver, tal vez comentarían: «Es extranjero y al parecer es marino.» Sí, y menos valioso en el barco que un clavo.

¡Muy hermoso!, ¿verdad? Eso pensé. El sentimiento deprimente iba adueñándose cada vez más de mí, pero no lo permití, hice un esfuerzo y lo deseché.

¡Al diablo con el buque! En el mundo hay montones de ellos. Los océanos son enormes y, sin embargo, están llenos de barcos, apenas disponen de lugar para navegar sin tropezar unos con los otros. ¿Cuántos barcos habrá? Seguramente no menos de medio millón, y en alguno de ellos necesitarán tarde o temprano un marino. Ya llegará mi turno nuevamente.

En cuanto a Amberes, es un gran puerto. Todos los barcos lo tocan en alguna ocasión. Lo único que necesito es paciencia, nada más. Pero quién puede esperar que alguien, tal vez un capitán en persona, se presente diciendo: «¡Hey, marino!, ¿quieres firmar? Sueldo, a la tarifa sindical.» Eso no puede pasar, no hay razón para ello; *no, sir*.

Pensándolo bien, ¿por qué he de preocuparme porque mi embarcación me haya abandonado en Bélgica? Hizo lo que todas las mujeres: me abandonó en cuanto tuve tratos con otra. En cualquier forma la extrañaré, porque en verdad tenía habitaciones limpias y duchas y buena alimentación. No podía uno quejarse de eso. En este momento deben estar desayunando y aquellos tipos se comerán todo mi tocino y los huevos también. Si llegara yo al comedor ahora, el café se habría enfriado. Sin duda el cocinero volvió a quemar el

tocino; jamás lo aprende, idiota. ¿Quién lo haría cocinero de barco? Tal vez algún lavandero chino. En cuanto a Slim, ya le veo escoger cuanto le agrade de mis cosas antes de entregar mi costal. Es posible que ni entreguen siquiera mis cosas al piloto. ¡Esos vagos! Entre ellos no puede citarse ni a un solo marino decente. Lo único que saben hacer es correr tras de las faldas, perfumarse y lavarse la cara con jabón de tocador. ¡Los odio! ¿Marinos? Ni me los nombren. Pero de Slim nunca hubiera esperado semejante cosa; parecía un buen muchacho, nadie lo hubiera creído capaz de obrar así; *no, sir*. Ya no se puede confiar en nadie. Además, ahora recuerdo que solía robarme el jabón de tocador siempre que podía, ¿y qué puede esperarse de un tipo capaz de robarnos el jabón perfumado mientras andamos en la cubierta?

Bueno, se acabó, ¿para qué pensar más en el buque? Por mí bien puede irse al diablo. El barco no me preocupa lo más mínimo. Es otra idea la que me molesta. No tengo un solo centavo en el bolsillo. Ella me dijo (la linda muchacha con quien pasé la noche, para protegerla de los ladrones y robachicos), bien, ella me dijo que su mamacita estaba enferma en un hospital y que carecía del dinero necesario para comprarle medicinas y alimentos, y que si no lo conseguía podría morir en cualquier momento. Y yo no quise ser responsable de la muerte de su madre. Así pues, ¿qué podía hacer siendo un americano de pura sangre? Hube de darle todo cuanto me había quedado. He de añadir acerca de la fina dama, que supo mostrarme su agradecimiento por haber salvado a su madre de una muerte prematura. En el mundo nada hay tan satisfactorio como hacer la felicidad de los otros. Y en el agradecimiento de una muchacha por haber salvado a su madre, está la verdad de la vida. Yes, *sir*.

III

Sentado sobre un cajón me di a imaginar al *Tuscaloosa* surcando el mar de regreso a la patria. Cordialmente deseaba que sufriera alguna avería y se viera forzado a regresar, devolviéndome la esperanza. Pero sabía perfectamente que era una gran embarcación bien conducida y que difícilmente podría chocar contra alguna roca.

Luego hube de desechar otra esperanza, la de que la tripulación se hubiera opuesto a que me dejaran, que así lo hubieran manifestado al capitán amenazándole con un motín. Pero al parecer mi caso no les había preocupado. Entonces deseé a ese cascarón maldito toda clase de desastres, incluyendo un tifón de esos cuyos relatos nos han llegado, capaces de hacer temblar hasta a los carpinteros borrachos.

Estaba a punto de dormitar soñando con aquel primor de muchacha, cuando alguien me tocó en el hombro.

Inmediatamente, antes de darme tiempo para preguntar de qué se trataba, alguien me habló tanto y tan aprisa que empecé a sentir que la cabeza me daba vueltas.

Me enfurecí y dije:

– ¡Maldita sea! Déjeme en paz. No quiero escuchar su jerigonza y no sé además lo que desea, no entiendo una sola palabra de lo que dice. ¡Váyase al diablo!

Entonces habló en inglés y dijo.

– ¿Es usted inglés?

– No, yanki.

– Entonces usted es norteamericano.

– Así parece. Y ahora que lo sabe, déjeme en paz, que nada tengo que ver con usted.

– Soy yo el que tengo que ver con usted; soy de la policía.

– Es usted afortunado, viejo; buen empleo. ¿Cuánto le pagan? ¿Qué puede ocurrirle disfrutando de tan buen empleo? ¿Qué pasa?

- Marino, ¿eh?
 - Ajá. ¿Tiene algo que ofrecerme?
 - ¿De qué barco?
 - Del *Tuscaloosa*, de Nueva Orleáns.
 - Zarpó a las tres de la mañana y debe encontrarse lejos ya.
Aquellos me volvió a irritar.
 - No tengo ganas de bromear.
 - Enséñeme sus papeles -dijo.
 - ¿Qué papeles?
 - Su pasaporte.
 - ¿Qué?
 - Eso, su pasaporte.
 - No tengo.
– Entonces la tarjeta que lo acredita como marino o como quiera que le llamen en su país -dijo.
 - ¿Mi tarjeta de marino?
 - Sí, sí.
– Diablo, ¿mi carta de marino? ¿Dónde la habré guardado? Ya recuerdo, la tengo en uno de los bolsillos de la chaqueta, y mi chaqueta quedó guardada en mi costal, y mi costal está en el *Tuscaloosa*, y el *Tuscaloosa* debe hallarse ahora... ¡Diablos! ¿En dónde se encontrará? Bueno, ¿y se habrán desayunado ahora? Seguro que ese cocinero idiota volvió a quemar el tocino. Pero algún día le diré sus verdades, cuando vuelva a pintar la cocina. Creo que me está entrando hambre.
 - Bueno, bueno -dijo el policía zarandeándome-. ¿Dónde está su tarjeta de marino? Bien sabe a lo que me refiero.
 - ¿Tarjeta de marino? ¿La mía? Pues, a decir verdad, no la tengo.
 - ¿Que no la tiene? -dijo abriendo los ojos, atónito.
- El tono de su voz era el mismo que si hubiera preguntado: «¿Qué, niegas que hay agua en el océano?»
- Parecía serle incomprendible el hecho de que un ser humano careciera de pasaporte o de tarjeta de marino. Por tercera vez, casi automáticamente,

requirió la tarjeta.

Después, como quien sufre un choque, se recobró de su asombro y dijo:

– ¿No tiene algún otro documento, ni carta consular, ni certificado de identidad, ni libreta de banco o algo parecido?

– No, no, nada -repuse buscando febrilmente en mis bolsillos, para causarle una buena impresión, aun cuando sabía perfectamente que no llevaba ni un sobre vacío con mi nombre.

Entonces el hombre dijo:

– Acompáñeme.

– ¿Adónde? -inquirí.

Tal vez lo enviaban a reclutar marinos abandonados para algún barco contrabandista de ron, pero le habría contestado inmediatamente que ni tirado por caballos salvajes iría a bordo.

– ¿Adónde? Ya lo sabrá y pronto. Acompáñeme.

Su tono no era amistoso.

Caminamos y al cabo de un rato nos detuvimos. ¿Dónde? *Yes, sir*, lo que había sospechado, en una estación de policía. Me registraron ¡y cómo! Cuando hubieron registrado hasta los pliegues de mis ropas, uno de los hombres que lo hacían me preguntó con toda seriedad:

– ¿No lleva armas? ¿Está seguro de no llevar ni un cuchillo?

Estaba furioso y sentía deseos de pegarle. Sin duda me creían capaz de ocultar una ametralladora en la nariz y un par de pistolas automáticas bajo los párpados. La gente es estúpida sin remedio.

Después del examen tuve que pararme ante un escritorio tras del cual se hallaba sentado un hombre que me miraba inquisitivamente. Abrió un grueso libro lleno de fotografías. El tipo que me había aprehendido hacía las veces de intérprete, y sin su ayuda, en los días de mi vida habría sabido qué era lo que el hombre del escritorio deseaba. Era curioso, pues esas gentes suelen entendernos perfectamente cuando necesitan que nuestros muchachos peleen por ellos o cuando quieren nuestro dinero.

El alto personaje del escritorio miró todas las fotografías. Cada vez que examinaba una me miraba. Repitió el acto más de cien veces. Miraba con la nariz pegada al libro, moviendo los ojos igual que las personas que suelen ver por encima de los lentes.

Por fin se fatigó de mover el cuello de arriba abajo. Se agitó en su asiento, y cerró el libro de un golpe. Parecía no haber hallado mi retrato. Yo hubiera podido decírselo antes de que lo buscara, si se hubiera tomado el trabajo de preguntármelo, porque yo sabía que nadie me había retratado en Amberes. Todo aquello me aburría y dije:

– Tengo hambre, quiero comer. No he desayunado.

– Bien -dijo el intérprete, y me condujo a un cuartito en el que nada había que pudiera llamarse mueble.

Pensé si todos los belgas considerarían como desayuno aquel poco de café y pan con margarina que me dieron. La cantidad y la calidad habían sido reducidas al mínimo.

Allí me dejaron ocupado en contar las barras de la ventana, cosa que hacía bastante bien.

A mediodía volvieron a llevarme ante el elevado personaje.

– Son nueve -dije-, exactamente nueve.

– ¿Nueve qué? -preguntó el personaje con ayuda del intérprete.

– Nueve barras -contesté.

El intérprete y el alto personaje se miraron entre sí y después me miraron. Movieron la cabeza y finalmente el intérprete dijo:

– Así son éstos, señor. Los conozco desde la guerra; son algo chiflados, nunca se les puede tomar en serio.

– ¿Quiere ir a Francia? -me preguntó el personaje.

– No señor, no me gusta Francia y bajo ninguna circunstancia querría ir allá. No me gustan las madrinas de guerra. No, Francia no es lugar para mí.

– ¿Qué le parecería Alemania? -preguntó. -Tampoco me agrada, señor.

– ¿Por qué? Alemania es un gran país. Allí tiene usted Hamburgo, por ejemplo; podría encontrar un buen barco que lo llevara a su tierra.

– No, no me simpatizan los alemanes; suelen perder la cabeza sin previo aviso.

El alto personaje asumió una actitud dictatorial:

– Bueno, acabemos de una vez por todas; deje de poner objeciones, marinero. Irá usted a Holanda y, entiéndalo bien, no quiero discutir más.

– Pero no me simpatizan los holandeses.

E iba a explicarle por qué, cuando me cortó la palabra diciendo:

– No nos importan en absoluto sus simpatías o antipatías. Ya arreglará usted ese asunto con los holandeses cuando se halle ante ellos. En Francia estaría mejor, aun cuando para un caballero rico como usted tal vez no resultara muy bien. Sentimos no poder ofrecerle nada mejor. No quiere ir a Alemania porque los alemanes no son suficientemente buenos para usted. ¡Por el diablo! Dígame qué gentes, aparte de sus compatriotas, le son simpáticas. Al parecer ninguna. Así pues, irá a Holanda; no disponemos ya de más fronteras. No podemos, solo por complacerle, conseguir otro vecino que no le caiga mal a usted. Y, para que comprenda claramente, le diremos que ni siquiera nos tomaremos el trabajo de echarlo al agua. Esa es la única frontera de que disponemos, además de las que le hemos sugerido. Ahora que si a usted le parece conveniente, puede echarse a ella. Nosotros estamos aquí solo para servir a usted, señor; así, pues, irá a Holanda, quiéralo o no. Eso es todo y alégrese de haber salido tan fácilmente; tenemos cárceles y campos de concentración para gentes sin documentos.

– Pero vea, señor, usted está equivocado. Yo no quiero ir a Holanda porque los holandeses...

– ¡A callar! El asunto ha quedado terminado. ¿Cuánto dinero tiene?

– Ustedes deben saberlo bien, puesto que me han registrado. ¿Cuánto dinero encontraron en mis bolsillos? Eso es, ¿cuánto dinero tenía?

– Todo eso quiere decir que no tiene usted un centavo. ¿Verdad?

– Exactamente, señor.

– Lléveselo a la celda -ordenó el alto personaje-. Y dénle un bocado.

– ¡Un bocado! Quisiera saber a qué horas acostumbra comer esta gente.

IV

Aquel mismo día por la tarde fui conducido a la estación. Me acompañaron dos hombres, uno de ellos era el intérprete. Sin duda pensaban que jamás me había subido a un ferrocarril, porque no me dejaron solo ni por un minuto. En tanto que uno de ellos compró los boletos, el otro se quedó conmigo; sin duda trataba de evitar que algún ratero tuviera éxito buscando en los bolsillos en los que ellos nada habían encontrado. Me hubiera gustado que algún ratero hábil encontrara siquiera un centavo en mis bolsillos después de que los policías los habían vuelto al revés.

Con toda cortesía me acompañaron hasta el tren y me ofrecieron un asiento en uno de los compartimientos. Pensé que después de eso, aquellos caballeros me abandonarían, pero no ocurrió así; se sentaron, aparentemente preocupados por evitar que cayera yo de la ventanilla en cuanto el tren se pusiera en movimiento. Quedé colocado en medio de ellos.

Los policías belgas son muy corteses; en realidad nada tengo que reprocharles. Me dieron cigarros pero no cerillas, temerosos sin duda de que incendiara el tren.

Llegamos a un pueblecito y descendimos del ferrocarril. Allí me llevaron a otra estación de policía. Tuve que sentarme en un banco. Los hombres que me habían conducido hicieron un largo relato al personaje encargado. Todos los policías me atisbaron como si fuera un asesino a quien no se hubiera ejecutado debidamente y que hubiera podido escapar. Repentinamente tuve la idea de que me iban a colgar y de que para ello solo esperaban al verdugo, a quien no habían podido encontrar por hallarse celebrando una boda. La idea me impresionaba más y más. ¿No me había dicho claramente el alto personaje de Amberg que no tendrían empacho en echarme al agua? Entonces, ¿por qué no habrían de colgarme en aquel pueblecito solitario?

No hay por qué reír de esto; *no, sir*. La cosa era en verdad muy seria. Póngase a meditar en ello. Yo carecía de papeles; el alto personaje no había encontrado la mía en su libro de fotografías. De haberla encontrado, las cosas habrían variado, porque hubiera sabido que yo era un marinero honesto. Cualquiera podía decir que el *Tuscaloosa* lo había dejado, pero ¿cómo podía probarlo? Yo me había enganchado sólo media hora antes de que el

Tuscaloosa zarpara y estoy seguro de que el capitán ni siquiera sabía mi nombre. Él nunca se ocupaba de esas cosas; ¿qué podía significar para él un par de brazos más? El tenía sus preocupaciones, ignoraba lo que su mujer hacía mientras él se encontraba en el mar. Por lo tanto, aun cuando alguien se tornara el trabajo de telegrafiarle, él tan solo contestaría: «No conozco a ese vago, cuélguelo si quieren.» Así era él. En su opinión más valía olvidarse de mí completamente en lugar de causar gastos a la compañía a fin de que yo pudiera regresar a mi patria.

Ya ve usted, señor; carecía de toda clase de pruebas acerca de mi existencia legal. No tenía lugar establecido en ninguna parte del mundo. No era miembro de ningún consejo industrial o cámara de comercio; tampoco era presidente de algún banco. Ni siquiera tenía relaciones bancarias, pues jamás he oído hablar de un marinero con cuenta corriente. Claro que no hay que culpar por ello al marino; su salario jamás le permite sufragar sus gastos en tierra.

Era simplemente un don nadie y tampoco los belgas podían ser censurados por negarse a alimentar a un don nadie, pues ya usted sabe que tienen que alimentar a un buen número de ellos, es decir, a la mitad de los habitantes de Bélgica, porque la otra mitad está compuesta de franceses, ingleses, australianos, alemanes, americanos, escoceses que se encuentran allí debido a las dificultades inherentes a la guerra y a la ocupación del país. Yo sería cuando mucho una razón más para que ellos se negaran a pagar lo que les prestamos cuando se encontraban entrampados.

Así, pues, el hecho de que me colgaran sería lo más sencillo y rápido deal mundo. Nadie en el mundo se habría preocupado por mí. ¿Qué importa un vago más o menos? Ni siquiera se tomarían el trabajo de escribir mi nombre en el libro en el que aparecen los de todos los colgados.

Solo esperaban al verdugo, porque, sin él, la ejecución habría sido ilegal y considerada como un asesinato y como una falta en contra de la civilización de una nación como la belga.

Sí, solo esperaban al verdugo. Hacían preparativos; uno de los policías se me aproximó y me entregó dos cajetillas de cigarros, sin duda el último regalo para un condenado a muerte. Después me dieron cerillas y empezaron a hablar en inglés. Me dieron palmaditas en la espalda, rieron y empezaron a lisonjearme y hasta trataron de contarme un chiste irlandés, el cual, explicaron, habían leído en un libro en cuyas páginas se prometía enseñar a hablar inglés sin necesidad de maestro, en seis semanas.

— No lo tome tan a pecho -dijeron-. Fume su cigarro y sea feliz. Todos tendremos que morir algún día. Yo me salvé durante la guerra, pero también tendrá que comer tierra. En cuanto a usted, marinero, tendremos que esperar a que oscurezca; no podríamos hacerlo a plena luz del día.

«No lo tome tan a pecho...» ¡Quisiera saber si alguna vez ese tipo se encontró tan cerca de la horca como yo! O tal vez pertenecía a la clase de individuos que no toman la horca muy a pecho. Tal vez estaría habituado a ella. Yo no lo estaba; *no, sir*.

Los cigarros carecían de sabor, parecían hechos con paja. ¡Por el diablo, yo no quiero que me cuelguen! Empecé a mirar en rededor, en busca de alguna ocasión para escapar, pero era imposible, todos me vigilaban. Era yo el primer marino americano que tropezaban en su camino y era algo así como un animal de circo para ellos. ¡Cómo odio a los belgas! No sé cómo pudimos ayudarlos cuando traían los pantalones mojados de miedo.

Cuando había oscurecido completamente, ya cerca de las nueve, alguien me llevó la cena. Gente chocante estos belgas; así es que a eso es a lo que ellos llamaban la última cena de un condenado; pues de ser así yo podía asegurar que jamás cometía crimen alguno en Bélgica. Un poco de ensalada de papas, tres rebanadas de salchicha de hígado tan delgadas como una hoja de papel, y unas cuantas rebanadas de pan ni blanco ni negro con la inevitable margarina. Quizá en Bélgica no hay vacas y por lo tanto carecen de mantequilla. Esa gente debía darse una pasadita por Wisconsin, en donde hay quien echa mantequilla al fuego para hacer que el café hierva pronto. ¡Qué cena! ¿Es así como muestran su gratitud los belgas? ¡Y pensar que yo estuve muy cerca de ser herido cuando ellos imploraron nuestra ayuda de rodillas!

El policía que había empleado hora y media tratando de contarme el chiste irlandés, apareció con una botella.

— ¿Qué es usted, amigo, bueno o mal americano? -preguntó.

Viendo la botella que traía en la mano, contesté:

— Malo, señor.

— Exactamente como yo lo suponía -dijo riendo-, y ya que es así, me han permitido que le traiga esta botella de vino rojo para que se enjuague la boca. Si me hubiera asegurado ser un buen americano le habría considerado partidario de los prohibicionistas.

— ¿Prohibicionista, yo? -dije- ¡Al diablo con esos hipócritas! Dame la botella y le enseñaré cómo bebe un buen marino americano; los tragos que

me verá echar son únicos en el mundo.

— Eso es, amigo. Yo ya sabía la realidad de la prohibición. ¡No me hagan reír! Nunca creí que hombres como los americanos se dejaran guiar por beatas histéricas. Cosas como éas no nos pasan a los belgas; nosotros todavía somos los que llevamos los pantalones. Y si queremos echar un buen trago, bebemos y dejamos que el diablo se lleve a las mujeres con su temor al pecado.

¡Qué lástima que un hombre como ése fuera policía! ¿Por qué no era marino, y por qué no iba al país de Dios? Los belgas no son tan malos, después de todo, y me satisface que les hayamos prestado nuestro dinero, aun cuando no haya ni la menor probabilidad de que nos lo devuelvan. Me satisfizo ver que por lo menos nuestro dinero sirvió para que sobreviviera un individuo con un espíritu como el de aquél. El préstamo no había sido inútil.

Alrededor de las diez, el oficial que me había agasajado con el vino me dijo:

— Ya es hora, marinero. Venga.

De nada me hubiera servido llorar entonces diciendo «No quiero que me ahorquen.» Aquel era mi destino. Si el *Tuscaloosa* hubiera esperado solamente dos horas más, nada de eso me habría ocurrido, pero al parecer yo no valía una espera de dos horas. Bueno, vamos; no hay más remedio.

Pero entonces algo se despertó dentro de mí. Yo no era un animal a quien cualquiera podía tratar como le diera la gana. En donde hay vida hay esperanza. Así decía un viejo marino, y es muy cierto. Me deshice de las manos que me oprimían el hombro y grité:

— No voy, me resisto a ir. Soy americano, soy ciudadano americano, me quejaré al embajador y al cónsul. Nada malo he hecho.

Entonces el intérprete dijo:

— ¿Conque usted se va a quejar? ¿Y quién es usted? Usted no es americano; si lo es, pruébelo, ande, muéstrenos su pasaporte o su tarjeta de marino; nos satisfaría hasta una carta de su cónsul. Somos generosos, hasta una carta del capitán de su barco serviría. No tiene pasaporte. En cualquier país civilizado quien carece de pasaporte carece de personalidad, y deja de existir para nosotros y para cualquiera. Podemos hacer de él lo que nos venga en gana. Y eso es exactamente lo que vamos a hacer ahora mismo. Si quisiéramos podríamos hasta colgarlo o fusilarlo o matarlo como a un piojo. Así, con una uña acabaríamos con usted -dijo frotando las uñas de sus pulgares entre sí y ordenando después:- Llévenselo.

—Y no vuelvan a traerlo -gritó el alto personaje desde detrás de su escritorio, sobre el que había dormido durante algunas horas, hasta verse despertado justamente por el escándalo que yo había hecho. Se dirigió a los dos hombres que me conducían y les dijo:

—No lo vuelvan a traer, porque los colgaré en su lugar, o por lo menos los pondré tres años entre rejas. Llévenselo y ejecútenlo frente a la estación, a nadie le interesará.

No dije nada más. Los policías estaban armados y yo no.

Los tres salimos del pueblo y pronto nos encontramos en campo abierto. La noche estaba muy oscura, e íbamos por un atajo en muy mal estado. Cuando habíamos caminado alrededor de dos kilómetros dimos vuelta y entramos en una vereda angosta que atravesaba una pradera.

De pronto hicimos un alto. Estuve a punto de creer que los policías belgas leían el pensamiento, pues en el preciso momento en que me disponía a dar un puñetazo a la quijada de uno de ellos, el otro me tuvo por el brazo derecho y dijo:

—Hemos llegado; ahora nos diremos adiós sin derramar lágrimas.

Tuve una sensación desagradable al saber que el último instante había llegado. Toda la vida había deseado ir a Australia y hacer una fortuna, y he aquí que en el momento menos pensado llegaba al final de mi existencia. Tenía un sin fin de planes que pensaba llevar a cabo algún día, pero ya era demasiado tarde, palabras terribles: ¡Demasiado tarde!

Tenía tan seca la boca que me hubiese gustado pedirles una botella de aquel buen vino que me habían ofrecido para probar que aún eran ellos quienes llevaban los pantalones. Pero pensé que en realidad nada importaba que mi garganta se secara o no. ¿Qué más daba que me fuera al infierno con un trago de más o de menos? Siempre había imaginado a los verdugos como a carniceros borrachos; pero no con la apariencia que aquellos muchachos tenían. De cualquier forma, dedicarse a colgar hombres a cambio de dinero era un oficio muy sucio y no comprendo cómo hay quien se dedique a ello cuando hay tantos oficios interesantes en el mundo, tales como el de pianista, acompañante de coristas y otros por el estilo.

Antes de aquel momento nunca había reparado en la verdadera belleza de la vida.

—*Oui, Oui, mister.* Tenemos que decirnos adiós -volvió a decir el intérprete-. No nos cabe duda de que usted es un gran muchacho, y un

excelente marino; pero en estos momentos no lo necesitamos en Bélgica.

Y por esa razón cuelgan a un hombre en Bélgica. ¡Qué país!

Uno de ellos estiró el brazo aparentemente para echarme la soga al cuello y principiar a estrangularme evitando que pudiera defenderme. Por lo que veía ni siquiera se habían preocupado por levantar un cadalso. No lo merecía puesto que, no habiendo cometido crimen alguno, ningún diario se interesaría por la forma en que me ejecutaran.

Con el brazo extendido señaló en cierta dirección y dijo:

– Por allí justamente, hacia donde señala mi dedo, está Holanda, los Países Bajos, ¿sabe? ¿Nunca ha oído hablar de los Países Bajos?

– *Yes, officer.*

– Váyase exactamente en la dirección que le señalo, ¿ve? No creo que encuentre a ninguna patrulla guardafrontera por el camino. Pero si la encuentra, apártese de su lado y procure no reparar en ella. Cuando haya caminado en esa dirección durante una hora, encontrará la vía de un ferrocarril, sígala hasta llegar a la estación y quédese por allí hasta el amanecer, pero tenga cuidado. Procure que no lo vean. En la mañana llegará un gran número de trabajadores a tomar el tren para Rotterdam, lugar en el que trabajan. Entonces se dirigirá a la oficina de boletos y dirá: «*Rotterdam, derde klasse.*» No diga una palabra más. Tenga este dinero, son cinco guilders.

Me entregó cinco monedas y dijo:

– Aquí tiene un bocado. No compre nada en la estación, porque sus palabras lo traicionarían. Alguien podría sospechar y empezar a interrogarle. Entonces todo estaría perdido. ¿Entiende? Tome esto.

Me entregó dos sandwiches cuidadosamente envueltos, dos cajas de cigarros y una de cerillas.

– Como ve, nada tiene que comprar, ahí tiene todo lo que necesita. Pronto estará en Rotterdam. No hable con nadie, fínjase sordo.

Me encontraba embargado de júbilo. Después de ordenar que me colgaran me ayudaban a escapar de la mejor manera posible. Ahora me alegro de que les hayamos ayudado a ganar la guerra. No me importa ya que no devuelvan lo que les prestamos. A mí me compensaron con creces, y si otros no han logrado lo suyo es cosa que no me preocupará más.

Di un salto de gusto y grité:

– Gracias, muchas gracias. Si alguna vez van a Cincinnati o a algún lugar

de Wisconsin, búsqüenme. Gracias, muchachos.

– No haga tonterías -dijo uno de ellos, interrumpiéndome-. Alguien podría oírla y eso no resultaría bien ni para usted ni para nosotros, y ahora ponga cuidado en lo que voy a decirle -y en voz muy leve repitió dos o tres veces para que se me grabaran sus advertencias-: Nunca se le ocurra regresar a Bélgica; se lo advierto, marinero. Si lo volvemos a ver en Bélgica le juro que lo encerraremos por toda la vida y noventa y nueve años más. La prisión perpetua no es una broma, marinero; créame. Tengo órdenes de hacerle todas las advertencias del caso para que más tarde no diga que no se le habló claramente. Porque nosotros no tenemos qué hacer con usted. Tenemos ya demasiados vagos, desocupados y rateros de todas clases y no queremos más.

Yo no deseaba dejar a los oficiales belgas con una mala impresión sobre un marinero americano, así que dije:

– Tal vez mi cónsul pueda...

– Otra vez con su cónsul -dijo interrumpiéndome-. ¿Tiene pasaporte? No tiene. ¿Tiene tarjeta de marino? No tiene. ¿Qué podría hacer su cónsul si no tiene nada que le identifique? Le daría una patada y lo tendríamos de nuevo entre nosotros para que la nación lo sostuviera. Deje en paz a su cónsul. Ya se le han hecho las advertencias del caso: prisión perpetua. Más vale que deje lo del cónsul de una vez.

Les estreché las manos varias veces y les dije:

– Tienen ustedes razón, caballeros; les prometo no volver a poner un pie en Bélgica.

– Así se habla.

– Porque -añadí- me siento feliz de dejar Bélgica en donde nada he ganado. Espero que tengan razón y que en Holanda me vaya mejor. Trabajé en Pennsylvania por algún tiempo y por ello entiendo casi la mitad de lo que los holandeses dicen, en tanto que en Bélgica nunca sé lo que se pretende de mí.

– Ya no diga más tonterías -dijo el intérprete-. Más vale que se vaya; despabílese; si escucha a alguien que se acerca, tiéndase en el suelo y espere a que el peligro pase. No deje que lo cojan. Recuerde la prisión perpetua. Sería duro, marinero; sé lo que le digo. Adiós.

Desaparecieron como sombras y yo emprendí el camino a la estación.

Rotterdam es una hermosa ciudad, cuando se tiene dinero. Si se carece de él, más vale quedarse en Nueva Orleáns. Además Nueva Orleáns es tan bonita como Rotterdam y más interesante.

Yo no tenía dinero, así es que Rotterdam me pareció una ciudad como cualquier otra. A decir verdad es un gran puerto, pero en él no había un solo barco en el que necesitaran un grumete, ni un marino ni un maquinista. Hubiera aceptado el puesto de maquinista en jefe inmediatamente que me lo hubieran ofrecido. El lío se hubiera armado cuando nos encontráramos en el mar. El capitán no me hubiera tirado por la borda porque eso hubiera sido un asesinato. Además siempre hay algo que pintar o algún metal que pulir a bordo y es fácil hacerlo aun cuando se haya firmado contrato como maquinista de segunda. Desde luego, yo no hubiera exigido que se me pagara de acuerdo con el contrato;

no, sir.

En cualquier barco habría aceptado desde el puesto de pinche de cocina hasta el de capitán; pero como suele ocurrir, ni siquiera un capitán hacía falta.

En estos puertos europeos resulta difícil conseguir trabajo a bordo, y conseguirlo en alguno que se dirija a la patria es imposible. Todo el mundo desea dirigirse al gran país de Dios. Lo que yo no comprendo es por qué todos ponen sus ojos en él. Deben haber concebido la loca idea de que allá todo el mundo se pasa el día acostado y que basta solo abrir la boca para que le caiga un pavo asado con salsa de arándano y demás aderezos; nadie necesita trabajar y todos perciben salarios altos sin hacer nada y con la única ocupación de presenciar partidos de béisbol.

Así pues, con esos cientos de tipos merodeando por los buques en busca de trabajo que ofrecen hacer sin recibir salario alguno, no queda lugar para que un marino honesto como yo consiga trabajo en algún barco en ruta a la patria.

Los policías belgas habían hablado acerca de mi cónsul. Sí. ¿Por qué no? ¿Por qué no había pensado en él antes? Mi cónsul, el cónsul americano. Buena idea, espléndida. Él, mi cónsul, documentaba veintenas de barcos americanos. Si hay algún hombre que sepa de todos los barcos americanos entrantes y

salientes, es él. Es a él a quien se le pide que proporcione marinos cuando un capitán necesita más brazos. Siempre hay quien prefiera la humedad, aun cuando sea disfrutando de un salario bajo, a la tierra firme con montones de dólares cada semana.

El asunto fue despachado en menos tiempo del que necesité para concebir la idea de ver a su santidad el Cónsul norteamericano.

– ¿Es usted americano?

– Sí, señor.

– ¿En dónde está la tarjeta que lo identifica como marino?

– La perdí, señor.

– ¿Pasaporte?

– No, señor.

– ¿Papeles de ciudadanía?

– Nunca los tuve, nací en el país, soy nativo de... -No importa. ¿Qué es lo que quiere?

– Pensaba que tal vez, señor, es decir, estaba

pensando, que siendo usted mi cónsul quizá podría... lo que quiero decir es que pudiera ser que a usted le fuera posible hacer algo para ayudarme; porque, verá usted, señor, estoy muy amolado; eso es.

Me sonrió en forma desagradable. Esos burócratas siempre sonrén desagradablemente cuando quieren librarse de uno.

Sonriendo aún, dijo:

– Su cónsul, ¿eh? Buen hombre, déjeme que le diga una cosa: Si usted pretende dirigirse a mí como a su cónsul tendrá, en primer lugar, que probar que en realidad lo soy.

– Soy americano, señor, y usted es el cónsul americano.

– Si, soy el cónsul americano, ¿pero quién es usted para decirme que es americano? ¿Tiene algunos papeles que lo acrediten? ¿Certificado de nacimiento, pasaporte, tarjeta de identificación?

– Ya le dije antes que la había perdido.

– Perdido, perdido, perdido. ¿Qué quiere decir con eso? En tiempos como los actuales no deben perderse papeles tan importantes como esos.

Debiera usted saberlo, hombre. Ni siquiera puede usted probar que perteneció a la tripulación del *Tuscaloosa*.

Pronunciaba las palabras en forma especial para hacerme sentir a mí, pobre diablo del Medio Oeste, la superioridad adquirida en Cambridge, en Oxford o sepa Dios dónde.

— ¿Podría usted probar que ha pertenecido a la tripulación del *Tuscaloosa*?

— No.

— Entonces, ¿qué pretende usted? Podría cablegrafiar al barco, pero ¿quién pagaría el cable?

— Tal vez usted pudiera hacerlo.

— Lo siento, pero el gobierno no me provee de los fondos suficientes para esos servicios. ¿Firmó usted su contrato en las oficinas de la compañía naviera de Nueva Orleáns?

— No, no tuve tiempo para ello, porque el barco estaba por zarpar y me tomaron porque dos hombres habían decidido no embarcar.

El cónsul meditó durante algunos segundos y dijo:

— Supongamos que pudiera usted probar que se embarcó en el *Tuscaloosa*; eso no sería prueba de que es usted ciudadano americano. Cualquier hindú y hasta un hotentote podría trabajar en un barco mercante si el patrón del buque necesita brazos y no puede disponer de marinos americanos.

— Pero, señor cónsul, yo le aseguro que soy americano.

— Eso es lo que usted dice, hombre. Eso es lo que me ha dicho repetidas veces, pero tiene usted que probarlo, y probarlo con papeles. Esa es la regla. No puedo aceptar su declaración como evidencia. Y dígame, ¿cómo es que vino de Amberes a Rotterdam? ¿Cómo pudo cruzar la línea internacional sin papeles?

— Señor cónsul, ya le expliqué a usted cómo la policía belga...

— Embustes. No trate de burlarse de mí si no quiere que pierda la paciencia ahora mismo. ¡La policía belga! A quién se le ocurre decir semejante cosa. Asegurar que empleados del gobierno, que autoridades del Estado envían a un hombre en contra de su voluntad y sin papeles a través de la línea internacional a medianoche. ¿Con quién cree usted que está tratando? ¿Cómo pretende usted hacerme creer que hay autoridades capaces de ayudar a

alguien a entrar de contrabando en un país extranjero? ¡Pua! Simplezas. ¿Cómo pudo inventar esta historia? ¿La leyó en alguna revista? Vamos, hable con verdad.

Mientras pronunciaba su discurso jugaba con el lápiz, y cuando terminó empezó a canturrear *My Old Kentucky Home*, marcando el compás con el lápiz sobre su elegante escritorio.

Me di cuenta de que hablaba, pero sus pensamientos se hallaban muy lejos, tal vez recordando una cena para dos con una dama de Louisville.

Yo era excesivamente cortés; sin embargo, una voz interior me aconsejó tomar el tintero y arrojarlo sobre la cara sonriente de aquel hombre. Yo no ignoraba la forma en que un americano debe portarse en la oficina del cónsul de su país y en tierra extraña.

Durante un largo rato me miró con ojos vacíos; estoy seguro de que su pensamiento seguía al lado de la dama a quien no estaba seguro de haber expuesto la razón por la cual la había invitado a cenar en su departamento a hora avanzada de la noche y a solas.

No quise esperar a que desayunara con su dama de Kentucky y dije:

– Tal vez, señor cónsul, fuera posible que algún buque me llevara a la patria. Tal vez algún capitán necesite brazos.

Volviendo en sí dijo:

– ¿Cómo dice? No, no, por supuesto que no. Eso es imposible. ¿En un barco americano sin papeles? No, no seré yo quien le ayude para eso.

– Entonces ¿de quién puedo conseguir papeles sino de usted?

– Eso a mí no me importa. ¿Acaso fui yo quién se los quitó? No, desde luego. Imagínese, cualquier vago podría presentarse aquí y solicitar que lo proveyera de documentos legales.

– ¿Querrá usted decir que nunca se ha presentado ante usted alguna persona para decirle que ha perdido sus papeles, o que se los han robado?

– Desde luego que sí; cosas como esas suelen ocurrir, pero esas gentes tienen dinero. No andan vagando por el mundo en calidad de marineros a quienes gusta emborracharse y vender sus papeles para poder tomar más copas.

– Pero yo ya le expliqué que mis papeles están en el *Tuscaloosa*.

– Tal vez estén, tal vez no. Y aun cuando sea cierto lo que usted dice, ¿cómo podría saber si alguno de sus compañeros los vendió? ¿Qué piensa de

eso?

– No lo creo.

– Ahora que si usted tiene dinero podemos cablegrafiar a Washington. Pero no teniendo un centavo yo nada puedo hacer por usted. Mi salario no es tan alto que me permita gastar cincuenta o sesenta dólares en un cable.

– Entonces ¿qué me aconseja usted que haga?

– Pues tomando en consideración que carece usted de papeles y de toda prueba de ciudadanía, yo nada puedo hacer por usted. Yo no soy más que un empleado y tengo reglas que obedecer. De ello yo no tengo la culpa, yo no hice las leyes. A propósito, ¿ha comido usted?

– No señor, ya le dije antes que no tenía dinero y aún no he empezado a pedir limosna.

– Espere un momento.

Se levantó de su asiento y se dirigió a otra habitación.

Al cabo de unos instantes regresó y me entregó una especie de boleto.

– Con ese boleto le darán comida y alojamiento durante tres días. La dirección de la casa de huéspedes se halla impresa ahí. Cuando haya agotado esta orden, si todavía no ha encontrado acomodo, venga a verme para que le dé otra; será bien recibido. Oiga, ¿por qué no trata de conseguir trabajo en algún buque que navegue bajo bandera extranjera? En la actualidad hay muchos en los que no son estrictos respecto a la documentación. Algunos de ellos suelen llegar hasta las costas del Canadá. Desde luego, ésta es solo una idea que le doy, pero es usted quien debe solucionar su problema, pues en casos como el suyo yo me encuentro atado de manos. Después de todo yo no soy más que un servidor del gobierno. ¡Lo siento hombre, adiós y buena suerte!

Sus razones casi me convencieron. Tal vez no había por qué culparlo. Desde luego que él no tenía razón alguna para portarse de aquel modo. Yo nunca lo había visto; jamás le había hecho daño alguno. ¿Por qué entonces me dañaba él a mí? Él era solo un servidor de esa bestia desalmada que se llama Estado. Antes de que yo le hablara él ya tenía formuladas todas sus respuestas. Ellas debían ser parte de su educación y debió haberlas recitado de memoria cuando lo examinaron para otorgarle su diploma.

Sin embargo, cuando me preguntó si tenía hambre, debe haber olvidado por uno o dos segundos su papel de servidor del Estado; sin duda se humanizó y puso de manifiesto que aún le restaba un poco de alma. Nada extraño hay en

esto. Tener hambre es humano. Tener o carecer de papeles es inhumano. Ello va contra las leyes naturales. Y ese debe ser el punto de apoyo de su conducta. El Estado no puede servirse de seres humanos, los humanos solo son causa de dificultades. En cambio, los hombres de cartón no dan trabajo. Eso es claro, señor, es decir: yes, sir.

A menudo tres días no son tres días. Algunos son muy largos y otros muy cortos. Pero eso no importa, los tres días para los que tenía comida asegurada pasaron antes de que yo tuviera tiempo de percatarme de cuán cortos suelen ser tres días.

Me había hecho el propósito de que a pesar de lo hambriento que pudiera estar, no volvería a acudir a mi cónsul. Me parecía tonto escuchar nuevamente aquel sermón que se sabía de memoria. Estaba seguro de que él no me conseguiría trabajo a bordo de algún buque. Así pues, ¿para qué darle el gusto de tener ante sí un hombre a quien hacer escuchar su discurso? Estoy seguro de que no cambiaría ni una coma para explicarme nuevamente la imposibilidad en que se hallaba para ayudarme, a no ser dándome otra orden de alojamiento y comida -que en esta ocasión me entregaría con expresión acre-. No, antes de volver a verlo prefería arriesgarme a tantear algún bolsillo.

Tenía una razón más para no verlo. Su mirada, cuando me preguntó si tenía yo hambre, fue como la de mi madre cuando me decía: «Gerry, ¿te gusta ese pastel? Bueno, coge otro pedazo.» Pero en esta ocasión me diría algo que mi madre nunca me dijo: «Lo siento, pero es la última vez. Hay muchos que solicitan ayuda. ¿Comprende?»

¡Pobre ovejita abandonada por el rebaño! ¿Que si estaba yo hambriento? ¡Y cómo! ¿Cansado? ¡Mi Dios!; rendido de dormir en los quicios de las puertas y en los rincones, siempre perseguido y cazado por la policía que solía aproximarse encendiendo cerillas o deslumbrándome con una lámpara.

En todo país civilizado, cuando se sorprende a un hombre durmiendo en la calle sin pijama, se le envía a la cárcel. Todos tienen obligación de poseer una casa, o por lo menos un albergue para dormir. ¿Cómo lograrlo? Esa es cosa que no importa a la policía.

Por el puerto no aparecía un solo buque falto de brazos. Y si en alguno era requerido un hombre, cincuenta marinos nativos, todos provistos de excelente documentación, solicitaban el puesto. Siempre había un ciento de desocupados cuando se presentaba una oportunidad, nunca brindada a extranjeros. El hecho de dar trabajo a un hombre carente de documentación cuya estancia en el país era ilegal, se castigaba con una fuerte multa y aun con

la cárcel. La ley protegía a los desocupados nativos. En estos tiempos más vale tirarse al mar que tener que buscarse la vida en país ajeno.

Cada cual protege a los suyos; el internacionalismo es una palabra que resultaría bien como nombre de algún jabón. Nadie la emplea sinceramente, ni siquiera los bolcheviques. Más vale permanecer con la propia tribu, no alejarse del clan a cuyos jefes hacemos falta. En otra forma se es un descastado, y ni siquiera se puede ocupar el lugar de los perros. ¿Tienes papeles de identificación? ¿No? Entonces vete y no vuelvas, ya tenemos muchos como tú. ¿Cómo no se permite la entrada de más trabajadores? Es necesario mantener los salarios altos. ¿Qué importa que los trabajadores del otro clan no puedan comprar siquiera pan duro? Es por esto por lo que nos llamamos cristianos..., porque amamos al prójimo como a nosotros mismos. Así dejémosle ir al cielo o al infierno, adonde mejor le plazca, con tal de que no pretenda hacernos compartir con él nuestro pan. El que conseguimos difícilmente nos basta; pero es necesario quemarlo para elevar los precios. Las ideas torcidas sobre la religión nos acometen cuando tenemos hambre y sueño, o somos perseguidos.

Ocurrió que:

Una dama y un caballero conversaban parados en frente de un escaparate.

La dama dijo:

– Mira Fibby, ¡qué lindos pañuelos!

Fibby, que al parecer nada sabía respecto a pañuelos y preocupado tal vez por su deseo de comer, murmuró algo que podía ser tomado por una afirmación o por alguna aseveración acerca del mercado de valores.

La dama volvió a hablar:

– Por Dios santo que nunca había yo visto nada tan lindo y delicado. Deben haber sido confeccionados por las manos de artista de alguna campesina holandesa.

– Sí, tienes razón -dijo Fibby con la mayor indiferencia-. Auténtico, auténtico viejo estilo holandés. Los ingleses deben ser de las imitaciones hechas en mil novecientos veintidós.

– ¡Oh! -exclamó la dama-. ¿Crees tú?, pues déjame que te diga.

No esperé a escuchar lo que decía. Sus palabras me habían sonado a calle Cuarenta y dos, a Times Square y a Park Row. Aquello era una verdadera música para mí.

Así, pues, los abordé con rapidez y astucia. Así creo.

Pero Fibby conocía las mañas del oficio; tal vez lo había practicado antes de decidirse a editar revistas. Hablamos con entusiasmo y la dama gustó inmensamente de aquello, pues había pasado un día aburridísimo.

Fibby se interesó en mi relato bastante más que su esposa o amiga o lo que fuera. El grado de sus relaciones me importa muy poco. ¿Por qué había de preocuparme por lo que esa dama significara para él? Tenían su pasaporte en regla y nadie los molestaba por el hecho de compartir una habitación elegante. Como decía, Fibby se interesó en mi relato más que su esposa, dama, compañera o amiga. ¡Diablo, pero qué me importa! Bueno, más de lo que su dama pudo hacer que se interesara en los viejos pañuelos holandeses.

Mi historia parecía divertirle enormemente. Primero sonrió, luego rió y por último estalló en carcajadas. La gente que cruzaba por la calle debe haber pensado que sin duda otra pareja de americanos se había vuelto loca sin motivo, cosa bastante usual. No encontró más expresión para comentar mi relato, que repetir:

– ¡Conque eso le ocurre! ¿Entonces es eso lo que le ocurre? ¡Hombre! ¿Pero cómo ha podido ocurrirle eso?

Tal vez haya historias que no tengan final, pero la mía lo tenía. Cuando terminé, él seguía riendo y lanzando exclamaciones.

– Ni la mejor comedia en toda la cochina Europa me hubiera hecho reír como usted, ¡Caramba, caramba! ¡Qué relato! Justamente lo que yo deseaba. Justamente lo que vine persiguiendo. Amigo, no sabe usted lo que significa para mí.

Y siguió riendo.

Y yo, siendo el grandísimo borrico que soy, creí que la tristeza de mi historia y la desesperanza de mi destino le harían llorar. Desde luego que no es lo mismo escuchar una historia que vivirla. Él solo veía la parte humorística del asunto. No estaba hambriento, disfrutaba de la elegante habitación de un hotel de postín en la que nunca se vería expuesto a que un policía le pateara las costillas.

– Escucha, Flory, ¿qué te parece el relato de este hombre? ¿No crees que es estupendo? Un pajarillo que cae del nido y tiene hambre. Imagínate, Flory, decir que tiene hambre aquí, en Holanda, donde tiran el queso y la mantequilla a la basura y en donde la gente dispone de tanto tiempo, que se dedica al cultivo de las flores en vez de sembrar algodón o trigo. ¡Qué país!

– ¡Oh, su historia es maravillosa! ¡Estupenda! Creo que es la historieta más linda que he escuchado -dijo Flory, la amiga, y continuó: ¡Maravillosa, maravillosa para ser expresada con palabras! ¿De dónde es usted? ¿De Nueva Orleáns? ¡Vaya, vaya! ¡Qué pueblo ese! ¿Hay todavía negros y franceses? Es interesante, ¿verdad? Realmente emocionante. Oye, Fibby. ¿No te he dicho nunca que yo tengo una tía que vive aún en Dixie, en Nueva Orleáns? Quiero decir, ¿no te he hablado nunca de mi tía Sophronia, de Nueva Orleáns? De la que empieza todos sus relatos diciendo: «¡Cuando mi abuelo el coronel... vivía aún en South Carolina!»

Fibby no escuchó a Flory; estaba acostumbrado a dejar el audífono y a tomarlo nuevamente cuando consideraba oportuno decirle:

– Sí, preciosa; te escucho.

Él se buscó en los bolsillos, sacó un billete y me dijo.

– Tome esto; se lo doy no solo por su historia, sino por el espléndido relato que de ella ha hecho. Me ha hecho usted un gran regalo con esa historia que no será verdadera, pero que lo parece. Y en eso está el mérito de un narrador: en hacer que su auditorio dé crédito a su dicho. Ha de saber usted que es un gran artista, que siente realmente lo que imagina. Es una lástima que ande vagando por el mundo. Pero eso parece indispensable para la vida de algunos hombres; no pueden evitarlo. Usted, por ejemplo, podría hacer montones de dinero explotando su imaginación. Es usted un artista.

Y volviéndose a Flory le dijo:

– ¿No te parece un artista, preciosa?

– Es un gran artista -admitió la dama, encantada de poder decir algo después de tan largo silencio-. Es un gran artista, el mejor que he visto en muchos años. Invitémoslo a cenar, Fibby; así podremos presentar a esos Pennington algo que vale la pena. ¡Mira que llamar a sí mismos «los señores Pennington»! Vaya unos alzados. Señores, no puedo decirlo en voz alta, señores! ¿Qué cosa eran hace solo cinco años? ¡Señores! Estoy sólo en espera del día en que se atrevan a mencionar al *Mayflower*. Solo espero ese día. Están casados por lo civil y por la iglesia, con marcha nupcial, flores y todo lo demás.

Fibby no prestó la menor atención a aquel ataque de elocuencia de Flory. Sonrió y volvió a reír de buena gana. Volvió a buscar en su bolsillo y a sacar otro billete.

Me lo entregó y dijo:

– Entiéndalo bien, amigo, uno es por haberme contado su historia y el

otro por haberme dado una excelente idea para hacer caminar mi productora de monedas; es decir, mi periódico. Verá, en sus labios, la historia no vale más de un décimo. En mis manos valdrá alrededor de cinco mil dólares contantes y sonantes. Así pues, le pago el décimo con intereses crecidos. Yo soy honesto, ¿ve? No me gusta robar argumentos y siempre pago a sus dueños lo que valen. Gracias por haberse molestado. Algun día puede buscarme; cuando vaya a Nueva York nos veremos. Bueno, adiós y buena suerte; he tenido verdadero placer en conocerlo.

Fue aquel el primer dinero que obtuve a cambio de un relato. *Yes, sir.*

Me dirigí a una casa de cambio. Calculando: por un dólar me darán aproximadamente dos guilder y medio holandeses; así pues, por dos dólares tendría cinco guilder. Bien venidos. Puse los billetes sobre el mostrador; el dependiente los tomó, les echó una rápida ojeada y empezó a pagarme contando uno por uno los billetes; cuando me entregó cinco traté de retirarme, pero el hombre me dijo: «Espere, ¿o es que no los quiere todos?» Así pues, esperé a que él pagara y pagara todo lo que quisiera. ¿Qué más daba? Cuando terminó me dijo: «Ahí tiene usted el equivalente de veinte dólares.» ¡Qué sorpresa! Fibby -que Wall Street proteja su cuenta corriente- me había dado dos de a diez, y yo había creído que eran de un dólar. Ojalá haya hecho un dineral con la historia que le relaté. Es un gran tipo. Desde luego, de Nueva York. Las gentes de Nueva York son así, no como los tacaños de Iowa.

Me sentía poseedor de una gran fortuna; sin embargo, antes de poder saborearla la había agotado. Solamente las gentes que tienen dinerales pueden aprender a apreciar el verdadero valor del dinero, porque les alcanza el tiempo para ello. ¿Cómo sería posible que quienes disponen de unos cuantos centavos tengan tiempo para apreciar su valor? Pasan por sus manos con tal rapidez que les es imposible apreciarlos. Ciertas gentes, sin embargo, predicen que solo los pobres pueden saber el valor que tiene el dinero. Esta diferencia de opinión es causa de la desigualdad de clases.

Rápidamente llegó la mañana que yo sabía era la última en que podría disfrutar de una cama. Empecé a escuchar los pasos de policías y veladores.

Escudriñé en mis bolsillos y encontré apenas lo necesario para un modesto desayuno. Los desayunos modestos no son precisamente los de mi predilección, pues son meros aperitivos para comidas y cenas que nunca se realizan. El encuentro de un Fibby no es cosa de todos los días. Ya volvería yo a relatar la historia, pero en esta ocasión le daría un sesgo cómico. Podría ocurrir que el caballero a quien se la relatara en forma de argumento de zarzuela se conmoviera hasta las lágrimas y concibiera alguna idea contraria a la de Fibby. Y de ser propietario de una revista para ferrocarrileros, chóferes y estenógrafas, tal vez me pagaría otros veinte dólares por ella. Siempre puede sacarse dinero de las ideas, sin importar que éstas hagan reír a unas gentes y llorar a otras. En este mundo hay gentes a quienes gusta llorar y son capaces de pagar un par de «cueros de rana» a quien les proporcione ese placer, como hay quienes pagan a quien les hace reír. Generalmente cuesta más caro ver una mala tragedia que gozar de una buena comedia. Así es la gente. De cualquier forma a mí me simpatizan más quienes prefieren pasar un buen rato...

¡Un buen rato! Claro está que cualquier tipo puede disfrutar de una buena siesta a cambio del último guilder pagado por una cama que en mucho tiempo no volverá a ver.

– ¡Mal rayo, déjeme en paz! Claro que pagué por la cama anoche, antes de subir. Sí, pagué y ahora tengo sueño; déjeme dormir, estoy cansado.

Sin embargo, no dejaron de golpear y de empujar la puerta.

– ¡Por el diablo!, déjeme en paz. Quiero dormir. ¿Me oyó? ¡Lárguese de aquí! -Me hubiera gustado que se atreviera a abrir la puerta para lanzarle un zapato a la cara. ¡Y luego dicen que los holandeses son buena gente!

– ¡Abra! -volvió a gritar-. Abra en nombre de la ley. Queremos hablar con usted.

– Está bien, está bien, ya voy.

Empezaba a dudar de que hubiera alguien en este mundo que no fuera

policía o que no tuviera relación con la policía. El deber de la policía es mantener el orden; sin embargo, nadie sobre la tierra es causa de mayores dificultades y molestias que la policía. Viven a la caza de criminales y suelen matar mujeres inocentes. Guardan el orden y suelen revolver pueblos enteros a medianoche. Nadie enloquece a mayor número de gentes que la policía y los soldados, que son también policías solo que con otro nombre. Yo bien sé de dónde provienen todas las dificultades del mundo.

- ¡Oiga! ¿Para qué me quiere? A mí nadie me necesita.
- Solo deseamos hacerle algunas preguntas.
- Pues hágalas; le escucho.
- Más vale que abra la puerta; queremos verlo.
- Mi cara nada tiene de interesante; nunca he sido artista de cine.
- Deje de hablar y abra o derribaremos la puerta.

Aquellos hombres, pagados por los contribuyentes para cuidar del orden público, hablaban de derribar la puerta. Bien, yo no trataba de huir y abrí la puerta; inmediatamente uno de los hombres interpuso su pie para evitar que volviera a cerrarse. La vieja maña parece que es la primera que se enseña a un policía.

Los dos hombres vestían uniforme.

Yo, sentado en la orilla de la cama, empecé a vestirme.

- ¿Es usted americano?
- Sí. ¿Tiene eso algo de malo en Holanda?
- ¿Podemos ver su tarjeta de marino?

Entonces me pareció que la tarjeta de marino y no el sol era el centro del universo. También pensé que en la Gran Guerra se había peleado no por la democracia y la justicia, sino para que los policías tuvieran derecho a hacer preguntas y a ser bien pagados por hacerlas, obligándole a uno a mostrar la tarjeta de marino o cualquier otro papel...Antes de la guerra nadie molestaba al próximo por el pasaporte. Y la gente era feliz. Hay que desconfiar de las guerras que se hacen en nombre de la democracia, de la independencia y de la libertad. Esa clase de guerras, una vez terminadas, hacen que la poca libertad que la gente tenía antes se pierda también. *Yes, sir.*

- No tengo tarjeta de marino.
- Cómo, ¿no tiene usted tarjeta de marinoooo?

La entonación dada a la pregunta me recordó aquella otra con la que no hacía mucho me habían molestado y exactamente en las mismas circunstancias, cuando me disponía a dormir.

- No, no tengo tarjeta de marinoooo.
- Entonces tendrá usted pasaporte.
- No, señores; soy una especie de cacharro viejo.
- ¿Tampoco pasaporte?
- Tampoco.

Se miraron entre sí e hicieron un movimiento de cabeza significando su satisfacción por el buen trabajo que habían hecho.

– Supongo que tampoco tendrá usted tarjeta de identificación de nuestras autoridades.

- Acertó usted; no la tengo.
- ¿Ignora usted que a ningún extranjero se le permite la estancia en Holanda si no cuenta con la identificación requerida y visada por nuestras autoridades?
- ¿Cómo habría de saberlo?
- Entonces debe usted ser habitante de la luna.

Los policías consideraron aquello chistosísimo y rieron hasta toser.

- Vístase y venga con nosotros; el jefe necesita verlo.

Empecé a cavilar. ¿Colgarían en Holanda a los tipos carentes de documentos o simplemente les darían una patada en el trasero y los condenarían a cadena perpetua?

- ¿Alguno de ustedes tiene un cigarrillo?
- Le podemos ofrecer un puro. Aquí somos hombres y no fumamos cigarrillos. Pero si usted quiere, puede comprar una cajetilla cuando vayamos camino a la jefatura.
- Está bien, déme un puro.

Fumé el puro, de sabor regular, en tanto que me lavaba y vestía.

Los policías se sentaron cerca de la puerta y siguieron, con la atención que suelen poner los perros, todos los movimientos que yo hacía.

Hice a toda prisa lo que debía, aun cuando cualquiera que fuera el tiempo que tomara para ello, al final de cuentas lo único que tendría que hacer

sería dejarme conducir.

Al llegar a la jefatura de policía, me registraron con toda la habilidad acostumbrada. Creía que todavía temían la presencia de espías. Pero después me di cuenta de que lo que buscaban era marinos con ideas bolcheviques y no interesados en la fotografía de fuertes y buques de guerra.

Tuvieron más suerte que sus congéneres de Amberes, pues hallaron veintiocho céntimos holandeses en mis bolsillos, con los que yo me proponía obtener un modesto almuerzo.

- ¿Es este todo el dinero que usted posee?
- Si no ha encontrado más en mis bolsillos, eso es todo.
- ¿Con qué dinero ha vivido durante su estancia en Rotterdam?
- Con el que ya no tengo.
- Entonces, ¿tenía usted dinero cuando vino aquí?
- Sí.
- ¿Cuánto?
- No recuerdo cuánto, pero deben haber sido doscientos dólares más o menos.
- ¿En qué los gastó usted?
- En mujeres. ¿En qué otra cosa podía haberlos gastado?
- ¿De dónde consiguió el dinero que traía?
- Lo saqué de mi cuenta de ahorros.

Todos los presentes rieron, aun cuando tuvieron buen cuidado de estudiar el semblante del alto personaje antes de reír. Cuando lo vieron reír, rieron también. Tan pronto como aquél se puso serio, ellos le imitaron. Ni un director de escena de Hollywood hubiera logrado tal precisión en la escena.

- ¿Cómo pudo entrar usted en Holanda sin pasaporte? ¿Cómo le fue posible burlar a los agentes de migración?
- ¡Oh! Pues entré; solamente entré.
- Eso es exactamente lo que queríamos saber. ¿Cómo entró?
- ¿Cómo? Pues llegué en un barco.
- ¿Qué barco?
- ¡Ah! el barco. Pues era...sí, esto es... al fin recuerdo, el *George*

Washington.

– Conque en el *George Washington*, ¿eh?

– *Yes, sir.*

– ¿Está usted seguro?

– Por el alma de mi abuela que sí.

– ¿Cuándo?

– ¿Quiere usted saber cuándo? Pues... no recuerdo la fecha exacta. Tal vez hace seis o nueve semanas.

– Y en el *George Washington*, ¿no?

– *Yes, sir.*

– ¡Vaya un barco misterioso ese *George Washington*! Yo nunca he sabido que algún barco llamado *George Washington* haya entrado en Rotterdam.

– De eso yo no tengo la culpa, señor. Yo no soy responsable de la embarcación.

– Perfectamente. Y además no tiene usted pasaporte ni tarjeta de marino. Ni papel alguno que lo identifique; nada, absoluta y definitivamente nada con qué demostrar que es usted americano.

– Absolutamente, señor. ¿Y qué puedo hacer? Ciertamente mi cónsul...

– Sin documentos de ninguna clase, ¿qué puede hacer su cónsul?

– No sé. Ese es asunto suyo, no mío. Yo nunca he sido cónsul para saber lo que es necesario hacer en un caso como el mío. Sin duda me proporcionará papeles.

– ¿Su cónsul? ¿El cónsul americano? ¿A un marino a lo mejor comunista? No en este siglo, amigo, y según parece ni en el próximo. No podrá hacerlo si usted carece de documentos. A menos que pertenezca a la banca de Nueva York o sea usted presidente del Ferrocarril de Missouri. Pero a un vago como usted, nunca.

Si tuviera un millón de dólares daría el cincuenta por ciento... bueno, digamos el diez por ciento, para saber como era posible a aquel jefe de policía entender tan profundamente al país de Dios. Esa sabiduría sin duda no la había adquirido en Rotterdam.

– Pero soy norteamericano.

– ¿Por qué no? Déjeme explicarle. Suponga que le llevamos ante su cónsul. Como carece usted de papeles, el no lo reconocerá. Y en forma oficial lo entregarán a nosotros. Y así no podremos deshacernos de usted. Espero que entienda. ¿Comprende?

– Creo que sí.

– ¿Qué podemos hacer con usted? La ley señala seis meses de prisión para quien es hallado sin documentos. Cuando termina su prisión se le deporta al país de su procedencia. Ese país no puede ser determinado, ya que su cónsul no lo acepta como ciudadano americano. Así pues, tendríamos que quedarnos con usted, quisiéramos o no. No podemos matarlo como a un perro enfermo o arrojarlo al mar. No estoy seguro, pero yo creo que tarde o temprano se promulgará esa ley en todos los países, sobre todo en los civilizados. ¿Por qué teniendo doscientos mil desocupados hemos de alimentar a un extranjero que carece de todo? Ahora escuche, ¿quiere usted ir a Alemania?

– No me simpatizan los alemanes.

– Ni a mí tampoco. Bueno, descartemos a Alemania y dejemos la cuestión para mañana.

¡Qué hombre aquél! Era un pensador. ¿Cómo podrán los holandeses disponer de hombres semejantes para la policía? De estar en mi país habría sido capaz de resolver problemas de economía nacional o de ser rector de Princeton. En eso estriba la diferencia entre los países europeos y los nuestros.

Llamó a un oficial y le dijo:

– Lléveselo a una celda, déle de desayunar, cómprele algunas revistas inglesas y cigarrillos. Procure que se sienta como en su casa.

¡Como en mi casa con semejante cortina en la ventana! Bueno, desayunemos, ya pensaremos después.

VIII

Por la mañana temprano me llevaron nuevamente ante el jefe de policía, quien me ordenó que siguiera a dos policías uniformados que se encargarían de mí.

Fuimos a la estación, tomamos un tren y dejamos la ciudad. Llegamos a un pueblecito en donde me llevaron a la estación de policía, en la que pasé todo el día.

Eran cerca de las diez de la noche cuando los dos hombres encargados de mi porvenir dijeron: «Ya es hora; vamos.»

Caminamos casi dando tumbos por campos arados y praderas pantanosas. No estaba muy seguro de que aquel era el camino por el que me conducían para ejecutarme. Cuando todavía era libre debí haber preguntado si en Holanda se empleaba la soga, el hacha, la guillotina o la silla, o si simplemente lo estrangulaban a uno a mano limpia. Después dejó de preocuparme la incertidumbre sobre los medios de ejecución empleados por los holandeses, para pensar que tal vez éstos empleaban el mismo sistema de los belgas para deshacerse de marinos sin documentos.

Y lo empleaban... De pronto hicimos alto y uno de los oficiales dijo en voz baja:

— Váyase en esa dirección, no encontrará a nadie, no es hora; pero si por casualidad alguien acertara a pasar, hágase a un lado o tírese en el suelo hasta que haya pasado. Cuando haya caminado más o menos kilómetro y medio se encontrará la vía del ferrocarril. Siga la vía en dirección de mi mano, mire. Llegará a la estación, espere hasta la mañana. Cuídese de que nadie lo vea si no quiere que le vaya muy mal. En cuanto vea algún tren listo para salir, diríjase a la ventanilla en que venden los boletos y diga: «*Une troisième Anvers.*» ¿Recordará estas palabras?

— Facilísimas. Español, ¿verdad?

— No, no es español; pero, en fin, no importa. Es buen francés.

— No se parece al de Nueva Orleáns.

— Y ahora fíjese bien. Haga lo que le digo o irá a parar a la cárcel por seis meses. No conteste preguntas, hágase el sordo. Conseguirá su boleto y llegará

a Amberges. Amberges es un gran puerto al que llegan cientos de barcos que necesitan siempre de marinos. Conseguirá trabajo inmediatamente. Aquí tiene un bocado y cigarros. No compre nada antes de hallarse a salvo en Amberges. ¿Entiende? Aquí tiene treinta francos belgas. Con esto se las arreglará.

Me entregó algunos sandwiches envueltos, tres cajetillas de cigarros y una caja de cerillas.

— Nunca se atreva a volver a Holanda, porque lo encerraremos por seis meses condenado a trabajos forzados y después le enviaremos a la correccional para vagos. Yo me cuidaré de ello. Bueno, ahora lárguese. Buena suerte.

¡Buena suerte! Y allá iba yo, en medio de la noche, por la campiña de un país extraño.

Los oficiales desaparecieron.

Di unos cuantos pasos y me detuve a meditar.

¿Bélgica? La policía belga me había advertido que si volvía a pisar su tierra me condenarían a prisión perpetua. Por otra parte, en Holanda la peor amenaza eran seis meses de prisión y después de eso el trabajo forzado para los marinos carentes de tarjeta de identificación. Tal vez permanecería en aquella casa de trabajo toda la vida. No hay razón para que los holandeses sean más bondadosos que los belgas. Pero después de mucho pensarlo consideré que en realidad la perspectiva que Holanda me ofrecía era menos dura que la belga. Además, los alimentos eran más baratos y, sobre todo, los holandeses hablaban en lenguaje humano, cuyas expresiones me eran en su mayor parte comprensibles, tanto como las que abundan en Pennsylvania.

Así pues, primero me alejé y después regresé a tierra holandesa.

Todo resultó perfectamente.

Me puse en camino de Rotterdam; no podía ir a la estación, pues los dos oficiales que me habían conducido a la frontera habrían podido tomar el mismo tren para regresar.

Intenté viajar de polizón. No sé si algún americano haya intentado hacerlo en Europa, pero la cosa es muy distinta de cuando se halla uno en el Golden Highway o en el Lincoln Highway.

Mi primera experiencia la obtuve con un carro de leche que se dirigía al pueblo, tirado por un tronco de recios caballos de aquellos que se usaban en los buenos y viejos tiempos en St. Louis.

– Súbase -dijo el carretero-. Entonces, ¿es usted marino? Yo tengo un tío en América; si alguna vez llega usted a encontrarlo, dígale que perdimos una vaca: la pobre cayó al canal y se ahogó. Él debe recordarla, era una pinta.

– Ojalá que tenga muy buen viaje.

Después encontré a otro campesino que llevaba cerdos en su carro. Me transportó un rato y se portó amistosamente. Empleé todo el día para llegar a Rotterdam y pude conocer un trozo del país. A cada uno de los que me llevaba un trecho le fui contando todo lo que me había ocurrido y nadie se admiró de ello. Ni uno solo de ellos dijo: «¿Qué está usted haciendo en nuestro país? ¿Por qué no tiene papeles? Fuera los entrometidos.»

Aquello era el reverso de la medalla. Me invitaron aquí y allá para comer un bocado, tomar una taza de café o un trago de ginebra. Un hombre me dio dos centavos, una mujer tres, otro hombre uno para ayudarme. No eran ricos, eran campesinos humildes con el corazón bien puesto. Todos odiaban a la policía y maldecían en cuanto les contaba lo que me habían hecho.

Daría otra décima parte de mi millón por saber quién es realmente el que hace las leyes de migración. Hasta ahora no he encontrado a ningún ser humano normal que esté de acuerdo con esa forma de intromisión en los asuntos privados. Me parece que los gobiernos se proponen crear empleos con el objeto de poder justificar los egresos y poder alegar derechos para cobrar más contribuciones.

Treinta francos belgas.

La forma en que se consigan importa poco; la cuestión es que no duran mucho. El dinero en manos de todos desaparece antes de lo que se espera.

Vagando un día por los muelles, vi a dos tipos y pude escuchar algunas palabras de su conversación. Hay algo raro en las lenguas. Los ingleses dicen que lo que nosotros hablamos no es inglés, y nosotros decimos que lo que ellos hablan es una especie de godo antiguo, porque ninguna persona de mente despejada puede sospechar lo que dicen cuando discuten acerca de películas o carreras, o, lo que es peor, cuando hablan de política. Por ello los primeros colonizadores ingleses no pudieron avenirse con los indios tan bien como nosotros. Porque los indios son ciento por ciento americanos puros, nativos del gran país de Dios desde hace miles de años, y los ingleses, no.

Pero cualquiera que sea el lenguaje que los ingleses hablen, lo cierto es que a mí no me simpatizan. Tampoco nosotros les gustamos, nunca les hemos simpatizado. Por lo menos desde hace más de ciento setenta años, y la guerra empeoró las cosas.

Cuando se llega a un puerto en el que hay gran número de ingleses, se les oye gritar como si fueran los dueños del mundo. En Australia, en China o en las costas de la India, cuando un marino decente penetra en una taberna con el sano propósito de quitarse la sal de la garganta echando un buen trago, no es necesario identificarse; basta con caminar hasta el mostrador y decir: «*Hello, pal, gimme a shot. No, Straight. Make it two.*» (¿Qué tal, viejo? Dame un trago...No, solo. Que sean dos.)

Eso es todo lo que se necesita decir para que se abran las puertas del infierno.

¡Hey, tú, yanqui! ¿Quién ganó la guerra?

Y como marino decente, ¿qué puede contestarse? ¿Qué le importa a uno eso? Yo no gané la guerra; de eso estoy seguro, y aquellos que la ganaron prefieren que no se les recuerde.

Pero insisten: «¡Hey, yanqui, tú eres listo; dile al mundo entero quién ganó la guerra!»

Pero, ¿qué me importa? Sigo bebiendo y pido otra copa de whisky puro. Mi madre me aconsejó siempre no mezclarme con muchachos malcriados y camorristas.

Los ingleses son cerca de dos docenas, se hacen señas y ríen. Yo estoy solo, ignoro dónde están los que viajan conmigo en la misma cáscara y es difícil que se aparezcan por aquí.

«Dame otro doble; este hijo de su madre tiene mucha sed.»

«¡Hey, tú, almirante de submarino, pelmazo! Dinos a nosotros, marinos de verdad, ¿quién gano la guerra?»

Ni siquiera me vuelvo para mirar a los borrachos. Pero no pueden dejarme en paz, sobre todo cuando se dan cuenta de que estoy solo. Ni siquiera puedo confiar en la neutralidad del cantinero. Siento deseos de replicar; el honor de mi patria está en juego. No importa lo que esto pueda costarme. ¿Pero qué puedo decir? Si les digo «nosotros», soltarán la carcajada. Si les digo «los franchutes», se armará la gresca, y si les digo «yo», habrá combate, pararé en la cárcel y después en el hospital. Tampoco podré evitar la pelea si les digo que los canadienses, los australianos, los sudafricanos y los neozelandeses. Si me aferro al silencio, será tanto como decir «nosotros los americanos», y esto, bien lo sé, provocaría una verdadera batalla. Bien podría decir: «ustedes los ingleses, la ganaron». Pero eso sería mentir, y nuevamente pienso en mi madre, quien cientos de veces me aconsejó no mentir, y recordar el cerezo cortado al cual le debía un gran presidente su inmortalidad. Así pues, ¿qué puedo hacer? La pelea está a la vista. Es así como ellos tratan a aquellos a quienes acudieron cuando se hallaban en necesidad, «nuestros primos allende el mar». Míos, no; *no, sir*.

Por todas esas razones no me simpatizan los ingleses. Pero entonces no se trataba de simpatía o antipatía. Tenía que mostrarme amistoso, pues ellos eran mi esperanza.

– ¿Cuál es su buque, amigo?

– ¿Qué tal, yanqui, qué haces por aquí?

– Tuve un lío con una chica que tenía a su madre enferma, hubo necesidad de llevarla al hospital y el barco zarpó sin mí, ¿ven?

– Y ahora la cosa es dura, ¿verdad? Te la pasas puliendo las cadenas de las anclas, ¿no es cierto?

– Así es. ¿No podría ir con ustedes?

– Tal vez fuera posible, no es de despreciarse la ayuda gratuita de un

compañero.

– ¿Para dónde van? -pregunté.

– Primero a Lisboa, luego a la vieja Malta y después a Egipto. No podremos llevarte tan lejos, pero te podemos hacer llegar a Boulogne y allí ya verás qué haces.

– Me harán un gran servicio.

– La cuestión es que el contramaestre que tenemos es un verdadero demonio; si no fuera por él te podríamos llevar a recorrer el mundo. Ahora te diré lo que haremos contigo. Vendrás alrededor de las ocho de la noche. Para esa hora ese diablo estará tan borracho que habrá rodado bajo la mesa. Tú nada habrás de ver ni de oír. Ven, te esperaremos en la barandilla. Fíjate en mí; si me echo la cachucha a la nuca será señal de que no hay moros en la costa y puedes subir tranquilamente. Pero dame tu palabra de marinero que si alguien te encuentra a bordo no dirás quién te ayudó a subir.

– Entendido, allí estaré a las ocho.

Y a las ocho en punto vi cómo se echaba la cachucha a la nuca. El tiránico contramaestre estaba tan ebrio que no volvió en sí hasta Boulogne. Allí me dejaron y fue en esa forma como Llegué a Francia.

Cambié mi poco dinero por moneda francesa. Fui a la estación, compré un boleto para la siguiente parada y tomé el expreso de París. Los franceses son gente muy cortés. Nadie me molestó para que le mostrara mi boleto.

El tren llegó a lo que ellos llaman *gare*, que quiere decir estación. Así llegué a París, la ciudad considerada como el paraíso por los americanos aburridos del país de Dios.

Entonces me pidieron el boleto.

La policía obra rápidamente en París, y toda vez que yo carecía de boleto para París y había hecho el viaje sentado en mullido asiento sin ser molestado por nadie, me había convertido en un caso del Departamento de Investigación Criminal o algo por el estilo.

Sabía algunas palabras de francés y esperaba que ello me salvara, pero los policías hablaban más inglés que el francés que yo hubiera podido hablar alguna vez. Sin duda, sus maestros eran mejores de los que nosotros solemos tener.

– ¿De dónde viene? ¿De Boulogne?

– De Boulogne.

- ¿Cómo llegó a Boulogne?
- En un barco.
- ¿Qué barco?
- El *Abraham Lincoln*.
- A Boulogne no ha llegado ningún barco de ese nombre últimamente.
- ¿Que dónde está mi tarjeta de marino? No tengo.
- ¿Quiere decir que no tiene...?
- Eso es, no tengo tarjeta de marino.

Tan acostumbrado estaba a aquel interrogatorio que hubiera comprendido lo que se me preguntaba aun cuando me hablaran en sánscrito. El tono de la voz, los gestos y el movimiento de cejas que siempre acompaña a la pregunta, son absolutamente inconfundibles cuando las hacen los burócratas o policías de cualquier parte del mundo.

Tampoco tenía pasaporte ni carta de identificación de las autoridades francesas. Ni siquiera una estampilla de inmigración o un sello aduanal. Carecía en absoluto de documentos y jamás en la vida los había poseído.

Les espeté de una vez la respuesta a todo el cuestionario para evitarles el trabajo de interrogarme durante una hora. Sería capaz de presentar el más complicado examen para ser aprobado como empleado de inmigración, porque, en verdad, he tenido una gran escuela.

El jefe, que tenía el propósito de perder una o dos horas conmigo, quedó confundido. Me miró con ojos mortecinos y pareció expresar el sentimiento de la pérdida de su autoridad. Barajó un poco los papeles que se hallaban en su escritorio mientras meditaba sobre algunas preguntas que poder hacerme. Después, no encontrando qué agregar, luchó por recobrar la dignidad de su semblante y aplazó el asunto.

Al día siguiente escuché un parloteo del que nada pude desentrañar, pues todos hablaban en francés. Cuando terminaron de hablar, uno de ellos trató de explicarme que había ganado diez días de cárcel por haber estafado al ferrocarril viajando hasta París sin boleto. Más tarde me enteré de que las leyes francesas castigaban ese delito con dos años de cárcel, pero que en la corte alguien me había defendido diciendo que mi estupidez no me había permitido comprender las leyes francesas y que sería injusto castigarme con dos años de prisión.

Esa fue la bienvenida que los franceses dieron a un buen americano de

los que de tan buena voluntad les ayudaron a pelear por la democracia.

En mi país jamás estuve en la cárcel. Allá era un hombre ordenado y decente como el que más. Pero cuando se vive entre gorilas, hay que obrar como ellos. La vida así resulta más fácil y hasta es posible hallar a alguna chica que nos aprecie y que encuentre en uno a un gran tipo, para ella quizá el mejor del mundo. Pero de todos modos en los países extranjeros la cosa es distinta y yo también soy distinto. Por eso dicen que los viajes ilustran. Cuando se permanece siempre en la patria confundido con el rebaño, no hay posibilidad de olvidar que se es un imbécil. Si se muestra un poco de inteligencia que lo distinga a uno del resto, inmediatamente dirán que está uno loco o algún mal le acontecerá y nuestra actitud alarma a los demás. En mi tierra, jamás me atrevería a relatarles una historia, pues en seguida me llamarían tonto y me aconsejarían que mejor pensara en adquirir la estación de gasolina que Mr. Jorgson vendía. Por eso ignoraba cómo sería la vida de un prisionero en mi tierra.

En París era así:

El primer día se dedica al registro, baño, examen médico, entrega de ropas de cama y un libro de la biblioteca de la prisión. Después asignan la celda, uno toma posesión de ella y finaliza el primer día.

El segundo, entrega del dinero que me hallaron encima al tesorero de la prisión. Tuve que dar los datos para que hicieran una relación que anotaron en tres gruesos libros respecto a si aquel era mi dinero, a si algo se había perdido y a si las monedas eran hasta donde mi memoria alcanzaba las mismas que me habían quitado. Me hicieron preguntas también acerca de otros valores, pero les informé que carecía de ellos, cosa que tuve que asegurar estampando mi firma cerca de doce veces en otros tantos libros e impresos. En la tarde fui conducido a la presencia del cura de la prisión, una especie de protestante calvinista. Hablaba buen inglés, sin duda parecido al que debió hablar Guillermo el Conquistador antes de desembarcar en las costas inglesas, pues yo no comprendí una sola palabra de lo que decía. Me hallaba en Francia y por lo tanto debía ser más cortés de lo que solía ser en mi tierra, en donde a la gente cortés se la considera tonta. Así, pues, no dejé que el sacerdote se enterara de que yo no comprendía lo que él me decía. Cada vez que me hablaba de *God* (Dios), le oía yo decir *goat* (cabra). Yo no tenía la culpa; era así como él pronunciaba la palabra.

El tercer día: en la mañana, no menos de quince oficiales me preguntaron si alguna vez me había dedicado a pegar tirantes en los delantales. Les contesté que no, y que además no tenía ni la menor idea de

cómo podría hacerse. En la tarde, siete u ocho oficiales me avisaron que me habían asignado al departamento de costura y que tendría que pegar tirantes a los delantales. Tuve que firmar docenas de impresos y la tarde expiró.

Cuarto día: me enviaron al almacén, en donde me proveyeron de unas tijeras, una aguja, alrededor de cinco metros de hilo y un dedal que no ajustaba a ninguno de mis dedos. Me quejé de ello, pero me hicieron callar alegando que no tenían otro para complacerme. Tuve que firmar en varios libros y cada vez que lo hacía me interrogaban si la aguja estaba aún en mi poder, si su estado era bueno o si estaba despuntada. En la tarde me enseñaron a montar un banquito que debía colocar en medio de la celda en forma tal que fuera visible desde la ventanilla, y sobre el que había de colocar la aguja, el hilo, el dedal y las tijeras. La colocación no debía hacerse a capricho. Las cosas debían arreglarse en forma especial, y para aprender la colocación tuve necesidad de emplear toda la tarde. Yo creía haberlo hecho bien; el oficial me decía que estaba mal y tuve que comenzar nuevamente hasta que lo hube satisfecho. Sin embargo, faltaba algo para que las cosas fueran perfectas. Sobre la ventanilla de mi celda colocaron un cartel en el que se decía que el residente de la celda tenía tijeras, aguja, hilo y dedal. Cuando aquel cartel fue colocado, el cuarto día expiró.

El quinto, domingo, dijeron algo acerca del buen comportamiento y que ya Dios se encargaría de lo demás.

Sexto día. En la mañana me conducen al taller en el que debo prestar mis servicios. En la tarde me señalan el lugar en el cual debo trabajar.

Séptimo día. En la mañana me presentaron al prisionero que debía enseñarme cómo pegar tirantes a los delantales. En la tarde, el profesor me enseñó la forma de emplear la aguja y de ensartarla sin morder demasiado el hilo.

Octavo día. El prisionero encargado de mi enseñanza me mostró la forma empleada por él para pegar tirantes. En la tarde me bañé y me pesaron. Luego me preguntaron si no tenía quejas que formular por el trato o la alimentación. Les dije que acostumbraba comer bien y beber un café de mejor calidad. Nadie hizo aprecio de mis quejas. Solo dijeron no poder cultivar un café especial para mí.

Noveno día. En la mañana me enviaron a ver al jefe de la crujía. Me preguntó mi nombre y luego quiso saber si yo era propietario del nombre que le había dado. Contesté: «*Yes, sir.*» Después me preguntó si tenía alguna queja y le repetí que ni la comida ni el café me satisfacían, a lo que él contestó: «*Las*

leyes francesas son las mejores del mundo y no existe país más civilizado que Francia.» Tuve que firmar en dos libros. Tengo que mostrar mi habilidad pegando tirantes a los delantales.

Décimo día. Durante la mañana pego un tirante. El tipo que me había enseñado lo examina; yo había empleado en aquel trabajo una hora y media, tal vez dos. Me dijo que no estaba tan bien pegado como él creía que yo podía hacerlo y que lo sentía mucho, pero que tendría que cortar el tirante y obligarme a pegarlo de nuevo. Llegó la tarde. Cuando estaba en mitad de la tarea fui llamado por el jefe de la crujía, quien me comunicó que al siguiente día mi condena expiraba, que sentía mi partida, pero que así lo disponía la ley. Que estaba satisfecho con mi comportamiento, el cual había servido de ejemplo a los otros prisioneros. Después me pesaron y fui examinado por el médico, quien me preguntó si me sentía bien. Fui requerido en el corredor de la prisión, donde hice entrega de los adornos que me habían dado. Tuve que esperar en una celda abierta cubriéndome sólo con una toalla, después tuve que ir a un mostrador en donde me entregaron mis ropas de civil. Me preguntaron si algo se me había perdido. Contesté: «*No, sir.*» Entonces me permitieron vestir mis propias ropas. Así terminó el décimo día.

Al día siguiente me llamaron para preguntarme si deseaba tomar el desayuno allí o si deseaba salir inmediatamente. Les dije que prefería desayunar en la ciudad. Entonces obraron rápidamente. No tuve que esperar hasta la hora del desayuno. Me presenté al tesorero y me devolvieron el dinero. Me preguntó si estaba de conformidad con la suma que me entregaban. Tuve que firmar en tres libros. Se me notificó haber ganado cincuenta y cinco centavos por el trabajo que había ejecutado. Me los pagaron y tuve que firmar nuevamente en tres o cuatro libros. Me volvieron a interrogar acerca de si tenía alguna queja. Contesté: «*No sir, muchas gracias; mercy beaucoup.*»

Me condujeron a la puerta de salida; el guardián leyó varios papeles y después dijo: «*Marshey*», lo que en francés significa «¡lárgate!»

No creo en verdad que el gobierno francés se haya beneficiado con mi prisión y me pregunto si el ferrocarril francés creerá haberme hecho pagar el importe del boleto con la cárcel.

Apenas había caminado veinte metros cuando dos policías salieron a mi encuentro para decirme que me daban quince días para abandonar Francia en la misma forma que había entrado a ella y que si cuando venciera el plazo me encontraba aún allí, la ley se encargaría de mí y no debía esperar que me trataran suavemente, y por ello me aconsejaban, como lo mejor que podía

hacer, que me marchara antes de los quince días. No me especificaron la forma en la que la ley me trataría. Pero pensé que tal vez me embarcarían a la Isla del Diablo dejándome allí «hasta que la muerte nos separe». Todas las edades tienen su inquisición. Corresponden a la nuestra la falta de pasaporte y el desempleo compitiendo con las torturas de la Edad Media.

– Necesariamente hay que tener documentos para probar qué se es -me advirtió el oficial.

– No necesito documentos; yo sé qué soy.

– Tal vez, pero hay otras personas que necesitan saberlo. Desde luego, yo puedo hacer que le extiendan una constancia de que su condena expiró, pero creo que ésta no le serviría de mucho. Y yo carezco de autoridad para proveerle de otra clase de documentos.

– Pero para encarcelarme sí tiene usted autoridad, ¿verdad?

– Esa es mi obligación; por eso me pagan. ¿Cómo dice usted? No le comprendo. Ahora puede irse. Ya ha recibido aviso oficial de que debe marcharse antes de quince días. Lo que usted haga al respecto me importa muy poco. En la misma forma que vino puede irse. Pero si se queda tenga la seguridad de que lo encontraré. ¿Por qué no va a Alemania? Aquel es un gran país. Pruebe suerte con los alemanes; a ellos les gustan los tipos como usted. ¡Buena suerte! Espero no volverlo a ver.

Alguna razón debía existir para que la policía de todos los países en los que había estado tratara de enviarme a Alemania. Tal vez deseen ayudarles a pagar las reparaciones o piensan que Alemania, ocupada o no ocupada, es el país de Europa en donde se goza de mayores libertades.

Estuve varios días en París. Sólo para saber qué ocurriría. Muchas veces circunstancias inesperadas suelen ayudarnos a salir del paso mejor que los planes muy elaborados.

Tenía derecho a recorrer las calles de París, ya que había pagado el importe de mi pasaje y que no debía un solo centavo a la nación francesa. Así, pues, me consideraba con pleno derecho para hacer uso de sus aceras y para gozar del alumbrado de sus calles. Debo confesar no haber encontrado el paraíso de los americanos que pensaba hallar a la vuelta de cada esquina.

Estaba aburridísimo, no sabía qué hacer, adónde ir ni cómo distraerme. Tuve la ocurrencia de que la forma más barata de divertirme sería hacer una visita a mi cónsul. Tenía curiosidad por saber si el examen que él había presentado al terminar la carrera diplomática había versado sobre el mismo tema que se presentara a su compañero el cónsul de Rotterdam. Pensé que emplearía bien el tiempo estudiando a nuestros representantes diplomáticos allende el mar. Muchos cónsules he visto en las películas y aun en comedias musicales como, por ejemplo, en *Madame Butterfly*. Y teniendo una rara oportunidad, juzgué buena la idea de averiguar si los productores de películas habían mentido nuevamente, como casi siempre, por no decir siempre.

Tuve que esperar la mañana entera. Tampoco en la tarde me llegó el turno. La clase a la que pertenezco siempre tiene necesidad de esperar y esperar; de permanecer en largas filas noches y días enteros para conseguir una taza de café y una rebanada de pan. Todo el mundo oficial y los amos consideran que nosotros, los de nuestra clase, disponemos de mucho tiempo para perderlo. La cosa es distinta con quienes tienen dinero; por esa sola razón ellos no tienen necesidad de esperar. Nosotros, los que no disponemos de efectivo, debemos pagar con tiempo. Supongamos que alguien se enfada con el empleado que nos obliga a esperar y a esperar, y dice algo acerca de los derechos de un ciudadano. Eso de nada le servirá; al contrario, entonces habrá de esperar un tiempo diez veces más largo, y se abstendrá en lo sucesivo de cometer semejante imprudencia. Ellos son los reyes, no hay que olvidarlo. No hay que olvidar que los reyes no fueron desechados cuando los padres de la patria hicieron la revolución.

La sala de espera estaba llena de gente, de gente humilde como yo. Algunas personas habían hecho antesala durante cuatro días. Otros habían estado allí veintenas de veces. Primero, algún documento se había extraviado; después, un certificado no estaba en orden o una relación era insuficiente. Cincuenta veces les obligaban a llenar impresos y cincuenta veces los rompían, y tirándolos al bote de la basura, les obligaban a reponerlos. Todo aquello no era para seres humanos. Entre aquella serie de papeles, impresos, certificados, filiaciones, fotografías, estampillas, sellos, carpetas, peso, estatura y discusión acerca del color de los ojos y del cabello, los seres humanos se perdían y eran olvidados. Un trozo de tela o de madera no habría sido tratado así.

Sobre el muro se veía nuestra vieja y buena bandera; junto a ella se veía la fotografía de un hombre que dijo algo acerca de que el país de Dios había sido creado para los hombres libres y era refugio de los perseguidos. La de otro que dijera grandes cosas acerca de los derechos de los seres humanos, incluyendo a los negros, y que hablara de no restringir las libertades, también se veía allí colgado.

Como se veía el gran mapa de un país suficientemente grande para dar cabida a cincuenta millones más de seres humanos deseosos de trabajar y de encontrar felicidad en la tierra. Miré el mapa y me complació saber que el viejo y buen Wisconsin se hallaba todavía en su sitio.

Me hallaba entretenido observando aquellas cosas, cuando una mujer penetró como un torbellino. Era pequeña e increíblemente gorda y en aquella sala en donde todos los que esperaban su turno eran gente delgada en cuyo rostro el hambre había dejado una huella, su presencia hizo el efecto de un insulto.

La gorda tenía el cabello rizado, negro y grasoso, peinado a la manera en que suelen peinárselo las muchachas de la calle, cuando concurren con su hombre al baile de los chóferes. Su nariz era un gancho pronunciado, tenía los labios gruesos y muy pintados y los ojos oscuros, soñadores y más grandes que las cuencas en que se hallaban colocados, lo que les daba la apariencia de estar próximos a saltar en cualquier momento. Vestía una de las más elegantes obras de arte confeccionada por los modistas franceses. Mirando el esfuerzo que hacía para caminar como cualquier ser humano sobre los altísimos tacones de sus zapatos, se tenía la impresión de que en cualquier momento se desplomaría bajo el peso del collar de perlas y los brazaletes de platino que llevaba. Los dedos de sus manos eran ridículamente cortos y gruesos. En todos ellos, a excepción del pulgar, llevaba anillos de diamantes, en algunos hasta dos o tres. Aquellos anillos parecían tener por objeto evitar que los dedos le

reventaran.

Apenas había abierto la puerta, cuando gritó: «¡Santo Dios, he perdido mi pasaporte! ¿En dónde está ese cónsul? Necesito verlo en seguida, necesito que me dé otro pasaporte porque partiré por la mañana en el expreso de Oriente.»

Ya iba yo creyendo que solo los marinos perdían sus pasaportes, pero entonces me di cuenta de que hasta a las gentes bien vestidas les ocurría. ¿Qué tal, Fanny? Ya verás qué cosas tan interesantes te dice el señor cónsul acerca de los pasaportes perdidos. Sentía cierta simpatía por aquella mujer, exactamente la que suelen sentir los galeotes por sus compañeros.

El empleado se aproximó a ella en actitud devota, le hizo una reverencia y habló gentil y suavemente: «Por supuesto, madame, la anunciaré a usted en seguida. Tendré un gran placer; espere un momento, por favor.»

Trajo una silla y rogó a la dama gorda que se sentara; no le dijo únicamente «¡Siéntese!», sino «¿Tiene la bondad de sentarse, madame? Gracias.»

Le ayudó a llenar todos los impresos necesarios. Los hambrientos tenían que hacerlo por sí mismos, y cuando no lo hacían satisfactoriamente tenían que repetir la operación cientos y cientos de veces. Pero tal vez aquella señora no podía escribir y el empleado tuvo que ayudarle. O a lo mejor era un personaje tan elevado que no tenía necesidad de escribir. Sin duda, en casa tenía una secretaria particular que escribía por ella y le enteraba de todas las murmuraciones.

Inmediatamente que el empleado llenó todas las solicitudes, tomó los impresos y corrió hacia una de las puertas tras las que las sentencias de muerte eran revisadas. En menos de medio minuto regresó, se dirigió a la dama, se inclinó y dijo: «Mr. Grrgrgrs desea verla, madame. Sin duda traerá usted las tres fotografías.» Entonces el empleado saltó a la puerta, la abrió haciendo una reverencia, y la dejó entrar.

La mujer no permaneció por mucho tiempo en la cámara sagrada. Cuando salió cerró su bolsa de mano con gesto energético, expresando mejor que con palabras su agradecimiento al cielo por darle dinero y no tener que preocuparse por el pago del rápido y buen servicio. Un cónsul no puede vivir únicamente de su sueldo. Hay que vivir y dejar vivir. Después atravesó la sala moviendo las caderas como un perro satisfecho de sí mismo.

El empleado se levantó del asiento e invitó a la dama nuevamente para que se sentara. La dama gorda se sentó en la mitad de la silla, tal vez con la

idea de que así pondría de manifiesto la prisa que llevaba. Después empezó a bucear en las profundidades de su bolsa de mano, sacó una polvera y se empolvó aquella nariz tosca. No solo la polvera había sacado, sino algo que crujía claramente entre sus manos. Puso aquel objeto rechinante entre los papeles que se hallaban en el escritorio y lanzó al empleado una mirada que él interpretó a la perfección. Sin embargo, disimuló haber comprendido. Cuando la dama se hubo blanqueado la nariz volvió a cerrar la bolsa con el mismo movimiento enérgico que empleara cuando salió de la cámara sagrada.

Los hambrientos que hacían antesala nunca habían estado en el país de Dios y deseaban dirigirse a él para gozar de las riquezas del mundo. Pero todavía eran inocentes y no comprendían el lenguaje universal de las bolsas de mano. Toda vez que ignoraban el uso de esa lengua, y como no sabían la forma correcta de emplearla, nadie les ofreció una silla y tenían que esperar a que llegara su turno.

— ¿Si desea usted, madame, puede recoger su pasaporte dentro de media hora, pero si le parece bien, se lo enviaremos a su hotel.

— No se preocupe usted, señor -dijo la dama-. Vendré por él dentro de una hora, cuando me dirija a la estación. Ya lo firmé en la oficina del cónsul. Buenas tardes.

La dama gorda regresó una hora después y recibió su pasaporte de manos del empleado, quien haciendo una reverencia más le dijo:

— Es un gran placer servir a usted, madame. Yo seguía sentado en espera de mi turno. Mentalmente pedía una disculpa por mi

injustificada mala opinión acerca de los cónsules americanos. No eran tan malos como yo creía. Era solo antipatía internacional por lo que los policías belgas, holandeses y franceses me dijeron que los cónsules americanos eran los peores burócratas que existían. Pero no cabía duda de que en aquel consulado yo conseguiría el pasaporte que me ayudaría a obtener trabajo a bordo de algún barco que me llevara a la patria en donde volvería a ser el trabajador honesto de siempre. Me establecería en cualquier lugar del Oeste, me casaría y pondría mi grano de arena para engrosar la población de mi país y hacer que los niños llegaran a ser buenos ciudadanos.

Me llamaron. Todos los que esperaban, al escuchar el número que les correspondía, tenían que pasar por una puerta diferente a la que yo crucé y que era la misma que había traspuesto la dama gorda. Así, pues, iba yo a ver a Mr. Grgrgrgrs, o como se llamara, es decir, la persona a quien más ansioso estaba yo por ver. A aquella persona tan amable, que era capaz de ayudar a una dama en apuros a conseguir un nuevo pasaporte y que sin duda comprendería mis dificultades mejor que nadie. El caballero aquel era bajito, delgado y su rostro expresaba tristeza o preocupación. Tenía la piel seca y pegada a los huesos y su apariencia denunciaba al hombre que desde los catorce años ha vivido tras un escritorio y está expuesto a morir en unos cuantos días en el momento en que deje de asistir puntualmente a la oficina y permanecer en ella hasta la acostumbrada hora de salida.

- Siéntese. ¿En qué puedo servirle?
- Quisiera un pasaporte.
- ¿Lo perdió?
- No mi pasaporte; solamente mi tarjeta de marino. -¡Ah! ¿Es usted marino?

Cuando dije *yes, sir*, la expresión de su rostro y el tono de su voz cambiaron. Estrechó los párpados y empezó a mirarme con sospecha.

- Vera usted, señor, perdí mi barco.
- Borracho, ¿eh?
- Yo nunca bebo, señor, ni una gota. Soy abstemio jurado.
- ¿Pero no me ha dicho usted que es marino?
- Exactamente. Mi barco salió tres horas antes de la anunciada. Yo creía que saldríamos con la alta marea. Como no llevábamos carga e íbamos sin lastre, el capitán no tuvo que esperar la alta marea y ordenó la salida durante la noche.
- Y dejó a bordo sus papeles, ¿verdad?

- Así fue, señor.
- ¿Recuerda el número de registro de su tarjeta de marino?
- Lo siento, señor, pero no lo recuerdo.
- Tampoco yo. ¿Quién le extendió la tarjeta y en qué oficina se la extendieron?
- No recuerdo. Verá usted, yo fui tomado como marinero para el tránsito costero de Boston, Nueva York, Philly, Nueva Orleáns, Galveston y toda la costa del Golfo de México. Ningún marino consulta diariamente su tarjeta. De hecho, yo nunca me fijé en lo que decía. A menudo ni los capitanes exigen su presentación cuando lo contratan a uno. Dan por hecho que cada tipo cuenta con su tarjeta. Lo que más suele importarles es saber en qué barcos se ha trabajado con anterioridad, a las órdenes de quién, y lo hábil que uno es.
- Sé todo eso, no necesita decírmelo.
- *Yes, sir.*
- ¿Naturalizado?
- *No, sir*, nativo.
- ¿Registro de nacimiento?
- No lo sé, señor; cuando eso ocurrió yo era tan pequeño que no recuerdo si lo hicieron o no.
- Entonces su nacimiento no fue registrado. -He dicho que lo ignoro, señor.
- Pero yo lo sé.
- Entonces, señor: si todo lo sabe usted de antemano, ¿por qué me lo pregunta?
- Bueno, no se excite, que no hay razón para ello. ¿Estaba su madre casada con su padre?
- Nunca se lo pregunté a mi madre; siempre consideré que ese era asunto suyo y de nadie más.
- Es verdad, perdón. Si lo pregunté fue solamente pensando que la licencia de matrimonio podría encontrarse en alguna parte. ¿Era su padre marino como usted?
- *Yes, sir.*

- Así lo suponía. Y jamás regresó a casa, ¿verdad?
- No lo sé, señor.
- ¿Viven algunos de sus parientes?
- No lo sé, nunca conocí a ninguno.
- ¿Hay alguna persona en los Estados Unidos que le conozca desde que era niño?
- Creo que debe haber montones de personas que hubieron de conocerme.

Tomó un lápiz y se dispuso a escribir nombres y direcciones.

- ¿Quiere nombrar a alguna de las personas que le conocen de largo tiempo; digamos desde hace más de quince años?
- ¿Cómo podría recordarlo, señor? Todas son gentes sin importancia, humildes trabajadores obligados a cambiar de sitio cuando la labor lo exige. De algunos no sé ni el nombre completo y tal vez el que sepa no sea el verdadero.

– ¿Tiene usted un domicilio fijo en la patria?

- No señor, no podría pagarla. Usted sabe que nosotros vivimos a bordo, casi todos los marinos, y cuando bajamos a tierra nos hospedamos en alguna casa para marinos o en alguna casa de huéspedes barata y cercana al muelle.

– ¿Vive aún su madre?

– Creo que sí, pero no estoy seguro.

– ¿Que no está usted seguro?

- ¿Cómo podría estarlo, señor? Cuando yo salgo, ella suele cambiar varias veces de domicilio. Tal vez se haya vuelto a casar con alguien desconocido para mí. Usted sabe, señor, que entre los trabajadores, entre los marinos, las cosas no marchan tan fácil y suavemente como entre la gente rica poseedora de una casa propia y una linda cuenta corriente, y teléfono, y un montón de criados. Lo primero que nosotros tenemos que buscar es trabajo, lo demás está en segundo término. Para nosotros trabajar es comer; sin trabajo somos rancheros sin rancho.

- ¿Votó alguna vez en una casilla durante las elecciones para gobernante de algún estado?

– *No, sir*, nunca tuve tiempo para mezclarme en política.

– ¿Es usted un pacifista?

– ¿Un qué, señor?

– Bueno, quiero decir un comunista; uno de esos que no desean pelear por su patria.

– Yo no diría eso, señor. Creo que un marino que trabaja duramente pelea por el engrandecimiento de su patria. La nuestra no sería grande sin marinos y sin trabajadores.

– ¿Dijo usted que había embarcado en Nueva Orleáns?

– *Yes, sir.* Así es.

– Entonces debe usted ser miembro de... Bueno, ¿cómo se llama eso? ¡Ah!, de los Trabajadores Industriales del Mundo, de los mezclados con el sindicalismo y todos esos líos.

– *No, sir;* nunca he oído hablar de eso.

– ¿Cómo? Ha dicho usted que embarcó en Nueva Orleáns.

– *Yes, sir.*

– ¿No ha estado nunca en Los Angeles?

– *No, sir.*

– ¿Ni en San Francisco?

– *No, sir.*

Durante largo rato me miró con ojos vacíos. No sabía qué más preguntar. Tamborileó con el lápiz sobre el escritorio y dijo:

– Bueno, lo único que me resta decir es que no puedo darle pasaporte. Lo siento.

– ¿Pero por qué, señor?

– ¿En qué pruebas puedo basarme? Lo que usted dice respecto a su ciudadanía nada prueba. Personalmente yo creo que usted es americano. Sin embargo, la Secretaría de Estado de Washington, ante la que yo soy responsable por los pasaportes y documentos de identificación extendidos, no toma en cuenta mi opinión personal. La oficina acepta únicamente evidencias y no se basa en lo que un cónsul allende los mares pueda tomar como cierto. Si usted me presenta pruebas, yo estoy en la obligación de extenderle el pasaporte. Pero, ¿cómo puede usted probar que es americano y que yo estoy en la obligación de perder el tiempo considerando su caso?

– Usted me ha oido hablar, señor.

– ¿Y qué? El lenguaje no constituye una prueba. -Cómo no, el lenguaje es una prueba.

– Debe usted saber que aquí en Francia, hay cientos de rusos que hablan el francés mejor que muchos nativos, y por esa circunstancia no se les va a considerar como franceses. En Nueva Orleáns, además, hay mucha gente que habla francés y algunos que hablan un poco o nada de inglés, y, sin embargo, son tan americanos como yo. En Texas y en el sur de California hay muchísima gente que habla castellano y que, no obstante, son ciudadanos de los Estados Unidos. Así pues, ¿cómo puede el lenguaje constituir una prueba de ciudadanía?

– Nací en los Estados Unidos.

– Pruébelo y dentro de dos días tendrá su pasaporte. Pero aun cuando hubiera nacido en los Estados Unidos todavía tendría que preguntarle algo sobre su ciudadanía, porque bien podría haber ocurrido que su padre, antes de que usted fuera mayor de edad, lo hubiera declarado ciudadano de otro país. Sin embargo, no ahondaré tanto. Bastará con que pruebe usted haber nacido en los Estados Unidos o que me nombre algunos testigos de su nacimiento.

– Nada puedo probar desde el momento en que mi nacimiento no fue registrado.

– Bien, pero de eso yo no tengo la culpa.

– Parece, señor, que usted duda hasta de que yo haya nacido.

– Exactamente, amigo; aunque le parezca tonto. Yo dudaré de su nacimiento mientras no me presente un certificado de él. El hecho de que esté usted sentado enfrente a mí no es prueba de que haya nacido. Oficialmente esto no constituye prueba alguna. La Ley o el Departamento de Trabajo pueden aceptar o rechazar mi aseveración de haberle visto y de que, por el hecho de haberle visto, usted debió haber nacido. Yo sé que esto es necio, que esto es tonto. Pero no fui yo quien hizo las leyes. Usted bien sabe que me cesarían si extendiera un pasaporte sin más pruebas que la palabra de usted y su presencia. Francamente, no sé qué hacer con el caso de usted.

Oprimió un botón. Momentos después apareció un empleado. El cónsul escribió mi nombre en un trozo de papel, obligándome antes a deletrearlo, y ordenó al hombre:

– Hágame el favor de confrontar este nombre; Gerard Gales, marino del *Tuscaloosa*, último lugar de residencia Nueva Orleáns.

El empleado dejó la puerta medio abierta y le vi dirigirse a una piececita

llena de fotografías. Yo sabía adónde iba a confrontar mi nombre: con los expedientes de los deportados, de los indeseables, de los criminales, de los anarquistas, de los comunistas, de los pacifistas y de toda esa clase de gente cuyo nuevo ingreso al país trata de evitar el gobierno a toda costa.

Mientras tanto el cónsul se había parado en la ventana para mirar a la calle, en donde la vida seguía su curso. El empleado regresó.

– ¿Bien? -preguntó el cónsul.

– No está fichado, carece de registros.

– ¿Dio usted su verdadero nombre? -preguntó el cónsul-. Quiero decir, el nombre bajo el cual vivía usted en la patria.

– Sí, señor, y nunca tuve dificultades allá.

El empleado abandonó el cuarto y yo volví a quedar solo con el cónsul.

Durante algún tiempo reinó el silencio. Empecé a mirar los retratos que se hallaban en las paredes; todas eran caras familiares desde la niñez, todas pertenecían a grandes hombres, amantes y defensores de la libertad, de los derechos del hombre; constructores de un gran país, en el que los hombres pueden ser libres y perseguir su felicidad.

El cónsul se levantó y abandonó la sala.

Al cabo de cinco minutos regresó. Se le había ocurrido una nueva pregunta:

– Bien pudiera ser que usted, no lo insinúo, fuera un convicto escapado. Tal vez la policía lo requiera en la patria o en algún otro país.

– Tiene usted razón, señor; podría ser. Ahora veo que en vano he ocurrido a mi cónsul a quien se paga un sueldo para ayudar a sus compatriotas a salir de apuros. Comprendo que no hay ninguna esperanza para mí. Gracias por haberse tomado tantas molestias, señor.

– Lo siento mucho, pero, en el caso de usted, sencillamente no veo la forma de ayudarle. Yo soy solo un empleado y debo plegarme a los reglamentos de trabajo. Debió usted haber tenido más cuidado con sus papeles. En estos tiempos nadie debe perder su pasaporte o documentos de similar importancia. No vivimos ya con la despreocupación de los buenos tiempos pasados, cuando en realidad a nadie se exigía documentación alguna.

– ¿Podría usted decirme, si no le es molesto, una cosa, señor?

– Sí, cómo no.

— Estuvo aquí ayer en la tarde una dama muy gorda, que llevaba en los dedos una docena de diamantes, y un collar de perlas, que por lo menos valía diez mil dólares, le adornaba el grueso cuello. Pues bien, esa dama había perdido su pasaporte, como yo he perdido el mío, y pudo obtener uno nuevo en menos de una corta hora.

— Veo que se refiere usted a la señora Sally Marcus, de Nueva York. Sin duda usted ha oído antes ese nombre, pues corresponde al de una poderosa casa bancaria del puerto.

Esto fue dicho por el cónsul con un gesto y una entonación de voz, como expresando: «Pero, buen hombre, ¿no sabe usted que se trata de su alteza real el duque de Windsor y no de un marinero borracho, abandonado por su barco?»

Tal vez por la expresión de mi rostro se diera cuenta de que yo no había tomado la cosa en el sentido que él pretendía, y se apresuró a decir:

— La bien conocida firma de Nueva York, ¿sabe usted?

Pero aún no quedó satisfecho con mi semblante, pues no me vio palidecer al escuchar el nombre de la gran institución.

El caso era que Wall Street, la casa de Morgan, las riquezas de los Rockefeller y los puestos en la bolsa de valores, jamás me han impresionado ni levemente. Todas esas cosas suelen impresionarme tanto como el sabor de una papa cruda.

Así pues, dije al cónsul:

— Yo no creo que esa dama sea americana. Creo que debe haber nacido en algún lugar de Bucarest.

— ¿Cómo lo sabe usted? -dijo el cónsul abriendo los ojos ampliamente y perdiendo el aliento-. Claro que nació en Bucarest, en Rumania. Pero es ciudadana americana.

— ¿Trajo consigo sus papeles de naturalización?

— Desde luego que no. ¿Por qué?

— ¿Entonces, cómo puede usted decir que es ciudadana americana? Ella ni siquiera habla correctamente nuestro idioma. Su jerga no se aproxima ni a la del East Side. Puede apostar que ni siquiera en Whitechapel la aceptarían.

— Déjeme que le diga. En el caso de esa dama no era necesaria evidencia alguna. Su marido, Mr. Reuben Marcus, es uno de los banqueros más conocidos en Nueva York. La señora Marcus viajó en el camarote más costoso

del *Queen Mary*. Yo vi su nombre en la lista.

— Sí, ya comprendo, señor cónsul. Yo viajé solo en calidad de grumete, en un carguero y en el dormitorio general de proa. En esto está, según veo, la diferencia. No en los documentos, no en los certificados de nacimiento. La única evidencia requerida para probar la ciudadanía de un hombre consiste en el respaldo de una gran firma bancaria. Gracias, señor cónsul. Eso era exactamente lo que deseaba saber. Gracias.

— Pero entienda, marinero; pongamos las cosas en claro. Yo no quiero que se marche llevándose una mala impresión de mí. Ya le he dicho antes que en su caso nada puedo hacer. La culpa no es mía, es del sistema al que yo mismo me hallo esclavizado. Si yo pudiera, digamos, si yo estuviera dispuesto a retirarme en el plazo de un año, le daría, bajo mi palabra de honor, todos los papeles que usted necesitara. Pero no puedo hacerlo, tengo las manos atadas. Con franqueza, yo doy crédito a su historia, me parece enteramente cierta. Ya se han presentado casos similares al suyo con el mismo resultado. Yo nada puedo hacer. Yo creo que usted es ciudadano americano, que usted es mejor ciudadano que muchos banqueros. Usted es de los nuestros, por sus venas corre la misma sangre. Pero también he de decirle con franqueza que si la policía francesa lo trajera ante mí para que yo lo identificara, negaría vehementemente la ciudadanía americana de usted. Como hombre, semejante acción me haría sangrar el corazón, pero como empleado tendría que obrar en la misma forma en que se ven obligados a obrar los soldados en tiempo de guerra, cuando tienen que matar incluso a sus amigos si se encuentran frente a ellos en el campo de batalla vistiendo el uniforme enemigo.

— Lo que en pocas palabras quiere decir, que me vaya al diablo.

— Nunca he dicho semejante cosa. Pero ya que los dos hemos hablado con franqueza, admito que en realidad eso quise decir. No me queda otro recurso. Podría escribir a Washington exponiendo su caso, y siempre que usted pudiera darme los nombres y los domicilios de algunas personas que le conocieran en la patria, no menos de ocho meses serían necesarios para que la ciudadanía de usted quedara satisfactoriamente comprobada. ¿Tiene usted los medios suficientes para permanecer durante todo ese tiempo en París, esperando el resultado de mis gestiones en Washington?

— ¿Cómo podría yo, señor? Soy solo un marino, necesito encontrar trabajo a bordo y en París no hay barcos. Yo soy marino de alta mar, no barquero del Sena.

— Ya sabía yo que usted no podría permanecer en París por meses y meses, y nosotros no tenemos fondos para sostenerlo aquí. Y de paso, ¿quiere usted que le dé una orden por tres días de comida y alojamiento? Cuando se venza puede venir por otra.

— No, se lo agradezco; yo sabré arreglármelas.

— Tal vez prefiera usted un boleto de ferrocarril para dirigirse a algún puerto, en el que quizá consiga trabajo en alguna embarcación bajo bandera extranjera, o a lo mejor la fortuna le ayude a encontrar a un patrón americano que le conozca.

— No, muchas gracias; ya veré qué hago.

Suspiró y se dirigió a la ventana. Nada nuevo parecía ocurrírsele, y hubiera sido muy raro que un empleado concibiera alguna idea no prevista en los reglamentos.

Así pues, lo único que pudo agregar fue:

— Lo siento. Adiós, y buena suerte.

Después de todo hay una gran diferencia entre la generalidad de los empleados americanos y la generalidad de los europeos. Las horas de oficina terminan a las tres o a las cuatro; cuando me encontré en la calle eran las cinco. En ningún momento durante mi conversación con el cónsul mostró éste impaciencia, ni me dio a entender que tenía prisa por llegar a casa, o por dirigirse a algún campo de golf. No todos los empleados americanos son como éste. En Europa, nunca encontré un empleado que cincuenta minutos antes de la hora en que daba por terminadas sus labores no me diera a entender su deseo de que me marchara, sin tomar en cuenta la importancia del asunto que me llevaba a su oficina.

Ahora yo sabía que había perdido mi barco para siempre.

¡Adiós, mi lindo Nueva Orleáns! ¡Adiós, y buena suerte!

Bien, mi amor, más vale que busques otro cariño. No me esperes más en Jackson Square o en el Levee. Tu hombre no volverá más, el mar se lo tragó. Hubiera podido luchar con los puños o con la brocha en contra de los huracanes y las tempestades; pero nada pude contra los todopoderosos certificados y documentos. Busca otro cariño, mi amor, antes de que sea tarde y los vientos del otoño te marchiten. No desperdices las rosas de tu dulce juventud esperando a un hombre sin patria, a un hombre que no ha nacido.

¡A bordo! ¡Tenemos viento, amigo! ¡En juego los brazos! ¡Tiendan las lonas! ¡Vengan cables! ¡El viento es fresco y amigo! ¡Que pongan todas las

velas! ¡Hay viento de primera! ¡Vámonos!

Me encuentro a bordo del expreso *Paris-Toulouse* y no tengo boleto. Antes de llegar a Limoges, exigen su presentación. Yo desaparezco para atender a negocios privados y urgentísimos. El revisor no se había percatado ni de mi presencia ni de mi ausencia. Me encuentro aún en el tren cuando partimos de Limoges.

No comprendo por qué los empleados de los ferrocarriles tienen necesidad siempre de examinar los boletos. Es que, sin duda, hay muchos pícaros que viajan sin pagar. Bueno, no pícaros, digamos simplemente gente que no puede comprar su boleto. Desde luego, deben inspeccionar. Si no ¿cómo pagar dividendos a los accionistas, si todos viajaran de balde?

Los trenes franceses son diferentes de los nuestros. En un lado un pasillo recorre todo el tren y a lo largo de este pasillo desembocan puertas que conducen a pequeños departamentos que dan cabida a cinco o seis personas.

Repentinamente el revisor abrió la puerta del departamento en el que yo estaba sentado, sin darme tiempo a atender nuevamente a mis urgentes asuntos privados. Así pues, permanecí sentado y le miré a la cara. Puse en juego mi influencia mental o eso a lo que llaman telepatía y le miré con la expresión de un poseedor de boleto. Él interpretó mi mirada y cerró la puerta. Yo sabía que la telepatía era una gran ciencia, y en aquella ocasión me dio un gran resultado. El revisor se fue absolutamente convencido de que yo poseía un boleto.

Estaba meditando en la conveniencia de emplear la telepatía en otros asuntos, especialmente en los relacionados con mis cónsules, cuando el revisor regresó. Abrió la puerta, me miró titubeando, intentó cerrar la puerta nuevamente y dijo:

— Perdone, señor, ¿dónde me dijo que deseaba cambiar de tren?

Preguntó aquello en francés; yo pude comprender el significado, pero no alcancé exactamente cada palabra. Tuve que preguntarle y que pensar en algunas palabras en francés para formular la pregunta.

Pero no me dio tiempo a explicaciones y agregó:

— ¿Quiere hacer el favor de mostrarme su boleto, nuevamente?

Hablabía cortésmente. Pero no pudo obtener que le mostrara aquello que no tenía. Satisfecho de su habilidad, dijo:

— Ya lo sospechaba.

Como yo iba sentado cerca de la puerta y los dos pasajeros que me acompañaban estaban al lado de la ventana no pudieron darse cuenta de la tragedia que se desarrollaba enfrente de sus narices.

El revisor sacó un libreta, escribió algo y salió del compartimiento. Tal vez tenía un buen corazón y permitiría que me esfumara. Nunca olvidaría su bondad. Algun día, cuando sus hijos crecieran, podrían ir a Cincinnati y entonces yo correspondería con finezas.

En Toulouse, justamente enfrente del carro en que yo viajaba, alguien esperaba para recibirmé. El revisor me señaló con un gesto y dos caballeros me dijeron en voz baja:

— Haga el favor de acompañarnos.

Nadie pareció percibirse de lo que ocurría. Los caballeros me dejaron en medio de ambos y caminaron junto a mí como dos amigos que reciben a un tercero recién llegado.

Fuera de la estación nos esperaba un taxímetro y por primera vez me di cuenta de que los franceses son diferentes de los nuestros. Los taxímetros franceses están construidos a prueba de fuego y de ladrones. En el interior están divididos en pequeños compartimientos que impiden cualquier movimiento que permita acomodar los codos. Cada compartimiento tiene una puerta. Al cabo de un rato, partimos. El taxi tenía una ventanita cerca del techo por la cual me era dado ver únicamente los pisos altos de las casas. Aquel carro tenía su importancia, pues bastaba que el chofer hiciera sonar una sirena para que los otros vehículos le permitieran libre tránsito.

Tuve el presentimiento de que aquel carro me conducía a algún sitio desagradable. Ya para entonces tenía suficiente experiencia para saber que, cuando obraba en contra de alguna de aquellas extrañas costumbres europeas, era irremisiblemente conducido a una estación de policía. En mi país jamás tuve nada que ver con la policía. Pero en Europa todo es diferente. Bastaba con que me pusiera quietamente a contemplar los muelles sentado sobre un cajón vacío para que se aproximara a mí un policía, me interrogara y me condujera a la jefatura. Y si me tendía a descansar pacíficamente sobre el lecho, sin hacer mal a nadie, inmediatamente llamaban a mi puerta, y media hora después me encontraba nuevamente en la comisaría. Todavía hay gente que asegura que no es posible pecar mientras se duerme; pero aquel policía

de Rotterdam no era de la misma opinión, pues dijo que yo había pecado en sueños. Después tomo un tren, me siento sin hablar ni ver a nadie, sin interesarme por lo que los demás llevan en el bolsillo o por sus documentos; pero de nada me sirve aquel comportamiento, pues en cuanto el tren se detiene en la estación, yo vuelvo a encontrarme en la comisaría.

Posiblemente en esto consistan las dificultades por las que Europa atraviesa. Sencillamente, estas gentes no pueden ocuparse de sus propios asuntos. La policía debe impedírselo. En una u otra forma deben ocupar siete octavas partes de su vida. Si suben del segundo al tercer piso de la casa que habitan, deben notificarlo a la policía, y para notificarlo se ven obligados a llenar seis impresos en los que han de especificar su religión, los nombres de sus abuelos y el lugar de nacimiento de su bisabuela. Y esto es lo más sencillo de sus relaciones con la policía. Prácticamente, nada pueden hacer sin el amable permiso de la policía. Ella reglamenta hasta las veces que debe cada cual cerrar y abrir las ventanas de su propio hogar. Y solo Dios sabe por qué razón obran siempre como sargentos enfermos del hígado y no como seres humanos que reciben un salario de la misma gente a la que molestan día y noche.

¿Bailar en la propia casa de uno o en un baile público sin licencia especial de la policía? ¡Imposible! Europa entera es el paraíso de la burocracia. En estas circunstancias nada raro resulta que nuestros banqueros jamás logren hacer efectivas las deudas de los países europeos que pelearan por la democracia y la civilización de la humanidad. Todos los ingresos de estos pueblos se destinan a mejorar la burocracia y a aumentar la fuerza de la policía. Y después de esto, yo quisiera que alguien viniera a ofrecerme bonos de la libertad, o bonos para la guerra por la democracia, para pagarlos en abonos.

– ¿De dónde viene?

Tras de un elevado escritorio, se hallaba sentado un elevado personaje uniformado. Ante él me paré como piojo bípedo. Todos son iguales, ya sea en Bélgica, Holanda, París o Toulouse. Siempre interrogando, siempre haciendo las mismas preguntas. Siempre dudando de la veracidad de las respuestas. Nadie podrá quitarme de la cabeza la idea de que si alguna vez un marino cae en el infierno sin pasaporte, tendrá que detenerse ante un elevado escritorio antes de ser admitido.

Claro que podría haberme desentendido de sus preguntas y callar. ¿Pero, quién puede soportar en silencio un centenar de preguntas? Generalmente las preguntas que dejamos sin respuesta nos persiguen por el

resto de la vida. Nos quitan el sueño; no nos dejan libre el pensamiento; parece que el universo entero se desequilibra cuando dejamos una pregunta sin respuesta. Una pregunta sin respuesta es el prototipo de lo incompleto y nadie puede soportarla. Cualquiera puede enloquecer considerando el problema del desequilibrio de un sistema solar. Dos pequeñas palabras: «por qué» seguidas de un signo de interrogación han dado origen a la cultura, a la civilización, al progreso, a la ciencia. Ese «por qué» ha cambiado y cambiará todos los sistemas en los que la vida del hombre se apoya. Dará término a las guerras y originará otras; conducirá al comunismo y lo destruirá; elevará a dictadores y déspotas para destrozarlos después; creará nuevas religiones, y las convertirá en supersticiones; hará una nebulosa del centro real y espiritual del universo y la convertirá más tarde en un espectro insignificante. De todo eso es capaz el pequeño «por qué» con su signo interrogatorio.

¿Qué podía yo, pobre marino sin documentos, contra el poder de las palabras «¿por qué?»

– ¿Por qué se encuentra usted aquí? ¿De dónde viene usted? ¿Cómo se llama?

Hasta aquel momento había permanecido en silencio. Pero no pude resistir más el signo interrogatorio. Tenía que decir algo y pensé en lo que podía resultar mejor; si decir que venía de París o de Limoges. Limoges se hallaba más próximo y la acusación del ferrocarril sería menos dura que tratándose de una distancia mayor.

– Tomé el tren en Limoges.

– No es verdad; viene usted de París.

Veamos lo listos que son.

– No, señor; fue en Limoges donde tomé el tren.

– Pero si tiene usted un boleto de la estación de París válido hasta los suburbios.

Entonces me percaté de que nuevamente me habían registrado los bolsillos. No me di cuenta de cuándo lo hicieron; tanto me había acostumbrado a ello que ya no notaba cuándo lo hacían. Lo mismo debe ocurrir a los casados con sus besos, y cuando se dan cuenta empiezan los divorcios.

– ¿Este boleto? ¡Oh!, ¿se refiere usted a este boleto de París? Hace mucho tiempo que lo tengo.

– ¿Cuánto tiempo?

- Seis semanas, más o menos.
- Rarísimo, ¿eh? ¡Casi un milagro! El boleto que le dieron hace seis semanas está fechado ayer.
- Seguramente el empleado se equivocó al fecharlo.
- El hecho es claro, usted tomó el tren en París.
- Pagué el viaje de París a Limoges.
- Sí, sí; usted es un gran pagador, a lo mejor hasta pagó doble, porque de haber comprado pasaje a Limoges no habría necesitado este boleto. ¿En dónde tiene usted el boleto de París a Limoges? Desde el momento en que usted no abandonó el tren en Limoges, aun debe tener el boleto en su poder.
- Lo entregué al revisor cuando arribamos a Limoges.
- Entonces, ¿en dónde está el boleto de Limoges? ¿Cómo pudo meterse en el tren sin presentar el boleto a la entrada?
- No lo sé.
- Tomemos su nombre.

No podía manchar la decencia de mi nombre verídico; algún día tal vez pertenecería a la sociedad; para ello solo necesitaba hacer dinero. Así, pues, me adjudicué el nombre de un mercader de Chicago, quien en cierta ocasión me tiró un palo, acción por la que bien merecía figurar en los registros de la policía de Toulouse, Francia. Ello constituiría una lección para todos los tenderos, quienes ya podrían abstenerse de tirar palos a los chiquillos a quienes sorprenden metiendo las manos sucias en el barril de la melcocha.

- ¿Nacionalidad?

¡Vaya una pregunta! Todos mis cónsules habían atestiguado que yo carecía de nacionalidad, toda vez que no había nacido. Así, pues, bien podía decir en esa ocasión que era francés. El cónsul me había dicho que había cientos de personas que hablaban excelente francés y que no eran franceses; por lo tanto, debía haber muchísimas personas que hablaran el idioma tan mal como yo; pero que, no obstante, fueran ciudadanos franceses. Lo único que me habría gustado saber era para quién resultaba más barato viajar sin boleto en el ferrocarril, para un francés, para un americano o para...

Y se me ocurrió la gran idea. ¡Para un alemán! ¡Para un *boche*! Porque entonces, solo unos cuantos años después de la guerra, toda Francia se hallaba impregnada de un odio terrible hacia los alemanes. Aquella sería la gran experiencia. Siempre hay algo nuevo que aprender. Si alguien no puede

educarse en la escuela porque necesita emplear el tiempo vendiendo periódicos para vivir, nunca debe perder oportunidad alguna de aprender. Los viajes y la experiencia de la vida son la mejor escuela del hombre. No podía dejar de cavilar en lo que harían con un alemán sorprendido viajando sin boleto en su expreso.

– Nada más soy alemán, un pobre alemán, señor; nada más, perdóneme.

– ¿Alemán? ¡Qué sabe usted de eso! ¿Alemán? Tal vez de Potsdam, ¿eh?

– No, no de Potsdam, señor; solamente de Viena.

– Eso está en Austria. En cualquier forma todos son iguales. Y, ¿por qué no tiene usted pasaporte?

– Tenía uno, pero lo perdí.

– Usted no habla la jerga francesa de los alemanes. ¿A qué distrito pertenece?

– El distrito en el que me crié está situado en una región en la que los alemanes aún hablan una vieja lengua inglesa.

– Es verdad, lo conozco. Es el distrito en el que los reyes ingleses tuvieron una gran influencia hasta mediados del siglo pasado.

– Sí, señor; tiene usted razón, y se llama Baja Sajonia.

Por primera vez me alegraba de no tener pasaporte. Si se carece de él, nadie lo encontrará en nuestros bolsillos ni podrá establecer una relación de nuestros hechos. Pues si hubieran descubierto que ya con anterioridad había yo robado a los ferrocarriles franceses, me habrían enviado a la Isla del Diablo. En cambio, de aquella manera, me sentenciaron solo a dos semanas.

Cuando el primer día terminó después del registro, de la firma en docenas de libros, del baño, del examen médico y todo lo demás, me sentí como después de un día de trabajo duro.

No son los reyes y los presidentes quienes rigen al país. Los «uniformados» son los verdaderos gobernantes.

A la mañana siguiente, después de un mal desayuno que de ninguna manera justificaba a la sobreestimada cocina francesa, fui conducido al taller.

Frente a mí, vi colocado un montón de objetos peculiares recortados de hojas de acero muy delgado. Deseaba saber qué eran, pero nadie pudo informarme, ni mi compañero de celda, ni los guardianes. Uno de ellos me dijo estar seguro de que aquello era un superbombardero manufacturado en

diferentes lugares de todo el país. El día en que la nueva guerra mundial se declarara, todas aquellas partes serían reunidas y en menos de una semana se hallarían cincuenta mil superbombarderos listos para el servicio. Otros negaban aquello y aseguraban que esas cosillas nada tenían que ver con bombarderos y que eran partes de submarinos que se manufacturaban secretamente. En cambio, otros pensaban que correspondían a un nuevo tipo de ametralladoras, tan buenas como las que ya existían, pero tan ligeras como un rifle. Otros opinaban que eran partes de un tanque que podría desarrollar una velocidad de trescientos kilómetros por hora. Otro hombre me dijo que correspondían a un nuevo tipo de avión-cohete, que podía cargar no menos de doscientas bombas, cincuenta pesadas de nitroglicerina y veinte ametralladoras, y que podía desarrollar, no obstante, una velocidad de seiscientos kilómetros por hora, con la posibilidad de permanecer en servicio setenta horas sin necesidad de cargar combustible. Nadie, ni guardias ni prisioneros, sugirieron que aquéllas podrían ser partes de alguna maquinaria útil al género humano. A nadie se le ocurría semejante idea y eso mismo pasaba en toda Francia. Siempre que se hacía algo de cuyo objeto nadie estaba enterado, todos llegaban a la conclusión de que se destinaba a la guerra que terminaría con las guerras.

Yo por mi parte no pude descubrir el objeto de aquellas cosillas.

El guardián encargado del taller se aproximó a mí y me dijo:

— Cuente de este montón ciento cuarenta y cuatro piezas y las coloca en pila; luego cuenta otras tantas y hace lo mismo; en eso consistirá su trabajo.

Cuando hube contado la primera pila, regresó el guardia. Miró el montoncito y preguntó:

— ¿Está usted seguro de que son ciento cuarenta y cuatro piezas, ni más ni menos?

— Sí, señor.

— Más vale que vuelva a contarlas. Confío enteramente en lo que usted me dice; pero le ruego que las recunte con el mayor cuidado. Si le encomendé este trabajo es porque tiene usted apariencia de hombre inteligente, capaz más bien de trabajos intelectuales que manuales.

— Puede estar usted seguro, señor, de que pondré todo mi empeño.

— Por favor, se lo agradeceré. Vea usted, supongamos que mi superior haga la confrontación y encuentre una pieza de más o de menos en las ciento cuarenta y cuatro; ello me valdría una terrible reprimenda; tal vez hasta

perdería el empleo, y en verdad no sabría qué hacer con mi mujer enferma y nuestros tres muchachitos, mi madre y mi suegra, pues todos dependen de mí. Yo no puedo arriesgarme a perder el empleo; por eso le ruego que cuente cuidadosamente.

Empecé contando primero las ciento cuarenta y cuatro, luego las separé haciendo doce docenas y contando cada una cuidadosamente. Después rectifiqué haciendo catorce montoncitos de a diez y agregando cuatro al final.

Volví a contar haciendo siete montones de a veinte y agregando las cuatro.

El guardia se aproximó y viendo la forma en que contaba me dijo:

– En esa forma se hace. Es usted el primero que ha hecho ese trabajo correctamente, conscientemente y con gran inteligencia. Ya decía yo que usted sabía usar su cerebro; por ello confío en usted. Gracias.

Cuando estuve seguro de haber apilado ciento cuarenta y cuatro piezas, las aparté y comencé a apilar otras ciento cuarenta y cuatro. Pero no bien había yo comenzado cuando el guardia que me vigilaba desde un rincón en el que se hallaba sentado, se aproximó a mí y me dijo:

– Más vale que vuelva a contarlas una o dos veces más; ya sabe usted que es fácil equivocarse y yo me suicidaría si perdiera el empleo por tan grave error.

Tomé el montón y reconté las piezas una por una. El guardia permaneció vigilándome por un rato y dijo:

– Es exactamente así como debe hacerse. Solo se necesita un poco de inteligencia. Ya veré que le den algunos cigarrillos por su buen comportamiento.

Después de dos horas decidí contar una pila más. El guardia se aproximó, miró preocupado el montón que había yo retirado para hacer lugar al nuevo. Su expresión me inspiró una profunda lástima, pues estaba seguro de que rompería en llanto en cualquier momento. Yo no podía soportar aquello; así pues, tomé nuevamente la primera pila y volví a recontar. Inmediatamente le cambió la expresión y hasta esbozó una sonrisa; tan satisfecho estaba, que me dio unos golpecitos en el hombro y dijo:

– Me ha causado usted una alegría que nadie me había proporcionado. ¡Ojalá permaneciera usted entre nosotros por varios años!

Cuando expiró mi condena, había yo logrado hacer la increíble cantidad de tres pilas de ciento cuarenta y cuatro piezas cada una. Durante muchos

meses después todavía pensaba en si no habría yo contado equivocadamente alguna de ellas. Sin embargo, tenía la seguridad de que el guardia haría que algún nuevo huésped rectificara lo que yo había hecho.

Recibí catorce centavos de salario. Perdí el deseo de viajar nuevamente en ferrocarril francés sin boleto, no por temor a ser sorprendido nuevamente. No, era que mi conciencia me atormentaba ante la idea de hacer quebrar al gobierno y a los ferrocarriles franceses. Podría llegar al grado de que el gobierno francés me culpara de su incapacidad para cubrir sus deudas. (Y de paso, son estas las gentes que viven armando escándalo porque los rusos no cubren las suyas.)

A decir verdad, no fue mi interés por el bienestar de la nación francesa lo que me decidió a salir del país; fue simplemente el hecho de que cuando salí de la prisión volví a encontrarme a dos caballeros que me esperaban para advertirme seriamente que de no abandonar Francia en quince días, me condenarían a seis meses de prisión y después me deportarían a Alemania. Y la verdad es que yo no deseaba que alemanes y franceses volvieran a pelear por mi culpa. No quería de ningún modo ser responsable de otra guerra, aun cuando en final de cuentas ella habrá de ser.

XIII

Siguiendo al sol me dirigí hacia el sur por caminos tan viejos como la misma historia de Europa. Tal vez más.

Me apegué a mi nueva nacionalidad, con el exclusivo objeto de saber qué podía ocurrir a un vagabundo que en Francia, poco tiempo después de la guerra, dijera abiertamente: «Yo soy un *boche*.» Al parecer, nadie se ofendía por ello y las más de las veces se mostraban absolutamente indiferentes. Siempre que lo solicité, me alimentaron, y los campesinos siempre y de muy buena voluntad me ofrecieron el pajar para pasar la noche y muchas veces un sitio dentro de sus casitas.

Parecía que mi instinto me había guiado hacia lo más conveniente. Nadie quería a los americanos. Los campesinos franceses nos maldecían. Nosotros éramos los ladrones. Nosotros habíamos acuñado nuestros dólares con la sangre de la gloriosa juventud francesa. Éramos nosotros los *Shylocks*, los usureros. Los habíamos degollado, habíamos amasado nuestro dinero con las lágrimas de los huérfanos y las viudas francesas. Los habíamos privado hasta de la última de sus cabras y de sus vacas. No sabíamos qué hacer con todo el oro que teníamos, y no obstante, les habíamos arrebatado hasta la última moneda hallada en la alcancía de sus abuelas.

Todos los habitantes de los pueblecitos y villas, sin distinción, opinaban lo mismo. «Si alguno de esos malditos americanos cayera en nuestras manos, lo apalearíamos como solemos hacerlo con todos los estafadores. Lo único que merecen es ser tratados como perros roñosos. ¿Que pelearon por nosotros? ¡Al infierno con eso! Lo único que perseguían era nuestras mujeres. Nos vendieron municiones. ¡Pero de qué calidad! No pudimos matar ni un solo soldado alemán con sus balas. Los casquillos mataban a los nuestros, porque al disparar las armas, retrocedían. ¿Que pelearon por nosotros? No me haga reír. Si mandaron a sus hombres, no fue para pelear por nosotros, sino para cuidar su dinero.

«¿A dónde piensas dirigirte, muchacho? ¿A España? ¡Magnífica, excelente idea! España es hermosa y cálida y allá tienen más posibilidades de alimentarte. Y también repara en lo que esos americanos han hecho con España, no hay país en el que no intervengan. Han de meter la mano en todos

los países, para hacer de los pueblos esclavos de sus banqueros. ¿Qué es lo que han hecho con España? Solo mencionaré a Cuba, las Filipinas, Puerto Rico, Florida. Toda la vida se la pasan robando a nuestros pobres países europeos. Bueno, ahora ve a comer, por allí quedan algunas papas y una corteza de pan. Ahora, toma este franco. Ojalá que tengas buena suerte en España.»

A medida que avanzaba, el terreno era más montañoso; llegó un momento en que me encontré en sitios tan desolados y solitarios, que empecé a desecharme con un rostro humano. Y me hubiera contentado con un bandido o contrabandista, los que, según me habían dicho el día anterior, eran más abundantes en aquellos sitios que las cabras. Y a decir verdad, cabras había muchas.

— La frontera ya no está lejos de aquí -me dijo el pastor en cuya compañía había pasado la noche, cuando me despedí por la mañana antes de partir. Aquel hombre tan pobre, había compartido conmigo su pan, sus cebollas, su queso de cabra y su vino aguado.

Caminando por un callejón airoso, me encontré cerca de algo con la apariencia, en parte, de muros cubiertos de moho, y en parte, de ruinas de un castillo antiguo. Pensé que tal vez podría encontrar algún tesoro escondido allí por los viejos romanos, y me aproximé.

Repentinamente dos soldados salieron a mi encuentro, apuntándose con los fusiles al estómago y diciendo:

— ¿Quiere hacernos el favor de decir adónde va?

— A España -respondí-. Debe estar por allí, detrás de esas montañas.

— Así es -dijeron-, allí está España. Pero en primer término debe usted presentarse al oficial. ¿No sabe usted en dónde se encuentra?

— ¿Cómo lo he de saber, señores? Me encuentro aquí por primera vez en mi vida, y desearía estar ya en España.

— Está usted dentro de las fortificaciones francesas -dijo uno de los soldados-. Y debo advertirle que si la historia que va a relatar no es buena, o si el viejo se encuentra de mal humor por alguna noticia desagradable, lo fusilarán al amanecer, gústele o no.

Me obsequiaron con cigarrillos y me condujeron hacia una puerta tan bien disimulada en el muro de lodo, que no pude reprimir un movimiento de sorpresa cuando la vi aparecer ante mí, como por la magia de Aladino.

Me condujeron al interior, me registraron y me ordenaron esperar hasta

que me llamaran.

Pasaron dos horas. Después me obligaron a atravesar un gran patio, en el que vi una docena de grandes fusiles sostenidos por otros tantos soldados alineados.

Nuevamente tuve que esperar en una piececita, acompañado siempre de dos soldados, con los fusiles y la bayoneta calada.

Se abrió una puerta y un ordenanza dio instrucciones a los soldados para que me hicieran pasar a otra pieza.

Tras de un escritorio se hallaba un oficial muy joven.

Los soldados dijeron algo que pude entender a medias, pues hablaban en lenguaje militar, que en todos los países difiere del hablado por los contribuyentes que sostienen al ejército.

– ¿Es usted alemán? -preguntó el oficial.

– No, soy *boche*.

– Más bien parece usted holandés.

Estoy seguro de que solamente trataba de saber si yo decía la verdad.

– ¿Qué hace usted en la fortaleza francesa? -preguntó el oficial.

– Ignoraba que ésta fuera una fortaleza. No lo parece.

– ¿Qué creía usted que fuera?

– Me parecían ruinas de la época en que dominaban los romanos.

– ¿Sabe usted dibujar?

– No, señor.

– ¿Sabe fotografiar?

– Nunca he gastado mi dinero en una cámara.

En realidad la fotografía no me importa. Me parece una tontería, ya que por unos cuantos centavos se pueden obtener buenas fotografías de todos lados.

Entonces preguntó a los soldados:

– ¿Le hallaron algo encima?

– No -contestaron.

Entonces dijo: *Shershey*, lo que en francés quiere decir «regístrenlo».

Acaba uno por aburrirse de tanto registro.

– Así es que durante la guerra fue usted oficial alemán, ¿verdad? -preguntó cuando me hubieron registrado y encontrado en mis bolsillos únicamente un peine y un pedazo de jabón, que despedazaron para investigar si llevaba una ametralladora o algo por el estilo escondida en él.

– No señor; ni siquiera fui soldado raso.

– ¿Por qué no?

– Soy un pacifista, es decir, uno de esos pájaros obligados a permanecer en prisión durante la guerra.

– ¿Por espía?

– No, señor; solo que los alemanes pensaban que no les permitiría yo hacer la guerra si me dejaran libre; por eso me encarcelaron, para quedar en libertad de hacer lo que les placiera.

– ¿Quiere decir con eso que usted y unos cuantos más encarcelados habrían sido capaces de evitar la guerra?

– Eso creían los alemanes, y hasta que me eliminaron no supe lo importante que era.

– ¿En qué prisión estuvo?

– En... bueno...en *Southphalen*.

– ¿En qué pueblo?

– En *Deutschenburg*.

– Nunca había oído nombrar ese lugar.

– Ni yo tampoco, quiero decir, hasta que no me enviaron a la prisión. Es un lugar que guardan en secreto, y es ignorado hasta para los mismos alemanes en su mayoría.

El oficial sacó un libro, lo abrió, leyó algunos capítulos y cuando terminó dijo:

– Lo fusilarán al amanecer. Lo siento. Pero así debe ser, por encontrarse en una fortificación próxima a la frontera. Los reglamentos de guerra no se han cancelado aún y lo único que puedo hacer es fusilarlo.

– Gracias, señor oficial.

Se me quedó mirando y preguntó:

– ¿Por qué me da las gracias?

— Por la buena comida que me darán antes de fusilarme. Verá usted, oficial. Tengo hambre, mucha hambre, casi me estoy muriendo. Así, pues, ¿qué puede importarme que me fusilen si antes podré disfrutar de una buena comida?

Cuando oyó aquello el oficial, empezó a reír de buena gana. Dio alguna orden a uno de sus soldados, que me condujo afuera y me obsequió con café y cigarros.

Cerca de las seis me condujeron a otra pieza y me hicieron sentar frente a una mesa. No acababa de sentarme cuando dos soldados empezaron a llevarme platos, vasos, cuchillos, tenedores, cucharas. En cuanto la mesa estuvo puesta, los soldados empezaron a servirme.

El oficial que me había condenado a muerte se aproximó y me dijo:

— No quiero que piense usted que los franceses somos ruines, ni siquiera tratándose de los *boches*. Por eso en su comida de despedida le servirán doble ración de la que se sirve en domingo a los oficiales. No queremos que vaya usted -es decir... bueno, no se adónde irá usted-, lo que quiero significar es que nunca despedimos a alguien, no importa el sitio al que se dirija, sin darle una buena comida.

Creo que los franceses usan de mayor cortesía con los tipos a quienes quieren ejecutar que los belgas, quienes me dieron solo una poquita de ensalada de papa y tres rebanaditas de salchicha de hígado.

Los cocineros franceses son verdaderos poetas.

— *Mon Dieu*, oficial; por una comida como ésta no me importaría ser fusilado un par de veces al año. Lo único que siento es tener una sola vida, quisiera tener diez.

— Así me gusta oírle hablar, muchacho -dijo-. Lo acepto como un cumplido a mi patria. Tenga estos cigarros y acomódese hasta el amanecer. Buenas noches.

Era curioso; pero no me sentía como condenado a muerte que dispone solamente de siete u ocho horas de vida. La comida había sido tan buena que no me dejaba sitio para sentimentalismos tontos. Creo que el horror de las ejecuciones, fusilamiento, horca, electrocución, estrangulación o cualquier medio empleado para dar muerte, no consiste en el medio propiamente, sino en que el ejecutado, antes de morir, se vea obligado a comer miserablemente. En China, no les dan ni un bocado, todo está en arrodillarse y ¡paf!, afuera la cabeza. En cambio, todo parece diferente cuando se tiene la barriga bien llena

de buena comida. Desde luego que una hamburguesa y una taza de café no sirven para el caso ni medianamente.

El toque de diana me despertó. El sol ya estaba alto. Pensé que me habían olvidado y que habían fusilado a otro en mi lugar. O tal vez los franceses tenían alguna idea distinta a la nuestra, respecto al amanecer. Pero, en fin, eso ya lo sabría más tarde. ¿Para qué preocuparme?

(Un soldado abrió la puerta.)

– El desayuno -dijo-. ¿Ya se lavó? Magnífico. El oficial quiere verle inmediatamente después de que haya desayunado.

Después del desayuno, para el que no necesité de mucho tiempo, me condujeron ante el oficial.

– Todavía vive -dijo-. ¿Qué le parece? Retardamos su ejecución porque recibí una llamada telefónica del cuartel general respecto a usted. Debo hacerle algunas preguntas más. Todo lo que necesita hacer es decir la verdad sin reparar en las consecuencias.

– Está bien. Empiece usted, señor.

– Suponga que le dejamos en libertad. ¿Adónde iría?

– A España; pero si no es posible llegar allá, prefiero que me maten, entendido desde luego, que me darán otra comida de despedida.

El oficial tuvo una tremenda explosión de risa. Riendo aún, dijo:

– Si no estuviera convencido de que es usted *boche*, le tomaría por americano. Solo los *boches* y los americanos viven pensando únicamente en comer. ¿Así es que desea ir a España?

– Sí, coronel.

– Capitán para usted.

– Preferiríamos que se dirigiera usted a Alemania. Le daremos un boleto de ferrocarril.

– No iría ni en aeroplano, coronel -dije-. Alemania está enteramente fuera de mi perspectiva.

– Pero entonces estaría usted en su patria.

– ¿Y quién dijo que yo deseaba estar en mi patria? Precisamente lo que

deseo es encontrarme lejos de ella.

– ¿Para qué desea ir a España? Allí no le espera trabajo alguno.

– No me importa el trabajo, capitán coronel. Lo que ocurre es esto. El invierno está próximo, yo no he almacenado combustible, y me parece buena la idea de dirigirme a España, en donde siempre brilla el sol, y se puede sacar algo del mar para comer. Allí siempre hace calor. Basta sentarse al sol y comer naranjas, avellanas y cosas por el estilo. En todas partes hay allá frutos silvestres. Basta con recogerlos en donde se los encuentre.

– Me parece -dijo el oficial después de meditar un rato-, que no podremos permitirle ir a España. ¿Nos promete regresar a Alemania si le dejamos libre?

– Ni lo prometo ni lo haré. O España o la muerte. No quiero ayudar a los alemanes a pagar las reparaciones, y no quiero regresar allá. Ustedes son realmente gente amable; pero tampoco me gustaría permanecer aquí, en Francia. También ustedes tienen muchas deudas por pagar. Y yo no estoy dispuesto a cooperar para pagarlas desde el momento en que no fui yo quien cooperó a buscarlas. Nunca me ha gustado pagar deudas ajenas. Me voy a España; pero si ustedes no me lo permiten, pueden matarme, que no seré yo quien me oponga a ello.

Otro oficial joven, que escuchaba sentado en un ángulo de la pieza, y que había estado atento a nuestra conversación, se aproximó al escritorio.

Los dos oficiales conversaron en la jerga de los soldados franceses, por lo que no me fue posible comprender lo que decían. Después de hablar un rato, riendo casi durante toda la conversación, el oficial encargado dijo:

– Mire, amigo, haremos lo que usted quiere; no somos bárbaros y creo poder afrontar la responsabilidad de lo que voy a hacer. Irá usted a España. Le enviaremos vigilado hasta la frontera; si los soldados españoles no tienen nada que objetar, nosotros lo pondremos en sus manos para que le dejen penetrar en su país. Los españoles son buena gente, y en nada habrán de ofenderle. Son mejores que nosotros. Los *boches* les son simpáticos, claro que si usted fuera americano no podría vivir ni veinticuatro horas en España; pero tratándose de un *boche*, la cosa es diferente. Ahora márchese hasta que volvamos a llamarle.

No obedecí su orden y me quedé balanceándome sobre las puntas de los pies.

– ¿Se le ofrece algo más? -preguntó.

– Bien. ¿Qué es ello?

— Podría yo, es decir, sería posible, o más bien...¿me darán otra doble ración de las servidas a los oficiales en domingo, coronel capitán?

No recuerdo bien, pero creo que los oficiales y los soldados que se hallaban presentes rieron.

En realidad, yo no comprendo por qué reían. ¿Qué de risible tiene que un hombre con hambre trate de obtener de la cocina del ejército la mayor cantidad de alimento que le sea posible? Yo me quedé sorprendido y entonces rieron con más ganas.

Finalmente el capitán dijo:

— Eso no es posible, muchacho; porque ahora es lunes, pero le daremos una doble ración de las servidas a los oficiales y deseo sinceramente que sea su última comida en Francia, porque si alguna vez le sorprendo haciendo otra, me encargaré de que lo fusilen sea o no espía.

Rieron nuevamente.

Hasta la frontera me acompañaron dos soldados, llevando los fusiles con la bayoneta calada. Y con todos los honores militares, penetré en la bella España.

Aquel momento constituyó la piedra angular de mi vida. Entonces lo ignoraba, pero ahora lo sé. *Yes, sir.*

— No tiene papeles -dijo el cabo al oficial de la frontera española, quien aparentemente se alegró de tener algo en qué ocuparse, pues nada parecía ocurrir jamás en aquel lugar.

— ¿Es alemán? -preguntó el español.

— Sí, señor; soy alemán y tengo mucha hambre.

— Bienvenido.

Cuando nosotros decimos esto, raramente lo hacemos con sinceridad, pero los españoles, en ese sentido, obran de acuerdo con lo que dicen.

Los soldados presentaron un papel que fue firmado por el oficial español. Una vez que aquéllos cumplieron con su deber, tomaron asiento y empezaron a conversar con los españoles. Tenían vino y queso y muy pronto algunas muchachas llegaron a alegrar el puesto solitario.

Las esposas de los guardafronteras estaban en el pueblo y no podían enterarse de lo que ocurría en el puesto, en donde suponían que sus maridos sudaban cobrando derechos y redactando informes.

Tan pronto como fui entregado a los españoles, éstos me condujeron casi triunfantes hacia la casa de la aduana. Me estrecharon las manos y me abrazaron.

Basta ser tenido por enemigo de los americanos para convertirse en el mejor amigo de los españoles. Si hubieran sabido en realidad quién era yo, si se hubieran enterado de que les había robado Cuba y las Filipinas y les había despedazado algunos buques de guerra...No, mejor no pensar en lo que habrían hecho conmigo en el caso de descubrir mi legítima nacionalidad. Yo era una víctima de las circunstancias y los españoles me perdonarían. Además, yo personalmente, nada tenía que ver con Cuba y con los barcos de guerra, porque todo ello ocurrió antes de que yo naciera.

Mi aspecto exterior correspondía perfectamente a la idea que los españoles tienen de los alemanes. Desde que me dejara el *Tuscaloosa* yo no había cambiado ni de traje ni de cachucha, ni de zapatos, pues no tenía con qué sustituirlos. Mi camisa, más trapo que camisa, tenía vestigios de blancura cuando la lavaba en los arroyos o en los ríos, alguna vez con jabón y las más sin él. Así pues, mi apariencia era para ellos la mejor prueba de que llegaba directamente de Alemania.

No dudaban de que estaba hambriento, como solo los hombres que han sufrido el bloqueo inglés pueden estarlo. En consecuencia, me dieron suficiente alimento para una semana. Cuando dejaba de comer, ellos empleaban toda clase de mañas para obligarme a seguir comiendo.

Mientras yo comía, dos de los oficiales se dirigieron al pueblecito cercano. Cuando ya me hallaba harto, los dos oficiales regresaron trayendo consigo dos paquetes. Me dieron una camisa, un sombrero, unos zapatos, una docena de calcetines, pañuelos, cuellos, corbatas, unos pantalones y un saco. Tiré cuanto llevaba puesto y me vestí con lo que me dieron. Cuando terminé tenía tal apariencia de español, que cualquiera que me hubiera visto en mi tierra me habría tomado por tal.

Ya era tarde cuando los soldados franceses dijeron que tenían que regresar. Partieron despidiéndose de mí. Les encargué que saludaran de mi parte a su coronel y que agradecieran a toda Francia, en mi nombre, lo que habían hecho por mí. De todos modos no pagan sus deudas, así pues, no había razón para no enviarles mis más sinceros saludos.

Los oficiales de la aduana empezaron a jugar a los naipes. Me invitaron, pero yo no sabía cómo jugar con aquellas cartas de apariencia tan chistosa. Ellos me enseñaron. Pronto aprendí tan bien, que les gané un montón de pesetas. Aquello pareció gustarles mucho y empezaron a animarme para que siguiera jugando. Yo me sentía culpable como un bandido. Cualquier cosa que hiciera, siempre al terminar el juego resultaba ganando. ¡Oh, España soleada y maravillosa! ¡Ojalá vivieras siempre próspera!

Pasé mi primer noche en España, en la aduana, porque cuando terminamos de jugar era tarde, y yo no estaba habituado a beber los galones de vino que había bebido.

A partir de entonces, pasaba cada noche en una casa diferente del pueblecito. Todas las familias me daban hospedaje, considerando aquello, en parte un gran honor, en parte un alto deber. Cada familia deseaba retenerme por toda una semana. En muchas ocasiones disputaron por mí, porque la

familia que me hospedaba no quería que partiera. Cuando hube recorrido todas las casas, volví a empezar por la primera. Cada familia procuraba halagarme más que las otras. Empecé a engordar; es más, enfermé. Todas aquellas gentes eran acomodadas, porque el contrabando es aún un negocio grande y honorable. El rey de los contrabandistas había sido honrado con el nombramiento de alcalde del pueblo, y el virrey era jefe de la policía. Me trataron como si fuera yo un obispo en vacaciones.

Una noche escapé. Escapé como un ladrón. Estoy seguro de que aquellas buenas gentes pensaron muy mal de mí. Deben haberme considerado desagradecido por haberlas dejado sin decir adiós ni dar las gracias. De cualquier forma, solo un imbécil o un débil mental habría podido soportar aquello largo tiempo. Muchas gentes sencillas no podrán comprenderlo y pensarán que un hombre, tratado en la forma en que me trataban allí, debe sentirse como en el cielo. Pero aun en el cielo, yo me sentiría mal si solo tuviera que sentarme a comer y a más comer. De ahí proviene la esclavitud. Uno se olvida de cómo trabajar y de cómo atender a las propias necesidades. Yo me sentiría desgraciado en un estado comunista en el que la comunidad afrontara todos los riesgos que yo deseo afrontar. En aquel pueblecito español, yo no podía ni siquiera dirigirme al patio posterior sin que inmediatamente alguien me preguntara a gritos si iba provisto de papel suave. *Yes, sir.*

De no haber escapado, habría llegado un día en el que hubiera empezado a matar a uno por uno, por haberme inutilizado en forma absoluta, haciéndome odioso a mí mismo.

Cuando me hube cansado de Sevilla, regresé a Cádiz. Tan pronto como Cádiz empezó a resultarme cansado, regresé a Sevilla. Y cuando el escándalo por la aparición de un nuevo torero resultaba demasiado para mí, regresaba a Cádiz. El invierno transcurrió mientras yo repetía mis viajes. Fue aquel un invierno leve como el más leve de los de Nueva Orleans, y a propósito de Nueva Orleans, la hubiera cambiado por una peseta sin el menor remordimiento de conciencia. Hay en el mundo un sinnúmero de lugares tan soleados como ése. ¿Por qué entonces elegir entre todos únicamente a Nueva Orleans?

Llevaba los bolsillos tan vacíos como cuando llegara a la frontera y todavía nadie me había exigido la presentación de documentos, o había tratado de investigar cómo y de qué vivía. Los policías tenían otras cosas en que pensar. ¿Por qué habían de preocuparse por un extranjero pobre? Cuando no podía pagar por una cama, me tendía en el sitio en que mis huesos hallaban acomodo, y la mañana me sorprendía durmiendo pacíficamente. El guardián del rumbo pasaba frente a mí cientos de veces, no solo respetando, sino velando mi sueño. En esta tierra, la pobreza y la falta de hogar no son, como en mi país, consideradas en calidad de crimen y castigadas con cárcel. Allá cualquier ladrón hábil es un ciudadano respetable, cuyas propiedades se hallan bien protegidas por la policía.

En una ocasión dormía yo sobre un banco y un policía me despertó, disculpándose de haberlo hecho, para advertirme que un aguacero se avecinaba y que era preferible que yo me dirigiera hacia un corral que me señalaba a lo lejos, en donde podría resguardarme y dormir sobre la paja.

Tenía hambre, entré en una panadería y dije al dependiente que no tenía dinero; pero que sí tenía gran necesidad de comer algo. A nadie se le ocurrió decirme la acostumbrada tontería: «¿Por qué no trabaja? Es usted un hombre fuerte y saludable.» Sin duda consideraban lo inadecuado de la pregunta, pues no tenían empleo que ofrecerme. Sabían que el trabajo andaba muy escaso; pero estaban conscientes de que un hombre debe comer para vivir.

De aquel puerto partían muchos barcos. Algunos días hasta media docena al mismo tiempo. Había entre ellos algunos que necesitaban uno o dos

marineros, pero ello no me preocupaba porque había otros muchos hombres que necesitaban el trabajo y no sería yo quien se lo robara. Además, la primavera había llegado y la vida era hermosa. El sol era dorado y ardiente. Y aquel país era encantador. Las gentes se mostraban amistosas, siempre sonriendo y cantando. En la calle, en los jardines, en la playa había música. Aquellas gentes que cantaban y tocaban y hacían el amor, vestían harapos; pero sonreían, eran cordiales y encantadoras. Todos hacían lo que les placía, vestían como querían, nadie molestaba a los demás y mandaban al diablo las conveniencias...

Una vez, hallándome en Barcelona, pasé frente a un edificio pesado y siniestro, del cual partían gritos horribles.

– ¿Qué ocurre ahí? -pregunté a un hombre que pasaba.

– Es la prisión militar -dijo.

– ¿Pero por qué gritan en esa forma lastimosa las gentes que se hallan dentro?

– ¿Gentes? No son gentes, son comunistas.

No veo la razón de que griten por el hecho de ser comunistas.

– Es que los sargentos los golpean y los torturan. ¿Ve usted?

– ¿Por qué los golpean?

– ¿No le dije ya que son comunistas?

– Esa no es razón para que los golpeen, en Rusia hay muchos.

– Aquí no los queremos. Por eso los golpean hasta que mueren. Los golpean con látigos hasta matarlos. Luego, por la noche, los sacan y los entierran en secreto.

– Entonces deben ser criminales.

– No, ellos nada han robado. Alguno mató a un ministro; pero ese fue muerto hace ya mucho tiempo. Estos son golpeados y torturados nada más porque son comunistas.

– Pues amigo, le repito que no comprendo por qué son muertos en esa forma espantosa.

– Ya le dije que son comunistas. Ellos desean cambiar el orden del mundo. Desean esclavizar a todo el mundo para que nadie haga lo que le plazca. Quieren que el Estado lo haga todo, lo arregle todo, de tal manera que acabemos siendo esclavos del Estado. Nosotros no queremos eso, nosotros

queremos trabajar cuándo y dónde nos dé la gana, y si preferimos no trabajar y pasar hambre, entonces no trabajamos y pasamos hambre. Nuestro deseo es ser libres, siempre libres. Si nos morirnos de hambre ese es solo asunto nuestro. Los comunistas quieren intervenir en todo, meterse en nuestra vida privada, en nuestro trabajo, en nuestro matrimonio. Dicen que el gobierno ordenará todas las cosas y nos evitará preocupaciones. Por esa razón esos comunistas son golpeados hasta morir, y bien que lo merecen.

Una nube negra y espesa parecía cubrir el cielo de la soleada España; pero pronto la nube desapareció. ¿Por qué había de condenar a España por lo que acababa de oír? No deseaba formular juicio alguno. Cada edad y cada país tortura a sus cristianos. Aquella que fue torturada ayer, es la iglesia más poderosa ahora, y será la religión decadente de mañana. Lo lamentable, lo verdaderamente deplorable, es que los torturados ayer, torturan ahora. Los comunistas rusos no son menos déspotas que los fascistas italianos o que los magnates de la industria textil en América. Los irlandeses que llegaron solamente hace cinco años a los Estados Unidos y que se nacionalizaron ayer, son los más ardientes defensores de las mentes estrechas que veneran el país de Dios, y que tratan de amurallar a los Estados Unidos para dificultar la vida de todo aquel que no exigió hace cien años a sus padres el requisito de ser nativo ciento por ciento. ¿Quién tiene la culpa de que un judío nazca judío? ¿Le brindó alguien la oportunidad de solicitar su nacimiento en China? ¿Pidieron los negros a los ingleses o a los puritanos que les ayudaran a nacer en el único país en el que vale la pena vivir? Toda vez que el gran George no fue indio, debe haber descendido de alguno de esos tan maldecidos inmigrantes que el diablo se lleve.

Así pues, ¿por qué sentirme extranjero en España,

donde brilla el mismo sol que alumbra en Wisconsin y donde la luna es la misma que mi amor debe ver en Nueva Orleáns, cuando piense en mí, si es que me recuerda? El *Tuscaloosa* debe hallarse de regreso. Pero ya pensaré en ello más tarde. Primero gocemos de España, que está más cerca de nosotros.

No existe razón alguna para que corra yo en pos de un empleo, necesitaré pararme frente a algún patrón como si fuera un pordiosero con la cachucha entre las manos, en la misma actitud que asumiría si le pidiera licencia para lustrarle los zapatos con una escupitina. En realidad, generalmente es menos humillante pedir un bocado que solicitar trabajo. Un capitán no podrá navegar sin la ayuda de los marineros, ni un ingeniero, por hábil que sea, podrá construir una locomotora sin la ayuda de los trabajadores. Sin embargo, los trabajadores tienen que descubrirse para rogar que les den

trabajo, en la misma actitud que un perro que sabe va a ser golpeado.

Pensando en todas esas humillaciones me era más fácil pedir las sobras en los hoteles y restaurantes. Los cocineros no me trataban en la forma degradante en que los patronos suelen hacerlo.

Y después de todo, ¿para qué afanarse buscando trabajo cuando el sol es claro y dorado y el cielo azul, maravillosamente azul y matizado con resplandores de oro pálido? ¿Para qué merodear por las puertas de las fábricas, cuando la gente se muestra tan cortés y cordial hasta conmigo? Mientras no robe o mate, seré considerado como un ciudadano respetable como el que más, y estoy seguro de que ningún policía se acercará a mí para registrarme y ver si encuentra alguna fórmula perdida para la fabricación de vasos de vidrio irrompibles.

Un día llegó hasta mí olor a pescado fresco, pero cuando me aproximé a pedir las sobras, las gentes me pidieron una disculpa por no haber dejado algo.

Después llegué a la conclusión de que lo mejor para comer pescado frito era pescarlo y freírlo. Estaba acostumbrado a pedir comida; pero no me parecía correcto pedir una caña y anzuelos para pescar.

Esperé en el muelle hasta que llegó un barco de pasajeros y me aposté en la aduana. Alguien me entregó una maleta y me dijo que lo siguiera hasta su hotel. Cuando llegamos me dio tres pesetas y las gracias. Fui a una ferretería y compré una caña y dos anzuelos. Todo ello me costó cerca de una peseta. Solo por tratar conocimiento, dije al ferretero que era marino extraviado, en espera de un buque que me tomara a bordo. Él envolvió las mercancías y cuando le entregué la peseta me dijo: «Ya está pagado, marinero; gracias por la compra, buena suerte en la pesca y adiós.»

¿Cómo iba yo a dejar un país como aquél? ¿Cómo iba a dejar a aquella gente? ¿Y cómo iba yo a estropear todo aquello buscando trabajo y afanándome? No, no, por nada en el mundo.

El pueblo español sabe más acerca del valor de la vida y del destino de la raza humana, que cualquier profesor de filosofía de la universidad de Ohio.

XVIII

Me hallaba sentado en el muelle sosteniendo la caña y con el anzuelo en el agua. Los peces no mordían. Yo trataba de alimentarlos lo mejor que podía, con un pedazo de salchicha negra que me había dado un holandés, que el día anterior se había embarcado para Java o algún sitio parecido. Yo logré sazonar a aquel hombre. Sazonar, en la lengua de los que bien hablamos, significa hacer amistad con la tripulación de algún buque en puerto, a fin de conseguir los alimentos necesarios para un marino sin barco, que se encuentra en España con el único propósito de estudiar la tierra y el pueblo. Pero no siempre resulta placentero sazonar; *no, sir.*

El trabajador con empleo, se siente superior al que carece de él. La camaradería entre los trabajadores no suele ser tan cordial como suponen las gentes que les ven marchar hacia Union Square, ondeando la bandera roja y metiendo ruido acerca del paraíso ruso. La acción de los obreros podría ser amplia y profunda en todos sus aspectos, si no fuera por esas tradiciones de la clase media de las que no pueden libertarse. Aquel que manufactura las piezas de una máquina, se siente superior al que detrás de un torno fabrica miles de barras. Y el hombre del torno, a su vez, se siente superior al pobre chico que recoge los desperdicios del piso y los transporta en una carretilla al basurero.

Algunas veces, parado en el muelle, mirando hacia el sitio en que los hombres de una embarcación se sentaban a comer, oía gritar a alguno de ellos: «¡Hey, puercos, aplanadores de playa!, no tienen que tragarse, ¿verdad? Supongo que os gustaría venir a lamer algún plato, ¿eh? Pues vengan; pero solo dos, para que podamos vigilaros, ¡ladrones!»

Otros hay que gozan revolviendo en un bote sopa, carne, frijoles, ciruelas, café y las sobras de sus platos, ofreciéndonos aquella revoltura y diciendo: «Bueno, si realmente tienes hambre, come eso y da las gracias.» Y como tenemos hambre, nos lo comemos.

Hubo vez en que nos dieron un bote con buena sopa echando en él todas las cucharas que tenían, y hubo necesidad de que las sacáramos con nuestras manos sucias para gozo de nuestros camaradas. Ellos no trataban de molestarnos, solo querían divertirse. También se divertían aquellos que nos miraban rondar hambrientos por los muelles y tiraban, delante de nosotros,

media docena de piezas de pan blanco y ollas llenas de carne al mar; pero como ningún trabajador tiene seguro el empleo, y con él su posición superior, ocurría a menudo que algunos de aquellos amigables compañeros proletarios eran abandonados por sus barcos y entonces tenían que reunirse con nosotros en los muelles, esperando que nos cayera algo de los buques, y entonces era cuando se enteraban de lo que se siente cuando los miembros de nuestra misma clase nos maltratan.

No todos se comportaban mal. La mayoría de ellos eran verdaderos camaradas, capaces de compartir una peseta, sus ropas y sus alimentos. Algunos había capaces hasta de robar de la cabina de los oficiales jabón y toallas, y de la despensa, docenas de latas de carne para dárnoslas. Una vez me dieron diez pollos asados para el almuerzo y no pude guardar lo que me sobró por no llevar refrigerador en el bolsillo.

Las tripulaciones de los barcos franceses y americanos son las mejores. Por excepción, sus miembros no son ciudadanos de los países bajo cuya bandera navegan. Los barcos alemanes, con rarísimas excepciones, son los peores de todos. No es precisamente la tripulación la que es desagradable, aun cuando algunas veces, también ella lo es. Son los oficiales los que se sienten diosecitos. Los barcos alemanes, mucho antes de atracar, fijan a las barandillas cartelones, en los que con enormes letras se dice: «No admisión» en inglés y francés, y para estar seguros, cuelgan otro con la misma frase en español e italiano. Yo pienso, ¿qué harán los alemanes con sus sobras? Sin duda las enlatan y las almacenan para la próxima guerra. *Yes, sir.*

El pez no picaba y la salchicha negra que me diera el holandés era cada vez más chica. Posiblemente, en aquella parte del océano no había peces.

Un día, rondando por los muelles de Barcelona, un marinero me dijo que había muchos barcos americanos en Marsella que necesitaban marineros, porque muchos de sus hombres los habían abandonado con la intención de quedarse en Francia, para estudiar mejor a las guapas muchachas francesas. La tripulación de un carguero me dio la oportunidad de embarcarme como polizón, y así llegué a Marsella fácilmente. Pero como pasa con todas las historias sobre empleos fabulosos que esperan ser aceptados, todo era mentira. Nada, absolutamente nada era verdad. Ni un solo buque yanqui se veía en el puerto. Ni siquiera un yate contrabandista de whisky escocés se hallaba a la vista.

Yo no tenía ni un centavito. Entrada la tarde me metí en una cantina en la que había muchos marineros. Pensé que tal vez hallaría a alguien dispuesto a pagarme una cena.

Una camarera, muchacha muy bonita, se aproximó a mí y me dio la carta. Le dije que no tenía dinero y que andaba sólo en busca de un amigo. Me preguntó quién era yo y le contesté.

– Un marino *boche*.

Me invitó a que me sentara y agregó.

– Traeré algo para que comas.

Le repetí que no tenía dinero.

– Está bien -contestó-, no te preocupes, que pronto tendrás bastante.

Entonces me preocupé seriamente, estaba seguro de que alguien trataba de tenderme una trampa o de que necesitaba de mí para ajustarle las cuentas a alguien. Traté de escapar, pero antes de que lo lograra, la camarera regresó trayéndome sopa, pescado, carne y una botella de vino. En cuanto vi todo aquello enfrente de mí, olvidé trampas y ajustes de cuentas.

Después de comer y de beber el vino rojo, la muchacha me llevó una segunda botella y gritó:

– Señores, aquí tenemos a un marinero *boche* que perdió su barco y que no puede pagar su cena, ¿quieren ayudarle?

Al oír aquello me sentí como un piojo, pero era demasiado tarde para remediarlo. Esperaba ser golpeado en cualquier momento, hasta que los huesos se quebraran.

Estaba equivocado. Nada de eso me ocurrió. Todos los hombres que se hallaban allí, marineros y estibadores, se volvieron hacia donde yo estaba. Uno de ellos se levantó, se aproximó hasta mi mesa, chocó su vaso con el mío y dijo:

– ¡A tu salud, marinero!

La muchacha hizo circular un plato y cuando me lo entregó, había en él bastante para pagar mi cena, las dos botellas de vino, y sobraba además algo para mi desayuno del día siguiente.

Cuando llegó la hora de cerrar el establecimiento, la camarera me preguntó si tenía en dónde pasar la noche. Le contesté que no. Entonces ella dijo:

– Ven conmigo, yo te acomodaré por esta noche.

Ella tenía solo una cama en su cuartito. Yo intenté dormir en el suelo,

como suelen hacer en las películas, a fin de mostrar a la muchacha que era un caballero. A la muchacha, sin embargo, no pareció gustarle la idea y dijo:

– No hagas que me avergüence de ti. ¿Para qué crees que te traje aquí? Tendrás que pagarme por la noche y tendrás que hacerlo bien, si no quieres que por la mañana me arrepienta de haberte considerado un buen marinero.

¿Qué podía yo hacer? Tuve que obedecer sus órdenes.

– ¿Qué creíste? -dijo cuando apagó la luz-. ¿Qué te había conseguido la cena única y exclusivamente por el bien de tu estómago? No, precioso; tienes que pagar por la cena. No quiero que te resfríes durmiendo en el suelo y, además, les tengo miedo a los ladrones y a los ratoncitos.

Por la mañana me dijo:

– Vete sin hacer ruido, porque si la casera se da cuenta, querrá aumentarme la renta pensando que me ayudo con el oficio. Ven siempre que puedas, marinero; ya sabes que serás bien recibido y que te ofreceré una buena cena.

Me hubiera gustado decirle que se equivocaba al pensar que un *boche* podía ser agradecido. En cualquier forma, estoy seguro de que algún buen día se enterará. A Marsella Llegan algunos barcos americanos y a bordo de ellos un montón de muchachos deseosos de mostrarse agradecidos.

El mismo día me escurré en otro carguero y regresé a Barcelona.

Caramba, ningún pez quiere tragarse el anzuelo y la lata de salchicha negra ya casi se acabó; pero yo tengo la culpa, mis pensamientos y mis sueños están en otras cosas. Sí, también están en la guapa y tierna chica de Marsella. Cuando quieras pescar concéntrate en el asunto, déjate de pensar en cosas que no puedes tener. En fin, cuando tenga todo un cargamento de pescado iré a las afueras del puerto, encenderé un buen fuego y asaré los robalos. Estoy harto de pescado frito en aceite de oliva.

Otra vez se han comido el cebo sin tragarse el anzuelo. Por lo menos hace tres horas que estoy aquí sentado; pero la pesca es una buena medicina para los nervios irritados, y no nos deja el sentimiento de haber perdido el tiempo en vano. Es un trabajo útil que ayuda a la economía nacional, porque si yo como los pescados que saco del mar, no necesito comer la sopa de fideos que alguien me regale de las sobras de un restaurante. Entonces, esta sopa será ahorrada, y al fin del año los fideos economizados se consignarán en los libros de estadística del Estado, y la línea impresa en la que la economía se registre, costará más que todos los fideos tirados. ¿Pero qué haríamos los pobres

humanos si no existieran las estadísticas, que dan buenos empleos a tantas gentes que se sientan ante sus mesitas a fumar cigarros, a pintarse los labios, a pulirse las uñas y a leer novelas de amor?

Ahora, viendo las cosas desde otro punto de vista, yo podría vender los pescados, quizá saque suficientes para venderlos por cien pesetas. Así tendría los fondos necesarios para dormir en cama dos noches más.

Ya ves, amiguito mío, aquí te tengo por fin. Eres tú el que se ha comido toda mi buena lata de salchichas negras holandesas. No pesas mucho, medio kilo a lo sumo, tal vez sean sólo trescientos cincuenta gramos si sé calcular bien. Estás bailando como loco colgado del hilo. Sé cómo te sientes, viejo; yo también he bailado como tú más de una vez. Lo siento mucho, créeme; pero ahora tengo ganas de comer pescado asado.

¡El agua está tan fresca y el sol tan hermoso! Aquí en España no me ha agarrado todavía ningún gendarme. Soy libre y yo sé lo que es perder la libertad. Realmente estos trescientos gramos de pescado no valen la pena. Si al menos fuera un kilo... En fin, amigo, por lo menos me diste la satisfacción de tragarte el anzuelo y de no dejarme sentado aquí todo el día sin resultado alguno, y como a mí me gusta más sentirme libre que comer bien, y como el sol sonríe tan amablemente y el mar está tan azul y tú eres un pececito español, no te voy a ejecutar. Nada en tu elemento, nada con toda alegría y goza de tu vida. ¡Cuidado! No corras inmediatamente a la red de otro que quiera comer hoy pescado asado. Mejor corre y saluda a tu amorcito.

Allá va nadando, muy lejos; hasta acá me parece oír su risa. Saluda a tu amor, amor, mi amor. Olvídalas. Ya la tiene otro. No la culpo. ¿Qué puedo yo hacer? Nada en el mar y olvídalas, así es mejor.

¡Ay, madre santa! ¿Pero qué clase de tina es esa que viene allá? Mírala, rascando el muelle con la barriga abollada, como si le tuviera miedo al mar abierto. Aunque usted no lo crea, hay barcos que temen horriblemente al océano; *yer, sir*. Y las gentes cometan un gran error no reconociendo el sentir de los barcos. La verdad es que ellos tienen sus malos y buenos humores, sus preferencias y caprichos, igual que los humanos. Los barcos no son objetos sin alma; *no, sir*. A primera vista puedo decir que éste, con su apariencia de tina vieja, tiene una gran personalidad. Es uno de esos tipos a quienes vale más dejar en paz para evitar dificultades.

¿Que si he navegado en muchos barcos? Claro que sí, señor. Y he visto cientos y cientos de ellos. Eso lo creería hasta el descreído Santo Tomás; pero por el infierno que nunca había visto un barco como éste.

Todo él parecía hecho para jugar una broma. Mirándolo nadie hubiera creído que pudiera sostenerse sobre el agua, y más bien se le habría considerado como algún medio de transporte usado en el desierto del Sahara; *yes, sir*. Un tronco de camellos hubiera tirado de él perfectamente sobre la arena.

Su apariencia no era ni moderna ni prerromana, y tratar de determinar el período de construcción naval al que pertenecía, hubiera sido necio, porque parecía no avenirse a edad alguna. En ningún museo de marina del mundo entero había yo visto modelo semejante.

Sobre el casco se leía su nombre: *Yorikke*. Las letras de éste eran tan delgadas y estaban tan borrosas, que tuve la impresión de que él se avergonzaba de su nombre. *Yorikke*, ¿a qué lengua correspondía aquel nombre? Casi a todas. Parecía nórdico. Tal vez fuera algún barco abandonado por los vikingos y escondido por siglos en alguna bahía solitaria en la región ártica.

No se bien por qué, pero aquel barco me hechizaba; no podía apartar la vista de él; *no, sir*. Dejé de pescar y me aproximé para mirar la popa. De acuerdo con los tratados internacionales, en aquel lugar debía aparecer claramente escrito el nombre de su puerto de origen; pero aparentemente no quería traicionar el lugar de su nacimiento. Compañeros de cuna, ¿eh? Desde luego que sobre la popa había algo pintado. Pero estoy seguro de que solamente un buen arqueólogo habría sido capaz de descifrar aquellas manchas.

Por supuesto, sobre la popa ondeaba una bandera, tan desteñida, ligera y maltratada, que podría haber representado la enseña de cualquier país del mundo. Parecía haber flotado sobre todos los barcos de guerra de todas las flotas que han combatido en los mares desde hace cinco mil años.

Me interesaba saber el color del casco, pero me era imposible determinarlo; parecía haber sido blanco como la nieve, allá en los tiempos de

su infancia. Pero eso debió ser antes de que el viejo Abraham abandonara Ur de Caldea en compañía de su esposa Sara. Por lo menos doscientas capas de pintura habían caído sobre la primera, dando por resultado que sobre el casco se vieran todos los colores del iris y que su volumen fuera del doble que el original. Ninguno de sus propietarios había permitido que se le desembarazara de la pintura anterior antes de cubrirlo con la nueva, sino que habían aprovechado los lugares que aún se hallaban en regular estado, a fin de que la pintura resultara lo menos costosa posible. Y así se veían treinta metros cuadrados de azul celeste junto a otros treinta de amarillo.

Cuando lo vi por primera vez, estuve a punto de dejar caer la caña de pescar, sorprendido por aquel monstruo de los mares.

Generalmente los individuos son juzgados como locos debido a su apariencia exterior, relacionándose el desarreglo de su mente con el de sus ropas.

Algo andaba mal en el *Yorikke*, y llamarlo un barco en sus cabales o un navío normal habría sido tanto como inferir un insulto a todos los barcos que surcan los siete mares. Su apariencia estaba enteramente de acuerdo con su mente, su alma, su espíritu y su conducta. Solamente un navío loco podía verse como aquél. Y ello no se debía sólo a su vestidura, sino a todas las partes que lo componían.

Sus mástiles eran como las ramas de algún árbol fantástico de North Dakota, en noviembre. Su chimenea estaba abollada y torcida como un tirabuzón. No podía imaginar en qué forma se hallaba conectado el puente con el resto del armazón.

Sentado en el muelle contemplando al viejo *Yorikke*, empecé a reír y a reír hasta estallar en carcajadas atronadoras que debieron asustarlo. Tembló y se deslizó retrocediendo. Parecía no querer aventurarse por mar abierto. Se hallaba notoriamente asustado, sabiendo, tal vez, que ya no regresaría. Resbalaba y frotaba su casco contra las pesadas vigas del muelle, produciendo un ruido penetrante. Al verlo luchar duramente en contra de las órdenes de su capitán, empecé a compadecerlo. Aquello era tanto como pretender que la vieja tía Lucinda saliera de su Jetmore, Kansas, su pueblo natal, del que nunca se ha apartado, y que vistiendo traje de baño subiera a un trampolín, a diez metros de altura sobre el océano. Sentí verdadera compasión por el atemorizado *Yorikke*, que debía abandonar las calmadas y suaves aguas del protegido puerto para ser lanzado al despiadado mundo, a afrontar tifones y huracanes, a soportar la furia de los elementos desatados bajo el cielo.

Ninguno de sus hombres lo compadecía y trabajaban afanosamente para obligarle a marchar, indiferentes ante su oposición y descontento. Veía a la tripulación agitarse, la oía gritar. Los molinetes colgaban cascabeleando, como si los golpearan para obligarlo a trabajar y a portarse bien a los ojos de la gente de mar que lo miraba desde otros barcos.

¿Qué podía aquel viejo indefenso en contra de los puños de todos aquellos tipos impregnados de aguardiente? Podía araÑarlos, graznar y morderlos, pero eso no le ayudaría en nada. Tenía que someterse, soportar su carga y salir.

Él era así. Una vez que se decidía a salir al mar abierto, corría como un diablillo libertado por vez primera de las faldas de su abuela. DespuéS me enteré de que obraba así para regresar tan pronto como le fuera posible a puerto seguro en qué descansar y soñar en los viejos días idos, cuando nadie le impelía a hacer cuantos viajes fueran posibles en provecho de sus empresarios.

Nadie podía culparlo por aquello, sus piernas empezaban a pesarle; ya no era joven, la primavera ya no estaba dentro de él como en los tiempos en que escoltara el bajel en que Cleopatra festejaba a Antonio. Y de no haber sido por la gruesa vestidura se habría congelado en las aguas del océano, pues su sangre ya no era tan ardiente como cinco mil años atrás.

Hay gentes que por el solo hecho de haber cruzado el mar media docena de veces en barcos de pasajeros, creen sinceramente saber algo acerca de buques, marineros y océanos. Podría incluirse entre el número de los ignorantes a los oficiales y a los camareros. Los oficiales son simplemente burócratas con derecho a pensión en su vejez, y los camareros no son más que mozos.

El capitán está al mando del buque. Perfectamente. Pero no lo conoce. No señor, créame. El individuo que se sienta sobre el dromedario y le indica al arriero adónde debe ir, no conoce al dromedario. Solo el arriero conoce y comprende al animal. Es a él a quien éste habla, y es él quien contesta a la pobre bestia. Solamente él conoce las aflicciones, las penas y los goces del dromedario.

Lo mismo ocurre en los buques. Al capitán siempre se le ocurre hacer algo que el barco no puede hacer y no hará. El barco lo odia a él tanto como odian a sus jefes todos aquellos que tienen que soportarlos. Cuando un jefe es amado o cree serlo, ello se debe únicamente a que aquellos que se hallan bajo sus órdenes saben que es más fácil llevarse bien con el viejo si se le da por el gusto. Siempre debes considerar como loco a tu jefe. Estarás en lo cierto y además las relaciones entre ambos serán mejores.

Los barcos aman a la tripulación. Son sus miembros los únicos buenos camaradas con que cuentan en el mar. Son ellos quienes los pulen, los lavan, los aliñan, los acarician y los besan con sincero afecto, porque en lo que a su buque concierne, no son hipócritas.

El capitán tiene un hogar, algunas veces un hogar campestre o una hacienda; tiene familia, una bella esposa y muchas preocupaciones acerca de ellos. Algunos marinos también tienen esposa e hijos, pero raramente son buenos marinos. Ven al barco con los mismos ojos que un obrero fabril mira a la fábrica en que trabaja para ganarse la vida.

Los buenos marinos, los verdaderos marinos, los marinos de nacimiento, no tienen más hogar en el mundo que su barco. Puede ser éste o aquél, pero siempre será un barco.

El barco sabe perfectamente que no puede moverse ni una pulgada sin

su tripulación. Los barcos pueden marchar bien sin capitán y sin oficiales, sé de muchos casos, pero nunca he oído decir que alguno marchara sólo con el capitán a bordo.

El barco conversa con la tripulación, nunca con el capitán o con los oficiales. Es a la tripulación a la que cuenta y de quien escucha a la vez historias maravillosas y fantasías de todas clases. Cuando empiezan a devanar viejos ensueños, el cascabeleo y los crujidos del cascarón cesan, y la embarcación queda silenciosa para no perder una sola sílaba del relato. Todos los cuentos de mar que yo sé me los han relatado los barcos, no las gentes. Y las historias escritas por los capitanes pensionados son los grandes mamarrachos.

Algunos sábados por la tarde, cuando la tripulación se sienta en la cubierta a relatar cuentos sobre los siete mares, y a hacer bromas acerca de los capitanes y jefes, he visto a los barcos reír disimuladamente. También les he visto reír y llorar cuando escuchan la historia de algún valiente marinero que fuera a parar al fondo del mar después de salvar a un niño, o a un compañero. Y he escuchado los amargos sollozos de un barco al enterarse de su retiro después de un último viaje. Fue ese, un barco que llorara desconsoladamente, y que nunca más regresara a casa y que cuatro meses más tarde se anotó en el *Lloyd's* como «perdido en aguas desconocidas».

El barco siempre se pone de parte de la tripulación, nunca de parte del capitán. ¿Por qué? Porque el capitán nunca trabaja para el barco ni se ocupa de él. Trabaja y se ocupa de la compañía que le paga. En cambio, los hombres de la tripulación ignoran muchas veces a qué compañía pertenece su barco; ellos no se preocupan por semejantes detalles; *no, sir*. Se interesan, sí, por el barco y por los alimentos que se les dan. Supongamos que la tripulación se amotina, el barco inmediatamente se pone de su parte y el capitán no sabe qué hacer con él. Esto es un hecho, extraño quizás, pero cierto. Sé de un barco que se hundió con una pandilla de esquiroles. Se encontraba a la vista del puerto, cuando mucho a veinte millas, cuando se hundió con el solo propósito de ahogar a la pandilla, y lo hizo tan repentinamente que ni un solo hombre pudo salvase; *yes, sir*.

Volviendo la vista nuevamente hacia el achacoso *Yorikke*, no pude comprender cómo, con tripulación completa, podía abandonar a España, la del generoso pueblo. Viajar en aquel barco en lugar de permanecer en ese puerto, era algo que estaba fuera de mi comprensión. Sin duda había algún secreto de por medio. Tal vez fuera... pero no, eso no podía ser. No en un sitio tan cercano a la civilización. ¿Cómo no me percaté de ello en el primer momento?

Sin embargo, aún existía algo respecto a él que lo apartaba del concepto de viejo truhán. El buque empezó a interesarme. No puedo dejar de verlo aunque solo sea para descubrir el misterio que oculta.

Finalmente parece darse por vencido y decidirse a caminar voluntariamente. Entonces me enteré de que tenía personalidad. El capitán lo ignoraba porque era estúpido. El *Yorikke* era mucho más inteligente que su capitán. Era, por lo que veo, como un experimentado y excelente caballo de pura sangre; pertenecía a la especie de individuos a quienes hay que dejar obrar por cuenta propia si se desea que pongan de manifiesto sus mejores cualidades. Todo lo que un capitán tiene que hacer, es presentar un certificado de examen para tomar el mando de un barco tan delicado y de carácter tan individualista como el *Yorikke*. Esto es una prueba más de que los capitanes no conocen sus barcos; *no, sir*. Además, ¿de qué se ocupa un capitán durante todo el día? Su única preocupación consiste en encontrar la manera de ahorrar gastos a la compañía, cosa que generalmente logra recortando la ración de los tripulantes y dejando algo en su propio bolsillo.

El capitán trataba de forzar al *Yorikke* contra viento y marea. Un viejo achacoso, con cinco mil años de experiencia, no debiera ser forzado. Si ello se intenta, es posible hacer estallar sus arterias. Si toma una dirección equivocada, no podrá culparse al piloto, quien tiene solo obligación de conocer las aguas, no el barco. Ese es asunto del capitán, y era fácil saber qué clase de capitán era aquél que fustigaba al pobre viejo. El barco frotó con fuerza el muelle, tanto, que tuve que encoger las piernas para evitar que se las llevara, pues no abrigaba la intención de enviarlas a Marruecos en tanto que el resto de mi cuerpo permanecía en España.

Meneó la popa como un viejo verde que intenta bailar la rumba. La hélice levantó un remolino de espuma lodosa. Se agitó, respingó, resopló como mula de rancho con mataduras. Después se tambaleó como los borrachos que intentan esquivar los postes sin lograrlo nunca.

El capitán hizo un intento más para sacarlo del muelle. Viéndolo a lo más a un metro de distancia, y dándome cuenta cabal de su mal estado, me dije, que ni aun representando él el único medio para escapar de la horca lo aprovecharía; preferiría el cadalso, pues no recordaba haber visto en el mundo ni barco, ni cosa alguna que tuviera un aspecto tan absolutamente desesperanzado y perdido como aquel *Yorikke*. Me estremecí, era preferible ser un marino abandonado y hambriento, a formar parte de la tripulación de aquel barco.

Cuando el buque luchaba aún por salir, respirando como un asmático, descubrí sobre la cubierta a una docena de hombres que formaban sin duda parte de la tripulación desocupada en aquellos momentos.

Durante mi vida he visto hombres harapientos, miserables, piojosos, malolientes, sucios, quebrados, borrachos, derrengados, sin lavar, sin peinar, sin rasurar, grasiéntos, remendados, astrosos, pero ¡que Dios me ayude! nunca antes en mi vida, en ninguna parte del mundo, sin excluir los puertos asiáticos y de la América del Sur, vi jamás hombres semejantes a los de aquella tripulación. Solo la tripulación que sobreviviera a un naufragio en una isla dejada de la mano de Dios, y probablemente ni esa tendría la apariencia de aquella. ¿Cómo era posible que la tripulación de un barco que zarpaba tuviera aquel aspecto? Era inconcebible que ese buque zarpara con aquella tripulación.

Mi aspecto no era elegante, estaba muy lejos de ello, joh, sí! muy lejos. Hasta un escocés que me hubiera visto me habría dado un centavo. Sin embargo, comparado con aquellos hombres era yo una especie de *jeque* de alguna muy suntuosa corista de Broadway.

Aquél no era un barco de muertos. Que Dios me perdone por el pecado de haber tomado al *Yorikke* por uno de ellos. Aquellos eran piratas perseguidos durante un año por todos los barcos de guerra de todas las naciones. Bucaneros caídos tan bajo, que eran capaces de abordar hasta a los juncos chinos cargados de legumbres.

Uno de ellos no llevaba ni cachucha ni sombrero; no, llevaba envuelta la cabeza en una especie de turbante hecho con un pedazo viejo de enagua de mujer. Otro... bueno, señor; tal vez usted no me crea, pero que un rayo me parta si miento..., bueno, se tocaba con un sombrero de copa de seda negra. Imagínese eso, un marinero de sombrero de copa a bordo de un carguero.

Posiblemente el reglamento especial del *Yorikke* prescribía el uso de la chistera al deshollinador. Otro había, vestido totalmente de noche y muy elegantemente vestido, pero era de la mitad de la talla de las ropas que parecían haberse acomodado mejor al hombre de la chistera, detalle por el cual pude enterarme de la historia completa. El hombre de la chistera había

concurrido a un baile en la embajada de Francia, en donde había recogido -digamos «recogido»- un collar de perlas perteneciente a la mujer de un empacador de Chicago, y se había visto obligado a salir corriendo en los momentos en que la mujer lanzaba un grito. O tal vez había estado en su propia boda y al ver por primera vez a su suegra, echaría a correr como un gamo y treparía al *Yorikke* con tiempo sólo para ser contratado como fogonero. Otros estaban vestidos, o más bien, cubiertos, con trozos de costal. Uno más llevaba, en vez de camisa de hombre, una especie de blusa de mujer, extraviada tal vez en el cuarto alto de la taberna de algún puerto africano. No me habría sorprendido ver a alguno de ellos con mantilla, tal vez ese se encontraba ya echando carbón en la caldera.

Si hubiera tenido la seguridad de que eran piratas, les habría rogado que me llevaran con ellos para conquistar fama y riqueza. Pero la piratería en nuestros días no resulta, si no se cuenta por lo menos con dos submarinos.

Presintiendo que no eran piratas, prefería una vez más al verdugo antes que navegar en el *Yorikke*. El barco que me llevara de la bella España tenía que ser muchísimo más elegante que el *Tuscaloosa*. Y no es que pretendía criticar al *Tuscaloosa*, aquél era un gran barco. *Yes, sir.*

¿Dónde se encontrará ahora el *Tuscaloosa*? ¿En Panamá? ¿O en camino de Nueva Orleans? *New Orleans, Jackson Square, Levee, Honey, Oh, shit!* Bueno, pongamos otro pedazo de salchicha negra; tal vez todavía sea posible conseguir un pescado frito para la cena. Solo un momento hasta que esa tina oxidada se marche. Si no es pescado frito, tal vez consigamos sopa de pasta en algún restaurante o una buena sopa *hollandish* en el holandés.

El *Yorikke* pasó como un caracol que hubiera comido demasiado.

Cuando las caras de los tripulantes que iban en la cubierta quedaron exactamente encima de mí, uno de ellos gritó:

– ¡Hey!, ¿no eres marinero?

– *Yes, sir.*

– *Wanne ship?*

¡Vaya inglés el que usaba!

– ¿Que si quiero qué?

¡Rayos y truenos, ojalá que no sea eso lo que quiere

dicho! Trabajo. ¡Que el diablo se compadezca de mí!

Trabajo. Exactamente aquello que me preocupara durante meses y

meses. La trompeta del arcángel San Miguel en el día del Juicio no me infundirá tanto terror como aquella proposición. La eterna regla es que los desocupados busquen trabajo. ¿Cuándo, desde los días de Caín, se ha visto que se ofrezca a alguien trabajo sin que lo solicite?

Soy supersticioso como todos los marineros. Es imposible dejar de serlo cuando se surcan los mares en un navío a merced de los cambios atmosféricos, confiando sólo en la buena suerte y en un piloto mediano para sortear los escollos ocultos y los barcos que, cubiertos por espesa niebla, caminan en dirección opuesta. Sin alguna superstición en qué confiar cuando se tienen dificultades, acabaría uno por volverse loco, porque las oraciones de nada sirven a los marinos. Argüir con el capitán no vale la pena, de todos modos ordenará que se lancen los botes salvavidas y gritará:

– No pierdan el tiempo; corran o la tina se vuelca.

Y es debido a mi carácter supersticioso por lo que contesto «sí» cuando se me pregunta si quiero trabajar. Supongamos que mi respuesta fuera negativa, entonces la suerte de toda mi vida habría terminado y jamás encontraría un barco para regresar a Nueva Orleáns.

Además, llegaría un día en el que yo realmente necesitara dinero, la chica podría decir: «Bueno, el doctor cree que eso será a más tardar a mediados de la semana próxima.» Entonces se necesita tener trabajo y con urgencia. Mi maldita superstición me ha hecho bastantes juguetes y me ha colocado en situaciones muy poco agradables e interesantes. Fue mi superstición la que me indujo a trabajar como asistente de excavador de tumbas en el cementerio de Guayaquil, Ecuador. Fue mi superstición también la que me indujo a vender astillas de la cruz de Nuestro Salvador en las ferias de Irlanda, astillas de la mismísima cruz en que exhalara el último suspiro Nuestro Señor. Cada astilla era vendida en media corona, y la lupa necesaria para que el creyente pudiera verla, en media corona más. A partir del momento en que yo hice a los irlandeses aquella mala jugada, perdí la esperanza de ser salvado y de aprender a tocar el arpa.

No estuve lo malo en que ayudase a vender las astillas de la cruz de Nuestro Señor. Peor, mucho peor fue que ayudase al patrón en la noche y en el cuarto del hotel a cortar las astillas de una tabla de un cajón viejo; pero lo peor de todo fue que en el día, durante la venta, juré por la salvación de mi alma haber traído yo mismo esas astillas de la lejana Palestina, en donde un árabe convertido al cristianismo me las había dado porque Dios había dicho a este árabe en un sueño que solo los irlandeses merecían tenerlas. Tenía un documento en árabe que confirmaba todo lo que yo dijera. Como última

prueba tenía otro documento en inglés que era una traducción del documento árabe, y así todas las gentes quedaban convencidas de que las astillas eran las únicas legítimas en el mundo, y que tenían mucho más valor que el precio que nosotros cobrábamos. Son cosas como ésta las que le pueden pasar a uno si es supersticioso como yo. Los piadosos irlandeses no eran supersticiosos, por eso creyeron todo lo que yo dije. Ahora pueden creerme ustedes si les digo que he perdido para siempre la oportunidad de oír cantar a los ángeles en el cielo.

Así pues, debido a mi superstición, nada más natural que contestara afirmativamente cuando se me preguntó si quería trabajo. No podía ver mi semblante, pero estoy seguro de haber palidecido ante la horrible idea de navegar en aquel buque.

– ¿Marino calificado? -preguntó el hombre.

He ahí mi oportunidad. Les hacía falta un marino calificado y yo no lo era. Tuve cuidado de no contestar que no era calificado. En casos de emergencia hasta un marino no calificado puede tomar el timón si solo de vigilar se trata.

Alegremente contesté:

– No, señor. No soy marino calificado, sólo *black gang*.

– ¡Espléndido! Justamente lo que necesitamos. Date prisa y sube, porque ya nos vamos.

La cosa estaba clara, estaban dispuestos a tomar a cualquiera. Estaba seguro de que les hacía falta media tripulación; bien hubiera yo podido decir, cocinero o carpintero o contramaestre o hasta capitán; que ellos hubieran contestado: «Justamente lo que necesitamos, trepa.»

Aún me quedaban algunas cartas que jugar.

– *Where ye bound?* -pregunté.

Un marino tiene derecho a rehusar el contrato si el viaje no le gusta o si en el lugar de destino es requerido por la policía o por alguna chica abandonada con un niño.

– ¿Adónde quieres ir?

Eran listos; bien hubiera yo podido decir: al Polo Norte o al Monte Everest, que ellos hubieran contestado:

– Es exactamente allí adonde vamos. Trepa.

Yo conocía un país al que aquel buque no se atrevería a llegar, así pues dije:

– Inglaterra.

– Hombre, tienes suerte -gritó uno de ellos-. Llevamos carga para Liverpool. Algunas mercancías. Allí se te pagará siquieres.

Cayeron en la trampa, yo sabía que el único país del mundo en el que un marinero no puede dejar su barco si no es inglés era, por aquel entonces, Inglaterra; para lograrlo necesitaba estar enfermo o tener que abandonar el barco por hallarse éste en reparaciones. Pero, ¿cómo podía yo probar que mentían? Aparte de que aquello parecía enteramente ridículo. Nadie en el mundo podía forzarme para que me enganchara en aquel barco y, sin embargo... Creo que ocurre siempre lo mismo. Si se es feliz, se desea serlo más. Se quiere un cambio. Estoy convencido de que desde que el viejo Adán se aburrió en el Paraíso -cosa que, dicho sea de paso, fue la única virtud humana que manifestó- pesa sobre el hombre la maldición de nunca sentirse satisfecho.

El destino jugaba nuevamente una de sus cartas sucias. Yo había dicho sí, y los reyes pueden faltar a su palabra, pero los marineros no. Aquel barco del que me había reído cordialmente, se vengaba de mí. ¿No dije antes que el *Yorikke* tenía personalidad?

El mal había estado en que yo fuera a ver zarpar los barcos. Un marinero abandonado, cuando se siente satisfecho de ello, debe apartar la vista de los buques que ostentan la bandera azul.

Algo más, un marinero nunca debe soñar ni con los peces ni con la pesca; mal sueño para un marinero, sueño de mala suerte. Un marinero no debiera pensar siquiera en la pesca. Aun cuando coma pescado debiera comerlo imaginando que come otra cosa. Y yo me había olvidado de seguir esa vieja y buena regla que nos legaran como protección gentes más sabias que nosotros.

Jugué mi última carta:

– ¿Cómo pagan?

– En dinero inglés -gritó el hombre.

– ¿Qué tal la comida?

– Buena y abundante. Pero oye, marinero, sube y afánate o te quedarás sin trabajo, porque ya nos vamos.

Me tiraron una cuerda. La cogí. Encogiendo las piernas me balanceé golpeando el casco. Me subieron rápidamente, balanceándose hasta que alcancé el baluarte.

Y heme allí sobre cubierta.

En aquel preciso momento, como si el *Yorikke* me hubiera estado esperando, la maquinaria pareció tomar aliento y se puso en marcha a todo vapor. Con ojos acariciadores volví la vista a la maravillosa España, que se desvanecía, desapareciendo entre la bruma con rapidez tal que tuve la intuición de que me castigaba por haberla traicionado. Bien, España, lo siento, pero un marino debe jugar limpio y guardar su palabra mejor que un rey.

Cuando España desapareció totalmente ante mis ojos, tuve la impresión de haber traspuesto el gran umbral en cuyo dintel se leen las solemnes palabras:

El que aquí entra, deja de existir.

Libro Segundo

INSCRIPTION OVER THE FORECASTLE OF THE DEATH-SHIP He who enters here,
His name and being are wiped out. Not a breath of him remainsIn the vast
world. He may not go back, nor forward, Spell-bound he stands where he must
stay For ever. No god knows him and no hell, He is neither day nor nigh tHe is
nothing, he is never-been and never Will-be. Too great for infinity, Too tiny for
the grain of sand, Which has its purpose in the universe. He is what has never
been, And never thought.

INSCRIPCION SOBRE EL CASTILLO DE PROA DEL BARCO DE LOS MUERTOS Aquel
que aquí entra, su nombre y su ser son borrados. Ni un soplo de él queda en el
ancho mundo. No podrá retroceder ni avanzar, hechizado se queda donde
deberá permanecer para siempre. Ningún dios lo conoce ni ningún infierno, no
es ni día ni noche, es la nada; lo que nunca ha sido y lo que jamás será.
Demasiado grande para el infinito, demasiado pequeño para el grano de arena
que tiene su propósito en el universo. Es lo que nunca ha sido lo que nunca fue
pensado.

Pude ver de cerca a estos domadores de tiburones. La impresión que me causaran cuando estaba aún sentado en el muelle no fue ni mejor ni peor. Fue aplastante y absolutamente destructiva. Había tomado a algunos de ellos por árabes, nubios o alguna otra especie de negros, y me percaté de que eran blancos con apariencia de *swahili* debido a la capa de carbón y de suciedad que los cubría.

En ninguna parte quizá, a excepción de la Rusia bolchevique, se considera a los marinos como miembros de la misma clase social a la que pertenece el capitán. De ocurrir esto en algún otro sitio sería causa de complicaciones; *yes, sir*. Pues un buen día, cualquiera podría confundir a un grumete con el capitán y encontrar que aquél era tan inteligente como la mayoría de éstos, lo que, dicho sea de paso, no sería prueba de que el grumete de referencia fuera realmente inteligente.

En el *Yorikke*, había, evidentemente, varios rangos entre los marinos. Tuve la impresión de que los había de primer, segundo y más grados, y no me cupo duda de que dos de ellos pertenecían al sexto grado, que bien puede considerarse como el último. No creo que tuvieran ni la inteligencia necesaria para ayudar a los salvajes de Nueva Guinea a romper la corteza de los cocos con un hacha de piedra.

— ¡Buenos días! -me dijo el jefe de aquella pandilla de rateros-. *I aim de shecond enjuneer. Dat man here wat is mine nabor, now dat ish our donkeyman.*

«¡Vaya inglés!», volví a pensar, y a partir de entonces tuve que traducir su jerga para poder encontrar sentido a sus palabras. Quería informarme solemnemente que él era el segundo maquinista, y el ladrón de caballos que estaba a su lado era el *donkeyman*, quiere decir, el maquinista inferior de las máquinas auxiliares o, como nosotros acostumbramos llamarlo, el *donk*. Ese nombre tiene su origen no en un asno, sino en las máquinas que llevan el nombre de burro y burras y que se emplean en los barcos para accionar las cabrias, los malacates y cabrestantes.

— Gracias, caballero -dije presentándome-, y yo soy el presidente general de la compañía que patrocina esta cáscara y he venido solamente a jorobarlos.

No debían creerse capaces de dejarme a la zaga, diciéndose segundo maquinista uno, y *donk* el otro. No, eso conmigo, *no, sir*. Ya trabajaba yo como pinche de cocina cuando pájaros como aquellos eran perseguidos por truhanes. Bien se yo cuándo tiene canela el chocolate.

No me entendió, porque dijo:

– Vaya al camarote y apártese un catre.

¡Rayos! ¿Entonces hablaba seriamente? ¿Entonces

aquel forajido era realmente el segundo maquinista y el otro ratero el *donk*? Me tambaleé como si me hubieran dado un garrotazo en la cabeza.

Cuando entré al camarote, encontré a algunos hombres estirándose perezosamente en sus literas. Me miraron con ojos soñolientos, sin interesarse en lo más mínimo por mi persona. Pensé que se prestaba menor atención a un marinero nuevo que a una lata de pintura.

Estoy seguro de que el *Yorikke* rara vez, si no es que nunca, abandonó el puerto con tripulación completa. Acerca de esto se contaba una desagradable historia. Se rumoreaba, y estoy seguro de que el rumor estaba bien fundado, que el capitán, en compañía del contramaestre, iba a las afueras de la ciudad, al sitio en que se levantaban los cadalso, y examinaba cuidadosamente a los colgados hasta encontrar a alguno a quien quedara vida suficiente para decir: «*Si, capitán; seguro que firmo.*» Y no veo razón alguna para no creer en aquel rumor. Cosas cien veces peores habían ocurrido en el *Yorikke*.

Pregunté si había alguna litera vacía. Con un movimiento de cabeza y torciendo el labio superior, un hombre me indicó perezosamente una litera alta.

– ¿Alguien se murió en ella? -pregunté. El hombre movió la cabeza, volvió a torcer el labio superior, y dijo:

– La litera inferior está también en venta.

Tomé la inferior. El hombre no me miraba ya y estoy seguro de que si algo más le hubiera preguntado, me habría arrojado su cuchillo, o por lo menos sus zapatos.

La litera no solo estaba vacante, sino libre de colchón de paja, de sábanas, de cobertor y de almohada. Solo había en ella polvo y pedazos de madera apolillada. Las literas son ejemplos de la forma en que los armadores apegados a la economía pueden ahorrar espacio sin exponerse a que los inspectores de trabajo les digan «no es suficiente espacio para la tripulación». Los inspectores de trabajo son muy condescendientes con los armadores. En

aquella litera difícilmente cabían dos paraguas bien doblados y atados fuertemente uno contra otro. Un marinero, admitiendo que fuera muy delgado, solamente habría podido dormir de lado. En cuanto a dormir sobre la espalda, quedaba totalmente descartado. En el *Yorikke* se tenía buen cuidado de impedir que los marinos engrosaran tanto de las caderas que les fuera imposible dormir de lado. Por otra parte, la cosa no tenía importancia, porque cuando los hombres regresaban de su turno estaban tan cansados que ni siquiera deseos de ginebra les quedaban. El pasadizo que separaba las literas de uno y otro lado era tan estrecho que por más que uno se contrajera, tocaba con las rodillas la litera opuesta.

Vestirse resultaba imposible en aquel sitio, pero a decir verdad, poco se vestía y desvestía la tripulación, porque no tenía con qué hacerlo. Todos conservaban puestos sus pocos harapos durante el trabajo o durante el sueño. Pues de haberse alguien desvestido al acostarse, jamás habría vuelto a encontrar las prendas a las que daba el nombre de pantalones, camisas o zapatos.

Además, careciendo de cobertores, las ropas servían para conservar el cuerpo un poco caliente durante el sueño.

En cada una de las literas opuestas a la mía, había pedazos de costal, tiras de lona y restos de pantalón y de camisa, imposibles ya de ser usados como tales por más voluntad que se pusiera en ello. Aquellos trapos servían de colchón. A guisa de almohada algunos usaban trozos de madera, y otros, cuerdas viejas. Yo juzgaba imposible dormir sobre aquellas cuerdas, pero llegué a envidiar a quienes las tenían.

Cuando algún hombre se quedaba en tierra, caía al agua o moría, los supervivientes peleaban por los harapos y cuerdas que dejaba, como buitres hambrientos que riñen con hienas por algún animal muerto.

El *Yorikke* no tenía luz eléctrica ni maquinaria con qué producirla. En su inmaculada inocencia ignoraba quizá hasta que cosas semejantes a la luz eléctrica existieran. Por muchos medios pude descubrir la edad exacta del *Yorikke*. Uno de ellos fue la luz usada para iluminar los camarotes de la tripulación.

Nosotros llamamos a esos aparatos lámparas de keroseno, pero los no iniciados les dan el nombre vulgar de lámparas de petróleo. Son una especie de bote abollado de lata. El quemador, que se regula con un tornillo, pudo haber tenido allá en sus buenos tiempos apariencia de latón, tal vez de bronce, pero hasta una niña de cuatro años sabe que el latón no se oxida y el hierro sí.

El moho acumulado durante los últimos quinientos años había destruido el quemador; sin embargo, debido al hábito adquirido a través de sus largos años de servicio, el quemador aún guardaba, como un fantasma, su forma original. A todos los recién llegados se les advertía que no manejaran con brusquedad el quemador, cuando llenaran la lámpara, porque el fantasma podía desmaterializarse y no quedar nada de él. La bombilla de cristal era solo un tubo siempre ennegrecido por el humo. Por orden del contramaestre, la lámpara debía ser limpiada todos los días. Así, pues, todas las mañanas se hacía la misma pregunta: «¿A quién le toca limpiar la lámpara?» Y nunca oí gritar a alguien: «A mí», o «A ti, Spainy». El «Tú» a quien hubiera correspondido habría peleado de palabra y de obra para rehuir la obligación. En tal virtud, la lámpara nunca se limpiaba.

Aquella, por su apariencia, debió ser la lámpara usada por las siete vírgenes cuando se lanzaron en medio de la noche para cuidar su virtud. La mecha no se había cambiado y era aún un trozo de la enagua de lana de una de las vírgenes. No era, pues, de esperar que una lámpara usada por vírgenes para guardar su virginidad, pudiera iluminar el camarote de la tripulación del *Yorikke* suficientemente para que los hombres se vieran unos a otros.

El keroseno usado en la lámpara se llamaba aceite diamante. Esa denominación le daba el capitán en las cuentas que presentaba a la compañía. Pero yo había visto al grumete que servía al capitán penetrar en el cuarto de máquinas cuando el maquinista se hallaba ausente y recoger todo el aceite de

desperdicio, el que el capitán mezclaba con gasolina, y de aquella mezcla resultaba el aceite diamante para nuestra lámpara.

- ¿En dónde está el colchón de mi litera? -pregunté.
- Aquí no tenemos; debió usted haber traído el suyo.
- ¿Almohada?
- No tenemos.
- ¿Mantas?
- No tenemos.
- ¿Qué tienen entonces? -pregunté.
- Trabajo -contestó con calma uno de los hombres.

Me sorprendió verdaderamente que la compañía proporcionara el barco, por lo menos, y no me habría admirado si la compañía hubiera exigido que los marinos llevaran su barco.

Cuando llegué al barco vestía unos pantalones aún decentes, sombrero y chaqueta, y calzaba un par de zapatos. Se me consideraba como el más rico de a bordo, porque al pájaro a quien había yo visto ataviado con el traje de noche, no le estaba tan bien como había imaginado al verle por primera vez. Los pantalones eran tan cortos que apenas le alcanzaban las rodillas, y el elegante frac tenía cortadas las dos colas a un nivel que el frente aparecía más largo.

Al cabo de dos semanas en el *Yorikke*, me enteré de que el capitán gustaba más de aquellos tipos que podían llamar suyas a pocas cosas. El capitán miraba con malos ojos a quienes regresaban del puerto llevando encima algo nuevo. Pero le importaba muy poco que alguien regresara tan borracho que hubiera necesidad de llevarlo a bordo a cuestas, y recompensaba a los compañeros que ayudaban al marinero a encontrar el buque, y muchas veces pagó gustoso deudas de cantina de la tripulación. En cambio, nunca adelantaba a sus hombres ni un solo dólar, cuando sabía que lo querían para comprarse una camisa nueva.

El camarote en que yo estaba tenía dos compartimientos separados por una gruesa pared de madera, contra la que, en ambos lados, se hallaban dos literas. La cama alta y la baja de mi compartimiento se hallaban fijadas a la pared del corredor; las otras dos, a la pared de madera. En el otro compartimiento había dos literas en la pared y dos fijadas contra el casco. Las construidas para cuatro hombres servían para ocho.

El reglamento prohibía a los hombres comer en los camarotes. Debían comer en el refectorio. Pero no había tal refectorio en el *Yorikke* por la sencilla razón de que, cuando este barco fue construido, el trabajo en Egipto, Grecia y Persia era hecho por esclavos, y demandar un comedor para ellos habría significado, en el lenguaje árabe, sindicalismo criminal, crimen por el que ser arrojado a los leones se consideraba como castigo muy leve. Ahora que hay algunos puertos en el mundo en donde los inspectores de trabajo suben a bordo para ver si los comunistas, que protestan continuamente diciendo que se trata a los tripulantes como a animales, mienten o son pandilleros. Esos inspectores de trabajo parecen hechos a la medida de las compañías, pues les prestan una amplia cooperación para resolver sus problemas. Estos inspectores se muestran encantados de dejarse vendar los ojos por el capitán. La compañía poseedora del *Yorikke* usaba, a guisa de velo, el refectorio para la tripulación.

La pared de madera que dividía el camarote en dos, no abarcaba toda su longitud, terminaba medio metro después de las literas, lugar en que se hallaba sujetada a un poste de hierro, y entre el poste y el arco quedaba un pequeño espacio libre. En aquel espacio se habían colocado una mesa tosca y dos bancos. Aquello era el refectorio. A decir verdad, se encontraban en el mismo camarote, aun cuando daba la impresión de hallarse aparte. Para ello se necesitaba solo de una poca de imaginación. Desde luego no había pared que dividiera el camarote del refectorio ni era posible la existencia de puertas. Pero considerando que un marinero con cabeza es capaz de imaginar una pared con una puerta, todo el mundo quedaba satisfecho y los informes acerca del *Yorikke* fueron siempre buenos.

En un rincón, exactamente junto a la ruda mesa, había un cubo que goteaba constantemente. Aquel cubo abollado servía de lavamanos, de tina, de ducha y se empleaba también para fregar el piso. Se le utilizaba, además, para recibir unos kilos de desahogos de los marineros borrachos cuando lograban regresar a bordo.

Hacinados en aquel pequeño espacio llamado refectorio, había cuatro roperos destinados a la tripulación. Y a no ser por los andrajos y los sacos sucios que colgaban dentro de ellos, se les habría considerado vacíos. En el camarote vivían ocho hombres, pero había solo cuatro roperos. Hasta el armador había sobreestimado las propiedades de los marineros, ya que nada de algún valor se guardaba en los roperos. Por orden especial del capitán, el camarote debía barrerse diariamente. Generalmente aquello lo hacía alguien que se quedaba pegado en el lodo sin poder levantar los pies, o aquel que

perdía una aguja o un botón de los que no podía prescindir. Una vez por semana, los camarotes eran empapados con agua salada y a aquello le llamábamos fregar el castillo de proa; para ello no se nos proporcionaba ni jabón ni cepillos. El capitán sin duda pasaba la cuenta por jabón, escobas y cepillos, pero nosotros nunca los vimos.

La tripulación no tenía jabón ni para lavar sus camisas. El jabón era cosa rara y altamente apreciada en el *Yorikke*, cosa que ponía de manifiesto que el barco no llegaba aún a la etapa en la que la civilización comienza. Ya podía sentirse feliz el hombre que llevara en el bolsillo un pedacito de jabón con qué lavarse la cara cuando se sintiera avergonzado de sí mismo. Nadie se atrevía jamás a dejar olvidado ni el más pequeño trocito de jabón, pues aun cuando fuera del tamaño de una cabeza de alfiler, alguien lo encontraría y lo escondería como un diamante. Este aprecio por el jabón ponía de manifiesto que la tripulación no era salvaje y que aún guardaba un ligero contacto con la civilización. La suciedad del piso y de las paredes formaba una capa tan gruesa y dura, que solamente con un hacha habría sido posible quitarla. Me hubiera gustado probar, no por apego a la limpieza, sino solo por razones científicas, lo que se había perdido totalmente en el *Yorikke*. Estaba seguro -y aun ahora lo estoy- de que si hubiera roto la corteza de suciedad y lodo, capa por capa, habría encontrado monedas fenicias y medallas de la antigua Macedonia cerca del fondo. Y todavía me emociono al pensar en lo que habría hallado de haber profundizado bastante. Hay una gran posibilidad de que hubiera yo encontrado las uñas que se cortara con los dientes el bisabuelo del hombre de Java, tan esenciales para precisar si los hombres de las cavernas habían oído hablar de Henry Ford y si los antiguos matemáticos, al servicio de la banca, podían determinar el monto del capital de la familia Du Pont.

Al salir del camarote había necesidad de atravesar un corredor muy oscuro e increíblemente angosto. En el lado opuesto de éste había otros dos camarotes, exactamente iguales al nuestro por su disposición y moblaje, pero diez veces más sucios. Yo hubiera jurado por mi alma que en el mundo no existía nada más sucio que el camarote en que yo dormía, pero cuando vi el camarote opuesto dije: «Este es el peor.»

Uno de los extremos del corredor desembocaba a la cubierta y el otro a una especie de toldilla. Cerca de éste y a ambos lados había dos cuartos pequeñísimos. Eran los camarotes de los oficiales inferiores, del carpintero, del *donkeyman*, del contramaestre y de otro hombre que tenía voz y voto a bordo. Su ocupación era un misterio. Algunas veces ayudaba al *donkey*, otras al carpintero y alguna más fungía como segundo contramaestre, fustigando a los

hombres que trabajaban en la proa, en tanto que el primero gritaba como un loco a los de la popa por su pereza infernal. De haber vivido en los días que precedieron a la revolución de independencia, le habría tomado por capataz, encadenador o verdugo. Tenía la apariencia de un contramaestre escapado de algún barco pirata capturado. Bajo la toldilla había dos rincones, uno destinado a las cadenas, en el que se podían ver de todas clases, y otro a las anclas de emergencia y herramientas para hacer reparaciones.

La pieza que quedaba a estribor era llamada el cuarto de los horrores o, más bien, la cámara de los horrores. Nadie en el *Yorikke* podía asegurar haber estado en su interior. Muchas veces tratamos de encontrar algún agujero o hendedura por donde poder mirar adentro, pero no había uno solo. Y una noche, cuando Spainy perforó la puerta, descubrimos que estaba protegida por una armadura de hierro.

En una ocasión en que, por una u otra razón, alguien preguntó por la llave de aquella cámara de horrores, resultó que nadie en el barco sabía de ella. Los compañeros decían que el capitán debía tenerla. El capitán, por su parte, juró por su alma y por la seguridad de sus hijos nonatos, no saber absolutamente nada de la llave, dio órdenes inmediatas y estrictas para que la puerta no fuera abierta, y agregó que mataría como a un perro rabioso y echaría al agua sin compasión los despojos del que se atreviera a abrir aquel cuarto. Aquello nos amedrentó y procuramos no acercarnos siquiera más que cuando se nos ordenaba ir por alguna cosa al cuarto próximo.

Nunca he encontrado un capitán exento de caprichos, pero aquél estaba plagado de ellos. Uno de sus muchos caprichos era no inspeccionar jamás el cuartel de la tripulación, cosa que, de acuerdo con el reglamento, debía hacer por lo menos una vez por semana. Siempre tenía una excusa para no hacerlo y alegar que lo haría al día siguiente, porque en aquel momento no deseaba estropear su apetito y además tenía que darse prisa a rectificar la posición del barco.

III

Por las costas del Mediterráneo y la costa occidental del África, corre el rumor de que dos hombres habían logrado enterarse de lo que había dentro de la cámara de los horrores. Aquéllos, desde luego, ya no se encontraban en el *Yorikke*. Los habían despedido en el preciso instante en que el capitán se había dado cuenta de su intromisión. Aquél no era el que mandaba el barco actualmente y había jurado matar al que se atreviera a espiar.

Pero aun cuando aquellos hombres habían sido despedidos, su relato persistía. La tripulación puede abandonar un barco, pero las historias relatadas por ella, persisten. Las historias se impregnán en los barcos, penetran todas sus partes: el hierro, el acero, la madera, todos los aposentos, las carboneras, la sala de máquinas, el almacén y hasta las sentinelas. Cientos, miles de esas historias, son relatadas por los barcos sin omitir ni el menor detalle. Ellos las cuentan a sus mejores camaradas -esto es, a los miembros de la tripulación-. Las relatan con mayor exactitud y mejor que las impresas. Es necesario sólo escucharlas con corazón comprensivo y amor por el barco. Desde luego que los hombres que se enganchan por un viaje en la misma forma que pueden colocarse en una fábrica, nunca escuchan las historias relatadas por los barcos, y los abandonan siendo tan tontos como antes de embarcar. No hay razón para hacer saber a esos tipos que los barcos cuentan historias; ellos se sienten demasiado listos para creerlo; *yes, sir*.

La historia de los hombres que permanecieron en la cámara de los horrores, fue conservada, como todas las otras, en el *Yorikke*. Los hombres, guiados por su curiosidad insaciable, vieron algunos esqueletos en la cámara. Asustados como estaban no pudieron contar cuántos eran en realidad. Pero aun cuando lo hubieran intentado, la cosa habría sido difícil, ya que los esqueletos habían caído, y se habían desintegrado y mezclado. Pero no había duda, sin embargo, de que eran muchos. Aquellos invasores de la cámara pudieron determinar a quiénes pertenecían.

Eran aquellos los restos de una tripulación anterior, que había sido devorada por las ratas. Estas, grandes como gatos, se dejaban ver a menudo cuando salían de su escondite por algún agujero que jamás pudimos encontrar. Las ratas corrían por los camarotes en busca de comida o de algún zapato viejo, y desaparecían rápida y misteriosamente. Aquellas bestias

salvajes nos asustaban, pero nunca pudimos atrapar ni matar alguna; eran demasiado listas y rápidas.

Por qué aquellos infelices marineros habían sido enviados a la cámara de los horrores, era algo que no podíamos determinar. Sin embargo, tomando una frase acá y otra allá de las historias contadas en los puertos acerca del *Yorikke*, pudimos hilvanar la historia completa.

Esos marineros, de cuya existencia quedaban solo aquellos huesos dispersos, fueron sacrificados para aminorar los gastos del *Yorikke* y elevar los dividendos de los asociados de la compañía.

El reglamento apunta que un marino debe cobrar el tiempo extra que trabaje, porque las uniones y sindicatos han ejercido su mala influencia hasta en el negocio marítimo. Así pues, cuando algún marino se separaba del *Yorikke* reclamaba, naturalmente, el pago de sus cientos de horas extras, único dinero con que contaba, pues sus salarios les eran pagados con mucho tiempo de anticipación.

Y cuando decía: «Señor, ¿qué hay de mis ciento sesenta horas extras?», era inmediatamente conducido a la cámara de los horrores y arrojado en ella antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría. Al capitán no le quedaba otro remedio, pues tenía que ahorrar lo más posible para conservar el empleo. Los capitanes tienen mayores dificultades para conseguir trabajo que los marineros, ya que muchos quieren ser capitanes y muy pocos simples marineros, debido a la diferencia de salarios.

Esto ocurría por supuesto en el puerto. Hasta ahora todavía no se han podido contratar marineros en alta mar, a menos que algún barco se encuentre próximo. Y estando en el puerto, el capitán no puede tirar a un hombre por la borda. Las autoridades del puerto no permitirían semejante cosa para evitar que éste se ensuciara. A las autoridades les importaba muy poco lo que un capitán hiciera con sus hombres, siempre que el puerto se conservara limpio. Ahora, supongamos que el capitán dejara ir a sus hombres sin cubrirles el tiempo extra; éstos (tan malvados son los marineros) se dirigirían inmediatamente a la unión de marineros, o peor aún, al sindicato de fogoneros o, en caso menos grave, al cónsul. En cualquiera de esos casos, el capitán habría sido obligado a pagar el tiempo extra, si quería evitar que el *Yorikke* fuera embargado. Los del sindicato de estibadores y en particular los comunistas, habrían sido capaces de embargar el barco por medio dólar si el capitán se hubiera negado a pagarla.

Así, pues, ¿qué podía hacer el capitán, pese a su humanitarismo? No le

quedaba otro camino que arrojar al marinero en la cámara de los horrores.

No pretendía hacer daño alguno al marinero, solo quería evitarse dificultades con las uniones y con las autoridades, pues perdería la oportunidad de zarpar a tiempo y se vería obligado a pagar mayores derechos de anclaje. Ya en alta mar, el capitán se dirige a la cámara de los horrores a rescatar al hombre que le es tan necesario, porque como ocurría corrientemente con el *Yorikke*, dos o tres de sus hombres se habían quedado en tierra, o habían sido encarcelados por hallarse borrachos o debido a alguna dificultad relacionada con una chica que resultara madre.

Pero en la cámara de los horrores había ocurrido algo no previsto por el capitán. Algunas ratas de las que habitaban la cámara habían obtenido su licencia de matrimonio con la perspectiva de un gran banquete de bodas. Así, pues, estaban en lo justo no dejando escapar al marino, una vez que éste se ponía a su alcance. De nada servía la energía y habilidad del capitán para luchar contra las ratas, pues si no andaba listo podría verse, en un momento dado, compartiendo la suerte del marino. El capitán no se atrevía a disparar o a pedir auxilio, temeroso de revelar su secreto y perder para siempre la oportunidad de desembarazarse del pago de horas extras. Nada le quedaba entonces que hacer más que dejar al marinero en las garras de los invitados a la boda.

Nadie habría podido hacer creer a un hombre que hubiera navegado en el *Yorikke*, esos cuentos terribles acerca de esclavos y de los barcos que transportan esclavos de África a tierras lejanas. *No, sir.* Ningún esclavo fue jamás vigilado tan de cerca, ninguno trabajó tan duramente ni se sintió tan hambriento, cansado y deprimido como nosotros. Los esclavos tenían sus festivales, sus cantos, sus danzas, sus bodas, sus amadas, sus hijos, su alegría, su esperanza religiosa. Nosotros nada teníamos. Toda nuestra distracción la constituyan una insensata borrachera o diez minutos en compañía de una muchacha de a dos pesetas. Nuestro semblante era tan alegre como un balón desinflado dentro de un bote de basura.

A los esclavos se les consideraba como mercancía, se pagaban buenos precios por ellos y hasta solían aumentar de valor cuando se les cuidaba bien. Se les manejaba como a cristal fino, ya que nadie habría pagado ni su transporte, de encontrarse muertos de hambre, golpeados y trabajados hasta el grado de no poder menear ni un dedo. Se les trataba mejor que a caballos finos, porque tenían un alto valor comercial.

Los marineros son esclavos que ni se venden ni se compran. Nadie se interesa por ellos, pues si resbalan de la cubierta o mueren en el fango, nadie

pierde nada con ello. Además, hay cientos de hombres que esperan ansiosamente la oportunidad de ocupar el lugar de los que son lanzados a la cuneta que bordea el camino del progreso y de la prosperidad del transporte marítimo.

Los marineros, ciertamente, no son esclavos. Son ciudadanos libres, y si fijan su residencia en algún sitio, hasta tienen derecho a votar por el nuevo alcalde; *yes, sir*. Los marineros son trabajadores libres, hambrientos, descamisados, cansados, con los miembros quebrados y las costillas deshechas, con los pies, los brazos y la espalda quemados.

No siendo esclavos se ven forzados a tomar cualquier trabajo en cualquier barco, aun sabiendo de antemano que el buque está destinado a hundirse para que sus propietarios cobren el seguro. Aún existen barcos que surcan los siete mares bajo las banderas de países civilizados, a bordo de los cuales los marinos son azotados sin piedad cuando se niegan a desempeñar dobles y hasta triples turnos.

A los esclavos hay que alimentarlos bien, como a los caballos finos. El marinero libre tiene que comerse lo que le ponen enfrente, aun cuando el cocinero fuera anteayer asistente de un sastre. La compañía no puede pagar el sueldo de un buen cocinero, porque los accionistas necesitan gozar de sus dividendos. Supóngase que un buen cocinero llega a bordo y pretende hacer algún buen guiso para la esforzada tripulación; no podría hacerlo porque el capitán tiene que hacer economías.

En todo el mundo hay reglamentos maravillosos respecto al trato que debe darse a los marinos a bordo. Tienen una gran apariencia en el papel esos reglamentos. Los hay también estupendos respecto a la pureza de los alimentos, especialmente en las plantas empacadoras. Pero nada más hay que abrir una lata en la que se espera encontrar los frijoles con tocino anunciados por la elegante etiqueta, y, en lugar de éstos, encontramos el resultado del reglamento de alimentos puros. Exactamente lo mismo ocurre con los cinco mil reglamentos relativos al bienestar del marinero a bordo. Siempre que se establece cualquier nuevo reglamento aquí o allá, pienso en el *Yorikke*, e inmediatamente y sin la ayuda de un mitin comunista o de una conferencia de paz, sé exactamente a quién favorecerán los reglamentos.

Se publican cuentos y más cuentos sobre la vida de mar. Cada semana ven la luz por lo menos setecientos cincuenta, y cuando se les lee con calma se encuentra que hablan de marineros que son cantantes de ópera disfrazados, que se manicuran y que no tienen más preocupación que sus malditos líos amorosos... Hasta esos celestiales y altamente apreciados, hasta esos grandes

escritores de cuentos de mar, saben encomiar solamente el valor de los capitanes, caballeros de los mares, de las islas y de las costas; en tanto que la tripulación es siempre cobarde, perezosa, pervertida, despreciable y constantemente dispuesta a amotinarse; carente de ideas elevadas y de ambiciones refinadas. Claro que la tripulación es así. ¿Por qué? ¿Qué ambición ha de tener? ¿Por quién? El capitán tiene ambiciones porque los salarios elevados y los ascensos le esperan. Sus nombres suelen aparecer en la primera página de los periódicos y hasta llegan a leerse en letras doradas, en cuadros colgados de las paredes del local del Consejo de Industria. La tripulación nada tiene en el mundo a excepción de su salario, su alimento, su salud y su vida. No tiene ninguna perspectiva de ascenso ni participación alguna en los dividendos de la compañía. Así, pues, ¿en qué razón terrena puede fundar su ambición? Cuando se trata de salvar la vida del pasaje en un naufragio, la tripulación jamás deja de cumplir con su deber humano; en cambio, los capitanes tienen que velar por los intereses de la compañía. Los marineros saben todo eso, y por lo tanto son la única gente capacitada para leer en forma debida las historias de mar y para interpretar la valentía de los capitanes, de la que hablan los periódicos. No es el capitán, sino el marinero, el primero en arriesgar su vida, porque es siempre él quien se encuentra cerca del peligro, en tanto que el capitán en su puente, como el general en su cuartel, se encuentra bien lejos del sitio en que podría perder algo; *yes, sir.*

Difícilmente cambié más de diez palabras con aquellos hombres somnolientos y gruñones que se hallaban en las literas. Cuando me dijeron que no había colchones, almohadas ni mantas para la tripulación de aquel buque, nada quedó por decir.

Encima de mí, en la cubierta de proa, oía el arrastrar de las cadenas, el ruido producido por las anclas al chocar contra el casco. El chillar de las poleas, el arrastrar y tropezar de pesados pies, las voces de mando y las maldiciones del contramaestre y de los compañeros, o de quienes fueran, y que parecían dedicarse a la persecución de alguien.

Ese ruido siempre me enferma el alma. Me siento mejor cuando el barco se halla en alta mar. Los barcos en el puerto dejan de serlo, para convertirse en una caja que se carga o se descarga, como se convierte en un trabajador común y corriente el marinero que no se halla a bordo. El trabajo más sucio de los que un marino tiene que hacer, es aquel que hace cuando el barco se halla en el puerto; trabaja allí en la misma forma que un trabajador fabril. No hay turnos, solo un largo día de trabajo, para limpiar, fregar, pintar el casco, pulir, barrer, lavar, reparar. Se enferma uno sólo de pensar en ello.

No dejé el camarote en tanto el ruido proseguía; no es de cortesía aproximarse a los sitios en que se trabaja activamente. Yo no tenía prisa alguna. Y, además, no me pagarían por la ayuda. El trabajo siempre sale a nuestro encuentro, por eso no hay que afanarse. Una larga vida de trabajo nos espera siempre.

He leído cientos de veces historias que publican las revistas y en las que hablan de hombres que alcanzaron éxito en la vida y que nunca cometieron el horrible pecado de fracasar. Las ilustran con fotografías en que el gran tipo aparece primero como un bebé sucio, después como muchacho de un ranchero; luego, como limpiabotas, recadero, vendedor de periódicos y extras en las calles; más tarde como mensajero con tres dólares a la semana, y poco tiempo después ya como presidente del banco y propietario de todas las cuentas de ahorros de sus clientes. Casa con Margaret Wackersford, con lo cual se convierte en yerno del presidente del First National y hermano político del vicepresidente de Bethlehem Steel y sobrino del secretario de la Defensa.

En adelante todos los asuntos marchan viento en popa, y él sólo tiene que acumular dinero y más dinero. Esas historias de hombres de éxito aparecen ilustradas con fotografías y son ciertas, absolutamente exactas. ¡Que Dios me ayude!, yo he hecho exactamente lo mismo. Cuando no cumplía aún los siete años, me levantaba a las cuatro de la mañana para trabajar como ayudante de lechero hasta las seis y media, por cuarenta centavos a la semana; de las seis y media a las nueve, trabajaba para un vendedor de periódicos y me pagaba sesenta centavos, por correr como un demonio de casa en casa, con una brazada de diarios. De las nueve a las doce lustraba botas; después repartía los diarios vespertinos, cortaba leña y hacía mandados para las señoras; luego los periódicos nocturnos, y así hasta que caía coma una piedra sobre el piso desnudo de un cuarto en donde me permitían dormir sin cobrarme, a cambio de lavar los trastos sucios de un clérigo alemán que había tenido que volar de su país, por haber, como todo un caballero, jurado en falso para salvar la reputación, si alguna le quedaba, de una casada. Antes de cumplir los diez, me embarqué como pinche de cocina en un cascarón español que recorría los puertos del Pacífico desde México hasta Chile. Tomé el trabajo después de haber hecho de monigote de un payaso, que no podía serlo a menos que diera de empujones y riñera con un chico medio muerto de hambre. Siempre supe trabajar, y trabajé cuatro veces más de lo que me pagaban; sin embargo, estoy muy lejos de ser el primer presidente de *The California Railroad and Steamship Corporation*. Supongamos que trabajara yo en una fundidora de acero durante treinta largos años, esforzándome cada vez más y más con la esperanza de llegar a ser cajero cuando menos, y que un día, considerando la ocasión propicia para pedir mi recompensa, me presentara en la oficina y dijera: «¿Qué hay de mi empleo de vicepresidente; cuándo empiezo?» «Lo sentimos, por ahora tendrá usted que seguir haciendo lo mismo que ha hecho durante los últimos treinta años. Ya nos hemos percatado de su laboriosidad y en cuanto necesitemos un nuevo presidente lo tomaremos en cuenta; no se olvide de marcar el reloj a las horas de entrada y salida.» Mientras tanto habría llegado a los cuarenta y me encontraría de pronto con un aviso corto pero preciso, que dijera: «Necesitamos hombres más jóvenes; debe usted buscar acomodo en otra parte.»

No sé yo en dónde podrán encontrarse empleos de presidentes y millonarios para todos los lectores de historias de hombres de éxito, si aquéllos pretenden alcanzarlo como éstos. Hace ciento cincuenta años alguien dijo: «Cada uno de mis soldados lleva en la mochila el bastón de mariscal.» Ahora se dice: «Cada uno de nuestros trabajadores puede llegar a ser presidente de la compañía; ahí tenéis el ejemplo de Mr. Flowerpot.» Creo que

todos esos hombres de éxito deben haber lustrado otra clase de botas que no fueron como las que yo lustré, y vendido otros periódicos distintos a los vendidos por mí.

Esperé hasta que el ruido hubo cesado en la cubierta. Cuando todo parecía en quietud y el *Yorikke* se deslizaba suavemente, dejé el camarote y subí. En el preciso momento en que aparecí sobre cubierta, el ratero que se me había presentado como segundo maquinista se aproximó a mí, y me dijo: «Le andaba buscando, hombre; el viejo quiere verlo para que firme. Sígame.»

Sé por larga y variada experiencia que cuando alguien nos dice: «Sígame» o «Venga», siempre quiere significar: «Ya nos encargaremos de usted y lo retendremos cuanto nos dé la gana; tómelo con mucha calma y no se resista.»

El *Yorikke* volaba como un demonio camino del infierno. El práctico hacía mucho tiempo que había dejado el barco, y el segundo oficial se hallaba en el puente.

El capitán era joven todavía, difícilmente llegaba a los treinta y cinco. Medía cerca de un metro ochenta y era ligeramente grueso sin aparentarlo. Sin duda nunca comía más de lo debido, aun cuando no dejara de hacerlo bien. Tenía el rostro rojo y saludable y de niño debió tener pecas. Sus cabellos eran castaños; a los diez años debieron haber sido rojos. Sus ojos eran de un azul cristalino, sin expresión definida y con un aire de poca energía. Más tarde me enteré de que sus ojos no eran espejo de su carácter. Vestía muy bien, podría decir que elegantemente. El color de su traje, su corbata, sus calcetines y sus elegantes zapatos, armonizaban perfectamente, poniendo de manifiesto su buen gusto. De haber ignorado el puesto que desempeñaba, jamás se le habría tomado por capitán de un carguero vagabundo. Habría sido gloria y esencia de uno de esos barcos de pasajeros de lujo, en los que suelen viajar mujeres entre los treinta y los cuarenta años de edad, deseosas de huir de sus ricos y aburridos maridos. Ahora, que una persona con prisa por llegar a Europa sana y salva, jamás tendría confianza en un trasatlántico que navevara a las órdenes de un capitán de su apariencia, pues, a juzgar por ésta, uno le habría creído incapaz de conducir ni un buque de treinta toneladas de un puerto a otro, aun gozando de calma en el mar. Pronto llegué a considerarlo como uno de los capitanes más hábiles y temerarios. En tiempo de guerra habría podido capitanejar un torpedero tan bien como muy pocos serían capaces de hacerlo.

Hablabía un inglés refinado; ese que se aprende en las buenas escuelas extranjeras. Era demasiado correcto gramaticalmente para que algún americano o inglés le tomara por nativo de algún país de habla inglesa... Al

expresarse, escogía las palabras cuidadosamente y con muy buen gusto, dando la impresión de ser un individuo culto, aun cuando una persona cuya lengua materna fuera el inglés, podría percatarse de que él no trataba de causar tal impresión, y que se expresaba en aquella forma para usar únicamente las palabras de cuyo significado y pronunciación estaba seguro. En una ocasión en que me encontré solo en su camarote, miré su biblioteca; había en ella solo cuatro o cinco novelas policíacas y de misterio, el resto eran libros tan bien seleccionados que me sorprendí más que nunca de que un hombre como él fuera capitán de aquel corsario. Algo debía ocultarse detrás de aquello. Tal vez su mujer había sido sorprendida en el lecho con otro hombre, se habían cruzado algunos tiros y resultado un muerto, quizá dos. Perder el honor por abandonar un barco o su tripulación, no podía ser, porque no pertenecía a la especie de los que eso hacen. Más tarde, a medida que avanzaba en el conocimiento humano, me percaté de haber estado muy cerca de comprenderlo verdaderamente. Si hubiera aceptado el mando de un elegante barco de pasajeros, se habría aburrido mortalmente y habría tenido que renunciar después del segundo viaje, huyendo de americanas del Este y del Medio Oeste, que le perseguirían a las tres de la mañana o a medianoche, haciéndole preguntas, contestadas correctamente con anterioridad veinticinco millones de veces, respecto a por qué un barco lleva luces verdes en el lado derecho y rojas en el lado izquierdo y por qué las hélices se hallan en la popa en vez de en la proa, o por qué un trasatlántico tiene que ser remolcado para salir del puerto en vez de hacerlo por su propio esfuerzo... Preguntas hechas no para saber la verdad, sino para poder chillar: «¡Oh, querida!; acabo de tener una larga charla con el capitán acerca de la navegación. Él me lo ha explicado todo, e imagínate, ¡el pobrecito, hace catorce años que desempeña el cargo!»

El contraste entre el capitán y su segundo maquinista, puesto considerado también entre la oficialidad, no era sorprendente, sino de todo punto destructivo. Si hubiera dudado acerca de la clase de barco a bordo del cual me hallaba, esa sola circunstancia habría bastado para aclarar mis dudas.

– ¿Entonces usted es el nuevo paleador? -dijo el capitán cuando me vio.

– ¿El qué, señor?

– El paleador de carbón, el que lo arrima, el hombre que lleva el carbón de los depósitos a la caldera. La verdad empezaba a aclarar mi cerebro.

– Jamás le dije una palabra respecto a que sería fogonero -interrumpió el ladrón de caballos-. Dije carbonero, *blackgang, firegang*, ¿verdad? Eso fue lo que dije.

– Perfectamente -admití-, eso fue lo que me preguntó si quería ser y yo le dije que sí. Pero en mi vida he sido paleador, *coaldrag*.

El capitán empezaba a aburrirse y dijo al ratero:

– Ese es asunto suyo, mister Dils. A mí me importa poco. Yo creía que todo estaba arreglado.

– Quiero desembarcar inmediatamente, señor -dijo al capitán-. Nunca tuve intenciones de engancharme como carbonero. Eso no es para mí. Protestaré, seguro que me quejaré ante las autoridades del puerto; diré que ustedes intentaron secuestrarme.

– ¿Quién lo secuestró? -gritó el ladrón de caballos-. ¿Yo? ¡Es usted un desgraciado embustero! Yo no tengo necesidad de secuestrar a nadie.

– Dils -dijo el capitán en tono amenazador-. Yo nada tendré que ver en esto, ¿entiende usted, mister Dils? -agregó dando un tono especial a la palabra mister-. Yo no me hago responsable de semejantes cosas, y quiero que todo quede bien claro, mister Dils. Usted tendrá que responder por lo que está haciendo. Arréglense allá afuera, no aquí en mi cabina.

El ratero pareció no dar importancia a lo que el capitán ordenaba y volvió a dirigirse a mí:

– ¿Qué fue lo que dije? ¿Acaso no le dije que sería del *blackgang*, de los que atienden las calderas?

– Sí, eso dijo, pero no...

– ¿Entonces qué? ¿Pertenece el paleador al *blackgang* o no? -preguntó aquel piojo.

– Desde luego que el paleador pertenece al grupo de fogoneros -contesté-, pero mire usted, señor; eso no quiere decir...

– Bueno, ya comprendo; ahora pondremos las cosas en claro -dijo el capitán-. Si usted hubiera dicho que quería ser fogonero, mister Dils le habría contestado que fogoneros no nos hacen falta. Bueno, ahora podemos firmar.

Abrió el libro de registro de la tripulación y me preguntó cómo me llamaba.

¿Mi nombre honesto en el libro de registro de un barco de la muerte? Eso sí que no, todavía no he descendido tanto. Nunca en mi vida tendría oportunidad de engancharme en un barco decente. Prefería tener una boleta de condena cumplida en San Quintín o en Leavenworth, o en cualquiera de esas honorables moradas, que la nota de pago de algún barco de la muerte.

Todos los capitanes honestos me esquivarían como si estuviera leproso.

Así pues, abandoné mi buen nombre; es decir, el de mi madre, ya que no estaba muy seguro de si mi padre había agregado el suyo. Corté todas mis conexiones familiares y no volví a llevar mi verdadero nombre.

– ¿Cuándo y en dónde nació usted?

Había perdido el nombre, pero todavía me quedaba mi tierra.

– En... en... en... -empecé a tartamudear.

– ¿En dónde dijo usted?

– Alejandría.

– ¿Alejandría de dónde? ¿De los Estados Unidos?

– No, de Egipto.

Así perdí también mi patria, ya que en adelante mi único documento de identificación sería la nota de pago del *Yorikke*.

– ¿Nacionalidad? Inglés, me imagino.

– No tengo nacionalidad, señor.

¿Cómo es posible que exista alguien que me crea capaz de firmar en el libro de registro del *Yorikke* con mi propio nombre y nacionalidad? Capaz de decir: norteamericano. ¡Mierda y cien veces mierda! ¡Un norteamericano, aun cuando haya llegado hasta ahí, para palear carbón, para ayudar a un fogonero portugués, criminal escapado de una penitenciaría árabe! *No, sir*; yo no podría hacer semejante cosa; ello sería antipatriótico. Sería sencillamente..., bueno, no podría. Hubiera sido como entregar la patria a un enemigo. ¿Vender mi país al *Yorikke*? No. Pues a pesar de lo que los cónsules y las autoridades de todos los países digan, todavía es mi país; lo es aun con sus gangsters, bandidos, el papeleo de la burocracia, mediocridad ilimitada e hipocresía; con sus mandarines Políticos, con su corrupción, lo es y será mío y nadie podrá arrebatármelo. Es amor, es como el amor de una madre con su voluntad o sin ella y va más allá, mucho más allá de las patrioterías y el agitar de banderas. Es amor, y no hay medicinas ni pena de muerte contra el amor. Y fue por su amor, por su honor, por lo que tuve que renunciar a ella, como si nunca la hubiera oído nombrar.

Así, pues, repetí:

– No, señor. No tengo nacionalidad ni país natal; soy ciudadano del mundo, pertenezco a las naciones unidas.

No me pidió pasaporte, ni tarjeta de marino, ni sobre alguno con mi nombre. Sabía que a los hombres que abordaban el *Yorikke* no había que pedirles papeles, porque contestarían: «Lo siento señor, pero no tengo papeles.» ¿Y entonces, qué? Le quedaría vedado enganchar al hombre y el *Yorikke* jamás tendría tripulación. Un hombre propietario de documentos, suyos o ajenos, jamás se embarcaría en el *Yorikke*. En el siguiente puerto, la lista de la tripulación sería revisada por el cónsul del país bajo cuya bandera navegaba el barco. Toda vez que los marinos ya tenían un viaje hecho, el cónsul no podía negarse a aceptarlos como miembros de la tripulación. Tenía que admitirlos con o sin papeles. El marino es considerado como residente del país bajo cuya bandera navega su buque. Pero esto no confiere al hombre nacionalidad alguna ni derecho a exigir un pasaporte, ni el derecho a vivir en este país más que seis semanas.

Oficialmente, el cónsul desconoce la existencia de los barcos de la muerte, y extraoficialmente, no cree en ella. Se requieren algunas facultades para ser un cónsul útil. Ni siquiera admiten la existencia de una persona si no les es presentado el certificado de nacimiento.

Los capitanes del *Yorikke* sabían cómo conseguir su tripulación. Nunca hacían firmar a los enganchados en tanto que el barco se hallaba aún en el puerto. En ese caso se habrían visto obligados a hacerlo ante el cónsul. El cónsul estaba obligado a exigir el pasaporte o la carta de marino. Y si carecía de esto, no le permitiría engancharse. En ese caso, el capitán se habría visto falto de uno o varios hombres. El capitán esperaba siempre hasta que la bandera azul se hallaba izada, señal de que el barco sale en el término de dos horas. Una vez que esta bandera está a la vista en el mástil, el barco se considera ya fuera del puerto. A partir de aquel momento, las autoridades del puerto no tienen incumbencia alguna en los asuntos del barco más que en casos excepcionales bien especificados. Los hombres que firman a bordo en esos momentos son considerados como enganchados, de acuerdo con las reglas de emergencia -barco cargado y escaso de tripulación-. En casos semejantes el capitán puede contratar a cuantos hombres desee, sin verse obligado a presentarlos al cónsul. Después de que el hombre ha hecho un viaje corto o largo, el cónsul debe registrarlos, pues en caso contrario las autoridades del puerto lo denunciarían. Esto, de paso, solucionaba de una vez por todas el problema aquel de cómo lograr que el zorrillo sobreviviera al diluvio. La cosa ocurría así: él se colaba en el arca cuando ésta había empezado a navegar, sin dar tiempo a Noé de engancharlo debidamente, de acuerdo con el cónsul norteamericano y, debido a los reglamentos internacionales, el zorrillo no podía ser lanzado desde cubierta y tenía que firmar bajo las reglas de

emergencia. Los reglamentos son tan viejos que, ya antes de que Adán viniera al mundo, los marineros que vendían sus tarjetas de navegación, se enganchaban en esa forma para salir de un mal paso.

El capitán seguía escribiendo en su libro.

Después de dar mi nombre y abandonar mi nacionalidad, solo quedaba por añadir mi derecho a trabajar. Mi trabajo era lo único que el *Yorikke* quería de mí, por tanto me dispuse a vender mi fuerza a un precio tan alto como fuera posible.

– El salario de los ayudantes inferiores de los fogoneros es de cuarenta y cinco pesetas -dijo el capitán, sin desprender la vista del libro.

– ¡Hey! ¿Qué es eso? ¿Cuarenta y cinco pesetas?

– Sí, ¿no lo sabía usted? -dijo el capitán mirándome con mirar cansado.

– Me enganché por paga inglesa -dije, tratando de defender mi salario.

– ¡Míster Dils! -exclamó con voz cortante, dirigiendo una mirada severa al segundo maquinista.

– ¿Alguna vez yo... yo mismo... le prometí salario inglés? Dígalo. ¿Se lo prometí? -dijo el ladrón de caballos sonriendo.

Entonces habría podido reventar a aquel desgraciado, reventarlo al grado de que su puerca madre no pudiera reconocerlo y exclamara al verlo: «Ese no es mi hijo, deben ser los restos de un cocodrilo aplastado.» Pero reflexioné oportunamente. No me habría gustado permanecer encadenado en el *Yorikke*, sirviendo de alimento a las ratas que se dispusieran ya a festejar otra boda. ¡Enfríate, muchacho! Me sentía igual que un trozo de hielo dejado fuera de la cocina. Y con fría voz dije:

– Sí, usted me prometió dinero inglés.

– Exactamente, muchacho -dijo el ratero-, le prometí dinero inglés. Exacto. Pero nunca me referí a salario inglés, ¿verdad?

– ¿Qué significa todo esto, mister Dils? Debiera usted hacer las cosas correctamente.

– Todo está en orden, señor. Yo le prometí a este hombre dinero inglés, no salario inglés. ¿No es verdad? -agregó dirigiéndose a mí.

– Sí -contesté-, es verdad; pero yo creí que se refería a salario inglés, lo que haría un total de diez libras al mes.

– Nosotros no podemos tomar en consideración lo que usted crea -me

dijo el capitán-. Sólo tomaremos en consideración lo que se dice en realidad. Si mister Dils dijo dinero inglés, entonces él tiene razón. Le pagaremos las cuarenta y cinco pesetas de su sueldo mensual en moneda inglesa. En libras y chelines al cambio del día. El tiempo extra se paga a cuatro peniques.

Semanas después recordé que no había preguntado por cuanto tiempo extra se me pagarían los cuatro peniques, por una hora, un día, una semana o un año. Cuando me enteré de que correspondían a una semana, era demasiado tarde para hacer objeciones. Las objeciones se habrían descartado en cualquier forma y, además, resultaban inútiles, ya que reclamar el pago de tiempo extra era tanto como pedir entrada a la cámara de los horrores.

– ¿Adónde quiere desengancharse? -dijo el capitán sin levantar la vista del libro, en el que escribía números y letras.

– En el primer puerto que toquemos -contesté inmediatamente.

– No puede hacerlo -dijo el ladrón de caballos. -Sí que puedo hacerlo y lo haré.

– Está muy equivocado, hombre; en el próximo puerto no podrá desengancharse -agregó el ratero-. Se enganchó hasta que tocáramos Liverpool, ¿verdad?

– Exactamente, y Liverpool será el próximo puerto que toquemos.

– Nunca -dijo el capitán-. Declaramos nuestros papeles para Salónica, Grecia, ¿ve? Pero he cambiado de parecer y tomamos el rumbo de África del Norte.

¿Con papeles para Grecia navegaremos rumbo a África del Norte? Ya entiendo, señor. Ahora comprendo claramente. Marruecos y Siria pagan ahora muy bien por... por...perfectamente, capitán, comprendo. Tan pronto como tenga usted en la bolsa el dinero que persigue, nos encaminaremos al gran puerto, al gran puerto en el fondo del mar. Ahora nada podrá usted ocultarme. No a mí, porque tengo buen olfato. Este no es el primer carguero de contrabando de armas en que viajo. Y no renuncié a las otras cuestiones en disputa porque me gusta pelear y aprender cosas nuevas.

– Dijo Liverpool, ¿verdad? -dije al ladrón de caballos.

– No es verdad, señor -repuso dirigiéndose al capitán, con los labios extendidos, tratando de sonreír como una hiena-. Lo que dije, cuando ofrecí trabajo a este hombre, fue que teníamos una carga ligera para Liverpool y que podría desengancharse allá tan pronto como lo tocáramos.

– Ya veo -contestó el capitán-. Ya veo que todo está en orden. Tenemos

ocho cajas de sardinas españolas para Liverpool. Carga barata que podemos entregar dentro de un plazo de dieciocho meses. No puedo dirigirme a Liverpool sólo para entregar ocho cajas de sardinas españolas, por cuya entrega se cobran entre seis y siete chelines. El agua potable necesaria para el viaje me costaría más que el flete de las cajas. Pero, claro está que tan pronto como se presente una oportunidad de llevar una buena carga a Liverpool, no vacilaré en llegar al puerto.

Hace mucho tiempo que dejé el ropón y comprendí inmediatamente que aquellas ocho cajas no eran sino un pretexto para conseguir ciertos documentos de navegación, y para poder cambiar de rumbo en momentos difíciles. Estoy seguro de que tenía pequeñas cargas para puertos italianos, franceses, albaneses, turcos, egipcios y sirios. Así podría tocar el puerto que le conviniera sin exponerse a ser acusado de carecer de la documentación correcta. No sé por qué, pero aquel hombre empezaba a gustarme. Empiezo a comprender por qué un tipo de su cultura dirigía un barco como el *Yorikke*. Era un vagabundo, un pirata de corazón, lo llevaba en la sangre, y no podía evitarlo. La época de los piratas ha terminado; ya no tiene cuenta serlo, porque resultaría una carrera demasiado corta. Pero existe ahora, en nuestros tiempos, un tráfico marítimo peligroso al que los hombres con verdadero espíritu de pirata pueden dedicarse y hallar en él oportunidad para mayores aventuras de las que nunca corrieran los antiguos piratas. Estos eran brutos, jamás necesitaron poner en juego su inteligencia; con su brutalidad les bastaba. Los modernos piratas necesitan ser inteligentes, y discernir con mayor rapidez que el almirante de una flota de buques de guerra. Para un hombre de seso con espíritu de aventurero, resulta mucho más emocionante sorprender a los astutos agentes aduanales y a los capitanes de los guardacostas, a caza de barcos cargados con armas de contrabando para surtir a los rebeldes de Siria y de Marruecos, que la captura de un indefenso barco mercante para uno de aquellos groseros piratas.

A cada instante que pasa me percato con mayor claridad de la clase de cascarón en que me encuentro. No tengo escape. La compañía desea inflarse, cosa imposible de lograr en la línea honesta con barcos como aquél, pero fácil con negocios que rendían lo que jamás un trato limpio podría producir. Es necesario hacer dinero. Eso aconseja la religión, ya que hay que cubrir los gastos. No hay desgracia mayor que la imposibilidad de pagar nuestras deudas y llegar a la bancarrota. Los ciudadanos decentes pagan sus deudas, y los barcos no pueden navegar sin marineros. ¿Qué hacer entonces?

— Firme aquí -dijo el capitán, interrumpiendo mis reflexiones acerca de

los problemas económicos. Me tendió su pluma.

– ¿Aquí? ¿Mi nombre? ¿Yo? ¡Nunca! -protesté.

– Como usted quiera -contestó el capitán-. Mister Dils, ¿quiere usted firmar aquí como testigo de un hombre que no sabe escribir?

Estaba a punto de estallar. ¿Firmar por mí aquel ratero? ¿Aquel leproso lleno de piojos? ¿Firmar por mí, por cuyas venas corre la sangre roja de un norteamericano? No, ni él ni nadie más, mientras tenga yo manos con qué hacerlo.

– Está bien, capitán; firmaré yo mismo. Estoy en un callejón sin salida, justo castigo por haber traicionado a la dulce y soleada España.

– No diga más tonterías; firme y acabemos de una vez. Tengo muchas otras cosas que hacer para perder el tiempo discutiendo con un paleador estúpido y necio. Firme y dejemos este asunto. Además, tampoco podemos prescindir por tanto tiempo de su trabajo.

Firmé con letras claras como para ser legibles hasta el día en que suenen las trompetas del Juicio Final, evitando así que alguien me confunda al llamarle por mi nombre.

«Helmond Rigby, Alejandría, Egipto.»

Allí quedaría para siempre. En blanco y negro, imborrable. ¡Ah del barco! ¡Yorikke, hola! ¡Al diablo contigo! Ahora para mí todo es igual, formo parte de ti. Adonde vayas iré, de donde salgas saldré, cuando el diablo te lleve, me llevará. Ahora estamos casados. Mi vida se ha desvanecido. Se hundió para siempre. No queda de mí un suspiro en todo el vasto mundo.

¡Hola, Yorikke, ah del barco! ¡Ah! No estoy en el fondo del mar.

Me ha atrapado el Yorikke.

Tan lejos de la asoleada Nueva Orleans. Tan lejos de la linda Louisiana.

¿Qué tal? El de allá. Me refiero al que está allá lejos, al otro lado. Ahora, hombres, somos camaradas gladiadores. ¿Qué dijeron? Sí, *morituri te salutant*. Los modernos gladiadores te saludan. ¡Oh, gran César, César Augusto, Capitalismo! *Morituri te salutant*. Los moribundos te saludan, ¡oh César, gran emperador César Augusto!, Estamos listos a morir por ti, y por el glorioso y santísimo seguro. Envíanos al gran puerto, al gran puerto en el fondo del mar. Enhorabuena.

O temporal O mores! ¡Cómo han cambiado las cosas, muchachos; ustedes los de allá lejos! Los gladiadores marchaban marcialmente hacia la

arena, en brillante formación, con trajes deslumbrantes. El desfile de un circo en Kansas City, comparado con el de ustedes resultaría deslucido como el de un entierro pobre. ¡Caramba, qué desfile! ¡Cómo sonaban cientos de trompetas grandes y tambores inmensos produciendo las notas de marchas como las que Sousa habría gustado de componer si hubiera tenido inspiración para los sones marciales! ¡Y las mujeres! Aquellas hermosas mujeres, que vitoreaban a los gladiadores desde sus balcones adornados con ricos tapices de Persia. Lindas mujeres que saludaban y vitoreaban a los gladiadores como si fueran boxeadores de peso completo de Madison Square Garden. Y sonreían y tiraban besos a los luchadores victoriosos, que pasaban frente a la multitud más excitada que se haya visto en el mundo, en medio de la música de guerra producida por las mejores orquestas del Imperio Romano. Así lanzaban el último suspiro los gladiadores, muriendo como a ningún soldado moderno le es dado morir.

Nosotros, los gladiadores de ahora, tenemos que perecer en la desolación y en la mugre. Estamos tan fatigados que ni siquiera podemos lavarnos la cara. Morimos de hambre, durmiendo sobre la mesa, ante una comida podrida. Estamos siempre hambrientos, porque las compañías que hacen el transporte marítimo de carga no podrían soportar la competencia escandinava si alimentaran como a seres humanos a sus marineros. El barco tenía que arribar al gran puerto del fondo, porque la compañía habría quebrado si el dinero del seguro no hubiera llegado en su auxilio. Nosotros, los gladiadores de ahora, no morimos con brillantes armaduras. Morimos con andrajos, sin colchones ni mantas. Morimos peor que los cerdos en una empacadora de Chicago. Morimos en silencio, en frente de las calderas, viendo penetrar el agua a través de las cuarteaduras del casco. Ya no podemos salir, ni subir. Estamos atrapados. El vapor que traspasa los tubos picados nos envuelve. Las puertas de los hornos están abiertas, las brasas están sobre nosotros, chamuscando nuestros restos. Rogamos que la caldera estalle y nuestro fin sea rápido y seguro. «¡Oh, esos hombres de allá abajo!», dicen los pasajeros a quienes se permite ver a través de un agujero. «¡Esos demonios sucios y sudorosos!» «¡Oh!, no se preocupe por ellos; no sienten, están acostumbrados al calor y hasta a los naufragios; de eso viven. Bebamos otro Martini seco bien helado.»

Desde luego que estamos acostumbrados a todo lo que pueda ocurrir. No somos más que los carboneros. Cuando se tiene hambre y se necesita trabajar, cualquier cosa es buena, no hay que dejar pasar la oportunidad, porque otros muchos que esperan la tomarían por menos.

Nos vamos al infierno sin música marcial y sin oraciones episcopales. Morimos sin la sonrisa de las mujeres hermosas, sin los vítores de la multitud excitada. Morimos en profundo silencio, en la más completa oscuridad, vestidos con andrajos. Morimos andrajosos por tu causa, ¡oh César Augusto! ¡Viva! ¡Arriba el Emperador Capitalismo! No tenemos nombre, no tenemos alma, no tenemos patria, ni nacionalidad. Somos nadie, somos nada. ¡Viva! ¡Arriba! ¡Emperador Augusto! No tienes que pagar pensiones a viudas y a huérfanos. No tienes que gastar ni en un ataúd, ni siquiera pedimos un metro cuadrado de la tierra más barata. Nosotros, ¡oh César!, somos tus más fieles y leales siervos. ¡Los moribundos te saludamos: gran César!

V

A las seis y media, un negro apareció con la cena. La llevaba en dos peroles de buen tamaño. Más o menos como los usados en los campamentos. Estaban abollados como si hubieran sido testigos de cien batallas. Estaban sucios y llenos de grasa, parecía que, por lo menos en un mes, no habían sido lavados.

La cena consistía en una sopa de verduras hecha con un caldo flaco, con una capa de grasa rancia de feo aspecto en la superficie. El otro perol estaba lleno de papas con monda, de las peores que pueden encontrarse en los mercados baratos. Después descubrí un bote de lata que contenía agua caliente y negruzca. El negro se percató de mi mirada, recordando cierta forma de vomitar con ayuda de los dedos; él temió tal vez que yo hiciera uso indebido de aquel líquido. Para evitarlo dijo:

– Es el té.

El té olía al agua caliente que mi madre usaba en la cocina para lavar los trastos.

– ¿En dónde está la carne? -pregunté al negro. -Ahora no tenemos carne -contestó.

Levanté la vista y me percaté de que no era negro, de que era un hombre blanco. Era, según me enteré, el carbonero.

– Tu obligación es servir la cena a la tripulación -me dijo con voz somnolienta y en un tono tal como si le hubiera yo ofendido.

– Yo no soy el camarero de esta cáscara; es necesario que lo sepas de una vez.

– Pues en esta cáscara no hay ni meseros ni mozos -dijo.

– ¿Y qué?

– Que los paleadores tienen que hacer sus veces.

Así recibí el primer golpe. Los golpes caían rápida, duramente y tan seguido uno del otro, que cesé de contarlos. El destino estaba en juego. No había más que conformarse.

– La cena tiene que ser servida por el paleador del *turno de rata*

-prosiguió.

En los barcos decentes sería el turno de perro. Aquí, supongo que el turno de perro es lo que en los barcos honorables es el turno del príncipe. Por mí está bien. Prosigan. Estoy bien atrapado; así pues, que los golpes lluevan abundantes y despiadados.

El turno de rata para mí. El turno de doce a cuatro. Aquí todos los términos se confunden, hasta llegan a oírse términos semejantes a escaleras arriba y escaleras abajo. Porque en el *Yorikke* son raros los marinos de primera. Y si hubiera alguno no podría emplear los términos apropiados, pues se le habría tomado por un ridículo pedante, y la mayoría de los hombres no le habrían comprendido.

Turno de rata. El turno más horrible que pudo inventarse para castigar a los marinos rebeldes. Llega uno al castillo de proa, cansado, a las cuatro de la tarde; procura uno lavarse la cara hasta donde es posible. Entonces ya es tiempo para traer de la cocina la cena para toda la tripulación que vive en la proa. Después de cenar, hay que lavar los trastos, ya que no hay mozo que lo haga y al cocinero no le importa que estén sucios los peroles; en ellos sirve la bazofia, estén o no sucios. Después se tiende uno en el catre para dormir un rato. Ha sido necesario comer todo aquello que el estómago soporta, pues no habrá más hasta el día siguiente a las ocho de la mañana. Con la barriga llena de papas y de sopa grasienta, no es posible dormir inmediatamente, es necesario dar algunas vueltas en el catre. Los otros muchachos, que se encuentran de descanso, juegan a las cartas y se cuentan historias entre sí. Es imposible gritarles para que callen porque necesitamos dormir. Perderían la libertad de palabra. Conociendo la necesidad que uno tiene de dormir, cuchichean solamente; pero el cuchicheo es más molesto que la conversación en voz alta. Cerca de las once se queda uno dormido. Entre tanto los otros se han acostado. Precisamente en el instante en que se respira con sueño profundo, faltan veinte minutos para las doce y el paleador del turno anterior llega a despertarse con toda la brusquedad de que es capaz. Se deja el catre para bajar a la cámara de calderas. A las cuatro de la mañana se regresa del turno. Te lavas la cara, tal vez te la laves. Estás demasiado cansado. Caes en el catre como piedra. Aproximadamente a las seis y cuarto empieza el ruido en la cubierta. Los del turno de día se afanan. Martillean aquí, sierran allá; más allá se oyen gritos y voces de mando, arrastrar de cadenas y chirriar de molinetes.

A las ocho alguien te despierta:

– El desayuno esta listo -te gritan al oído.

Durante toda la mañana, no cesa el tremendo ruido en la cubierta, golpeándonos el cerebro sin piedad. Cuando faltan veinte minutos para las doce, nadie llega a despertarte, porque nadie puede creer que alguien pueda dormir en un buque a esas horas. El sueñecito que podría favorecerte por un ratito te lo roban, porque debes estar a tiempo para empezar el turno; si llegas tarde, comenzaras con un escándalo del segundo maquinista, que te abrumará haciendo tu trabajo dos veces más pesado. Baja uno tambaleándose de sueño, muchas veces a punto de tropezar con las puertas del horno. No importa, el barco debe seguir su marcha y sólo podrá hacerlo con vapor suficiente. Así pues, hay que llenar el turno trabajando como un esclavo negro hasta las cuatro. Y así una y otra vez.

- ¿Quién lava los trastos?
- El paleador.
- ¿Quién limpia el excusado?
- El paleador.

La limpieza de los excusados y de cosas semejantes, es un trabajo absolutamente honorable cuando no queda otra cosa que hacer. Pero esto era lo que un mexicano llamaría la porquería y la cochinada más grande del mundo entero. Es decir, algo que no puede explicarse en buen inglés cuando hay damas presentes. Cualquiera que se hubiera aproximado habría dicho: «Esta es la cueva más sucia y asquerosa que he visto en mi vida. «Por la experiencia que adquirí en un rancho decente y en los países tropicales, sé que los cerdos son de hecho mucho más limpios que lo que miles de seres humanos tratarán jamás de ser. Así pues, sería injusto para los puercos cuando se les deja vivir libremente, fuera del control de rancheros avaros, decir que aquello tenía la apariencia de un chiquero. No culpo al capitán por no querer jamás inspeccionar los camarotes de los marinos como era su deber, pues después de ello no habría sido capaz de comer en dos semanas. Pero nosotros teníamos que ver aquello diariamente y que comer, además. No es posible negarse a nada cuando se está ante esta alternativa: vivir o morir. *Yes, sir.*

Mi castigo por haber dejado la alegre España era duro.

En barcos como el *Yorikke*, el paleador tiene que hacer todos los trabajos que salen al paso y que nadie más toma por su cuenta. No importa que esos trabajos sean los más sucios, los más indecentes, los más peligrosos; para ellos está el paleador, que no tiene derecho a protestar. Supongamos que hay tres paleadores, uno para cada turno -cuando la tripulación es completa-, y supongamos que los otros dos paleadores se niegan a hacer determinado

trabajo; entonces la última llamada será para el del turno de rata. *Yes, sir*, tiene usted razón, es el paleador del turno de rata. Es él quien tiene obligación de hacerlo. Y si quiere tirarse al mar o rebanarse el estómago tendrá que esperar hasta haber terminado el trabajo a satisfacción del capitán o del maquinista en jefe.

Cuando de trabajos peligrosos se trata, la cosa ocurre así: el maquinista en jefe ordena al segundo maquinista, el segundo al *donkey*, el *donkey* al engrasador, el engrasador al fogonero.

El fogonero dirá: «No me revienten; ese trabajo no corresponde al fogonero, me importa un comino y de toda la tripulación yo soy el menos indicado para hacerlo. Ni por veinte dólares lo haría.»

Entonces el segundo maquinista acude al paleador del turno de la nobleza, esto es, el turno de las ocho a las doce, turno que solo es conferido a príncipes y a duques degradados. «Yo, no, señor; y no se preocupe por la doble paga y por cuádruple ración de ron. Mi abuela vive aún y depende de mí.»

Luego se dirige al segundo paleador, al del medio turno, esto es, el de las cuatro a las ocho. «¿Yo? -contesta-; no me venga con esas. No quiero ser el padre de un niño nonato. No señor, mi chica espera aún algo que debo darle. Gracias.»

Hasta que llega al tercero, al paleador rata: «¡Hey, tú!, ataja esto, pronto; el vapor se sale a chorros. No, no puedes salir de aquí hasta que arregles el daño. ¡Anda sin protestar, hijo de puerca!»

Al cabo de media hora más o menos, el paleador rata sale todo sangrante, con los nudillos rotos, los huesos asomando a través de la carne y de la piel, el cuerpo chamuscado, quemado, escaldado en cincuenta sitios y cae como muerto.

Entonces el fogonero se dirige al engrasador y le dice: «Yo lo arreglé.» El engrasador va al *donkey* y le dice: «Yo lo arreglé.» El *donkey* va al segundo y le dice: «Señor, ya lo arreglé; ahora trabaja perfectamente.» Entonces el segundo se dirige al jefe y le dice: «Bien, señor; debo informar a usted que todo marcha a las mil maravillas.» Y el jefe se dirige al capitán para decir: «Señor, quisiera que se informara en el diario del barco lo siguiente: El ingeniero en jefe, arriesgando su vida, ha reparado una tubería averiada en tanto que las calderas estaban sobrecargadas de vapor, y sin detener la marcha del buque, y salvó a éste de un gran desastre. Así es, señor. ¿Quiere hacerme el favor de firmar el informe? Gracias, señor.»

Y un día, cuando el consejo de directores de la compañía lea el diario del

barco, el presidente dirá: «Señores, creo que debemos conferir a ese jefe de maquinistas del *Yorikke*, mayor responsabilidad; la merece.» Y lo ascienden. De hecho tiene menos responsabilidad de la que tenía en el *Yorikke*, porque las máquinas que tiene que manejar ahora son casi nuevas. Pero la mayor responsabilidad, aunque sea nominal, demanda un salario más alto y esto es lo que cuenta.

El paleador lleva en su cuerpo la historia de la hazaña; la lleva en su cuerpo inválido para siempre, en las veinte cicatrices de su cara, manos, brazos, de su pecho y de su espalda. Ahora que no hay que tomar la cosa tan a pecho, pues ¿por qué lo hizo él? Bien podía haber dicho: «¡Al diablo! Yo no lo hago», pero la respuesta está siempre lista: «¿Cómo, hombre; serás capaz de dejar que todos tus compañeros se vayan al fondo y sean devorados por los peces? Nunca harás semejante cosa, ¿verdad? Tú, un hombre valiente, porque tú no eres cobarde, ¿podrías soportar en la conciencia el peso de semejante crimen? Anda, pótate como verdadero camarada, como buen marinero.»

Es al jefe a quien corresponde hacerlo. Es su obligación conocer las calderas y saber cómo reparar las tuberías del vapor en alta mar. Debe conocerlas y saberlas arreglar. Por eso es jefe de maquinistas y por eso le pagan. Pero él no puede desperdiciar su vida. En cambio, la vida de un paleador no puede considerarse coma tal. ¿Qué sabe él de la vida y de sus responsabilidades, del bienestar del país y de la competencia económica? No hablemos más de ello. «¡Oh linda!, pesca esa pobre mosquita que ha caído en la lechera, no dejes que se ahogue; por favor salva su pequeña vida.» ¿Un paleador? No, él no es como una mosca caída en la leche. Es un piojo, sin alma, lejanamente humano. Sirve sólo para palear carbón en un barco y debiera hacerlo nada más por gusto y por tres comidas diarias.

El jefe grita:

- ¡Hey usted, paleador!, suba un minuto, pruebe un trago de ron.
- Sí, señor; gracias.

Pero no puede beberlo porque el vaso cae de sus manos y el ron se vierte por el suelo. Tiene la mano quemada y nada puede coger con ella; *yes, sir.*

La cena estaba en la mesa. Enfrente de mí. Tenía hambre y me dispuse a cenar.

Busqué el menaje; es decir, las cucharas, los tenedores, los cuchillos y platos.

– ¡Hey, tú, pájaro! -me gritó alguien-. Deja ese plato, porque es mío.

– Bueno, bueno, ¿dónde puedo conseguir un plato y una cuchara?

– Si no trajiste los propios tendrás que arreglártelas sin ellos.

– ¿No los proporcionan en esta cáscara? -Aquí cada cual debe traer sus cosas.

– ¿Cómo; voy a comer sin plato y sin cuchara? -Eso es asunto tuyo, no mío. Inventa algo nuevo.

– Oye tú, recién llegado -gritó alguien desde su catre. Puedes usar mis trastos para comer, también puedes usar mi taza. Por supuesto que tendrás que lavarlos y tenerlos siempre limpios en recompensa por mi amabilidad.

Un hombre tenía un plato rajado, pero carecía de taza; otro tenía tenedor, pero no tenía cuchara. Cuando nos llevaban la comida se entablaba siempre una pelea para determinar a quién correspondía usar primero el plato y a quién la cuchara. El que las conseguía tenía la fortuna de pescar las mejores piezas que había en el perol, dejando a los demás los retazos más flacos.

Siempre que el *Yorikke* dejaba un puerto, las tabernas echaban de menos cucharas, tenedores, cuchillos, platos y tazas. Nada misterioso había en la desaparición de esos objetos cuando el *Yorikke* se hallaba en el puerto.

El líquido llamado té, era agua color café. Generalmente no estaba caliente, sino tibio, y entonces sabía a... sabía a... sí, señor; tiene usted razón, a eso sabía, exactamente. Otro líquido al que llamaban café, era servido en el desayuno y cerca de las tres de la tarde. Rara vez veía yo aquel café vespertino, porque me encontraba a esa hora ocupado en las calderas, y cuando regresaba del turno no quedaba nada de él. Algunas veces en la galera encontrábamos un poco de agua caliente, para hacer el te o el café. Pero si no se tiene café en polvo resulta difícil hacer café, aunque se sea muy hábil para ello. Mientras menos café y té tengan el té y el café, más deseos dan de mejorar esas bebidas con leche y azúcar, para avivar la imaginación. Cada tres semanas recibíamos, como ración, una lata de leche condensada dulce, de ciento ochenta gramos, y cada semana medio kilo de azúcar por cabeza. El café y el té nos eran servidos sin leche y sin azúcar.

Al recibir la lata de leche, la abríamos, metíamos en ella la cuchara y después hacíamos con ella una hermosa nube en el té. Después, se guardaba el resto con economía para usarlo con la siguiente taza de café, pues en veintiún días no volvería a aparecer una lata más.

Nadie robó mi lata de leche mientras yo estaba en turno. Nadie robaba a

bordo del *Yorikke*. Pero mis compañeros vaciaron hasta la última gota del contenido de la lata. Habían terminado el de la suya mucho tiempo atrás y se hallaban hambrientos. No había escondite que no fuera descubierto, y como los guardarropas carecían de puertas, no era posible encerrar absolutamente nada. Solamente una vez desapareció mi leche sin ayuda; cuando volví a recibir mi ración, la comí toda de una vez, sin importarme el dolor de estómago. Había descubierto que el único escondite seguro para guardar tales cosas era la propia barriga. Solo lo que se guardaba en el estómago quedaba seguro. Cuando hube acomodado mi leche en ese escondite, me percaté de que toda la tripulación hacía lo mismo. A nadie se le había aconsejado hacer tal. Pero ninguno había perdido su lata más de una vez.

Lo mismo hacíamos con el azúcar. Tan pronto recibíamos medio kilo que nos tocaba, nos sentábamos y nos la comíamos. Un día llegamos a un arreglo de caballeros. El azúcar de todos sería puesto en una caja. Cuando la hora del té o la del café llegaran, se permitiría a cada hombre que tomara una cucharadita de azúcar para endulzarlos. El arreglo era correcto, solo que faltaban los caballeros. Pues resultó que, al segundo día, todo el azúcar había desaparecido. Todo lo que quedó fue la caja vacía que yo encontré cuando regresaba del turno con la idea de endulzar mi café; *yes, sir*.

El cocinero hacía pan todos los días, pero siempre tenía algo malo. Unas veces estaba mal amasado; otras, crudo, y en ocasiones, quemado. Cada semana nos daban una barrita de margarina que nadie podía comer, aun cuando tuviera muchísima hambre, porque sabía peor que un mal jabón.

Había días en que el capitán se llenaba las bolsas de dinero y entonces teníamos que cerrar los ojos y callarnos el hocico.

En semejantes ocasiones, cada hombre recibía dos vasos regulares de buen ron y media taza de mermelada. Esos eran los días en que algún misterioso negocio se realizaba.

Por desayuno nos daban muchas veces una sopa gruesa de cebada con ciruelas. Algunas veces, salchicha negra con arroz. Otras veces papas con su cáscara, o frijoles con pescado ahumado. Cada cuatro días se repetía el menú, comenzando con sopa gruesa de cebada cocida con ciruelas.

Nunca antes pensé que seres humanos pudieran comer semejantes cosas y que tales mixturas pudieran existir en sitio alguno.

La comida de los domingos consistía en carne cocida con salsa de mostaza, o cecina en salsa pegajosa y algunas veces col, pero más frecuentemente papas. El lunes nos servían carne salada que nadie comía,

porque era una especie de cuero salado. Los martes, pescado seco y salado, siempre apesado. Los miércoles, verduras y ciruelas nadando en una clase de almíbar hecho de almidón de papa. A esto se le llamaba pudín. El jueves volvíamos a la incomible carne salada. La cena era como cualquiera de las comidas o de los desayunos. Pero siempre había papas. Eran el soporte de todas nuestras comidas. La mitad de las papas, sin embargo, estaban tan malas que no podíamos comerlas. Algunas veces teníamos un cargamento de papas nuevas, de las llamadas de primavera. Entonces el cocinero se surtía del cargamento y las papas eran realmente buenas. Pero cuando no contábamos con eso, nos servían las que el cocinero podía comprar a más bajo precio.

Para cubrir bien los ojos curiosos de los oficiales de los guardacostas y de los inspectores de puertos, llevábamos no solamente grandes cargas de papas, sino también plátanos, piñas, tomates, dátiles, cocos y castañas dulces. Solo en virtud de esos cargamentos nos era posible sobrevivir con el alimento que se nos daba. Los hombres que hayan sido soldados o prisioneros en los campos de concentración en la última guerra pueden imaginar cuánto puede soportar un ser humano antes de que su espíritu y su salud lo resientan. Sin embargo, u hombre que ha navegado en el *Yorikke* sabe seguramente, y sin equivocación alguna, hasta dónde puede soportar un individuo sin llegar a tirarse desde la cubierta.

Al terminar la cena, tenía yo obligación de lavar los peroles en los que se servía. También tenía que limpiar los trastos que se habían usado en la mesa; por lo menos los que yo usaba en común con los compañeros que habían tenido la amabilidad de prestármelos.

Miré en rededor y me sentí mal. No podía vivir en medio de esa porquería... Parecía imposible. Pensé en la forma de limpiar el camarote.

Una vez que los hombres comían, se tumbaban en los catres y quedaban como muertos. Mientras comían, difícilmente pronunciaban una palabra y se tenía la impresión de que eran cerdos los que comían. Sin embargo, aquello dejó de impresionarme después de una semana de permanencia en el *Yorikke*. Entonces ya no me era posible establecer comparaciones, pues toda mi existencia anterior había muerto. Estaba seguro de que cualquier recién llegado al *Yorikke*, que tuviera aún una ligera capa de civilización, habría pensado precisamente lo mismo de mí que lo que yo pensaba al ver comer a mis compañeros cuando les vi comer por primera vez.

– No hay jabón -gritó alguien desde su catre-. Ni escobetas, ni cepillos tampoco y, ipor el diablo!, estate quieto y deja el camarote como lo encontraste. ¡Mal rayo! Quiero dormir; necesito dormir. ¡Cierra el hocico!

Me dirigí a la cabina del maquinista en jefe y llamé a la puerta.

— Quiero jabón y algo con qué fregar. Quiero quitar toda la porquería del camarote.

— ¿Qué se ha creído? ¿Piensa que yo voy a comprar jabón y escobetas para la tripulación? Yo, no; ande a ver al capitán.

— Muy bien, señor. ¿Pero y yo? No me han dado jabón ni para lavarme la cara y tengo que trabajar en el cuarto de calderas, ¿verdad?

— Mire, usted no es un grumete, no se porte como tal, porque es un marino bien corrido y debía saber que cada uno debe traer consigo su jabón; éste forma parte de su equipo.

— Puede ser. Es una novedad para mí, señor. El jabón fino desde luego, pero el jabón ordinario debe ser proporcionado a los fogoneros y sus ayudantes por la compañía. Eso dice el reglamento. Y también toallas para el sudor. Entonces, ¿qué clase de buque es éste? Todos los barcos decentes proporcionan colchones, almohadas, mantas, toallas y, sobre todo, platos, tazas, cucharas, cuchillos y tenedores. No somos cerdos.

— Cada cual sabe bien lo que es.

— Todo eso forma parte del equipo del barco y no del equipo de la tripulación.

— Aquí, no. Con nosotros, no, y, además, si esto no le gusta, ¿por qué no regresa adonde vino?

— ¡Perro apestoso!

— Fuera de mi cabina. Yo daré parte al capitán. -Y encadenado, ¿eh?

— No, nosotros no. No somos tan locos. Necesitamos a los paleadores muchísimo y a usted más que a ninguno. No, cadenas no. Le costará dos meses de sueldo la insubordinación. Nosotros no podemos darnos el lujo de usar hierro o cadenas o látigos, porque no podría palear el carbón con la espalda lastimada.

— Vaya una pandilla -dije-. Tan bajos son que serán capaces de robar la paga de un pobre marino.

— ¿Qué es eso de robarle la paga? Yo no le invitó a entrar a mi camarote para insultarme.

Habría podido golpearlo perfectamente, pero ello me hubiera costado

otros dos meses de salario, y nunca podría dejar el barco en tanto no tuviera dinero.

– Solo quería ver claro -dijo-. Quería que usted, el jefe, me dijera que no podemos disponer de un pan de jabón ordinario y que tenemos que vivir como cerdos.

– Ande, cuénteselo a su abuela -dijo-. Tal vez ella quiera escuchar semejantes tonterías. A mí no me interesan, y ahora lárguese, y no se atreva a volver mientras no le llame. Su turno empezará a las once.

– Mi turno empieza a las doce. De doce a cuatro.

– ¿Quién lo dijo? Aquí con nosotros no, y menos aun tratándose de paleadores de carbón. Empieza a las once para levantar cenizas hasta las doce. ¿Entendido?

– Eso contará como tiempo extra, ¿verdad?

– No, no se paga tiempo extra por quitar cenizas. Ello forma parte de su trabajo. Para eso le contrataron.

¿En qué edad vivía yo? ¿Entre qué gente había caído accidentalmente? Porque en la antigua Roma y en la antigua Grecia, hasta los esclavos tenían ciertos derechos.

Mi mente se oscureció y me tambaleé en la cubierta.

Me apoyé sobre la barandilla, y traté de regresar al lugar en que realmente me encontraba en este mundo.

Allí estaba el mar. Ese mar glorioso al que yo amaba más de lo que nunca pensara amar a una muchacha. Esa maravilla de mar. ¡Cómo me sentiría honrado si me ahogara en él, como un honesto marinero, en el cumplimiento de su deber! La mar, esa mujer caprichosa, la única con quien me siento verdaderamente casado; esa mujer maravillosa que sabe sonreír encantadoramente, cantar canciones embrujadas y enfurecerse, mostrando su temperamento terrible para dormir después tan dulce y soñadoramente que solo se le puede besar y más besar, una y otra vez.

Y era sobre esa misma mar sobre la que cientos y cientos de buques honestos y decentes navegaban. Y yo, cuerdo entre las gentes de tierra y mar, tenía que navegar en aquel cascarón atacado de lepra. Una nave que navegaba nada más que porque la mar tenía compasión de ella. De cualquier modo sentí que la mar no aceptaría a aquel cascarón que padecía todas las enfermedades conocidas bajo el cielo, por la sencilla razón de que a ella no le apetecía ser infectada con pus y lepra. No, ahora por lo menos.

Ella, la mar, esperaba aún el día en que el *Yorikke* estuviera en algún puerto alejado, y por una u otra razón ardiera e hiciera explosión y le evitara la pena de servir de cementerio a semejante peste del océano.

Así, parado frente al barandal y mirando al cielo cargado de estrellas, que se tendían sobre mí, y al blancor de las olas brillantes, que venían a estrellarse contra el casco del barco, que se abría camino, y recordando a mi perdida Nueva Orleáns y a mi querida y alegre España, un sentimiento nunca antes experimentado trató de apoderarse de mí. Pensé: ¿Qué objeto tiene? Más vale cortar por lo sano. Tú, muchacho de Wisconsin, arroja al paleador, salta al buen mar ahora que eres aún un decente marinero yanqui, salta antes de que te ensucies tanto que la mar se avergüence de recibir tu beso de despedida.

¿Y en qué consiste la salvación? Esto no puede hacerse tan fácilmente, porque entonces otro pobre, rendido, andrajoso, muerto de hambre y torturado paleador tendría que hacer un doble turno para cubrir tu deserción. Y el recuerdo de este compañero paleador a quien abandonaría, haciendo un doble turno, haría mi último viaje tan insopportable que no podría permanecer abajo y tal vez me vería en la necesidad de subir, solo para decir: «¡Qué tal, hermano marinero, camarada; lo siento, ¿no quieres perdonarme? ¿No quieres perdonarme para que pueda yo permanecer en el fondo?» Pero supongamos que no quiere; entonces ¿qué?

¡Maldita, maldita sea! ¡Al diablo con todo! Ahora escucha, muchacho. Esta peste del *Yorikke* no podrá derrotarte a ti, ni podrán lograrlo tampoco todos los cónsules juntos. Arriba la barba y a afrontar las circunstancias. Trágate la inmundicia y digiérela. Aprisa, para salir pronto de ella. Algun día volverás a encontrarte con jabón y cepillos en abundancia. Sea en Nueva Orleáns, Galveston o Los Ángeles. Toda la inmundicia se encuentra afuera, no hay que permitir que ésta vaya al alma, al espíritu, al corazón. Hay que clavar primero la cabeza; así se siente menos frío, y ahora, huye de la barandilla y de la bestia que te acecha; dale un puntapié, aséstale un bofetón en el hocico. Escúpele, escúpele bien. Todo lo que puedes hacer ahora es escupir la inmundicia que sientes en la garganta, pero hazlo bien. Regresa a tu cajón.

Cuando estuve de vuelta en el camarote, lleno de humo de petróleo, supe, y en esa ocasión con certeza, que me encontraba en un barco de la muerte. Pero también tuve la certeza de que ese no sería el de mi muerte. Yo no ayudaría a cobrar el seguro del *Yorikke*, no sería un gladiador a bordo. Yo te escupo a la cara, *Imperator César Augustus*. Has perdido uno de los esclavos que te vitorean diciendo: «¡Ave César, los moribundos te saludan!» Ahorra tu

jabón y arrójalo a donde quieras. No lo necesito más. No volveré a gemir por él. Te lo escupo a la cara. Te escupo a ti y a tu maldito aliento. Trágate eso. Ahora estoy listo para el combate.

No podía dormir. El humo del petróleo de la lámpara de las siete vírgenes se hacía cada vez más espeso, y llenaba el camarote de una pesada nube. La respiración se me hizo difícil y empecé a sentir un dolor agudo en los pulmones. No tenía un trapo para cubrirme y, como las noches en el mar son frías a veces, me estaba helando.

Cuando empezaba a dormitar, alguien me arrastró por la fuerza fuera del catre.

— Levántate; son las once. No te vuelvas a quedar dormido. No puedo regresar, y cuando falten diez para las doce tendrás que despertar a tu fogonero y darle café.

— No lo conozco. No sé en dónde duerme. -Ven, te lo enseñaré.

Me levanté y me mostraron el camarote del fogonero, que se hallaba en el lado opuesto, a babor. -Apúrate, ve en seguida al molinete de la ceniza; tenemos un montón que levantar. El hombre que me había llamado había llegado como un fantasma y como un fantasma había desaparecido. No le había visto la cara. El camarote estaba oscuro porque la lámpara de las vírgenes no alumbraba; lanzaba solo un débil resplandor.

Cuando llegué al corredor por el que pasaba el gran tubo que lleva la ceniza de la cámara de calderas a la cubierta, para ser tirada al mar, Stanislav esperaba. Llevaba una lámpara que colgó de algún clavo cerca del tubo.

Stanislav era el paleador de turno. Trató de explicarme el manejo del molinete, especie de grúa, empleada para levantar los pesados botes de ceniza. -Mira Stanislav, yo no entiendo absolutamente nada de todo esto -le dije-. Me creía un viejo lobo de mar, pero nunca he visto un buque como éste en el que el paleador se ve obligado a trabajar más de las horas que le corresponden. ¿Por qué y para qué?

— ¿Yo qué sé? -contestó-. Tampoco yo soy un niño.

Créeme, he navegado en muchas cáscaras. En todos los barcos decentes el fogonero tiene que ayudar al paleador a levantar las cenizas, a fin de que los turnos se hagan regularmente. Pero aquí el fogonero no descansa un minuto, y el paleador aún tiene que ayudarle para evitar que la presión del vapor baje a

ciento veinte inmediatamente. Todo está torcido y descompuesto. No es posible retener el vapor. ¿Ves los tubos? Están agujereados; los hornillos, desbaratándose ¿ves? En otros barcos de igual calado hay dos fogoneros y un paleador o por lo menos un fogonero y medio, además del paleador. Aquí el fogonero no puede descuidar el fuego ni un minuto. De cualquier manera, yo creo que ya sabes en dónde te encuentras, inocente marinero. -Puedes apostar tu dulce vidita de tragamares a que no será en este cacharro en donde habré de convertirme en ángel.

– Lo que debes hacer es acomodarte lo mejor que puedas y tratar de sentirte en tu medio. Familiarízate con los botes; quiero decir, con los botes salvavidas. Pon los ojos en el que te gustaría coger en el momento oportuno. Habla de ello con el cocinero, que es el abuelo de este buque. Busca su amistad; mucho te ayudará si sabes conquistarla. El nada sabe de cocinar, pero es un gran tipo. Tiene dos chalecos salvavidas apartados.

– ¿Pues qué? ¿No hay chalecos de seguridad para nosotros?

– ¿Ves alguno?

– No.

– Más vale que aquí no te hagas ilusiones sobre nada. Ni siquiera tenemos anillos salvavidas. Por supuesto que de la pared central del castillo cuelgan cuatro radiantes anillos salvavidas, bonitos a la vista. Pero sigue mi consejo: no toques ninguno de ellos, pues te aseguro que estarás más a salvo metiendo la cabeza en el agujero de una piedra de molino. Con la piedra de molino podría, tal vez, operarse un milagro. Pero con uno de esos anillos dorados rodeándote, hasta tu madre diría: «Te está bien empleado, nene; debías de ser más cauto.»

– ¿Cómo puede ser capaz ese perro piojoso de dejarnos sin chalecos salvavidas? Estoy tan acostumbrado a verlos en los camarotes que ni siquiera me percaté de su falta.

Stanislav rió.

– Eso te ocurre porque nunca te habías embarcado

en una cáscara como ésta. El Yorikke es el cuarto cascarón de la muerte para mí. En estos días, es decir, desde que la guerra terminó, uno puede pescarlos al azar. Nunca hubo tantos.

– ¡Hey, Lavski! -gritó el fogonero desde abajo. -¿Qué hay, fogonero? -contestó Stanislav a través del tubo de la ceniza.

– Digan, demonios: ¿están ya levantando las cenizas? ¿O quieren que

suba yo y les zumbe en la panza? -dijo el fogonero.

– Cállate el hocico. Necesito enseñar al nuevo paleador cómo manejar el recogedor, porque nunca en su vida ha visto uno -explicó Stanislav.

– Está bien, pero baja en seguida, porque una de las barras se desprendió -repuso aquél acremente.

– Levantemos las cenizas primero, la barra puede esperar; tengo que enseñar al nuevo -gritó Stanislav, y dirigiéndose a mí, preguntó:-

¿Cómo te llamas? -¿Yo? Pippip.

– Bonito nombre. ¿Eres turco?

– Egipcio.

– Bueno es saberlo. Conque egipcio, ¿eh? Exactamente lo que nos faltaba para estar completos. Has de saber que en esta cáscara viajan hombres de todas las nacionalidades.

– ¿De todas, dices? ¿Yanquis también?

– Creo que aún estás dormido, de otro modo no harías preguntas tontas. Los dos únicos representantes de países extranjeros que no viajan jamás en los barcos de la muerte son los yanquis y los comunistas.

– ¿Comms ?

– No te hagas el inocente; a mí no me la pegas, hermano. Sabes perfectamente lo que quiero decir.

Comms, idiota; bolcheviques, comunistas, cabeza de piedra. Los yanquis no se meten en semejantes cascarones, porque morirían a causa de la inmundicia en menos de veinticuatro horas. Además, los yanquis reciben siempre buenos consejos de sus cónsules; tienen casi los mejores del mundo, casi tan buenos como los ingleses.

– ¿Y los *comms*? -pregunté.

– Esos tipos son muy listos, demasiado listos. No se dejan engañar. Tienen un olfato muy fino. Les basta ver la cabeza del mástil de un barco para saber de antemano cómo se come en él y qué salarios pagan, y puedes apostar hasta seis chelines a que aciertan. Cuando un comm se encuentra a bordo, no es posible hacer efectivo ningún seguro. Desentierran cualquier póliza aun cuando la hayan barnizado bonitamente. Y si olfatean algo torcido, inmediatamente arman un lío. No permiten que ningún inspector de puerto se marche con cinco dólares por cerrar los ojos. Puedo decir que siempre que te encuentras con un barco tripulado solamente por yanquis y sobre todo si esos

yanquis son comunistas, debes estar seguro de hallarte en el paraíso. Ahora viajo, justamente, con el propósito de poder engancharme algún día en un barco de esos. Entonces no lo abandonaré jamás, ni siquiera bajaré a puerto a echar un trago, para estar seguro de no perderlo. Con tal de navegar en uno de éstos, no me importaría ser el ínfimo paleador del ínfimo turno. Y de todos los barcos del mundo entero, los mejores son los que vienen de Nueva Orleáns. Ése es el fuerte de los supercomms y ellos saben bien lo que quieren. Viajar en un barco de esos es encontrar el paraíso.

– Yo nunca he visto un barco de Nueva Orleáns -dijo.

– Un yanqui de Nueva Orleáns nunca te tomaría a bordo. Ni aun cuando esperaras cien años. Nunca tomarían a un egipcio. Ellos tienen sus rarezas. Ni siquiera te mirarían, aun cuando tuvieras una linda tarjeta de marino que recomendara tu honestidad y tu bondad. Bueno, ahora que, ese sueño como otros muchos, se ha desvanecido. Cualquier ser viviente que se embarque una vez en el Yorikke no podrá jamás tripular un barco honesto. Queda uno marcado, como los leprosos. ¡Oh, diablo; pero trabajemos! Después gritó por el túnel de la ceniza:

– Enganchado, fogonero.

– ¡lza! -respondió el fogonero. Stanislav movió la palanca y el bote de cenizas subió chirriando al rozar las paredes del túnel de hierro. Stanislav hizo retroceder la palanca y el bote saltó hacia afuera.

– Ahora coge el bote por el gancho, llévate a la barandilla y tira las cenizas al mar. Pero ten cuidado de que no se te vayan con bote y todo. La cosa se pondría mal, porque entonces tendríamos que hacer el trabajo con un solo bote y nos costaría tiempo doble. El bote estaba tan caliente que, solo quemándome, pude cogerlo. Stanislav lo vio y dijo:

– Caliente ¿eh? Ya te acostumbrarás cuando se te hayan chamuscado las manos, cosa que no tardará en ocurrir.

El bote era pesado. Cuarenta o cincuenta kilos cuando estaba lleno. Lo llevé, oprimiéndolo contra el pecho, a través del corredor, que tendría unos cuatro metros de ancho. En la barandilla había un tiro de madera, por el que se echaban las cenizas al mar. El tiro evitaba que las cenizas ensuciaran el casco. Las cenizas eran tragadas por el mar con una especie de silbido malhumorado y agudo. Regresé con el bote a la oquedad, lo colgué de la cadena y Stanislav movió la palanca hacia adelante. El bote se fue por el túnel haciendo gran estruendo.

– Naturalmente -dijo Stanislav-. Es fácil comprender por qué no hay ni

chalecos ni anillos salvavidas. Dicen que el viejo los vendió para obtener algún dinero extra. Pero yo sé la verdad. No fue solo por hacer dinero extra. La cuestión está en que si no hay chalecos salvavidas no habrá testigos, y sin testigos no podrá haber averiguaciones en el tribunal naval, ¿comprendes? Espero que me entiendas, es una jugarreta muy vieja. Ellos no pueden confiar en los testigos, porque éstos pueden haber visto u oído algo, y entonces el asunto se pone mal para los presidentes y vicepresidentes. No dejes de mirar a los botes salvavidas de vez en cuando. ¿Cómo dijiste que te llamabas? ¡Ah, sí!, Pippip; pues bien, no dejes de echar un vistazo a los botes de vez en cuando; podrías meter ambos pies por los agujeros que tienen. «No hay supervivientes; lo sentimos, no hay testigos.»

– No me cuentes historias, joven. ¿Acaso el capitán no deseará salvarse?

– No te preocupes por el viejo, preocúpate primero por tu pellejo -aconsejó Stanislav con ironía-. El capitán saldrá del paso perfectamente. No te apures. Quisiera el diablo que estuvieras tan seguro de todo como de eso. Él saldrá perfectamente; deberías ver cómo está preparado.

– ¿Pero no saliste tú ilesa de tres barcos de la muerte? -pregunté.

– Sí. Es verdad. La última vez que bajé a tierra se me olvidó volver a bordo y dejé que el barco se fuera sin mí. La cuestión está en aceptar cuándo y dónde es oportuno zafarse. Ahora, respecto a los otros dos, es necesario tener un poco de suerte. Si careces de ella en absoluto, más vale que te apartes del agua o perecerás ahogado, aun en la palangana en que te lavas los pies. Todavía no se inventó ninguna clase especial de agua en la que pueda uno encontrar ganchos para afianzarse en cualquier momento.

– ¡Lavski! ¿Qué demonios haces ahí? -gritó el fogonero por el túnel.

– ¡Ay, caramba! -respondió Stanislav-. Las cadenas se han zafado, pero las arreglaré en un minuto.

Ahora toma la palanca -dijo dirigiéndose a mí-. Ten cuidado, porque patea más que un caballo indigesto. Cuando menos lo esperes te puede abollar el cráneo si no te andas con cuidado. Moví la palanca hacia adelante y el bote volvió a subir por el túnel. Sonó como si todo el túnel fuera a hacerse pedazos. Antes de que pudiera yo fijar la palanca para volverla hacia atrás el molinete retrocedió y el bote fue a dar al fondo con estruendo tal que pensé que se había hecho pedazos. El fogonero estalló diciendo que, si tenía yo intenciones de matarlo, bajara y lo hiciera como un marino heroico. No pude siquiera escuchar bien sus palabras porque el molinete volvió a retroceder y el bote, medio vacío, volviendo a hacer gran estruendo, golpeó nuevamente la

parte superior del túnel. Cuando el bote estaba a punto de caer nuevamente en el túnel, Stanislav tomó la manija. Inmediatamente el bote se detuvo como muerto.

– ¿Ves? -dijo-, no es tan sencillo como besar a la novia. Debes saberlo de una vez. Deja que se te despielen todos los nudillos y entonces sabrás cómo hacerlo. Mañana, a la luz del día, te enseñaré en qué consiste el asunto. Ahora, más vale que bajes, palees la ceniza en el bote y lo cuelgues del gancho mientras yo atiendo al molinete acá arriba, porque si no, acabarás con el molinete, y si eso ocurre, viejo..., bueno no quisiera que ello nos ocurriera ni a ti ni a mí. Entonces tendríamos que cargar todos los botes sobre la espalda, subiendo por dos escaleras. Que nunca se te ocurra semejante cosa, hombre, porque cuando termináramos la ceniza de un solo turno, no sabríamos si el cielo estaba abajo o encima de nosotros. Ya no caminaríamos, nos arrastraríamos, rodaríamos de un lado para otro.

Así, pues, más vale que lo tratemos con amor y besos.

– Déjame probar una vez más, Lavski -le pedí-. Sería capaz de llamarle mariscal si concediera personalidad a ese molinete; entonces tal vez quisiera trabajar en debida forma. Grité por el túnel.

– ¡Engancha!

– ¡Iza! -me contestó el fogonero.

– ¿Qué tal, mariscal? Suba su excelencia. Mahoma es mi testigo de que él se portó como un héroe. Deslizándose como sobre aceite, mansamente, como un cordero. Papá tiene experiencia. Creo ir conociendo al Yorikke mejor que el capitán o que su abuelo el sabio cocinero. Aquel molinete era el mismo usado por Noé, pues el Yorikke había sido construido con los desechos del arca. Esta grúa, por lo tanto, pertenecía a la época antediluviana, y todos los duendes que no fueron destruidos por el diluvio habían encontrado refugio en el Yorikke, en donde podía vérselas en todos los rincones y hendiduras. Pero el peor de estos espíritus del mal se había aposentado en el molinete. Consecuentemente, éste tenía que ser respetado, y los duendes escondidos en él, bien tratados. Stanislav los había dominado gracias a su larga práctica. Yo traté de ganar su amistad con palabras nobles.

– ¡Hey, majestad!, pon una vez más las piernas en movimiento; hay que trabajar bien.

¡Y cómo se dejaba ir aquel molinete! Suave y pondonosamente, el bote se detenía como un soldado, exactamente en donde yo deseaba, para hacer mi abrazo más potente y llevar las cenizas a dormir al mar. Claro está

que la grúa no siempre estaba de buen humor. Más de un ciento de veces puso en juego sus malas mañas. ¿Qué otra cosa puede esperarse de las mujeres? Si la palanca no era adelantada o retrasada en la fracción exacta del preciso momento y a la distancia adecuada, el bote se disparaba con un estruendo tal que parecía como si el barco hubiera sido sacudido hasta hacerle crujir los huesos. De una fracción mínima de tiempo o de distancia, para adelantar o retrasar la manija, dependía que el bote se detuviera en el lugar preciso y en la posición deseada. Stanislav había bajado para palear las cenizas y la escoria dentro del bote. Después de levantarla cerca de cincuenta veces, Stanislav me gritó que debíamos dejar el resto para el otro turno. Sentía que las rodillas se me quebraban después de acarrear tantas veces las pesadas latas a través del corredor. Respiraba con dificultad; pero antes de que pudiera percatarme claramente de mi estado de agotamiento, Stanislav me gritó:

– ¡Hey, apúrate!, faltan veinte para las doce. Un poco arrastrándome, un poco tambaleándome, trasladé mi humanidad hasta el camarote. La cubierta no estaba iluminada, el petróleo costaba dinero. La compañía no podía hacer semejante gasto, en atención a la competencia de otras compañías que ofrecían fletes más bajos.

Muchas veces me golpeé las rodillas y las tibias contra cosas duras antes de llegar al camarote. No es fácil describir en detalle todo lo que se hallaba tirado en la cubierta. Para hacer corta la descripción, diré que todos los objetos habidos bajo el cielo se veían regados. Hasta un carpintero naval se encontraba allí tendido, borracho, y tan inútil como una escopeta sin munición. Más tarde me enteré de que aquel carpintero se emborrachaba en cada puerto que tocábamos, de tal modo que durante dos días no se le podía utilizar ni para que barriera la cubierta. El capitán podía considerarse afortunado cuando los marinos capacitados no se reunían con el carpintero y cuando por lo menos uno de ellos quedaba disponible para llevar el timón medianamente. El carpintero y los tres marinos capacitados se encontraban tan empapados de cuerpo y sesos, que el capitán bien habría podido darles chalecos salvavidas sin temor de que se constituyeran en malos testigos cuando de cobrar el seguro se tratara. Habían perdido la aptitud de seleccionar e hilvanar sus ideas para expresar lo que habían visto y lo que habían dejado de ver. Todo lo que ellos sabían acerca del bienestar económico de las naciones civilizadas era el precio exacto del brandy en las diferentes tabernas de los puertos tocados usualmente por el Yorikke. El capitán hacía frecuentemente mención del aprecio que tenía por esos cuatro hombres, a quienes consideraba perlas de la marina mercante.

En el camarote tomé la lata del café, me dirigí a la galera y allí la llené con café caliente del que había en la estufa. Llevando la lata del café tuve que hacer nuevamente el recorrido a través de la cubierta. Me sangraban las rodillas, las espinillas y los nudillos. Los había golpeado en la oscuridad con una veintena de objetos tirados en la cubierta. No existía a bordo un cajón de medicinas de emergencia. Y si me presentara al primer piloto, que tenía obligación de curar heridas, aquél habría dicho riendo:

— ¿En dónde te heriste? No seas simple; no tienes nada. Frótate con un poquito de polvo de carbón, así dejará de sangrarte; ahora lárgate.

Tenía que despertar a mi fogonero. Quiso romperme el pescuezo por haberlo levantado tan temprano. Dijo haber perdido dos minutos completos de buen sueño debido a mi estupidez. Pero cuando la campana sonó y el hombre que estaba de guardia en el puente gritó: «¡Sin novedad!», mi fogonero quiso romperme la cabeza por haberlo despertado demasiado tarde, pues tendría que empezar su guardia combatiendo con el segundo maquinista, con quien no andaba en muy buenas relaciones. Bebió su café negro sin azúcar, pellizcó el pan que estaba en la mesa, se lo empujó por el gaznate y, con la boca llena y los ojos inyectados, me gritó: «Baja, te seguiré en seguida. Ten el agua lista para las escorias.» Se movía con pesadez y fatiga. No se sentó a la mesa derecho, sino semitumbado en el banco. Con los brazos extendidos sobre la mesa, extendió con movimiento de sonámbulo el brazo para tomar un cuchillo que vio. No pudo alcanzarlo con un solo esfuerzo y renunció a él. Le resultaba demasiado difícil. Así pues, cogió el trozo de pan y le arrancó otro pedazo. Tomó un trago más de café y aumentó el volumen del pan y se obligó a masticar con la boca enteramente abierta.

Bebí media taza de café y antes de que me fuera posible alcanzar el pan para cortar una rebanada, me dijo, haciendo gárgaras:

— Más vale que vayas en seguida, yo te seguiré pronto.

Al pasar por la galera vi a Stanislav que entraba. El interior estaba oscuro y sólo el fulgor agonizante de la estufa derramaba una luz incierta. Stanislav trataba de encontrar y robar el jabón escondido por el cocinero. El cocinero lo había robado al sobrecargo. El sobrecargo lo había sacado del cajón del capitán. Cada una de estas personas se sorprendía de no encontrar su jabón cuando lo buscaban. Se acusaba a las ratas de la desaparición de tanto jabón.

— ¿Quieres llevarme al cuarto de calderas? -pregunté a Stanislav.

Salió de la galera.

Trepamos a la cubierta más alta del castillo central.

Me indicó un agujero negro y me dijo: -Allí verás una escalera de hierro que conduce abajo, no podrás extraviarte; no te puedo acompañar porque aún tengo que hacer en la galera; no sé dónde ha escondido el jabón el abuelo cocinero.

Me rodeaba la noche clara, de un azul oscuro. En medio de aquella bella noche, que descansaba sobre el mar arrullador, me asomé al negro agujero que parecía sin fondo. Allá, muy lejos, en las profundidades distinguí el mundo subterráneo. Era un infierno lleno de humo, iluminado por el fulgor de rojas chispas que surgían de diferentes hoyos y desaparecían casi en el mismo instante en que surgían. La aparición de las chispas se combinaba con un resplandor general que envolvía el mundo subterráneo, deshaciéndose en nubes de humo que lo cubrían y dejaban reconocer su apariencia solo por una tenue luz amarilla. Como surgido de aquel espeso humo, apareció el cuerpo desnudo de un ser humano que llegó caminando hasta el centro de la estancia. Una capa gruesa de polvo de carbón lo cubría totalmente de negro. El sudor le corría en arroyos, dejándole huellas brillantes. El hombre permaneció de pie con los brazos cruzados, miró inmóvil hacia el sitio de donde partía la luz roja. Se movió pesadamente alrededor y tomó un atizador de hierro, se adelantó un poco, se inclinó y, repentinamente, pareció ser tragado por un mar de llamas que lo envolvió. Saltó hacia adelante con su atizador, empujó y tiró con él como si se estuviera batiendo con algún dragón escapado. Después, con movimiento rápido saltó hacia atrás, enderezó el cuerpo y apoyó el atizador contra la pared. Las llamas habían sido aquietadas y el agujero aparecía más negro y cubierto de humo que nunca, iluminado apenas con el reflejo fantasmal de una luz amarilla.

Traté de descender. Tan pronto como puse los pies en el cuarto escalón de la escalera de hierro, me sentí oprimido por una oleada de calor, por una aplastante nube de humo, por pesadas capas de polvo de carbón y por fumarolas que eran una mezcla de vapor, de petróleo y de trapos quemados. Tosí y salté hacia arriba para hacer llegar aire fresco a mis pulmones, que parecían haberse paralizado.

No había esperanza de evadir aquel trabajo; así, pues, hice un nuevo intento. Nada importaban las consecuencias. Abajo había un ser humano. Un alma viviente que podía respirar en aquel infierno. En cualquier sitio en el que un ser humano pueda vivir y trabajar, podré hacerlo yo también. No soy una excepción. Tengo que hacerlo, necesito hacer el relevo. Rápidamente, como si tratara de dominar los molestos efectos de una inmersión, descendí seis escalones. Allí me detuve, no pude seguir adelante. Mis pulmones ardían

nuevamente. Tuve que tomar aire fresco para sobrevivir.

Ataqué por tercera vez. En esta ocasión descendí seis escalones. A partir de allí otra escalera conducía más abajo, pero no pude alcanzarla, porque a través de una grieta del tubo de vapor, abierta exactamente al paso, salía silbando un chorro de vapor hirviente. Traté de pasar; pero mis brazos y mi cara fueron abrasados por el vapor y tuve la seguridad de que me chamuscaría hasta quedar desfigurado y perder la vista si proseguía. Pensé que había elegido un camino equivocado y que debía existir otro que condujera al pañol. Stanislav buscaba aún en la galera el escondite en que había ocultado su jabón el abuelo.

– Bajaré contigo -dijo, mostrándome su buena voluntad.

Cuando caminábamos preguntó:

– ¿Es que nunca has formado parte de la pandilla negra? No me digas, lo supe desde el primer momento en que te vi. ¿Cómo se te ocurrió llamar graciosa dama a la grúa? Cuando no quiera trabajar y esté en desacuerdo contigo, pégale. La mayor parte de las mujeres gustan de eso. Y a las que les disguste, con

dejarlas ir, basta. Hay montones en el mundo. Quise decirle que muchas cosas aparentemente

privadas de vida tienen alma humana y que hay que tratarlas apropiadamente. Sin embargo, pensé que más tarde habría tiempo de comunicarle mis pensamientos

filosóficos, y me concreté a contestar:

– ¿Es que nunca has formado parte de la pandilla negra? No me digas, lo supe desde el primer momento en que te vi. ¿Cómo se te ocurrió llamar graciosa dama a la grúa? Cuando no quiera trabajar y esté en desacuerdo contigo, pégale. La mayor parte de las mujeres gustan de eso. Y a las que les disguste, con dejarlas ir, basta. Hay montones en el mundo. Quise decirle que muchas cosas aparentemente privadas de vida tienen alma humana y que hay que tratarlas apropiadamente. Sin embargo, pensé que más tarde habría tiempo de comunicarle mis pensamientos filosóficos, y me concreté a contestar:

– Tienes razón, Lavski; nunca he trabajado en calderas. Ni siquiera recuerdo haberme asomado a ellas. He sido cabinboy, camarero, grumete,

marino capacitado y hasta carpintero. Nunca me gustó el olor de los carboneros. Dime, camarada, ¿no quieres darme una mano en mi primer guardia en las calderas? -No digas tonterías. Claro que lo haré. Sé cuales son tus dificultades mejor que tú mismo, viejo. Es tu primer barco de la muerte, en cambio yo conozco bien estas cáscaras; pero créeme, hay ocasiones en las que da uno gracias al cielo y al infierno cuando ve aparecer un Yorikke en puerto, y se salta a bordo con todo el gozo almacenado en el pecho, con la satisfacción de hacer muecas a quienes tienen prisa por echarnos mano.

Avísame solamente, inocente criaturita, cuando te ocurra algo malo; yo te sacaré del atolladero, soy capaz hasta de ir a la cárcel por desatorar a un buen amigo. Porque ocurre, viejo egipcio, que aunque todos nos hallemos muertos, debemos procurar salvar el corazón. Nunca te arrodilles, escúpeles a la cara aun cuando sea con el último aliento. En adelante no podrías soportar miles, cientos de miles de años devorado por el sentimiento de haberte rendido en tus últimos instantes. No pierdas el valor; sostente duramente, porque nada peor podrá ocurrirte ya.

Aquellas palabras, verdaderamente me levantaron el animo en momentos en los que estaba a punto de hundirme. Sin embargo, las cosas fueron peores, terriblemente peores. Uno puede embarcar en un barco de la muerte, ser muerto entre los muertos, desaparecer de la tierra y del mar y aun tener que soportar horrores y torturas de las que no es posible escapar, no obstante estar bien muerto. Porque cuando todos los medios de evasión desaparecen, no nos queda más remedio que soportar.

Stanislav se fue directamente hacia el agujero que yo había dejado, en la creencia de haberme equivocado. Descendió por la escalera y le seguí hasta que llegamos al tramo en el que el vapor me había quemado.

– No podremos pasar. Se te quemará el cuero y hasta los huesos -grité a Stanislav.

– No seas gracioso, marinerito; yo cruzo por aquí doce veces cada veinticuatro horas. Claro que debes darte cierta maña. Las mañas son la única ayuda de que puedes valerte en esta lata apestada para no ir a dar hasta el fondo. No hay otra manera de llegar a las calderas. Los malditos maquinistas, a quienes el diablo se lleve, no nos permiten pasar por el cuarto de máquinas. Dicen que estamos demasiado sucios y apestosos y que dejamos al pasar un olor a zorrillo que dura toda una semana. Pero algún día iremos todos juntos a apestar al infierno.

Vi cómo se cubría la cabeza con los brazos para protegerse la cara y el cuello contra la embestida del vapor. Después, más ágil y veloz que una serpiente joven, se retorció en medio de aquel laberinto de vapor silbante y de ráfagas hirvientes, en forma tal que antes de que pudiera observar sus elegantes acrobacias había cruzado el paso y descendido.

Todos los tramos de la tubería estaban enmohecidos y llenos de grietas, y como la compañía ya había decidido el sitio al que mandaría el barco, habría sido un gasto tonto mandar reparar en debida forma los tubos, calderas, y todo lo que a bordo se encontraba podrido, roto, rajado, agrietado, agujereado o quemado. Las reparaciones se hacían con los materiales de peor calidad y solo en último extremo, cuando el barco estaba en peligro de ir al último puerto antes de tiempo. Antes había que hacer buen dinero, aprovechando las rebeliones de ciertos pueblos en contra de sus protectores, los que ejercían el protectorado por la fuerza o en virtud de actos amistosos de las nobles naciones unidas.

Cuando vi a Stanislav ejecutar aquella danza de la serpiente, aprecié altamente su habilidad y pensé que nadie podría realizarla con tanta elegancia, pero pronto hube de percatarme de que toda la pandilla de las calderas era capaz de ello. Tenían que hacerlo, pues solo aquellos capaces de ejecutar con

maestría la danza de la serpiente, podrían sobrevivir. Los que habían fallado habían dejado de existir.

Entonces comprendí por qué no se nos alimentaba bien, por qué se nos mantenía medio muertos de hambre. Pues de haber comido decentemente, no habríamos sido capaces de ejecutar la danza de la serpiente. Solo los hombres flacos y jamás indigestos eran capaces de llegar a las calderas. Teníamos orden de no tirar ningún desperdicio; todas las sobras, hasta los huesos, cáscaras y cortezas, tenían que devolverse a la cocina para que el abuelo hiciera con ellas estofado irlandés, picadillo, *gulash* y *fricassé*.

— Así es como hay que hacer, hermano -dijo Stanislav-. No vaciles; si lo haces te fastidias. Tampoco serías el primero. Si alguna vez has visto un pobre diablo chamuscado, procurarás hacerlo bien.

No reflexioné, me concreté a imitar lo que había visto, y atravesé el paso peligroso, recibiendo solo las quemaduras de unas cuantas ráfagas.

— No lamenteis aprender este elegante paso -dijo Stanislav-. La acrobacia te resultará de gran utilidad algún día, especialmente si alguien te encuentra con una mano dentro de una bolsa que no sea tuya. Después de practicar la danza de la serpiente en el *Yorikke*, créeme, las barras de hierro tendrán que estar muy juntas para retenerte.

Del lado opuesto a la plataforma por donde habíamos descendido, había otra escalera de hierro que era el último tramo de la escalera que conducía al mundo subterráneo. Esa escalera carecía de barandal en el sitio apropiado y era fácil caer y romperse el pescuezo. El barandal estaba pegado a la pared de las calderas, tan pegado que difícilmente podría meterse la mano entre ambos. Las calderas estaban recubiertas por una espesa capa de ladrillos, con el objeto de que el calor se conservara mejor. Había una razón para que la barandilla no se encontrara en el lado libre de la escalera, sino contra la pared de la caldera. Supongamos que la grúa que se usaba para levantar las cenizas se hubiera descompuesto y hubiera habido necesidad de llevar la lata sobre las espaldas ascendiendo con ella la escalera. Hubiera sido muy difícil, si no imposible, hacerlo, de haberse encontrado la barandilla en el lado libre, pues la escalera era tan estrecha que apenas daba paso a un hombre; y si alguno se hubiera visto obligado a subir con la lata a cuestas, habría tenido que hacerlo de lado, dando la cara a las calderas y con la lata de las cenizas rebasando la barandilla.

Cuando toqué el barandal para sostenerme, estaba tan caliente que tuve que soltarlo inmediatamente. Era calentado en parte por el gran calor de

la pared y por las ráfagas de vapor que se nos colaban a través de las numerosas grietas.

Stanislav hacía uso de la barandilla en una forma verdaderamente sorprendente. La tocaba con mayor suavidad que la que hubiera empleado para manejar huevos. Él no descendía, volaba rozando la barandilla con las puntas de los dedos lo absolutamente indispensable para guardar el equilibrio. Solo cuando estaba a punto de caer, se tomaba del barandal con mayor firmeza, por una fracción de segundo. Un pianista no tendría la agilidad y delicadeza para tocar que él tenía para servirse de la barandilla.

Todo habría sido mucho más fácil si el agujero hubiera estado propiamente iluminado; pero la única luz era aquella que alcanzaba del reflejo amarillento y atenuado por el humo que llegaba de la cámara de calderas.

Desconociendo la escalera, tuve que ir descendiendo con tanteos. La barandilla estaba tan caliente, que sentí chamuscármese las manos. A medida que descendía, más pesado, caliente y aplastante se volvía el humo. El que se desprendía del aceite quemado y el gas que salía de las escorias me perforaban los pulmones como si se tratara de gases venenosos. Estaba seguro de que aquél no era el infierno al que estaba condenado después de muerto. En el infierno tenían que vivir los demonios, y allí era inconcebible que ni el más salvaje de los demonios pudiera existir y trabajar torturando a los pobres pecadores.

Levanté los ojos y allí parado estaba un hombre desnudo; por el cuerpo le corrían arroyos de sudor mezclado con hollín. Era el fogonero del turno saliente. ¿Cómo podían vivir allí seres humanos, si para los demonios era imposible? Pues bien, aquel fogonero soportaba, tenía que soportarlo como todos los de la pandilla negra... Estaban muertos, no tenían patria, no tenían nacionalidad, no tenían certificados de nacimiento para probar que habían nacido de una madre perteneciente a la raza humana. Eran hombres carentes de pasaporte para probar que eran ciudadanos de la tierra, dada por Dios a todos los animales, incluidos los insectos y los humanos. No podían probar su existencia a satisfacción de cónsules y empleados de migración. Los demonios no podrían vivir allí, porque aun entre ellos queda un resto de cultura y de civilización. Pregúntenle si no al viejo Fausto; él los conoce personalmente. Pero los hombres sin documentos, tienen que trabajar allí. Nadie les pide su parecer, solamente se les ordena. Tienen que trabajar tan duramente, son urgidos en forma tan impía, que olvidan todo lo que es posible olvidar, y aun más. Mucho tiempo atrás se olvidaron de sí mismos, abandonaron su propia alma. Cualquiera que se hubiera interesado en recoger sus almas, habría

podido quedarse con ellas. Habría sido motivo de regocijo en el infierno. Pero el demonio no se interesa por las almas que andan regadas, éstas carecen de valor. Los humanos del *Yorikke* olvidan más que eso, llegan tan lejos en su olvido, que se olvidan de pensar que sería imposible trabajar en ese infierno.

¿Tengo algún derecho para despreciar a la compañía que regenta a este barco y rebaja a su tripulación hasta lo inconcebible para ahorrar en los gastos y hacer posible la competencia? No, no tengo derecho a odiar. Si hubiera saltado la barandilla, nadie me habría podido obligar a trabajar en ese infierno. No salté y por no haberlo hecho perdí todo derecho a ser mi propio amo y señor. Toda vez que no había tomado mi destino en mis propias manos, no tenía derecho a rehusar ser tratado como esclavo. ¿Por qué permitía que me torturaran? Porque tenía esperanza, que es la bendición, el pecado y la maldición de la especie humana. Esperaba mi oportunidad de volver una vez más a la vida. Tarde o temprano, esperaba volver a Nueva Orleáns y a mi muchacha que tal vez me aguardaba. Esperaba. Prefería tragarme toda aquella inmundicia antes que botar mi dulce y adorada esperanza al basurero.

¡No te preocunes, *Imperator Cesar Augustus!* Siempre tendrás gladiadores, siempre tendrás más de los que necesites. Los hombres más fuertes, los más valerosos, los mejores, serán siempre tus gladiadores. Lucharán por ti y te saludarán en el momento de morir: *Morituri te salutant!* ¡Salud, César Augusto; los moribundos te saludamos! ¿Feliz yo? Yo soy el hombre más feliz de la tierra porque puedo pelear y morir por ti, dios Emperador.

VIII

Desde luego, señor, yo también puedo trabajar aquí. Otros trabajan aquí. ¿Por qué no podría yo hacer lo mismo? La aptitud de imitar hace de los hombres héroes y esclavos. Si el látigo no mata a aquel hombre, tampoco me matará a mí. Así, pues, dejemos trabajar al látigo. «Mirad a aquel otro. ¡Qué valor! Camina directamente, sin pestañear, hacia la ametralladora. Es un gran hombre. Tú no serás cobarde ¿verdad?» Si otros lo hacen, tú también podrás hacerlo. Es así como se hacen las guerras, es así como navegan los barcos de la muerte. Todos persiguen la misma idea. No se necesitan ni ideas nuevas ni modelos nuevos. Los viejos sirven aún admirablemente.

– ¡Hey!, ¿qué estás cavilando? ¿Cómo te llamas?

Mi fogonero había bajado y parecía estar de muy mal humor.

– Me llamo Pippip.

Pareció iluminarse un poco y dijo:

– Me pareces persa.

– Pues te parece mal. Soy abisinio. Mi madre era parsi; pertenecía a ese pueblo que cede sus muertos a los buitres en vez de enterrarlos.

– Nosotros se los tiramos a los peces; así, pues, creo que tu madre era una persona muy fina. La mía era una vieja ramera que trabajaba por media peseta. Pero si tú te atreves a llamarle hijo de puta o algo por el estilo, te dejaré hecho una piltrafa, despreciable hasta para los buitres; porque yo respeto a mi madre, no lo olvides.

Entonces supe que era español.

El fogonero del turno saliente sacó del horno una barra de hierro candente y la metió en un bote de agua, para calentar ésta, y empezó a lavarse con arena y cenizas a falta de jabón.

La cámara se hallaba alumbrada por dos lámparas. Las llamo lámparas, pero lo único que tenían en común con las verdaderas es ese nombre que yo les daba. Una de ellas colgaba de la caldera, cerca de los medidores de presión de agua y vapor. La otra colgaba en un rincón para alumbrar al paleador.

En el mundo al que el Yorikke pertenecía, poco se sabía de cosas

modernas. La única cosa moderna que el *Yorikke* viera era el traje usado por el capitán. Nadie allí parecía saber que en el mundo existían cosas como las lámparas de gas y de acetileno, para no hablar de las eléctricas.

Las lámparas usadas en la cámara de calderas y en la de máquinas eran las mismas que el *Yorikke* había llevado en su viaje regular de Tiro a Cartago por la costa de la antigua Fenicia. Lámparas como esas pueden verse en el Museo Británico. Eran latas lo suficientemente grandes para contener medio litro de aceite. Adosada a su fondo, se hallaba una chimenea que se elevaba, y en cuyo interior se encontraba la mecha. La mecha estaba tan lejos de ser mecha como estaba la lámpara de ser lámpara. La compañía no proporcionaba mechas, y nosotros teníamos que conseguirlas en cualquier parte. Cuando nos enterábamos de que el maquinista no estaba en su puesto, nos colábamos para buscar algunos hilachos en la caja en la que él guardaba los que utilizaba para atar las grietas de las tuberías. Para ser más claro, las mechas eran de la misma clase de las usadas en los camarotes, y que provenían de las enaguas de lana de las siete vírgenes, que conservaban las lámparas encendidas durante toda la noche para conservar su pobre virtud; porque supongamos que ellas no hubieran tenido la luz prendida toda la noche: entonces cualquier tipo las habría confundido con muchachas normales, y adiós virtud.

El aceite que alimentaba aquellas lámparas, era el mismo famoso aceite diamante. Pero si el aceite de los camarotes de repente tenía un rastro de petróleo, el empleado en las de la cámara de calderas era única y exclusivamente el quemado y rascado del fondo del cuarto de máquinas, y de las cajas de los cojinetes y las chumaceras de la máquina.

Cuatro veces cada hora era necesario sacar la mecha de la chimenea, porque se quemaba con gran rapidez. Era necesario sacarla con los dedos desnudos, porque no había ningún instrumento a mano de que servirse. Después del primer turno, salía uno con las uñas medio quemadas y las puntas de los dedos chamuscadas.

Stanislav ya había hecho un doble turno aquel día. Más tarde se comprenderá lo que un doble turno significaba en el *Yorikke*; solamente entonces se comprenderá la clase de tipo que era Stanislav, al haberse decidido a ayudarme durante mi primer turno en las calderas. Difícilmente podía arrastrarse por sí mismo. Por lo menos permaneció una hora a mi lado, ayudándome a palear carbón.

El fogonero tenía que atender nueve fogones, tres por cada caldera. Dos calderas habrían sido suficientes para producir el vapor necesario para el *Yorikke*. Una de las calderas se tenía de reserva, para echar mano de ella en

caso de que alguna de las otras dos fallara. Pero como todas las tuberías estaban agrietadas, el vapor se escapaba en gran cantidad, y así la caldera de reserva, que debía usarse solo en puerto para alimentar los molinetes y otras maquinitas auxiliares que debían usarse permanentemente, trabajaba también constantemente. En otra forma, el *Yorikke* nunca habría tenido vapor suficiente para capear mares picados y tempestades.

Era deber del paleador llevar hasta la boca de los hornos todo el carbón necesario. Pero antes de arrimar el combustible, había un sin fin de trabajos que hacer. Los fogoneros se ocupaban únicamente de mantener el fuego, y como si el trabajo que tenía que hacerse fuera poco, había necesidad de tener lista una carga completa de carbón de reserva junto a las calderas. Aquel montón de combustible tenía que ser arrimado por el turno saliente; es decir, cuando la guardia terminaba, era necesario dejar todo aquel carbón, a fin de que el turno entrante pudiera trabajar durante una hora sin necesidad de acarrear carbón. Cuando el turno era relevado, había necesidad de hacer lo mismo.

Solamente se disponía de dos horas intermedias en cada turno para hacer el arrimo de esa cantidad de carbón. En mi caso, de la una a las tres. A las tres, el paleador del relevo llegaba y, con su ayuda, limpiaba el local de las cenizas en él acumuladas. Por tal razón, a las tres debía haber suficiente carbón listo para alimentar los tres fuegos durante la hora dedicada a quitar las cenizas, agregando el combustible que había que dejar al relevo. Naturalmente, durante las dos horas que se empleaban en el acarreo del carbón, los fuegos del barco tenían que alimentarse incesantemente, tragando y tragando los montones de carbón que se arrimaban. Cualquiera que no hubiera tenido resistencia sobrehumana, corazón de acero y pulmones semejantes a las velas de un barco de carrera, no habría podido hacer aquel trabajo, no obstante la buena voluntad que tuviera para ello. De seguro que habría estallado, y podía ocurrir, como en cierto caso que recuerdo, que no se volviera a poder poner en pie y muriera en menos de seis horas.

La parte posterior del cuarto daba a la proa, y las calderas paralelas a la quilla se hallaban situadas en forma tal que las puertas de los hornos abrían hacia la proa. El cuarto de máquinas estaba situado detrás de las calderas, en dirección de la popa.

En la parte posterior del cuarto había dos grandes carboneras. Cuando se hallaban llenas, solamente era necesario abrir las puertas para que el carbón cayera enfrente de las calderas. Aquello era miel para el paleador. Prácticamente no tenía qué hacer; cuando mucho, palear el carbón para

aproximarlo a las calderas y facilitar la tarea del fogonero.

Pero el *Yorikke* estaba maldito, porque cualquier trabajo que hubiera de hacerse en él resultaba el más duro imaginable. Nada resultaba fácil; si por cualquier razón se disfrutaba de un día alegre, podía uno estar seguro de que los cincuenta siguientes serían durísimos. Así pues, no debe llamar la atención que en las carboneras de la parte posterior de la cámara de calderas, solo rara vez hubiera algún carbón. Y si lo había, el segundo maquinista, aquel demonio ratero, cerraba las puertas. No las abría hasta que todo el resto del carbón existente en el barco, sin importar el sitio en que se encontrara almacenado, se consumiera antes. Mientras tanto, el *Yorikke* llegaba nuevamente a puerto y el duro trabajo de acarreo del combustible, desde los depósitos más lejanos del *Yorikke*, empezaba también. A decir verdad, aun cuando para nosotros fuera muy pesado arrimar el carbón desde pañoles de carbón más lejanos, el cuidado en guardar las puertas de las carboneras tenía su razón de ser. Durante las tempestades, que podían abatirse sobre nosotros en cualquier momento, la seguridad del barco dependía de tener combustible de reserva a la mano, porque con el mar embravecido habría sido casi imposible arrimar el carbón necesario de las carboneras lejanas.

El trabajo común y corriente que en el *Yorikke* correspondía al fogonero y al paleador, habría sido asignado en cualquier barco decente a cuatro hombres saludables y bien alimentados. Pero si hasta los galeotes se enorgullecen de serlo, ¿por qué no habríamos de enorgullecernos nosotros? Hay galeotes satisfechos de ser buenos galeotes. Cuando el capataz encargado del látigo caminaba por la galera con él en la mano, azotando aquí y allá, y miraba aprobadoramente a algún infeliz que trabajaba hasta deshacerse en sudor, ese infeliz se sentía tan satisfecho como un soldado condecorado por su general, durante una parada, con una medalla de bronce. «Eso no es nada», dice el trabajador a punto de colapso, «puedo aún hacerlo mejor; fíjate solamente y verás lo que un hombre de verdad puede hacer.» Bueno, la medalla es tuya; tómala, guárdala y sé feliz. Algún día tu nieto sabrá que fuiste un esclavo muy listo. Los honores cuentan tan poco que pueden recogerse como hojas caídas en noviembre.

El fogonero mantenía vivos tres fuegos, ahorraba dos en cada caldera y los recorría constantemente. Después de la caldera número 1, regresaba a la número 3, para volver luego a la 2. En la puerta de cada horno se encontraba escrito su número con gis, que empezaba con el 1 y terminaba con el 9.

Para mantener el fuego vivo, se servían de un atizador grande y pesado. Se apartaban las escorias y las cenizas para que la combustión se lleva a cabo

en toda su plenitud. Los abanicos mecánicos eran desconocidos en el *Yorikke*, y todo el oxígeno necesario tenía que llegar por obra y gracia del Espíritu Santo.

Cuando se abrían las puertas de los hornos, un calor tremendo invadía el cuarto de calderas. Las cenizas ardientes eran sacadas de los hornos. El fuego bramaba como bestia feroz, lista a saltar sobre su enemigo. Mientras mayor cantidad de ceniza se sacaba, mayor era la intensidad del fuego. Las escorias se amontonaban, hasta obligar al fogonero a dar un salto atrás para no chamuscarse. Entonces gritaba: «¡Agua, enfriénlas!» Y yo tenía que rociarlas con agua para apagarlas, y a cada rociada se levantaba una nube de vapor que inundaba el local, nublándolo en tal forma, que era casi imposible distinguir las figuras.

Tan pronto como el fogonero escuchaba el chirriar de las escorias al contacto del agua, se apresuraba a echar carbón en la hornilla. Lo hacía con rapidez tal, que era difícil seguir sus movimientos. Antes de que la nube de vapor desapareciera, él había terminado con el trabajo, y de un golpe cerraba la puerta del horno. Se enjugaba la frente con el dorso de la mano, saltaba al horno número 4, lo abría, removía las cenizas y gritaba: «¡Agua, por todos los diablos!»; y paleaba en seguida. Volvía a limpiarse el sudor, a jurar, y saltaba a la puerta del horno número 7; se inclinaba, aplastaba las escorias, gritaba «¡Agua!», y tiraba las escorias. Como un tigre negro, saltaba a la caldera número 1, abría la puerta del horno número 2, y así hasta agotar el turno, saltando, gritando, pidiendo agua, alimentaba las calderas, y cerraba las puertas con un golpazo. Jurando, escupiendo, enjugándose el sudor y volviendo a saltar.

Nos cubríamos sólo con pantalones. El fogonero calzaba alpargatas. Yo llevaba zapatos. De vez en cuando, el fogonero daba un salto, profería un juramento y se quitaba las cenizas ardientes que se le habían pegado a los brazos o al pecho desnudo. No había por allí ningún mono peludo que produjera chispazos filosóficos, destinados a algún escenario. No había tiempo ni para mirar, ni para pensar en faldas. Cinco minutos perdidos pensando en algo distinto a las calderas, los habríamos pagado con cincuenta centímetros cuadrados de carne chamuscada. Las cámaras de calderas presentadas en los escenarios de los teatros y de las películas son diferentes; son, por lo menos, más agradables. Las gentes vestidas de noche no gustarían de ver la cosa tal como es, y menos aún de pagar por verla.

Con mayor frecuencia que al pecho y los brazos, las cenizas se le pegaban a los pies. Entonces danzaba, juraba y aullaba como un salvaje. Las

chispas resbalaban dentro de sus chanclas y le quemaban, antes de que tuviera tiempo de encontrarlas, siquiera. Cuando tres fuegos se habían avivado, el atizador se calentaba de tal modo, que el fogonero podía usarlo únicamente envolviéndose las manos en trapos.

Las cenizas sacadas de los hornos y amontonadas frente al fuego, expandían un calor tal que resultaba imposible aproximarse. El cubo de agua que se volcaba sobre las escorias y las cenizas, cuando el fogonero gritaba: «¡Agua, por todos los diablos!», no bastaba para apagarlas totalmente. Solo la superficie se enfriaba ligeramente durante algunos segundos, proporcionando al fogonero apenas un respiro, que le permitía darse prisa y alimentar aquel horno. Cuando terminaba con los nueve fuegos, y el calor se hacía insopportable, había necesidad de enfriar las cenizas completamente. Para lograrlo, se necesitaba inundar el cuarto. Sin embargo, nunca llegaban a enfriarse totalmente sino cuando eran tiradas al mar, pues por debajo, las brasas seguían encendidas, y comunicaban el fuego a cualquier pedacito de carbón que se encontraba entre las cenizas.

La inundación del cuarto levantaba espesas nubes de vapor caliente, de las que podíamos protegernos únicamente saltando al rincón más apartado.

Esta cámara o cuarto de calderas era ridículamente pequeña. El espacio comprendido entre las calderas y la parte posterior del cuarto era considerablemente más corta que la longitud que tenían los túneles de los hornos que corrían bajo las calderas. No se podía sacar el atizador del horno en posición horizontal, porque el extremo del mango habría pegado contra la pared del cuarto, aun antes de sacarlo completamente. Así pues, el fogonero tenía que ladearse y mover el atizador con maña para sacarlo. Se veía obligado a ejecutar una verdadera danza para manejarlo. Y cuando navegábamos en mar picada, y el barco era agitado, la danza del fogonero habría resultado cómica para cualquiera que la observara desde lejos. A ratos era lanzado de cara sobre el atizador candente, con el pecho o las espaldas desnudas, sobre los montones de escorias ardientes al rojo blanco. A veces perdía el equilibrio e iba a dar directamente sobre las brasas. Cosas como éstas ocurren en cualquier barco, cuando la mar está enfurecida. Pero cuando las dimensiones del cuarto son convenientes, las consecuencias horribles de esos incidentes pueden evitarse en gran parte. En el *Yorikke*, nadie podía escapar de las quemaduras, a pesar de los esfuerzos que se hicieran. Ellas eran parte del trabajo. Trabajar ante las calderas significaba tener todo el cuerpo chamuscado.

Barco de la muerte; *yes, sir*. Hay varias clases de barcos de la muerte. En

algunos, los esqueletos se preparan dentro del casco; en otros, los marineros muertos se consiguen fuera. Y hay otros más, que alimentan a los peces de todos modos. El *Yorikke* preparaba los esqueletos dentro, fuera y en todas partes. Era un modelo entre los barcos de la muerte.

Mientras limpiábamos las calderas, el fogonero del turno anterior acababa de bañarse. Durante el tiempo que pasaba frotándose el cuerpo, estaba en peligro de ser chamuscado por el atizador y por las brasas. Pero ello parecía no preocuparle. Sabía que, estando muerto, nada podía ocurrirle. Y cuando la cara le quedaba limpia, uno se daba cuenta de que estaba realmente muerto.

Se aseaba medianamente con la ayuda de cenizas y de arena; pero no podía frotarse los ojos con ceniza, y por ello, cuando su cara quedaba blanca, aparecían alrededor de sus ojos grandes círculos negros. Tal vez era a eso a lo que se debía su apariencia de calavera. Tenía las mejillas hundidas y los pómulos salientes, blancos y brillantes como bolas de billar. Su cara parecía no estar cubierta de carne.

Se ponía los pantalones y la camisa. Daba un gruñido, con lo que tal vez quería decir «buenas noches», y subía pesadamente la escalera. Cuando llegaba a la plataforma que la dividía en dos, se le veía ejecutar la danza de la serpiente.

Stanislav se había ocupado, entre tanto, en palear carbón hasta la cámara y en amontonarlo para que yo lo tuviera a mano mientras me orientaba.

Cuando por segunda vez alimentábamos el fuego número 6, Stanislav se aproximó a mí y me dijo:

– Bueno, hermanito, ya me reventé; no puedo hacer nada más. Estoy rendido. Creo que tendré que irme; ya es la una y media. Hace por lo menos dieciséis horas que estoy trabajando. Y a las cinco tendré que levantarme para ayudarte a recoger la ceniza. Es una gran cosa tenerte entre nosotros, pues había llegado a la conclusión de que ya no podía más. Debo confesar algo que debí haber confesado antes. Pero, ya ves; resulta que las malas noticias siempre se saben pronto. La cuestión es ésta; solo somos dos paleadores de carbón en el buque, contándote a ti, lo que quiere decir que cada uno de nosotros debe llenar dos turnos de seis horas cada uno, más la hora necesaria para levantar cenizas, lo que hace siete horas; es decir, en total catorce horas de trabajo duro cada veinticuatro. Y mañana tendremos aún más trabajo extra. Tendremos que limpiar toda la cubierta de las montañas de ceniza que se

fueron amontonando allí, mientras la cáscara estuvo en puerto. Pues, como tú sabes, en el puerto no está permitido tirar las cenizas al agua. Todo se deja sobre la cubierta hasta que la cáscara se encuentra en alta mar. Esto significará otras cuatro horas de trabajo extra.

– Por supuesto, que esas horas nos las pagarán como tiempo extra, ¿verdad?

– Si, amigo, tienes razón -dijo Stanislav-; todo esto es tiempo extra, pero de nada nos servirá. Lo anotarás en un papel, para llevar bien la cuenta; pero nadie te pagará por él.

– No; yo aclaré este punto con el viejo cuando firmé -dijo.

– No seas idiota; cualquier cosa que aclares antes o después de firmar, aquí carece de valor. Solo podrás contar con lo que tengas dentro de tu bolsa, mientras no te lo escamotee alguien en el camarote. Además, no debes esperar que aquí se te pague. Eso no ocurrirá nunca en tu vida. Lo único que se consigue son adelantos y más adelantos. Lo indispensable para emborracharte y acostarte con una chica. Algunas veces sobra algo para comprar una camisa, unos pantalones o cualquier otra cosa. Nunca es posible equiparse totalmente. Verás; si tienes la apariencia de un ciudadano respetable, será necesario que guardes algunas ideas dentro de tu cabeza; es necesario reemprender la marcha y sentirse nuevamente vivo. ¿Comprendes? Mientras no tengas dinero y estés andrajoso, no podrás salir de aquí. Permanecerás muerto. Si intentas algo, él te mandará arrestar por desertor y te encerrará en la cárcel hasta el preciso momento en que el *Yorikke* haya de zarpar; entonces te devuelven a bordo y todos los gastos del encarcelamiento los descontarán de tu paga, además de dos o tres meses de multa que te arrancarán por desertor. Eso dice el reglamento. El puede hacerlo y lo hace. Entonces tendrás que ir de rodillas hasta el viejo, para suplicarle que te de una peseta, porque no podrás pasártela sin un trago, a menos que quieras volverte loco. Las copas y las chicas son necesarias de vez en cuando. Créeme, muchacho, es mentira que los muertos no sientan. Ya sabrás cuánto puede sufrir un muerto antes de acostumbrarse a estarlo. Ahora no me lavaré la cara; ya no puedo ni levantar las manos. Buenas noches; que tengas buena suerte. Espero que no se salga alguna de las barras, porque eso cuesta sangre, Pippip. Buenas noches.

No tuve qué contestarle, no encontraba palabras; tenía extraviada la cabeza. Le vi arrastrando el pesado cuerpo por la escalera y como en sueños le vi ejecutar la danza de la serpiente. Por un segundo pareció perder el equilibrio y estar a punto de caer. Despues trepó más arriba y desapareció en el oscuro agujero, a través del que podía yo mirar algunas estrellas que

brillaban en el oscuro cielo.

«Madre Santísima del cielo, ángeles y arcángeles, malditos sean...»

El fogonero aullaba como si lo estuviera mordiendo un perro rabioso. Tomó aliento y volvió a maldecir, profiriendo las peores palabras que acudían a su mente, que por largo rato pareció poblada de hombres y animales degenerados y bajo la excitación de un sexo invertido. No dejó intacta ni la pureza de la Virgen Celestial, ni la santidad de los santos. A todos ellos los arrastró por el lodo. Si alguna vez tuvo temor del infierno, entonces lo había perdido, y lo mandaba a paseo con algunas buenas palabras para que se metiera en una letrina. También maldecía a todos los demonios sin ningún respeto para sus madres. Había perdido todo temor a lo infernal y a lo terrenal. Se encontraba en un estado en el que ni nadie ni nada podrían castigarlo. Porque cuando le pregunté: «¡Hey, fogonero!, ¿qué pasa?», se golpeó el pecho como un gorila celoso, y con los ojos inyectados de sangre, rugió salvajemente: «¡Que el diablo me lleve! Seis barretas se han caído. ¡Mal rayo me parta!»

Stanislav, al dejarme, había dicho que si alguna barreta caía, ello costaría sangre. Sólo se había referido a una, y ahora habían caído seis.

Pronto supe que ponerlas nuevamente en su lugar no solo costaba sangre, carne rasgada, grandes pedazos de piel chamuscada; también provocaba derrames de esperma sanguinolento, tendones hechos trizas y entrañas contusas. Las articulaciones de los miembros tronaban como madera seca, las médulas de los huesos parecían derramarse como lava ardiente.

Mientras trabajábamos como esclavos egipcios, para colocar las barras nuevamente, el vapor salía sin cesar. Después de esto, teníamos en perspectiva una durísima lucha para restablecer la presión del vapor. Mientras más tiempo tardáramos en colocar las barras, más bajaría la presión. Puedo decir, con toda justicia, que después de esa noche, de esa mi primera noche con las grandes barras caídas en el depósito de la ceniza, me sentí por encima de los dioses. Soy libre, nada me ata. Ahora puedo hacer lo que me plazca. Puedo maldecir a los dioses, porque no podrán castigarme. Ninguna ley humana, ningún mandato divino podrá influir en mis acciones; nunca más podrán maldecirme. El infierno es un paraíso. Por espantoso que sea el infierno, no podrá atemorizarme. Nada, bajo el cielo o en el infierno, puede compararse con el trabajo para reemplazar barras caídas en el *Yorikke*.

Cualquiera que sepa lo que es esto, comprenderá que los juramentos de mi fogonero, lejos de serlo, eran una dulce canción de amor. Su lenguaje, rico como era, no alcanzaba a expresar la situación. No hay lengua, ni siquiera la china, que pueda expresar en palabras los sentimientos de cualquier persona obligada a reemplazar barras caídas en la cámara de calderas del *Yorikke*. Para los paleadores del *Yorikke*, el paraíso, sea cual fuere su naturaleza, no era lo opuesto del infierno; era simplemente el hecho de encontrarse libre de la obligación de reemplazar las barras.

El capitán jamás entraba al cuarto de calderas; tampoco lo hacían los pilotos. Nunca supe que ninguno de ellos bajara siquiera al cuarto de máquinas; hasta evitaban pasar muy cerca del agujero que conducía a las calderas.

Los maquinistas se atrevían a entrar a la cámara de calderas solo cuando

el *Yorikke* descansaba perezosamente en puerto y los paleadores barrían, aceitaban y hacían otros trabajos fastidiosos alrededor de las calderas. Aun entonces los maquinistas se andaban con pies de plomo para tratar a los paleadores y fogoneros, quienes, aun encontrándose en puerto, eran presa siempre de una excitación exagerada que los inducía en cualquier momento a tirar un martillo o algo por el estilo a la cabeza del maquinista. Ni la prisión ni la horca atemorizaban al escuadrón sombrío; ello hubiera significado solo liberarse de reemplazar las barras del *Yorikke*.

La máquina se encontraba en un sitio tan estrecho, que el maquinista tenía que moverse cuidadosamente para evitar que la máquina lo cogiera. En la pared de estribor, se hallaba un banco con herramientas de emergencia para la máquina, las calderas y los tubos. No había otro lugar para aquel banco, y por ello se encontraba en el cuarto de máquinas. Entre la máquina y el banco había poco más de medio metro. Al otro lado, en la pared de babor, había un espacio de solo treinta centímetros, en el que tenía que hacerse caber el maquinista cuando deseaba vigilar el aceite de la máquina. El más ligero resbalón en cualquiera de los lados habría sido el último del maquinista, pues habría caído dentro de la máquina en marcha. Los dos maquinistas eran grandes bebedores. Podían emborracharse como un danés en el funeral de su suegra, y lo hacían cada vez que se hallaban en puerto; pero nunca los vi borrachos o, por lo menos, completamente borrachos a ambos el mismo día o la misma noche en que el *Yorikke* tenía que zarpar. Sabían que el hallarse borrachos en el cuarto de máquinas del *Yorikke*, en alta mar, significaba la muerte con mayor seguridad que el lazo corredizo usado por algún grupo de linchadores de Alabama.

Había una buena razón para que el cuarto de máquinas fuera tan estrecho. A ambos lados se habían construido bodegas de carbón; pero en ellas no se almacenaba nada que pagara flete, tenían que ocupar un sitio solo aprovechable para ellas; por lo menos así ocurría en el *Yorikke*. Partiendo del cuarto de calderas y a lo largo de babor y de estribor, corría un callejón muy bajo y muy angosto, que conducía a las carboneras situadas a ambos lados del cuarto de máquinas. En la parte posterior de las calderas, mirando a estribor, había una puerta de hierro que comunicaba con la casa de máquinas. Se suponía que aquella puerta tuviera cierre de mar, para aislar el cuarto de máquinas y el de calderas, en caso de que éstos hicieran agua. Pero como no existía ningún cierre de mar en el *Yorikke*, nadie creía que esta puerta lo tuviera. Y así era. Era esa la puerta empleada por los maquinistas cuando querían entrar al cuarto de calderas. Claro está que cuando querían ir desde la cubierta al cuarto de máquinas, contaban con una entrada especial, algo

similar al agujero usado por nosotros para bajar al cuarto de calderas; pero más cómodo, por supuesto.

El corredor tenía aproximadamente un metro treinta de ancho, y era tan bajo, que el que se olvidaba de ello se golpeaba fuertemente la cabeza, al pasar, contra las barras de hierro que reforzaban las paredes de las calderas contra el casco. Como todo lo del *Yorikke*, aquel corredorera oscuro como una mina de carbón, tanto de día como de noche. En el tramo correspondiente a las calderas hacía un calor tal, que un baño turco habría parecido helado si se le comparaba con aquella temperatura.

Nosotros, los paleadores, encontrábamos nuestro camino con tanta facilidad a través de este corredor, como suele encontrarlo un tipo borracho que llega a casa a medianoche. Ese corredor representaba importante papel en las torturas que los paleadores tenían que soportar en el *Yorikke*. A través de él, teníamos que palear, que levantar y transportar cantidades de toneladas para las calderas. Por ello es fácil de comprender por qué ese corredor, y los laberintos de las carboneras próximas al cuarto de máquinas, no tenían secretos para nosotros. Muchas gentes, entre ellas nuestros dos maquinistas, no conocían tan bien aquellos pasadizos.

Supongamos que el vapor, por una u otra razón, empezara a escaparse. Entonces el maquinista tendría que hacer algo para remediarlo, ya que por eso le pagaban. Pero el primer maquinista jamás entraba al cuarto de calderas cuando el *Yorikke* estaba en alta mar. Un hombro roto le recordaría siempre que a la cuadrilla de las calderas no hay que molestarla cuando el barco se halla en mar abierta. Solo que, como algo había que hacer con el vapor, se dirigía al agujero de cubierta que comunicaba con la cámara de calderas y, desde allí, gritaba. «¡La presión del vapor está bajando!» E inmediatamente después, volaba para apartarse del agujero, como un demonio para retirarse de una iglesia abierta. De abajo partía otro grito: «¡Maldito mantecoso; vete al infierno y quédate allí. Ahora que, si quieres, baja; la comisión de recepción te espera!» Y, en seguida del grito, subía un pesado trozo de carbón hacia el sitio por el que su cara se había asomado un segundo.

Es inútil pedir cortesía y afabilidad a los trabajadores cuando las condiciones de trabajo no les inducen a ello. No es posible esperar que quienes se ven obligados a vivir en la inmundicia, hambrientos y siempre rendidos por el trabajo, usen palabras suaves y correctas; pero resulta placentero escuchar un poderoso sermón acerca de la perversidad de la siempre insatisfecha clase obrera, cuando, bien alimentado, se acomoda uno para oírlo en mullido asiento. Colocad a todos los marinos perversos, a todos

los inquietos trabajadores, después de una buena comida, en los mismos mullidos asientos de la iglesia y escucharán, con el mismo placer que los otros, el sermón acerca de los perdidos proletarios que no creen en Dios ni en el cielo.

El segundo maquinista, aquel a quien yo consideraba un ratero y un ladrón de caballos, era aún bastante joven. Debía tener treinta y cinco años. Era muy ambicioso y esperaba llegar a ser primer maquinista del *Yorikke*. Tenía la idea de que pondría de manifiesto sus aptitudes para primer maquinista jorobando a la cuadrilla negra, especialmente cuando el barco se hallaba en puerto, pues entonces la tenía enteramente bajo sus órdenes. Yo, por mi parte, nunca creí que se le presentara la oportunidad de ser buen maquinista; es decir, jefe, para expresarme claramente. Aprendía lentamente; en realidad no comprendía en qué forma debía tratar a la cuadrilla de carboneros, por lo menos a la del *Yorikke*. Tal vez se nos requiera en algún lado o en todos por asesinato o algo por el estilo. ¿Quién podía adivinar? Pero ¿qué importaba lo que habíamos sido antes de engancharnos en el *Yorikke*, ni el por qué de haberlo sido, si éramos trabajadores como cientos de barcos decentes habrían deseado tener a bordo y pagar con oro?

Hay jefes por los que la cuadrilla de calderas es capaz de todo. Conocí a un capitán que era adorado por los fogoneros como solo un dios lo habría sido. Aquel capitán entraba todos los días a la galera y decía: «Cocinero, quiero ver y probar la comida que les dará ahora a mis fogoneros y a mis carboneros. Bueno, cocinero; tire esto por la borda; mis hombres no son puercos. ¿Entiende? Necesitan alimentarse, alimentarse realmente, y cuando digo alimentarse debe comprender; o terminaremos. Este barco de vapor es puesto en movimiento por mi cuadrilla negra y por nadie más.» Y cuando encontraba a un fogonero o paleador en cubierta, lo detenía y le preguntaba: «¿Qué tal estuvo ahora la comida? ¿Fue suficiente? Bien, esta noche les darán una ración extra de huevos con tocino. Y dígame, ¿les llevan con toda regularidad el té helado que les mando? Diga la verdad. Porque si no lo hacen, les cortaré las orejas.» El resultado natural era que se podía cruzar por los pasadizos del cuarto de calderas sin oír a los fogoneros espetar un par de «tales por cuales», o algo por el estilo. La cuadrilla sombría habría podido ser invitada a un *lunch* con los rotarios o los leones, y habérseles tenido por huéspedes venidos directamente de la recepción dada en honor del embajador de Wortisdansikan, en Washington. Los trabajadores solo responden de acuerdo con la forma en que se les habla. En su rostro se ve reflejado el de quienes les imprimen su expresión.

Mientras las barras eran colocadas, el vapor bajó y bajó, más y más. El segundo maquinista, entonces en turno, entró por el corredor al lado de las calderas. O, para ser más claro, se paró en un sitio desde el que creyó podíamos ver su cabeza, y dijo: «Diablos, ¿qué ocurre con el estúpido vapor? El barco se parará en cualquier momento. Flojos, piojosos, ¿es que no se han fijado en la presión o qué?»

En aquel momento el fogonero tenía en sus manos el atizador al rojo, con el que se ayudaba para levantar las barras. Cuando vio asomarse al segundo y le escuchó decir tonterías, la sangre afluyó a sus ojos, ya cubiertos de sudor, y la boca se le llenó de espuma. Lanzó una retahíla de sonidos inarticulados, se enderezó y, con fuerza sobrehumana, lanzó el atizador hacia el segundo, con la intención de perforarlo. Pero como el segundo se percatara a tiempo del movimiento, pudo correr y, siendo el atizador demasiado pesado, perdió el tiro.

El maquinista voló tan velozmente como pudo, a través del bajo y oscuro corredor, golpeándose varias veces la cabeza contra las barras de hierro.

El atizador del fogonero golpeó con toda su fuerza la pared de la que instantáneamente había desaparecido el maquinista. El golpe fue tan fuerte, que de la pared se desprendió un grueso trozo. El fogonero, no satisfecho, dejó caer el atizador, agarró un pesado pedazo de tubo de hierro y corrió tras el maquinista por el corredor. De haberlo alcanzado, ni un kilo del cuerpo del maquinista habría quedado. Pero éste, sabedor de que su vida peligraba si no alcanzaba cuanto antes la puerta del cuarto de máquinas, se movió con una rapidez de la que yo no lo creyera capaz. Alcanzó la puerta, eso sí, todo sangrante, y cuando el fogonero llegó con el pedazo de hierro entre las manos, se la encontró atrancada por dentro.

El atacado no informó del asunto, tal vez porque sabía que saldría perdiendo, como habría perdido él o cualquier otra persona del mundo al enfrentarse con algún miembro de la cuadrilla de calderas del *Yorikke*, siempre que el único testigo fuera otro miembro de la misma cuadrilla. Pues lo que yo hubiera hecho lo habría hecho cualquier otro. Si alguien me hubiera pedido declaraciones como testigo, yo habría jurado sobre cualquier número de Biblias, que el segundo maquinista había entrado en la cámara de calderas completamente borracho, con un destornillador en las manos, pretendiendo matar al fogonero porque la presión del vapor había bajado. ¿Y por qué no había yo de atestigar en contra del buscador de camorra? Con razón o sin ella, primero es mi patria. De acuerdo y justificado. Entonces tengo perfecto

derecho a decir: Derecho o tuerto, primero mi compañero trabajador; trabajamos juntos, sufrimos juntos, reímos y morimos juntos. Y ahora ¿quién se atreve a criticarme? Mi compatriota más cercano es éste, que se quema la piel en el mismo horno conmigo. Después de fijar estas relaciones ya podemos hablar de nacionalidad.

Al día siguiente, el jefe preguntó al segundo cómo y cuándo se había hecho todos aquellos raspones y agujeros en el cuero. Él contestó que atravesando el corredor, cuando huía de los caníbales del cuarto de calderas.

El jefe, astuto y con claro entendimiento de las dificultades de los que atienden las calderas en alta mar, tampoco informó del caso al capitán. Pasó todo por alto, porque también sabía que intentar cualquier cosa sería inútil. ¿Qué podía hacer el capitán? ¿Encadenarnos? El *Yorikke* no podía permitirse semejante lujo. Necesitaba hasta de su último hombre, si no quería perder todo el buque. Si se encadenaba a uno de los hombres, el *Yorikke* jamás capearía una tempestad.

El jefe respondió a las quejas del segundo: «Hombre, tuvo usted suerte; no vuelva a intentar semejante cosa si quiere seguir viviendo. Cuando las barras han caído en el depósito de ceniza jamás se acerque usted por la cámara de calderas. Deje que el vapor baje. Ellos sabrán encontrar la forma para hacer subir la presión nuevamente, en cuanto puedan; entonces, no es necesario ser vidente para predecir su destino. Si le echan mano no saldrá con vida. Lo harán picadillo, se lo comerán vivo y lo que reste lo echarán al mar con las escorias. Nadie más volverá a saber de usted. Por ello hay que rajar no en contra de la cuadrilla sombría, sino en contra de las barras de esta cáscara. Inténtelo una vez, debe hacerlo, y si me aparezco por allí preguntando por qué baja la presión, hará exactamente lo mismo y me tirará al horno sin piedad. Más vale dejarlos en paz. Bueno, yo se lo advierto, quítese de su vista cuando los vea apurados, eso es todo lo que puedo aconsejarle.»

A partir de entonces, el segundo no volvió a entrar en la cámara de calderas cuando las barras habían caído. A veces entraba cuando la presión del vapor no subía. Pero entonces se contentaba con mirar en rededor, sin pronunciar ni una palabra. Miraba, cuando mucho, el indicador; daba unas cuantas vueltas, ofrecía al fogonero y al paleador cigarrillos, y decía: «¡Vaya un carbón más indecente y malo que traemos! Ningún fogonero, en todos los siete mares, sería capaz de hacer subir la presión del vapor con combustible como ese.»

El fogonero, desde luego, comprendía lo que el segundo quería decir, y entonces se afanaba, trabajaba hasta desbaratarse por hacer subir la presión.

No solo los señoritos con dinero, también los trabajadores, por baja que sea la capa a la que pertenezcan, suelen poner en juego toda su habilidad por sport. Se sienten tan orgullosos de una tarea bien cumplida, como los muchachos de Harvard cuando ganan un partido de futbol; nada más que a la cuadrilla negra nadie la saluda con *rara-rás*, cuando en alta mar, con un viento mortal soplando, mantiene la presión del vapor con un combustible que no serviría ni para que en la cocina de la abuela se cocieran las coles. La cuadrilla de calderas del *Yorikke* era, sin duda, sucia y miserable; pero ello no significaba que hubiera cuadrilla de espíritu más noble y valeroso, ni entre los mejores *fullbacks* del Princeton. No habría duques, si todos fuéramos príncipes.

Ninguna escuela de hombres mejor que el *Yorikke*. Al cabo de seis meses de navegar en él, no quedaban ídolos que adorar. Ayudarse a uno mismo, sin confiar mucho en los demás, ni siquiera en los líderes del sindicato. Al diablo con las autoridades que pretenden amoldarnos a una opinión uniforme de lo que es bueno y lo que es malo para uno. Quien no se conoce a sí mismo, mal puede seguir consejos ajenos, y no importa cuánto se pague por ser miembro de alguna organización.

De todas las enseñanzas que el *Yorikke* ofrecía, ninguna tan provechosa como aquella de levantar las barras caídas del hornillo y volverlas a colocar.

Cada una de las tres calderas tenía tres hornos, uno al lado del otro, con un espacio de medio metro entre los dos primeros, y el tercero encajado entre ambos, pero sobre ellos. Los hornos no eran cuadrados, sino cilíndricos. El combustible se colocaba sobre la hornilla, que estaba formada por un marco de acero sobre el que descansaban las barras, las que podían quitarse del marco separadamente. Cada barra tenía un metro cincuenta de largo por tres centímetros y medio de espesor, y diez centímetros de ancho. En el frente y en la parte posterior, el marco tenía un borde sobre el que las barras descansaban. Esa baranda tenía, más o menos, dos centímetros de espesor. De ahí que las barras no tuvieran un buen punto de apoyo. Ni en la parte anterior ni en la posterior del marco había un cerco que proporcionara apoyo firme, y era solo en aquel centímetro en el que las barras podían apoyarse. Cada barra pesaba alrededor de cuarenta o cincuenta kilos. Las hornillas eran algo bien sencillo, solo que usarlas era un horror. Cuando las calderas y las hornillas debieron ser nuevas (cosa que me figuro debe haber ocurrido por el tiempo en que la buena vieja reina inglesa casó), aun entonces debe haber sido muy difícil mantener las barras en el marco y volverlas a colocar cuando caían. En el curso de tantos miles de viajes que el *Yorikke* había hecho para dar dinero a sus propietarios, los bordes se habían quemado.

La menor falta de respeto del fogonero hacia las barras cuando removía las escorias, era inevitablemente castigada con la caída de una de ellas al depósito de la ceniza. Tan pronto como eso ocurría, tenían que combinarse los esfuerzos del fogonero y del paleador para colocarla nuevamente en su sitio.

Lo primero que necesitaba hacerse, era rescatar la barra de entre las cenizas. Ello se hacía con la ayuda de unas pinzas que pesaban cerca de veinte kilos. Esas pinzas no trabajaban como suelen trabajar las de los herreros, porque, como todo lo del *Yorikke*, estaban completamente enrevesadas; es decir, cuando se apretaba el mango se abría la boca y viceversa.

Las barras estaban candentes y el horno al rojo blanco. Uno de nosotros levantaba la barra con las pinzas y el otro la enderezaba hacia el horno, y la colocaba al lado de la barra que aún permanecía en su sitio; mientras uno de los extremos de la barra alcanzaba el borde posterior, en aquella posición y con la ayuda del atizador, se movía la barra lenta y cuidadosamente, desde el agujero de la ceniza. Después nos esforzábamos por colocar el otro extremo sobre el borde anterior. Un ligero empujón de más, hacia adelante o hacia atrás, y la barra volvería a decir adiós y a caer nuevamente en el agujero de la ceniza. Uno de nosotros se tendía en el suelo para usar el atizador mientras el que manejaba las pinzas trataba, una vez más, de mover con delicadeza la barra sobre el borde. Mientras tanto, el horno abierto rugía en nuestras caras, chamuscándolas, al igual que el pecho y las manos.

Ahora que el trabajo de colocar de nuevo una barra, duro y cruel como era, se consideraba meramente una interrupción en el trabajo regular. La verdadera tortura empezaba cuando, al tratar de reponer una barra, se tropezaba con otras y caían arrastrando consigo cinco, seis y hasta siete en una sola hornilla. Cuando esto ocurría, y ocurría con tanta frecuencia que habíamos perdido la cuenta, entonces todo el fuego se desperdigaba y caía en el depósito de la ceniza. El horno tenía que permanecer abierto, pues de otro modo no habrían podido colocarse las barras en forma correcta de reja, y al cabo de un rato, la caldera se enfriaba de tal modo, que el fuego de los hornos restantes no era capaz de mantener el vapor ni a la mitad de la presión necesaria. Consecuentemente, la caldera perdía de hecho toda su potencia. Mientras más tiempo teníamos que dedicar a la reposición de las barras, contábamos con menos para atender a los dos hornos que, solos, debían proporcionar el vapor necesario para mantener la máquina en marcha. No hay que admirarse de que estas dos calderas comenzaran a aflojar y de que tuviéramos necesidad de abandonar durante largo rato las barras caídas, a fin de avivar el fuego de las calderas restantes, hasta el punto casi de hacerlas

estallar. Tan pronto como las teníamos a un punto de calor muy superior al que podían soportar, volvíamos a trabajar con las barras caídas. Rara vez colocábamos una al primer intento. Caían y volvían a caer hasta diez veces, hasta que, finalmente, podíamos reunirlas, y colocarlas para que, una hora más tarde, volvieran a caer.

Después de un largo y durísimo trabajo para colocar las barras, teníamos que reponer el fuego de los hornos y, hecho esto, ambos caímos como muertos sobre un montón de carbón o en cualquier otro lado libre de escorias y de cenizas al rojo. Durante diez minutos, nos era imposible mover un dedo siquiera. Nos sangraban la cara, las manos, los brazos. Teníamos la piel chamuscada; grandes secciones, tiras, se nos habían arrancado o quemado. Ya no sentíamos dolor, solo nos sentíamos indeciblemente cansados.

Una mirada al manómetro nos hacía entrar en acción. La presión bajaba, los fuegos tenían que ser atizados y alimentados.

Yo había tenido que ayudar al fogonero a colocar las barras, ya que un solo hombre no podía hacerlo, y mientras lo hacía no pude acarrear carbón; pero si yo había podido acarrearlo o no, era cosa que no importaba a los fuegos. Estos necesitan ser alimentados para mantenerse, y si no se les alimenta, la presión del vapor baja. Así, pues, a pesar de los grandes montones de carbón que tuviéramos antes de que las barras cayeran, para aquel momento ya se habían terminado. El transporte del carbón necesario para un turno requería toda la capacidad posible de un paleador, y le quedaba escasamente un minuto libre para subir a la galera y traer un poco de café o un sorbo de agua fría al fogonero. Mientras más a menudo cayeran las barras, más tendría que trabajar el paleador para amontonar el carbón en la cámara de calderas; la que siempre, sin importar cualquier cosa que pudiera ocurrir, debía contener determinada cantidad de carbón de la que no podían reducirse ni cinco kilos. En un plazo de cuatro horas, las calderas del *Yorikke* tragaban alrededor de mil seiscientas palas bien repletas de combustible. El carbón se hallaba muchas veces tan lejos de las calderas, que tenía que ser lanzado hasta en cuatro paladas para aproximarla al fogonero. Así, pues, el paleador no tenía que palear mil seiscientas veces, sino cerca de siete mil veces. Algunas de las carboneras estaban situadas cerca del castillo de proa, otras próximas a la popa.

Este trabajo, increíble en cualquier otra parte del mundo, fuera del *Yorikke*, tenía que ser hecho por un solo hombre, por el paleador. Tenía que ser hecho por el más sucio, por el más mugroso miembro de la tripulación; por aquél que no tenía colchón para tenderse, ni almohada donde descansar su

cansada cabeza ni cobertor, ni taza para su café, ni tenedor, ni cuchara. Tenía que ser hecho por un hombre a quien, a causa de la competencia, la compañía no podía alimentar debidamente. Y la compañía debía afrontar la competencia, porque ello era patriótico y cada compañía debía llegar hasta el límite para mantener buenos antecedentes de navegación y comerciales en favor de su país. El país debía estar antes de cualquier otro país en cosas de exportación, importación, producción, navegación, kilometraje de ferrocarriles, etcétera. Todo se hacía para gloria, bien y grandeza del país. Una compañía no podía entender de dos cosas contrarias entre sí. Si la compañía desea vencer la competencia, el paleador y el fogonero tendrán que pagar por ello, de un modo o de otro. No es posible que ganen la compañía y la tripulación; alguno de los dos tiene que perder en el combate. Y allí en el *Yorikke*, los más derrotados éramos Stanislav y yo.

El *Yorikke* me enseñó algo más, por lo que le estoy agradecido. Me enseñó a encontrar el alma de los objetos aparentemente inanimados. Antes de navegar en el *Yorikke*, jamás pensé que una cerilla quemada, o un trozo de papel tirado en el lodo, o una hoja caída, o un inservible clavo oxidado, tuvieran alma. A partir de entonces, mi vida era más rica, aun cuando careciera de una radio y de una motocicleta. Ya no podría sentirme nunca solo. Me sentí una pequeñísima parte del universo, rodeada de otras partes iguales; si una de ellas se pierde, el universo queda incompleto; de hecho deja de existir.

La grúa empleada para levantar las cenizas tenía personalidad, y tenía que ser tratada de acuerdo con ella. Cada parte del *Yorikke* tenía individualidad y alma, y el *Yorikke*, como él todo, tenía la personalidad mayor entre las nuestras.

En una ocasión, navegando de Santander a Lisboa, fuimos sorprendidos por un huracán en el mar Cantábrico. El *Yorikke* fue azotado de tal manera que todos pensamos no podría resistir. Cuando nosotros, mi fogonero y yo, bajamos a relevar al turno anterior y vi cómo los montones de carbón eran llevados de babor a estribor y viceversa incesantemente, tuve un solo pensamiento: ¿Qué nos ocurriría a nosotros o al *Yorikke* si seis barras cayeran al fuego? Si la presión del vapor baja, en un mar semejante, el control del barco puede perderse fácilmente, y la nave puede estrellarse contra las peñas o embarrancar en la arena.

Algún marino no supersticioso -cosa rarísima bajo el cielo- llegaría a serlo al cabo de una semana de permanencia en el *Yorikke*. Mi fogonero no era excepción. Así, pues, aquella noche, cuando bajé, el fogonero tocó tres veces la caldera con la cabeza y dijo: «Querido *Yorikke*, por favor, no tumbes las

barras esta noche; por lo menos esta noche no, por favor.» Dijo esto como en una plegaria. Y como el *Yorikke* no era un cadáver, sino algo con alma, entendió el ruego de Spainy. Y, pueden creerlo o no; pero la verdad es que durante treinta horas, mientras la tempestad duró, ni una sola de las barras cayó. Ya cerca de Lisboa, cuando el mar se había calmado, el *Yorikke* dejó caer gozosamente nueve barras de una vez durante nuestro turno, cuatro en el fuego número 2, una en el 6, tres en el 7 y una en el 9, solo para matarnos la arrogancia. No nos importaron las nueve barras, aun siendo tan pesado reponerlas, y Spainy maldijo solamente quince veces, cuando, de costumbre, ambos maldecíamos durante más de una hora después de reponer las barras.

Mi fogonero fue reemplazado a las cuatro. Mi turno no terminaba hasta las seis. Cuando faltaban veinte minutos para las cinco, fui a despertar a Stanislav. Teníamos que quitar las cenizas durante una hora. No pude sacarlo del catre, yacía como una piedra. Hacía mucho tiempo que estaba en el *Yorikke*; sin embargo, todavía no se había acostumbrado. Las gentes que ignoran lo que realmente significa trabajar duro y que no hacen más que confeccionar leyes en contra del sindicalismo criminal y de la propaganda comunista, suelen decir, cuando ven trabajar a un hombre duramente: «¡Oh!, estos tipos están acostumbrados, y ya no sienten. No tienen la mente refinada, como nosotros. La vida de galeotes es para ellos una vacación.»

Usan ese argumento a manera de droga, para adormecer la conciencia, la que solapadamente les molesta cuando ven a seres humanos tratados peor que a mulas. Porque eso de acostumbrarse a la pena y al sufrimiento del mundo, no es verdad. Con la famosa frase de «¡Oh, ellos están acostumbrados!», la gente trata de justificar hasta los golpes dados por la policía a prisioneros indefensos. Más valiera matarlos, sería más humano. Stanislav, un muchacho verdaderamente robusto, nunca se acostumbró a la caída de las barras y a todo el rudo trabajo del *Yorikke*. Tampoco yo me acostumbré. Siempre que alguno de los fogoneros tenía papeles regulares o estaba próximo a su país y se le presentaba una oportunidad, escapaba y, si nada mejor podía hacer, escapaba aun sin esperar a que le pagaran. Nadie se acostumbraba a la pena y al sufrimiento. Solamente se endurece uno y se pierde algo de capacidad para impresionarse, para ser sentimental. Pero ningún ser humano se acostumba al sufrimiento tanto como para que su corazón cese de elevar el eterno ruego de los seres humanos. «¡Espero que llegue mi libertador!» Los amos del mundo son aquellos que acuñan sus monedas con la carne de sus esclavos.

—¿Cómo dices? ¿Que ya son las cinco? -preguntó Stanislav-. Pero si

acabo de acostarme; no pueden ser las cinco.

Estaba tan sucio como cuando dejó las calderas, pero no sentía el deseo de lavarse; estaba demasiado cansado.

— Entiéndeme, Stanislav -dijo-; no puedo más, se nos cayeron seis barras en un turno y dos en otro. Yo no puedo venir a las once para ayudarte a limpiar las cenizas para empezar a palear a las doce. Me echaré por la borda.

Stanislav estaba sentado en su catre. Tenía la cara negra. El espeso humo de keroseno que había en el camarote no me permitía distinguirlo. Volvió hacia mí la cabeza y dijo, con voz somnolienta:

— No, Pippip, no lo hagas, no me dejes; yo solo no podré hacer tu turno y el mío. Entonces yo también tendré que escoger la borda. Pero no, ¡diablo!; preferiría echar dos latas de mermelada de ciruela al horno, para hacer volar todo hecho trizas, sin dejar almas perdidas que les ayuden a cobrar el seguro. Siento algo aquí, en el pecho, por los pobres diablos que habrán de ser nuestros sucesores. ¡Por Cristo! Esa bromita con la mermelada de ciruela sería una buena salida. Ya pensaré con calma en ello.

¿Mermelada de ciruela? Pobre Stanislav, me pareció que aún soñaba.

X

Mi turno terminó a las seis de la mañana, con una hora para ayudar a Stanislav a levantar las cenizas. No pude dejarle ningún combustible de reserva. La pala se me caía de las manos.

— Está bien, Pippip; no te preocunes. Todavía pueden venir cosas peores.

No eché de menos ni el colchón, ni la almohada, ni el cobertor ni el jabón. Entonces comprendí por qué tales cosas no eran proporcionadas en el *Yorikke*. Realmente no eran necesarias. Cubierto de grasa, polvo, tizne y aceite me eché en el catre. ¿Qué significaba la limpieza innata? Toda la civilización y la cultura dependen del ocio, del tiempo libre. Mis pantalones estaban rasgados, quemados, llenos de aceite y mojados; mis zapatos no tenían mejor apariencia. Cuando llegáramos a puerto y me apoyara en la baranda junto con mis compañeros, no me diferenciaría en nada de aquellos a quienes tomé por los peores piratas cuando los vi por vez primera. Yo, como el resto, me cubría con andrajos, con trajes de presidio de los que no podríamos escapar sin caer en manos de los guardianes del mundo de la burocracia, los que me cogerían para llevarme al sitio al que realmente pertenecía. Me había convertido en una porción del *Yorikke* y tenía que ser lo que él fuera, y seguirlo siempre. No había escape.

Alguien me gritó en el oído: «El desayuno está listo.» Ni el desayuno de un embajador habría podido sacarme del catre. ¿Qué significa para mí el alimento? Hay un cantar que dice: «Tan cansado estoy, que ni un dedo puedo mover.» Y aun el que dice eso no puede saber lo que es estar cansado, pues yo no podía mover ni un párpado. No se me cerraban completamente. Tan cansados estaban, que ni la luz del día los obligaba a cerrarse. No quedaba en mí fuerza alguna, ni siquiera para evitar que la luz penetrara en mis ojos y estropeara mi descanso.

Y en aquel instante, en que pude sentir plenamente el significado de aquello que dice: «¿Qué importa la luz del día?», la pesada boca de hierro de una grúa gigante me levantó, y me lanzó violentamente al espacio, muy lejos, dejándome suspendido por un segundo. El hombre que manejaba la grúa tuvo una riña con alguien o con algo; y, por haberse descuidado un poco, la manija escapó de sus manos y yo caí desde una altura de mil quinientos metros, y me

estrellé contra un pilón. Una multitud se reunió en rededor mío y me gritó: «Levántate, anda, pronto; faltan veinte para las once, y tienes que levantar cenizas.»

Después de levantar las cenizas con Stanislav, quedaban apenas diez minutos disponibles para que yo corriera a traer la comida de la cuadrilla negra. Tragué algunas ciruelas nadando en almidón aguado. No pude comer ni un ápice más; mis mandíbulas se negaban a trabajar. Alguien gritó: «¡Hey, paleador!, ¿en dónde está mi comida? Apúrate.» Era el segundo, a quien debía servírsele separadamente en su cuarto, pues los paleadores hacían también de mozos del segundo, a quien consideraban como a jefe menor. Él podría haberse servido a sí mismo, ya que prácticamente no tenía qué hacer; pero el hecho de ir a la galera por su comida habría rebajado su dignidad. No acababa yo de colocar su comida sobre la mesa, cuando sonó la campana, y la guardia del puente gritó, anunciando el cambio de turnos. Bajé para ayudar al fogonero a atizar los fuegos y para palear el combustible de las carboneras.

A las seis de la tarde me relevaron. La cena se hallaba sobre la mesa desde las cinco, y para entonces estaba fría y todo lo comestible había sido tomado por los otros hombres hambrientos. No me importó ver lo que quedaba. Estaba demasiado cansado para comer. No me lavé. Ni por la presente ni por las pasadas civilizaciones me preocupaba por tener la cara limpia. Caí en el catre, como un leño.

Aquello duró tres días y tres noches. Todas mis sensaciones y pensamientos se concentraban en la frase: «De once a seis, de once a seis.» El universo entero, todas las religiones, todos los credos y mi conciencia se concentraron en la idea: «once a seis». Mi existencia se había desvanecido. Dos gritos dolorosos partieron de lo que había sido mi carne, mi cerebro, mi alma, mi corazón. Estos gritos me causaron un dolor penetrante, semejante al que debe sentirse cuando el cerebro desnudo es tocado con una aguja. Los gritos vinieron, aparentemente, de muy lejos, cayendo sobre mí como alud de rocas y troncos; atronando como un ciento de carros *express* en carrera loca. «¡Arriba; faltan veinte para las once!», eran los sonidos articulados que acompañaban al grito. Y el otro: «¡Por todos los diablos; tres barras han caído!»

Al cabo de cuatro días y cuatro noches, tuve hambre y comí abundantemente. Estaba iniciado; ya era un verdadero miembro del *Yorikke*. Empezaba a acostumbrarme a ello. Había perdido el último lazo que me ataba a la vida. Estaba tan muerto que no restaban pensamientos ni sentimientos en mi cerebro, en mi alma, en mi cuerpo. Hubo vez que sentí que mis manos eran

palas de vapor, que mis piernas y mis brazos se movían sobre goznes, y que todas mis entrañas eran engranajes en marcha.

– Después de todo, no es tan malo, Stanislav -le dije con ironía, cuando bajé a relevarlo-. El picadillo sabe bien y el abuelo no es mal cocinero. Si solo pudiéramos conseguir un poco más de leche. Te diré que el montón de carbón que me dejas, no es tanto como para presumir. Se lo tragará los hornos en un santiamén. Oye, ¿crees que me será fácil escamotear al viejo un buen trago de ron? ¿Puedes aconsejarme cómo?

– Nada más fácil, Pippip. Tienes la cara bastante agria, lo necesitas. Sube derecho a decirle que no aguantas más el estómago, que lo echarás íntegro en el carbón y que, si no te da un buen tónico, no aguantarás el turno. Puedes acudir al mismo truco dos veces por semana; solo cuida que no sea con demasiada frecuencia, porque entonces maliciará y te llenará el vaso con aceite de ricino, de lo que no te percatarás hasta haberte bebido la última gota, ya que estás acostumbrado a sorber buenas bebidas. Entonces será demasiado tarde, no podrás escupirlo en el piso de su camarote, y tendrás que aguantarte. Comprenderás que nada bueno te ocurrirá si después de ello caen seis o siete barras durante tu turno. Créeme, no sería nada delicioso. Ahora guárdate la receta; si la escupes, perderá su eficacia. Los fogoneros tienen una de su invención, pero a nadie se la dan, los malditos. A menudo se echan al colecto hasta cinco tragos a la semana; pero nada saben de camaradería esos caballeros de armadura brillante.

Aun cuando lentamente, llegó un día en que empecé a recuperar mis ideas, y éste fue cuando los dos gritos penetrantes dejaron de tener efectos corrosivos sobre mí. Nunca más volví a tambalearme por el barco en estado de inconsciencia. Empecé a ver y a comprender. Renacía. Podía entonces, sin el más ligero remordimiento, ladrar al segundo para decirle que podría tirarme por la borda, si creía que había yo fanfarroneado cuando lo amenacé con aplastarle la cabeza de un martillazo, o perforarle la espalda con el atizador, si se atrevía a entrar en la cámara de calderas cuando estuvieramos en alta mar y las barras cayeran y el vapor bajara a ciento veinte.

Juré en su cara que en esta ocasión no podría escapar por el corredor, como lo había hecho cierta noche bien recordada. No tendría manera de hacerlo. Tal vez lo sabía. Habíamos colgado en el corredor un atizador en forma tal, que, desde determinado punto del cuarto cualquiera de nosotros tiraba de un cordón y el atizador caía, haciendo imposible la huida por allí. El que saliera bien librado o con la cabeza sangrante, no dependía en último término de nosotros, sino del número de barras caídas en el depósito de la

ceniza.

No había reglamento ni leyes en el cuarto de las calderas. Desde luego que ciertos artículos se aceptaban al firmar contrato, pero éstos nunca eran leídos, según lo exige la ley. Así, pues, nosotros habíamos probado que la gente puede vivir sin leyes y vivir bien. Los fogoneros habían elaborado sus propias leyes, nunca mencionadas, pero guardadas religiosamente. Nadie mandaba allí, nadie obedecía. Las cosas estaban arregladas de tal manera que las calderas marcharan y que a todos los miembros de la cuadrilla correspondiera igual trabajo y responsabilidad similar. Toda vez que eran nueve los hornos que había necesidad de alimentar, cada turno dejaba a su relevo tres hornos decentemente limpios de escorias y ceniza. El primer turno limpiaba los hornos números 1, 4 y 7; el segundo, los números 2, 5 y 8; y el tercero, los números 3, 6 y 9. Los relevos podían contar con que el turno anterior había hecho la limpieza de los que le correspondían. Por lo tanto no importaba qué dificultades podría tener el nuevo turno con sus barras, pues tenían la seguridad de contar con tres hornos ardiendo a toda capacidad. Además, los relevos encontraban cierta cantidad de combustible frente a los hornos. Y el turno anterior no se retiraba hasta que el depósito de cenizas se hallaba limpio. Sin estos arreglos no escritos, celebrados entre los miembros de la cuadrilla negra, el trabajo habría sido imposible.

Otro de los arreglos importantes consistía en que el turno saliente no debía dejar barras caídas. Todas debían estar en su lugar cuando llegara el relevo. Muchas veces, el turno saliente trabajaba hasta media hora del entrante, porque, diez minutos antes de ser relevado, algunas barras habían caído.

Ahora teníamos un mar picado con todos sus encantos, tal y como lo tuvimos cuando navegábamos a lo largo de la Costa de Oro, del África occidental. El placer empezó alzando cenizas. Tomé la lata de las cenizas de los ganchos y, caliente corro estaba, me la apoyé en el pecho y atravesé con ella el corredor hacia la borda. Mucho antes de que llegara yo a ella, el *Yorikke* se balanceó con movimiento rápido y yo, con mi lata ardiente, rodé alrededor de diez metros hacia la proa. No acababa de ponerme en pie cuando el barco se balanceó hacia estribor y yo, aún con mi lata, tuve que obedecer su mandato. Después de tres movimientos, nada quedaba en la lata y el primer piloto gritó desde el puente: «¡Hey, paleador!, a mí no me importa que se lance por la borda; pero déjenos la lata de las cenizas; allá no la necesitará.»

Con semejante mar puede considerarse como buen trabajo el hecho de poder tirar por la borda la mitad de las cenizas. La otra mitad se esparcía por

toda la cubierta, y tratándose de cenizas, correspondía al paleador desembarazar las cubiertas de esa carga inútil.

Abajo, en las calderas, las cosas eran tan interesantes como en la cubierta. El fogonero estaba a punto de lanzar una palada de combustible al horno, cuando fue sorprendido por el rudo movimiento del barco. Cayó, y la palada de carbón se vació en su cara. Cuando el barco se inclinó a babor, el fogonero desapareció en medio de un montón de carbón, del que surgió cuando el *Yorikke* se estremeció nuevamente. En la carbonera, se inició una alegre danza. Yo me hallaba enfrente de un gran montón de carbón de cerca de ciento cincuenta paladas, colocado cerca del corredor que conducía a las calderas. Cuando el *Yorikke* fue lanzado sobre popa corrió hacia allá el montón de carbón, y regresó justamente al lugar de donde yo lo había paleado. Así, pues, esa dulce tarea tenía que repetirse. Después de un rato comenzamos a capear los movimientos. Tan pronto como cierta cantidad de combustible se encontraba cerca del conducto, lo paleábamos rápidamente hacia las calderas, con rapidez tal que, cuando el barco se zarandeaba nuevamente, nada quedaba que pudiera ser arrastrado en el movimiento. Un paleador debe saber capear los movimientos del barco, cuando la mar está tempestuosa. Por lo tanto, debe conocer los principios de la navegación tan bien como el capitán, pues si no sabe capear los movimientos del barco, jamás podrá hacer llegar ni una palada de combustible a los hornos; pero cuando el paleador llega a adquirir sus principios de navegación es porque se halla amoratado y con los nudillos y las espinillas ensangrentados. ¡Qué maravillosa vida de aventuras la de los marinos! Solo hay que leer los cuentos de mar para enterarse de todos los detalles.

¡Qué alegría del vivir! Cientos de *Yorikkes*, cientos de barcos de la muerte, navegan por los siete mares. Todas las naciones tienen barcos al servicio de la muerte. Las compañías, orgullosas de su nombre y de su bandera, no se avergüenzan de tener barcos para la muerte. Nunca había habido tantos como a partir de la guerra por la libertad y la democracia, que vino a obligar a los seres humanos a tener pasaportes y visas, a restringir la migración y a crear cien mil o más hombres sin nacionalidad, sin papeles.

Un buen sistema capitalista no debe permitir pérdidas. Este sistema no consiente que miles de hombres sin papeles anden vagando por el mundo. ¿Para qué se pagan seguros? ¿Por placer? Todas las cosas deben producir una ganancia. ¿Por qué no la han de producir los seguros?

¿Por qué usar pasaporte? ¿Para qué son las restricciones migratorias? ¿Por qué no dejar que los seres humanos vayan a donde les plazca, al Polo

Norte o al Polo Sur; a Rusia, a Turquía, a los Estados Unidos o a Bolivia? Los humanos deben estar controlados. No pueden volar como insectos por el mundo al que fueron lanzados sin su consentimiento. Debe controlárseles por medio de pasaportes, huellas digitales y restricciones. ¿Por qué razón? Solo para mostrar la omnipotencia del Estado y de los sagrados siervos del Estado, los burócratas. La burocracia se ha establecido, ha llegado a ser el grande y todopoderoso dirigente del mundo. Se ha establecido para someter a los humanos a una disciplina, convirtiéndolos en cifras del Estado. La cosa comienza con la huella plantar de los recién nacidos; el segundo paso es la marca de registro sobre la espalda, cuidadosamente hecha para evitar equivocaciones respecto a la nacionalidad del insecto. Una muralla hizo de China lo que es hoy en día. Los muros levantados desde la guerra por la democracia en todas las naciones, tendrán el mismo efecto. La expansión de los mercados y el deseo de lucro son una religión. Tal vez sea la religión más antigua, pues sus sacerdotes son los más diestros y sus iglesias la más sumptuosas. *Yes, sir.*

Los hombres sobretrabajados y sobrecansados no se preocupan por lo que les rodea. La corrupción, el robo, el bandidaje, el gangsterismo, la piratería, todo al por mayor, y ante sus propios ojos, ¿qué puede importarles a ellos? Serían los mejores gobernantes. Nunca critican, nunca discuten, nunca leen periódicos y tienen la idea de que todo el mundo es bueno y de que no podría ser mejor. Están satisfechos y vitorean al gobernante que les dé alguna vez una ración extra de pudín o de ron. Ellos duermen, duermen y duermen. Nada más les interesa. A ello se debía que hubiera permanecido durante un buen tiempo en el *Yorikke* antes de percataarme de lo que allí se hacía, de lo que se pretendía.

Estaba apoyado en la barandilla, bastante somnoliento. Cerca de nosotros había un buen número de faluchos con sus raras velas. Nos rodeaban como si pretendieran atacarnos. Esto llamó mi atención. Iban y venían de un lado para otro. Tal vez pertenecían a pescadores o contrabandistas. Una verdadera multitud solía aparecer en ciertos puertos. Aquella vez había más que de costumbre.

De pronto desperté completamente, sin darme cuenta de lo que me despejaba. Había sido como un choque. Tratando de descubrir aquella sensación extraña, me percaté de que todo estaba en calma. La máquina había dejado de trabajar. Día y noche se escuchaba el ruido de la máquina; sus estampidos, sus estremecimientos convuelven a todo el barco, lo convierten en un ser viviente. El ruido penetra la carne y el cerebro. El cuerpo todo sigue el mismo ritmo. Se habla, se come, se escucha, se mira, se duerme, se despierta, se piensa, se siente y se vive con ese ritmo. Y de pronto, inesperadamente, la maquinaria se detiene. Se siente un positivo dolor en el cuerpo y en la mente. Se siente uno en el vacío, como si se cayera con un ascensor que descendiera a gran velocidad. Parece que la tierra se hunde a nuestros pies y a bordo se tiene la sensación de que el barco se desfonda y de que, con todo lo que guarda, se dirige al otro extremo del globo. Fue aquel repentino silencio de la máquina lo que me despertó.

El *Yorikke* se deslizó como un cisne sobre las aguas mansas y tranquilas de un mar brillante. Las cadenas empezaron a rechinar y el ancla cayó con un chasquido dentro del agua.

En aquel momento, Stanislav pasó por allí con la cafetera en las manos.

– Pippip -susurró-, ahora tendremos que poner el pie con toda fuerza sobre el acelerador. ¡Por Cristo! Abajo hemos tenido que elevar el vapor hasta ciento noventa y cinco.

– ¿Estás loco, Lavski? Habríamos volado derechito hasta Siria, sin hacer parada, si hubieran elevado la presión hasta ciento noventa y cinco. Ya a ciento setenta y cinco estaríamos reventando.

– Precisamente por eso traté de subir a cubierta tan pronto como pude -dijo Stanislav sonriendo-. Aquí, si el barco vuela uno puede tener oportunidad de salvar el pellejo nadando de firme. Abajo se lo lleva a uno el diablo, no hay escape, y queda uno atrapado hasta que la policía del Juicio Final viene a rescatarnos. Ya ves, Pippip, hay que ser listo para caminar de puntitas por el mundo. Quiero decir, cuando se ven tantos faluchos rondando se da uno cuenta de que el capitán está a punto de cobrar. Por ello trabajé allá abajo como un diablo para juntar una buena reserva de combustible y permanecer en cubierta el mayor tiempo posible. Dije a mi fogonero que tenía cólico y que por ello necesitaba correr cada cuatro minutos. La próxima vez, si te encuentras en aprieto semejante tendrás que inventar otra historia para que no se percate de lo que ocurre, porque no querrá permanecer solo allá abajo.

– ¡Mal rayo! ¿Qué ocurre? -pregunté.

– No me fastidies con tu inocencia. El capitán está cobrando los dividendos. Nunca había visto a nadie más bobo que tú. ¿En dónde crees que navegas? ¿En un barco correo bajo la bandera de los británicos? Tienes la cabeza más dura que una piedra.

– Sé perfectamente que navego en un barco de la muerte -dije, defendiendo mi inteligencia.

– Por lo menos ves algo claro -contestó Stanislav-; pero no vayas a creer que tratan de mandar al fondo a un barco sin música. No, no debes juzgarlos mal. El funeral del *Yorikke* está bien anunciado y todas las cosas han sido puestas en orden. La boleta de defunción ha sido llenada y solo le falta la fecha. Comprenderás que un hombre que tiene los días contados, y lo sabe, obra como le place, ya que nada peor puede ocurrirle. El *Yorikke* puede arriesgar todo cuanto quiera. Si lo pesca un crucero francés, antes de llegar a puerto para que la investigación se realice, se hunde, se deshace y entonces el seguro queda a salvo. No se hallará evidencia alguna. Solo echa un vistazo al mástil. ¿Qué ves? El contramaestre está vigilando el horizonte con los gemelos del capitán. Suponte que encuentre el aire pesado. Entonces verás lo que es

bueno, te enterarás de cómo este viejo gruñón sabe armar camorra para ayudar al patrón a cruzar el río tranquilo. Durante los primeros quince minutos, con la alta presión del vapor hará veintidós nudos, y te aseguro que mi muchacha africana de Túnez podrá hacer hasta veinticinco si se le apura mucho. Los cruceros franceses, temerosos de arriesgarse con las válvulas de seguridad atornilladas, no se atreverán con este viejo, por lo menos durante los primeros quince minutos. Claro que al cabo de ellos, el pobre vejestorio resoplará a través de todas sus grietas y agujeros, y durante las veinticuatro horas siguientes, te dará la impresión de desbaratarse en cualquier momento, y luego, por varias semanas, padecerá de asma aguda. Pero lo hecho, nadie podrá detenerlo y registrarlo. Lo más importante en este mundo es evitar que alguien nos detenga y meta la mano en nuestras bolsas. Bueno, inocente; tengo que bajar antes de que mi fogonero malicie algo.

Cuando la tempestad nos sorprendió, navegábamos a una presión de ciento cincuenta libras, cuando la presión ordinaria debía de ser de ciento treinta. Ciento sesenta libras significaban «atención»; ciento sesenta y cinco, «alerta», y ciento setenta y cinco, «peligro»: una libra más y las calderas volarían, sin escalas, al cielo, arrastrando al *Yorikke* consigo. Pero semejante forma de abandonar su terrena existencia había sido prevista por el funcionamiento mismo de la válvula de seguridad, la que se abría automáticamente cuando el vapor alcanzaba esa presión y, al hacerlo, libraba a las calderas de su peligrosa fiebre. Al mismo tiempo, cuando la válvula de seguridad se abría, el vapor hacía sonar el silbato, con el que las calderas anunciaban al mundo entero el tratamiento injusto que se les daba. Entonces el barco resollaba Y empezaba a alborotar con todos, desde el capitán hasta el último grumete, convirtiéndose aquello en un avispero.

Ahora, por supuesto, todo era diferente. El capitán deseaba cobrar y por ello había dado orden al segundo de evitar que el *Yorikke* sollozara, atornillándole bien los canales lacrimógenos, impidiendo que las válvulas de seguridad se abrieran cuando la presión del vapor amenazara su vida.

Los faluchos se aproximaron. Dos se juntaron rápidamente al *Yorikke*. La escalera se bajó. En los faluchos navegaban pescadores de tipo marroquí, que preparon al barco como gatos, veloz y suavemente.

Ya en cubierta se movían con desenvoltura, como si todo el barco fuera suyo.

Tres marroquíes, de apariencia inteligente y distinguida, aun cuando vestidos como pescadores comunes y corrientes, después de saludar ceremoniosamente al segundo piloto, fueron conducidos por él a la cabina del

capitán. Después, el segundo piloto salió y dirigió la descarga. El primer piloto estaba en el puente. De vez en cuando miraba hacia el mástil y gritaba: «¿Marcha bien todo, contramaestre? ¿No hay mal tiempo a la vista?» «¡Todo en forma, sí señor!», contestaba el vigía desde la atalaya del palo mayor.

Como por arte de magia, salían de las bodegas cajas y canastos, que desaparecían en los faluchos, mágicamente también. Ni las hormigas trabajarían con mayor rapidez. Tan pronto como un falucho estaba cargado, y la carga cubierta con pescado, se retiraba del barco. En el preciso momento en que uno se apartaba, otro se aproximaba para tomar carga. Y antes de que nadie se diera cuenta, marchaba cargado ya. Todos navegaban en diferentes direcciones. Algunos se dirigían hacia puntos en los que aparentemente no era posible encontrar tierra. Ningún crucero habría sido capaz de coger ni tres al mismo tiempo, dada la separación que guardaban.

El segundo piloto tenía un lápiz y un cuaderno. Contaba las cajas. Uno de los marroquíes, que tenía aire de ser el sobrecargo de la flotilla, repetía los números cantados por el segundo. Todos los números se gritaban en inglés.

Cuando el último falucho fue cargado, los primeros se encontraban ya bien fuera de toda vista. Se habían hundido en el horizonte o habían sido cubiertos por una cortina de niebla; otros se habían convertido en delicados pedacitos de papel.

Uno de los faluchos, que todo el tiempo había estado rondando, se aproximó rápidamente. Éste no fue cargado y solamente conducía la carga ordinaria de pescado.

Los tres caballeros marroquíes que habían estado con el capitán salieron a cubierta acompañados por el viejo. Todos reían y conversaban alegremente. Entonces, usando de sus hermosas cortesías, se despidieron del capitán y descendieron por la escalera. Embarcaron en su falucho, pusieron velas al viento y la escalera fue elevada. Las cadenas del ancla empezaron a rechinar, y pronto el *Yorikke* corría locamente como perseguido por los demonios de todos los credos.

El capitán había entrado en su cabina. Al cabo de quince minutos más o menos, salió y gritó, dirigiéndose al puente:

- ¿En dónde estamos?
- A seis de la costa, señor -contestó el primer piloto.
- Dígame, piloto, ¿entonces estamos fuera del límite?
- Sí, señor.

— Déle rumbo al timonel, y baje a mi cabina; desayunemos -dijo el capitán, sonriendo.

Así terminó esa extraña comedia.

El capitán, sin embargo, no era miserable. «Come y deja comer», pensaba. Todos disfrutarnos de la comida denominada «después de la tempestad», que consistía en salchichas fritas, tocino, cacao y patatas a la francesa, además de una taza de café llena de ron y diez pesetas en efectivo, pagadas el mismo día, a las cinco de la tarde.

Nadie tenía que decirnos que la comida de «después de la tormenta», el ron y las pesetas eran una cerradura puesta a nuestros hocicos.

El desayuno del capitán y del piloto fue, sin duda alguna, rico. Rico no en comestibles, sino en materiales fáciles de meter en el bolsillo y no en la barriga.

Sin embargo, no teníamos de qué quejarnos. Con aquel capitán habríamos navegado derechitos al infierno, si así lo hubiera deseado. Con ningún tirabuzón nos habrían sacado el relato de lo que habíamos visto.

Claro que era algo lo que habíamos visto. Nuestra máquina, después de sobrecalentada, se había averiado y detenido hasta que el daño fue reparado. Mientras nos detuvimos para hacer las reparaciones, varios faluchos se aproximaron y sus tripulantes nos ofrecieron frutas, pescado fresco y verduras. El cocinero compró pescado y verduras y los oficiales plátanos, piñas y naranjas. ¿Podría usted jurarlo? Claro que sí, nada más sencillo, puesto que es la pura verdad, y que Dios me salve. *Yes, sir.*

No pretenderá usted que ningún marinero decente denuncie a su capitán, ¿verdad? *No, sir.* Claro que no. Si los piratas tuvieron honor, los marinos decentes lo conservan cuando su capitán los trata como a marinos decentes.

En cuanto un hombre deja de estar sobretrabajado y sobrecansado, empieza a preocuparse por cosas que no debieran importarle. Inmediatamente concibe ideas y despierta su imaginación, la que, bien alimentada, puede inducirlo a roer los cimientos del Estado y de sus sagradas instituciones y constituciones. Así, pues, un buen consejo para los marinos que deseen permanecer siendo marinos honestos es el siguiente: «Quédate en donde estás, con tu timón y tu pintura; no pienses en cómo marcha el mundo; entonces serás muy fino, un buen marinero, amado por todos. Los revoltosos son odiados en todas partes.»

El jefe ordenó que se abriera un pañol para el carbón situado justamente a espaldas del cuarto de calderas. El *Yorikke* cargaría carbón en el puerto próximo y entonces nos quedaría tan cerca el combustible, que casi tropezaríamos con él cuando trabajáramos ante las calderas. Este raro placer nos duró tres días y tres noches. Hubo turnos hermosos, como días festivos con dinero, en los que prácticamente no se trabajaba. Solo había que levantar las cenizas y volver a su lugar una barra de vez en cuando.

Mientras cargábamos carbón a dos kilómetros, más o menos, del puerto, me percaté de que no era solo carbón lo que tomábamos, era algo más. Debíamos encontrarnos en algún punto cercano a Portugal, porque los hombres que arrimaban la carga hablaban portugués. La carga no se diferenciaba mucho del material que habíamos descargado algún tiempo atrás.

Dos hombres vestidos de pescadores, pero que no parecían serlo, subieron a bordo, después de aproximarse en una de las canoas, y se dirigieron a la cabina del capitán. Mientras hablaban con el viejo, de las canoas seguían descargando cajas, que habían sido escondidas bajo el carbón. Botes pequeños se acercaban a los costados del buque, y de entre pescado y legumbres sacaban cajas, barriles, canastos y pacas. Se cargaba por estribor, en tanto que babor daba frente a la costa, desde donde nadie podía percibirse de lo que ocurría en la parte contraria del *Yorikke*.

Tan pronto como la toma de carbón llegó a su fin, los dos caballeros abandonaron el barco. Todavía se hallaba bajada la escalera, y apenas los

caballeros pisaron su bote, cuando el ancla fue levada y el *Yorikee* partió a todo vapor.

En aquella ocasión no se sirvió «comida de después de la tempestad». Solo nos dieron cocos y pastel de pasas. Porque no había por qué jurar decir la verdad.

Stanislav dijo: «¿Y por qué habría uno de jurar, después de todo? Supongamos que alguien viene a bordo y empieza a mirar en rededor, y se le permite abrir la bodega. ¿Qué encuentra? Cajas y canastas y barriles. Naturalmente, eso no puede negarse. Nadie podrá decir que no hay cajas a bordo cuando el tipo las tenga entre sus manos. Solamente el capitán deberá jurar acerca del contenido y de lo que con él se propone hacer. Ese no es asunto tuyo, Pippip. Tú no debes preocuparte por el viejo, porque sin duda que él sabrá por qué tiene que jurar y te lo apuesto por tu vida entera y por mi muchacha africana.»

«¿Y entonces tuvimos turnos decentes? Bien puedo decir que sí. Una vez levantadas las cenizas, los hornos limpios de escoria y los fuegos avivados, no había más que abrir las carboneras posteriores para que el cuarto se llenara de combustible. Nada de palear, ni de cargar, ni de arrastrar; nada de empujones ni de nudillos pelados.

Durante uno de esos deliciosos turnos, empecé a examinar los pañoles de carga, para ver si daba con algún botín olvidado. Muchas veces, si se tienen manos suaves, es posible dar con algunos buenos pesos. Naranjas, nueces hojas de tabaco y un montón de cosas más que cualquier tabernero decente cambia gustoso por dinero o por media botella de ron. Algunas veces es bueno abrir las cajas para ver si hay camisas o artículos de seda, zapatos o jabón. El hombre tiene que vivir. La moral es dura y la predican, no en servicio del cielo, sino para ayudar a aquellas gentes que en la tierra tienen todo lo que necesitan a fin de que ellas puedan mantener su posición y acumular. La moral es la mantequilla de los que no tienen pan.

Lo importante es cerrar bien las cajas, después de mirar su contenido. No es prudente usar la camisa y los zapatos inmediatamente después de haberlos encontrado, porque podría causarse mala impresión a alguien y hasta podría inducirse a jóvenes inocentes a seguir por nuestro mal camino, lo que sería un verdadero pecado. Lo mejor es no usar lo que se encuentra, sino venderlo honestamente en el primer puerto. Cualquier buen ciudadano será cliente; todos saben que los marinos venden barato. Porque no ambicionan grandes ganancias, ya que no tienen que pagar contribuciones, ni almacenaje, ni luz, ni teléfono. Por ello están en condiciones de vender más barato que las

fábricas. Cuando se necesita algo bueno y barato, siempre es conveniente buscar a algún marinero vendedor; si esto falla, quedará aún el recurso de los judíos.

Claro que los marinos no están absolutamente exentos de gastos. No siempre resulta fácil transportar las cajas y las pacas; para ello se necesita ser una especie de culebra. Yo había aprendido la danza de la serpiente y no perdía práctica porque la ejecutaba varias veces al día. Si no se era cuidadoso en su ejecución, se podían ganar algunas lindas quemaduras en el cuero. ¿Qué mejor adiestramiento? También tenía sus peligros recorrer las bodegas en busca de las mercancías más vendibles. No es fácil hacer dinero. Una caja puede caernos encima o un barril, resbalando sobre nosotros, nos puede privar de un buen trozo de piel útil. Durante la noche, las bodegas no están iluminadas. Cuando se es muy cuidadoso, es posible prender una cerilla por un momento; pero supongamos que el piloto, desde el puente, descubra el reflejo; entonces la cosa no marcharía muy bien. Por eso, más vale olvidar las cerillas por completo y confiar en la suavidad de nuestras manos y en nuestros presentimientos.

El *Yorikke* llevaba en sus bodegas rara vez mercancías de importancia. Las de alto valor no le eran confiadas. Aquel cargar y descargar frecuente, sin embargo, no me dejaba dormir. Yo conocía a los marroquíes y a los del Rif. Además, había examinado los botes salvavidas y encontrado que solo uno de ellos se hallaba en buenas condiciones, y era el que había de servir al capitán, acompañado del jefe, el carpintero y dos timoneles. Todos los otros botes eran decoración inservible. Encontrando que en el bote del capitán no había provisiones ni agua, me convencí de que el *Yorikke* guardaba aún en sus bodegas algo valioso.

Una noche tranquila me dediqué a explorar nuevamente y tropecé con barrilitos en los que a la luz de una cerilla pude distinguir una etiqueta que decía: *Garantiert reines unverfälschtes Schwabisches Pflaumenmus. Keine Kriegsware. Garantiert reine Früchte und Bester Zucker. Kein künstlicher Farbstof f verwenden. Erste und älteste Schwäbische Pflaumenmusfabrik Oberndorf am Neckar.* Lo que, dicho en lenguaje humano, quiere decir: «Mermelada de ciruela genuina y garantizada. Sin substitutos sintéticos de guerra. Azúcar y fruta pura. Sin colorantes artificiales. Primera y más antigua Planta Empacadora de Mermelada de Ciruela, Oberndorf en el Neckar.»

¡Pero, qué clase de cabezas duras somos!, fue mi primer pensamiento. Henos aquí, empujando con el pan un trozo de jabón llamado margarina, mientras las bodegas están colmadas de la más pura mermelada, de la mejor

que el pueblo alemán produce para el mundo.

«Vaya, vaya, Stanislav; siempre te supuse un muchacho inteligente; pero ahora veo que me equivoqué; eres el mayor asno del mundo.»

Qué festín tendremos mañana. ¡Extender esta rica y espesa mermelada sobre el pan caliente! Los marroquíes bien saben lo que les conviene. Prefieren la buena mermelada alemana a sus higos y a sus dátiles, de los que suelen aburrirse tanto como nosotros de la col y las papas.

Levanté dos barrilitos y me los llevé a las carboneras altas, en las que podía usar de la lámpara sin despertar sospechas en el puente. Nadie podía entrar a aquella carbonera sin mi permiso, porque un tablón conducía de la carbonera al corredor de comunicación con el cuarto de calderas. Ninguno de los maquinistas cruzaba jamás por aquel tablón, porque un movimiento del buque o un paso en falso los habría hecho caer desde diez metros de altura. Se necesitaba de valor para cruzar el tablón, cuando el barco estaba en marcha, en alta mar; es más, el tablón no era lo suficientemente fuerte, ni era nuevo; podía romperse en cualquier momento. Cuando Stanislav y yo lo atravesábamos, lo hacíamos volando. Para asegurarme de alguna intromisión, sin embargo, eché el tablón a la carbonera. Estaba listo para abrir el barril y conseguir la mermelada.

Abrí el barril y debo confesar que recibí un choque, porque me admiré de encontrar realmente mermelada de ciruela en él. A decir verdad, esperaba algo diferente; supuse que la etiqueta trataba de encubrir el verdadero contenido; pero, cierto como la luz del sol a mediodía, en el barril había mermelada. Uno no debería desconfiar siempre del buen *Yorikke*. En realidad es una cáscara tan buena y honesta como cualquier otra -como cualquier otra, claro-, como... Pero esperen; ¿qué es esto? La mermelada sabe a... ¡Déjenme saborearla! ¡Diablo! Sabe a... Bueno, diría yo que sabe bastante bien. ¿Bien? No podría asegurarlo. Pero, ¡maldita sea!, esto sabe a cobre verde. ¿Le habrán echado centavos? Seguro que sí. Así lo hacía mamá en la casa cuando preparaba conservas para el largo invierno. Cuando quería que las judías conservaran buen color, les echaba un centavo. Alguna vieja costumbre nórdica inventada quizá por los buenos vikingos, que ponían a sus conservas clavos viejos de cobre de los que les sobraban en la construcción de botes. Entonces la etiqueta mentía en aquello de «no colorantes artificiales». Volveré a probar; tal vez sea solo cuestión de imaginación recordando las judías de mamá. No, no es posible pasar por alto el sabor; realmente sabe a cardenillo. No podría comer esto con pan. Imposible. Preferiría morder un trozo de nuestra margarina-jabón. Cuando este sabor se aposenta en la lengua, es difícil

librarse de él; se pega a las encías. Tal vez a los marroquíes les guste este sabor. Muchos de sus alimentos tienen sabor raro, yo lo sé bien. Tal vez solo la superficie tenga este sabor. Bueno, metamos el dedo algo más adentro. Pero ¡por veinte mil demonios!; y ahora ¿qué es esto? Los alemanes que hicieron esta mermelada debieron tener gran prisa, porque dejaron todos los huesos adentro. En realidad hubiera sido un gran trabajo deshuesar las ciruelas. ¡Pero qué clase de gente serán los alemanes, que se las comen con hueso y todo! Sin duda todavía quedan algunos salvajes en la Selva Negra y en Suabia. Veamos los huesos. Tienen una forma curiosa. Tomemos uno y veámoslo de cerca. ¡Oh, sí!, por supuesto, a esto se debe el extraño sabor. Los huesos son de plomo cubierto de níquel y colocados dentro de una elegante botellita de latón. ¿Y adentro? Veamos. Sí, esto debe ser el azúcar puro. Hojitas negras, finas y brillantes. Hermosa azúcar la de Oberndorf en el Neckar. Estos deben ser los huesos de ciruela y el azúcar que los marroquíes y los rifeños prefieren, por lo que cambian todos sus dátiles, higos y caballos. Mermelada de ciruela samba. A los marroquíes les gusta este sabor.

Yorikke, has recuperado mi respeto. Estaba temiendo seriamente que me hubieras engañado. Ello me hubiera roto el corazón, y no sería digno de un buen amigo. Si te quieres extraviar, perfectamente, en marcha; pero sin engaños sucios. Y para rectificar la fidelidad del viejo *Yorikke*, me escurrí hasta las bodegas para mirar dentro de otros barriles y cajas. Etiqueta: «Ratoneras». ¿Por qué se preocuparán los marroquíes por un par de ratoncitos sabrosos, cuando sus harenes están llenos de ellos. Y con toda seguridad que las ratoneras de aquella cajas eran tan genuinas como la mermelada de los barriles. Pero cuando metí la mano en busca de mermelada encontré máusers; esos objetos que se llaman como el gran hombre que los inventó. La etiqueta de otras cajas decía: «Automóviles de juguete, con cuerda.» Cuando busqué el lugar de su fabricación y encontré que era Suhl en Turingia, me abstuve de abrir la caja. Suhl de Turingia es conocido en el mundo entero como lugar en el que todos sus habitantes se dedican a la fabricación de escopetas de caza y de cartuchos. Hubiera ahorrado el tiempo que empleé en abrir los barriles de mermelada si hubiera sabido, como algunos años más tarde, que en Oberndorf en el Neckar no hay ni una sola fábrica de mermelada; pero existe una de las mayores empresas productoras de fusiles y cartuchos de Alemania. Siempre resulta bien saber algo de geografía, porque así las etiquetas no nos pillarán tan tontos. En una etiqueta se puede imprimir cualquier cosa que se deseé, pues nunca protestará. Por otra parte, es fácil que una fábrica de armas y municiones bien establecida se convierta por la noche en fábrica de mermeladas. Por lo tanto, si algún tendero desea vendernos una lata de

frijoles con carne de puerco fabricada en Chicago, hay que tener cuidado, pues puede contener muchas cosas, tal vez *scotch* o una automática. No sería extraño eso. ¿Quién vio alguna vez en Chicago a alguien dedicado a la cría de puercos o al cultivo de frijoles?

No solo Alemania estaba bien representada en las bodegas. La madrastra Inglaterra figuraba también, en parte con Sheffield y en parte con Manchester. Bélgica, sin tomar en cuenta su neutralidad en las peleas entre los marroquíes y el gobierno francés, contribuía con frutas cristalizadas. La mercancía inglesa aparecía con esta etiqueta. «Láminas de hierro galvanizado.» Hierro ondulado y galvanizado. Sartenes. Al ver las frutas cristalizadas de Bélgica, embarcadas en Lieja, no cabía duda de que debían ser altamente indigestas, y que de comer una sola ya no se necesitaría más aceite de ricino hasta el día en que todas las tumbas se abrieran y el verdadero nombre del Soldado Desconocido apareciera en los periódicos de Nueva York.

Los marroquíes tienen razón y cuentan con mi simpatía. España para los españoles, Francia para los franceses, China para los chinos, Polonia para los polacos. ¿Para qué fueron lanzados los muchachos americanos a la guerra? ¿No fue para que los checos tuvieran derecho a llamar sus salchichas en checo en vez de llamarlas en la inculta jerga austriaca? No queremos chinos en nuestro bendito país, ni entrometidos de ninguna especie que vengan a ayudarnos a consumir nuestro sobrante de trigo. Que se queden en su tierra, en el sitio que les corresponde. Así, pues, no veía motivo de enojo con los marroquíes. Y precisamente como buen yanqui, navegaba yo en el *Yorikke*, ayudando a la democracia y trabajando por la libertad de las naciones débiles y subyugadas.

Siento agrandarse mi amistad por este truhán que es el *Yorikke*.

XIII

– Dime, Stanislav, ¿has perdido todo tu orgullo? Sencillamente no comprendo cómo puedes tragarte la margarina todos los días. ¿No te da vergüenza? -¿Qué se puede hacer, Pippip? -contestó-. Sobre todas las cosas y antes que nada tengo hambre. No pretenderás que cueza mis andrajos y unte el pan con el caldo de ellos. Con lo único que podemos untar el pan es con esa apesadumbrada margarina, pues acabaría por reventar si comiera toda la vida el pan duro sin embragarlo con algo. Algunas veces me cae como un trozo de concreto en el estómago.

– Ahora dime, si no eres un gran borrico, ¿ignoras acaso que llevamos una carga de la mejor mermelada de ciruela alemana?

– Claro que lo sé.

– Si lo sabes, ¿por qué no tomas uno o dos barrilitos?

– Esa mermelada no nos haría bien.

– ¿Por qué no? -pregunté inocentemente.

– Solo es buena para los marroquíes y los sirios, para los que la hacen y para los que la venden. A los franceses les dan calambres en la barriga cuando la comen; entonces corren tan de prisa que pueden alcanzar a su abuelo y ganarle la carrera hacia la tumba.

Su respuesta me hizo reflexionar.

– ¿Entonces sabes lo que contienen?

– ¿Qué clase de asno supones que soy? -contestó riendo-. Los caballeros portugueses se encontraban aún en la cabina del capitán cuando yo ya había terminado mi exploración. Dejaría yo de ser un buen marinero si al mirar etiquetas danesas anunciando mantequilla, sardinas, carne o chocolate no procurara averiguar las posibilidades de hacer trato en el primer puerto.

– Esta vez te equivocas -dije-, realmente contienen mermelada.

– Siempre contienen algo, pero esa mermelada no podrás comerla, porque tiene un horrible sabor a latón y huele a sulfuro. Si la comes se te envenenará la panza y se te pondrá la cara verde como la de las estatuas de los generales. En el último viaje, antes de que tú vinieras, tuvimos carne de buey,

genuina carne y de la mejor. Algunas veces se es afortunado. El capitán tenía que llevar carga honesta por uno o dos viajes, pues tenía la seguridad de que si no, lo pescarían los cruceros franceses. ¿Ves? Era un gran cargamento para Damasco. Los sirios tenían gran necesidad de él. Tenían ciertas desavenencias con el gobierno francés acerca de la gente con la que deseaban tratar.

– ¿Cómo eran los huesos del gran cargamento?

– ¿Los huesos? ¿Quieres decir qué había dentro de la carne de buey? Bueno, como te he dicho, el cargamento era bueno. Durante muchos días no tuve que tocar el vómito del refectorio. Claro que si te adentrabas en la carne, encontrabas excelentes carabinas fabricadas en los Estados Unidos, del último modelo salido en los finales de la guerra y que no había podido ser vendido porque el armisticio se presentó antes de lo previsto. Tenían que venderlo. No era posible esperar hasta la próxima guerra, pues para entonces habría mejores modelos. Te diré que cuando descargamos las latas de carne de buey sin dificultad alguna y el capitán hubo conseguido toda la miel que esperaba, nos dieron dos tazas llenas de verdadero coñac, rosbif, pollo, legumbres frescas y pudín inglés. *Yes, sir.* Porque... bueno, por... Ya ves, así fue: un crucero francés nos atrapó, los oficiales subieron a bordo. Espiaron, interrogaron a la tripulación y le repartieron francos y cigarrillos, esperando que alguno de los muchachos soltara una o dos palabras. Tuvieron que irse con caras agrias, después de saludar al capitán como si se tratara de su almirante.

– ¿Y nadie entregó al capitán por los francos y los cigarrillos? -pregunté.

– ¿Nosotros? ¿Los del *Yorikke*? Tomamos los cigarros y los francos. ¿Pero entregar a alguien? Somos indecentes mugrosos y estamos muertos. Hemos llegado más allá del infierno. Seríamos capaces de robar la cartera de alguien que se descuide y que además no sufra por la pérdida. Saqueamos las bodegas y malbaratamos las mercancías. Tiramos una barra ardiente a la cabeza del segundo maquinista, cuando nos fastidía con el vapor y las barras. Todo ello es válido y honesto. ¿Pero cantar a la policía y venderse a los celadores de la aduana, o a los buscadores de armas? Ni por mil libras contantes y sonantes, a pesar de lo hermoso que sería poseerlas. Porque verás: ¿qué bien podrían hacerte esas mil libras? Ninguno. ¿De qué serviría tener mil libras en los bolsillos después de perder la honestidad de un marino decente? No podrías volver a mirar tu propia cara por el resto de tu vida.

»Nos detuvimos en un pequeño puerto portugués. El capitán pensó que sospecharían del *Yorikke*, que tan pronto como tocáramos aguas francesas seríamos detenidos y registrados. Así pues, tomó carga limpia para los dos siguientes viajes. La carga no valía mucho; pero algo era algo y podría hacerse

con una linda documentación. Los franceses habrían tenido que pagar bien caro por molestar al capitán y por hacer que se retrasara veinticuatro horas. Después de un registro y de que el gobierno francés se toma una serie de trabajos y se ve obligado a pagar diez o quince mil francos por concepto de daños y perjuicios, el barco queda en libertad de hacer una media docena de viajes con buen rendimiento sin temor a ser molestado.

»En una ocasión, en la que el *Yorikke* se encontraba esperando carga, terminamos nuestra tarea a las cinco y nos dejaron libres hasta las siete de la mañana del día siguiente. Como estábamos anclados lejos de la costa, no nos era posible bajar a tierra, porque los dueños de botes cobraban muy caro por el transporte y el capitán se negaba a hacernos adelanto alguno, temeroso de que no estuviéramos a bordo cuando el *Yorikke* hubiera cargado y estuviera listo a partir.

»Así, pues, teníamos tiempo de sentarnos quietas y pacíficamente a conversar y a cambiar opiniones sobre la vida y el mundo.

»Había representadas en el barco tantas nacionalidades como hombres había a bordo. Todavía no he encontrado un país que no tenga sus ciudadanos muertos en algún lugar del mundo, quiero decir, muertos de los que aún respiran, pero que para su nación se encuentran muertos por una eternidad. Algunas naciones ostentan abiertamente sus barcos de la muerte y los llaman la legión extranjera. Si sobrevive a su actuación en el barco de la muerte, el legionario podrá adquirir un nuevo nombre y una nacionalidad legalmente establecida con plena oportunidad para volver a la vida. Algunas naciones conceden la nacionalidad a los hombres que navegan bajo su bandera durante tres años consecutivos. Con el *Yorikke* ocurría de distinto modo. Mientras más tiempo se navegara a bordo de él más se alejaba uno de la posibilidad de adquirir o readquirir una nacionalidad. Ni siquiera los chinos o los zulúes lo aceptarían a uno a pesar de cuantas solicitudes se hicieran y de cuantas resmas de papel se llenaran con datos.

»El *Yorikke* era una nación en sí. Con su lenguaje especial y su propia moral, costumbres establecidas y tradiciones.

»En Argel encontré un hombre que sostenía tener ciento sesenta y cinco años. Era un sirio de Beirut. Parecía tener cuarenta y a la vez doscientos. Me dijo haber estado por lo menos veintitrés veces a bordo del *Yorikke*. El capitán le conocía y admitía que podría asegurar que el sirio se había embarcado por lo menos cuatro veces en el *Yorikke*. El sirio, después de invitarme a tomar una taza de café en una fonda turca, me dijo haber embarcado en el *Yorikke* cuando era tan joven como un grumete. Le pregunté cómo andaba el *Yorikke*

en esos tiempos. Dijo que cuando él era pinche de cocina, el barco se empleaba como transporte de las tropas de Napoleón para Egipto, antes de que aquél se declarara emperador. Entonces, por supuesto, y según el dicho del sirio, el *Yorikke* navegaba con velas y no tenía máquina de vapor, lo que era prueba de que el sirio decía la verdad, pues imposible que supiera del aspecto del *Yorikke* en aquellos días si no hubiera estado a bordo de él.

»Le pregunté por qué razón se embarcaba tan a menudo en el *Yorikke*, y me contestó que el barco había sido siempre su ángel guardián y que no podía olvidar los buenos servicios que en muchas ocasiones le había prestado, ya que el pobre hombre siempre andaba en cuestiones con sus esposas. Por supuesto, cada vez que embarcaba se trataba de una nueva esposa. Y ocurría que siempre que tenía una mujer que era una verdadera lata, se encontraba sin un centavo para huir de ella. Así pues, esperaba al *Yorikke* y se marchaba en él. A su regreso encontraba a su esposa establecida con otro hombre, y quedaba en libertad para una nueva edición, la que al cabo de corto tiempo le resultaba peor que la anterior. Por lo tanto, el *Yorikke* hacía las veces de un eficaz abogado dedicado a los divorcios.

»Pensé que ahora que era realmente viejo no tendría necesidad de adquirir esposas y que por esa razón quizá no se le veía en el *Yorikke* hacia algún tiempo; pero me dijo que era yo el equivocado y no él, ya que ahora cambiaba de esposas con mayor frecuencia que antes. Le dije que no me parecía que las argelinas fueran el tipo de la verdadera mujer latosa, y me contestó que me equivocaba nuevamente y que creía que yo no tenía experiencia en mujeres. Agregó que tenía que admitir que las argelinas eran peores aún que las de Damasco y de Beirut, solo que en Argel es más fácil desembarazarse de ellas que en Siria, pues allá, cuando una esposa fastidiaba demasiado, la hacía encarcelar, porque los buenos argelinos opinan que las mujeres fastidiosas no deben considerarse cuerdas y tienen, además, la opinión de que cuando una mujer molesta, comete un crimen. Así, pues, mi sirio dijo: «Ahora comprenderás por qué ya no necesito del *Yorikke*. Argel es el cielo para mí y, de haberme hallado en él durante mi primera juventud, no habría tenido necesidad de embarcar en el *Yorikke* cuando se encontraba en medio de la batalla de Abukir, pues ocurrió que la mitad de mi dedo medio me fue volado entonces por el disparo de algún inglés tonto.» Aquel dedo le faltaba, efectivamente; así, pues, no encontré motivo para dudar de su dicho. Terminó diciendo que si -y que Alá lo salvara de ello- los argelinos cambiaban alguna vez sus leyes respecto a las mujeres fastidiosas, no encontraría salida mejor que navegar nuevamente en el *Yorikke*, aun cuando fuera como paleador.

»Pensé que si podía evadirme del *Yorikke* me sería fácil vivir en Argel, ya que allí las gentes tienen el corazón en su lugar, puesto que no hay necesidad de pagar pensiones alimenticias. ¡Caracoles, las cosas que un hombre con espíritu emprendedor podría hacer en semejante sitio!

»Con tantas nacionalidades a bordo habría sido imposible conducir al *Yorikke* de no haber existido un lenguaje especial entendido por la tripulación.

»Aquel sirio, que de entre los vivientes era quien mejor y de más largo tiempo conocía al *Yorikke*, me dijo que el lenguaje universal hablado en él era el más ampliamente conocido en los siete mares. Cuando el *Yorikke* era un adolescente, el lenguaje hablado por la tripulación era el babilonio: más tarde fue el persa y el fenicio. Después del lenguaje yorikkiano fue una mezcla de fenicio, egipcio, nubio, latón y gallo. Cuando el imperio romano fue destruido por los judíos por medio de un inflado y renegado movimiento religioso, con ideas bolcheviques, el lenguaje del *Yorikke* fue una mezcla de italiano, español, portugués, árabe y hebreo. Esa jerga duró hasta que la armada española fue vencida y vino a dominar sobre la lengua la influencia francesa. En Abukir, el *Yorikke* se puso de parte de los franceses y el viejo Nelson lo tomó entre su botín. Después lo vendió a un traficante de algodón, agente de embarques en Liverpool, quien a su vez lo vendió a unos piratas ingleses, ya que la gran armada mercantil española, cuya gloria declinaba por aquel entonces, no pudo adquirirlo. De cualquier modo, a partir de esa fecha hasta nuestros días, la jerga del *Yorikke* era el inglés. Por lo menos ese nombre se daba al lenguaje allí hablado para distinguirlo de cualquier otro conocido bajo la luna.»

Solamente el capitán hablaba un inglés intachable, difícilmente mejor pronunciado por un profesor de Oxford; pero fuera de él, la jerga hablada por los demás no podía compararse ni siquiera con el inglés chapurreado o con la jerga de los yanquis de Hell's Kitchen, pues éstos resultaban elegantes. Algún recién llegado, aunque se tratase de un individuo de habla inglesa, habría tenido dificultades durante las dos primeras semanas para comprender y hacerse comprender en el *Yorikke*. Todos los marineros, de cualquier nacionalidad que sean, saben por lo menos cien palabras inglesas, pronunciadas generalmente en forma tal que no es sino media hora después cuando uno empieza a darse cuenta de lo que pretenden expresar. Sin embargo, el vocabulario difiere de un marino a otro y difícilmente se encuentran dos que pronuncien en igual forma la misma palabra. Viviendo y trabajando juntos, los marinos van cogiendo las palabras de sus compañeros, y ocurre que al cabo de dos meses todos los hombres que van a bordo conocen cerca de trescientas palabras comunes a toda la tripulación y comprendidas

por todos. A éas deben agregarse todas las voces de mando, las que sin excepción son dadas en inglés, pero en una jerga en la que se mezclan acentos irlandeses y escoceses, y en que se nota que las «*erres*» y las «*ches*» suelen estar siempre fuera de su lugar. La jerigonza es enriquecida por palabras que algunos marinos, debido a su falta del vocablo adecuado, usan ocasionalmente, empleando el correspondiente en su lengua materna. Esas palabras empleadas una y otra vez, son al cabo de algún tiempo usadas por otros. Tomando en consideración que usualmente por lo menos uno de los fogoneros era español, se había establecido la regla de usar siempre las palabras castellanas agua y carbón, y hasta los maquinistas las usaban en vez de *water* y *coal*.

Teníamos posibilidad de conversar sobre cualquier tópico con los demás. Nuestras conversaciones demandaban solamente el empleo de trescientas cincuenta palabras, más o menos. Y cuando nuestra historia nacía en el corazón, crecía en el alma y se agrandaba en nuestras propias experiencias dulces o amargas, ese reducido número de palabras bastaba para no dejar nada sin explicación, para comprenderlo todo. Todas ellas podían haber sido impresas, ahora que hay que agregar que ninguna librería habría vendido dos ejemplares de ellas y que, de intentarlo, los libreros, editores e impresores se hundirían en una penitenciaría por treinta años.

No obstante la distancia que había entre el inglés yorikkiano y el académico, las radicales permanecían siendo voces inglesas, y siempre que se enrolaba algún marino cuya lengua materna fuera el inglés, la jerga yorikkiana volvía a purificarse y a enriquecerse con nuevas palabras y con la mejor pronunciación de otras que en atención a su uso indebido habían perdido sus conexiones familiares.

Un marinero nunca se ve en aprietos cuando de idiomas se trata. Siempre le es posible hacerse comprender medianamente, sin importar en qué puerto lo boten. Sin duda alguna encontrará la forma de obtener una respuesta a la vieja pregunta: «¿Cuándo comemos?» Además de que cualquier superviviente del *Yorikke*, jamás podría asustarse de nada. Para él nada de lo que es posible alcanzar a un hombre valeroso le estaría vedado.

A Stanislav lo llamábamos Stanislav, o más bien Lavski, solamente los fogoneros y yo. Todos los demás de a bordo, incluyendo a los maquinistas y a los pilotos, le llamaban Pole o Polaco.

La mayoría de los hombres de la tripulación eran llamados por su nacionalidad. ¡Hey!, español, portugués, ruso, holandés, alemán, danés, *taley* (a los italianos), *finsky* (a los fineses), quienes, de paso, cuando se enrolaron en el *Yorikke*, entendían solamente algunas voces de mando. Por lo demás, ignoraban toda palabra de inglés, y puesto que a bordo no había nadie que entendiera el finés, los hombres no eran capaces de decir a nadie ni «¿Me prestas tu cuchara?»

El que cada uno fuera llamado por su nacionalidad, era una de las muchas ironías del *Yorikke*. Sus tierras nativas y las autoridades de éstas les habían negado por uno u otro motivo la ciudadanía y, por lo tanto, cualquier clase de documento. Pero en el *Yorikke* la nacionalidad era lo único que poseían para distinguirse entre sí. Sin embargo, habría sido difícil afirmar que realmente eran de la nacionalidad que decían ser. Cuando llegaba algún nuevo tripulante, se le preguntaba de qué nacionalidad era; él daba una respuesta, y todos lo consideraban como tal y lo nombraban por ella.

Rara vez los tripulantes daban su verdadero nombre. Nadie, ni siquiera el capitán, sabía de seguro si el nombre y la nacionalidad dada por un hombre, al firmar, era correcta. El capitán era muy discreto acerca de lo que escribía en el registro respecto a cada hombre. Pertenecía a la clase de patronos que respaldan a sus hombres y nunca habría entregado a las autoridades a ninguno de ellos, mientras le fuera posible evitarlo. La verdad acerca de un hombre suele partir de él mismo, cuando habla acerca de su persona y de su pasado. Muy pocos hacían insensatez semejante. Cuando un recién llegado, después de firmar, dejaba la cabina del capitán y, caminando por la cubierta, se encontraba con el piloto, el contramaestre o el ingeniero jefe y éstos le preguntaban cómo se llamaba, generalmente contestaba: «Soy danés.» Así contestaba de una vez dos preguntas, su nombre y su nacionalidad. A partir de entonces se le llamaba «¡Danés!» y nadie de la tripulación volvía a preguntarle al respecto. Los oficiales tenían la seguridad de que aquello de «danés» era mentira; sin embargo, no ahondaban en el asunto porque no querían escuchar

más mentiras. Hay una buena regla, desgraciadamente no por todos seguida, y es la siguiente: Si no se desea escuchar mentiras, más vale no hacer preguntas. La única forma civilizada con que un hombre cuenta para defenderse de quienes le molestan, es la mentira. Si nadie preguntara, nadie mentiría.

Una noche en que el *Yorikke* se encontraba anclado en un puerto africano, esperando carga y órdenes, Stanislav me contó su historia y yo le conté la mía. La historia que le conté no era realmente la mía; era solamente una buena historia que él aceptó. Desde luego yo no pude saber si la que él me contó era cierta. ¿Quién puede asegurar que algo dicho o escuchado es cierto? ¿Es que siquiera una muchacha dice a su madre la verdad absoluta respecto a lo que ha hecho entre nueve y doce de la noche? En tal caso sería una tonta y tendría dificultades sin fin. Y respecto a las verdaderas historias en general, yo ni siquiera sé si el pasto es verde; lo que podría haber ocurrido simplemente es que en el momento en que me dijeron que el pasto era verde, antes de que yo tuviera uso de razón, la ilusión de que lo era se imprimió en mi cerebro, ocasionando que siempre que yo viera pasto pensara que era verde. Además, el verde no es una cosa en sí, sino todo aquello que al compararlo me resulta igual al pasto. Así, pues, ¿cómo podía saber si la historia contada por Stanislav coincidía realmente con sus experiencias o era simplemente un dictado de su imaginación? Cualquier otro hombre, al igual que Moisés, adiestrado en un seminario egipcio, habría relatado la historia de la creación del mundo y la de los israelitas en una forma enteramente diferente de la que ahora consideramos como la verdadera historia de la extraviada raza humana.

Pero había varias razones para creer que la historia de Stanislav era cierta, pues no difería mucho de todas las relatadas por los marinos de los buques de la muerte.

Nunca lo traidoré, relatando a nadie de a bordo su historia, ni revelando su nombre, que era Stanislav Koslovski. Había nacido en Poznan, entonces capital de la provincia prusiana de Poznan, o Posen como la llamaban los prusianos.

En Poznan fue a la escuela hasta la edad de catorce años. Toda la instrucción se daba en alemán; pero él había aprendido algo de polaco de sus padres, quienes lo hablaban de vez en cuando, especialmente durante los servicios eclesiásticos. Los polacos alemanes parecían tener la idea de que, si no hablaban en su lengua materna y usaban el alemán en su lugar, el Señor no los comprendería.

Cuando estaba a punto de terminar la instrucción primaria, sus padres intentaron enviarlo como aprendiz de sastrería. Pero unas doscientas

historietas del estilo de *El último mohicano*, de Cooper, y *Búffalo Bill*, vendidas a diez centavos el ejemplar, y otros doscientos cuentos de mar y de piratas, habían sorprendido su espíritu, y le indujeron a huir de casa para dirigirse a Stettin, uno de los mayores puertos alemanes en el Báltico, en donde se coló como polizón a bordo de un pesquero danés que se dirigía a la isla de Fünen. Los pescadores lo hallaron medio congelado y próximo a morir de hambre. Él les dijo que procedía de Danzig y se adjudicó el nombre del librero que le vendía los cuentos y novelas durante sus días de escuela. Dijo, inteligentemente, que era huérfano, que sus parientes lejanos lo maltrataban y lo golpeaban tanto que se había decidido a saltar al mar para privarse de la vida; pero que como era un buen nadador no había perecido en el mar y, nadando, había alcanzado el pesquero y que al no haber visto a nadie a bordo se había colado y así se había salvado de su martirio. Y terminando su historia, con los ojos arrasados en lágrimas, añadió: «Si me devuelven a Alemania, me amarraré pies y manos y me echaré al mar, con la seguridad de no fallar una vez más; pues prefiero ir al infierno, y no regresar al lado de mis parientes.»

Relató su historia con tan vivos colores, que todas las mujeres estaban bañadas en lágrimas por el triste destino de ese buen chico alemán. Así pues, lo conservaron entre ellos.

No solo los periódicos alemanes, también los daneses y los suecos aparecieron llenos de historias acerca de la misteriosa desaparición de Poznan del aprendiz de sastrería, seguramente raptado por algunos judíos, necesitados de la sangre de un muchacho cristiano para sus ceremonias religiosas. Algo semejante había ocurrido no mucho tiempo atrás en Konitz, otro pueblo de la misma provincia, en donde, de acuerdo con los registros de la policía, los judíos habían secuestrado y muerto a un colegial. Toda Alemania, entonces bajo la pasión del antisemitismo, tomó por cierta esta historia.

El chico había sido visto por todos los alemanes y las historias más fantásticas acerca de su posible destino fueron publicadas en los periódicos. Los pescadores daneses, por tener otras cosas que les preocupaban, no leyeron los periódicos y, si lo hicieron, como la historia aparecía también en todos los periódicos daneses, nunca pensaron que su muchacho de Danzig fuera el aprendiz de sastrería de Poznan.

Stanislav tuvo que trabajar duramente con los pescadores en Fünen. Nada comió que no hubiera ganado honestamente; sin embargo, ello le gustaba cien veces más que sentarse en una mesa de sastre. Si realmente deseaba llegar a ser un buen marino, no habría podido tener mejor escuela que la que tenía con aquellos pescadores. El Báltico, con su aparente calma y

suavidad, es, en realidad, uno de los mares más caprichosos que existen. Cuando uno se encuentra a cuatro millas fuera de la costa, cree que podrá navegar cantando y silbando; pero antes de tener tiempo para darse cuenta de ello, la embarcación es sacudida, y con la costa al alcance de la mano, se ve uno en la necesidad de luchar para salvar la vida. El que puede conducir un pesquero de Svendborg, en Fünen, a Nykjöbing, en Falster, bajo cualquiera condiciones de tiempo, y regresar al punto de partida sin averías, puede llamarse con todo derecho un gran marino. Comparado con eso, resulta juego de niños llevar a un trasatlántico de Cherburgo a Hoboken, ya que eso puede hacerlo cualquier tonto que se crea un gran capitán.

No importaba que el trabajo fuera duro. Cuando Stanislav recordaba su aprendizaje de sastre, se le quitaban las ganas de escribir a su casa diciendo que aún vivía y que no había sido sacrificado en aras de un rito judío. Su temor de ser sastre era mayor que su amor por sus padres, a quienes, de hecho, odiaba profundamente, por intentar convertir en sastre a un chico que deseaba descubrir nuevas rutas y nuevas islas en los mares del Sur.

A los diecisiete años era un timonel, y un verdadero buen marino. Con los buenos deseos de sus amigos pescadores, los dejó para ir a Hamburgo, en busca de largos viajes y de poder satisfacer su deseo de trotamundos.

No le fue posible encontrar el gran barco que zarpara en largo viaje. Durante algunos meses trabajó con un fabricante, en pequeño, de velas. Con la idea de viajar en un barco verdaderamente grande, bajo su nombre real, se dedicó a conseguir una libreta de identificación, o sea lo que llaman libreta de marino, con la que le habría sido posible navegar en el mejor barco alemán. La marina alemana estaba entonces en la cúspide de su gloria.

Trabajando con el fabricante de velas, había establecido su residencia en Hamburgo, por lo que le fue fácil obtener documentos auténticos. Navegó varias veces en grandes mercantes, que se dedicaban al tráfico honesto.

Para cambiar, se embarcó en algunos buenos barcos holandeses, en los que hizo varios viajes al este de las Indias.

Mientras se hallaba a bordo de un barco holandés, empezó la danza sangrienta alrededor del becerro de oro. Su barco se encontraba en el mar Negro. Cuando cruzó el Bósforo, de regreso a Holanda, el barco fue registrado por oficiales alemanes al servicio de los turcos. Él y otro alemán fueron sacados del barco y enviados a la marina turca, bajo nombres falsos, pues cuando lo arrestaron no quiso, por alguna razón, dar su verdadero nombre. Un belga del barco holandés había traicionado a los dos alemanes con los

oficiales; pero el patrón del barco dijo, cuando lo interrogaron, que él nada tenía que ver con el asunto, y agregó que desconocía los nombres de aquellos hombres y que no estaba seguro de que fueran alemanes.

Dos barcos de guerra alemanes, que habían estado en un puerto italiano y se habían evadido de los ingleses, llegaron a Constantinopla y, por orden del gobierno alemán, se unieron a la armada turca. Así, pues, Stanislav sirvió por algún tiempo bajo la bandera turca.

Listo como era, abandonó a los turcos en la primera oportunidad, y se embarcó en un mercante holandés. El barco fue capturado en el mar del Norte por un submarino alemán. Stanislav, a quien todos los tripulantes del barco consideraban danés, cometió el grave error de decir a un sueco, tripulante también, que era alemán. Así, pues, cuando los alemanes examinaron el buque, el sueco denunció a Stanislav.

Stanislav fue a Kiel. En Kiel encontró casualmente a otro «culi», como llaman a los grumetes de la armada, con el que había navegado en la marina mercante. Por descuido y no por traición, el verdadero nombre de Stanislav fue revelado por aquel tipo, y de haber dado su nombre verdadero cuando se le enroló en la armada turca, lo habrían sujetado a consejo de guerra por deserción.

Stanislav tomó parte en la batalla naval de Skagerrak, en la que las dos naciones combatientes resultaron victoriosas al mismo tiempo, y en la que los ingleses perdieron más barcos que los alemanes y los alemanes más que los ingleses; ello dependía solo de los periódicos que se leyeron.

El barco en el que Stanislav se encontraba, un cañonero, fue volado por un torpedo. Como la batalla tuvo lugar frente a la costa danesa, Stanislav fue salvado por un pescador danés, después de permanecer en el agua cerca de treinta horas. Aquél lo llevó a su pueblo.

Él sabía cómo entendérselas con los pescadores daneses y logró que no lo enviaran con las autoridades, y que, lejos de ello, lo ayudaran a esconderse. Por su buena suerte, Stanislav encontró a un pescador que resultó ser hermano de aquella pescadora de Fünen que lo protegiera primero. Con la ayuda de ese hermano, pudo dirigirse a Esbjerg, en donde, pasando por danés, se embarcó en un barco de esa nacionalidad, en el que emprendió un largo viaje. Había aprendido su lección; así, pues, no volvió a decir a nadie su verdadera nacionalidad. Ahora se reía de todos los submarinos ingleses, alemanes y franceses cuando hacían un registro. Nunca volvieron a cogerlo y pudo mantenerse fuera de la lucha por la supremacía de las grandes

compañías bancarias.

Los gobiernos juzgaron más prudente, al fin, entenderse nuevamente. Había llegado el tiempo en que todos los gobiernos estaban convencidos de que sería más barato y productivo hablar de paz y esperar mejor ocasión. Los rateros y *gangsters* se sentaron a la mesa de un elegante banquete. Los trabajadores y las gentes humildes de todos los países tenían que pagar los daños, esto es, las cuotas del hospital, los gastos de entierro, las tumbas para soldados desconocidos y el importe de todos los banquetes y conferencias que dejaron a todo el mundo, excepción hecha de los hoteleros, exactamente como se encontraban antes. Y todas esas gentes humildes, que nada ganaron, pero que sufrieron todas las pérdidas y las muertes, podían libremente vitorear, agitando pañuelos y banderas, a los ejércitos que regresaban cubiertos de gloria y de fama imperecedera. Los otros, que solo podían vitorear a un ejército que resultara victorioso en el campo de batalla, no agitaron pañuelos y banderas, pero gritaron con toda la fuerza de sus pulmones: «No importa, la próxima vez nos tocará. ¡Hurra! ¡Viva!» Los trabajadores y la gente humilde estaban mareados de tanto ver cuentas por pagar. Cuando trataban de rebelarse eran llevados a la tumba del soldado desconocido, en donde se les espataba una conferencia, tan larga y contundente, que nada podían hacer sino aceptar su solemne deber de pagar las cuentas y de creer en la existencia del soldado desconocido. En aquellos países en los que no había soldado desconocido que ofrecer, todo un ejército había sido apuñalado por la espalda, y todos los trabajadores y gentes humildes se hallaban ocupados aplastándose la cabeza mutuamente para encontrar al hombre que apuñalara al ejército por la espalda.

Era el tiempo aquel en el que, en Alemania, una cerilla costaba cincuenta billones de marcos, en tanto que los gastos para manufacturar esos cincuenta billones de marcos de papel eran mayores que un gran camión cargado de cerillas Kreuger. En tal virtud, la compañía naviera danesa creyó más provechoso para ella enviar sus barcos a los diques secos de Hamburgo para examinarlos y para hacer las reparaciones necesarias. Por veinte coronas danesas habían trabajado quinientos trabajadores en los astilleros, seis semanas, bajo el látigo de un gobierno socialista, que había ordenado quebrar los huesos a cualquier trabajador alemán que se atreviera a declararse en huelga en demanda de mejores salarios. Los líderes de los trabajadores alemanes, después de vender todo principio para llenar sus ambiciones personales y de poner a la disposición de financieros sin escrúpulos, tales como Sklarz y Barnat, el destino de la recién nacida república, daban sus primeros pasos con éxito por el camino que preparaban a los poderosos

antagonistas de la moderna civilización.

El futuro, que se había presentado con tonos rosados para Stanislav, volvió a ensombrecerse. Llegó a Hamburgo con su barco y, cuando éste estuvo anclado, lo despidieron. Así, pues, volvió a encontrarse sin trabajo.

Mientras más anunciaban los norteamericanos que el mundo había sido salvado para la democracia, más estrecho era el criterio de todas las naciones, incluyendo la norteamericana. Solo los auténticos ingleses podían conseguir trabajo en Inglaterra, si es que había alguno; pues aquél que no hubiera sido inglés por diez centurias, tenía que buscar en otro lado. En Italia ocurría lo mismo; solo a los buenos italianos se les permitía trabajar en provecho de los exportadores. Los Estados Unidos, sintiéndose tan nacionalistas como las otras naciones, cerraban sus puertas a los inmigrantes. Con excepción de los personajes franceses, griegos o prelados italianos que podían dar sabios consejos para guardar la democracia, solo a los norteamericanos les era dado conseguir un trabajo bien remunerado. Si el tío architatarabuelo del tío tatarabuelo de uno no había llegado en el año de Nuestro Señor de 1620 en el *Mayflower*, pocas probabilidades se tenían de hallar empleo de barrendero en alguna ciudad norteamericana.

Tomando en consideración que aquel delicado espíritu humano de camaradería se fortalecía en todo el mundo, no resultaba extraño ver a Stanislav con su libreta de pago de marino danés recorrer todos los barcos y todas las agencias, sin que se le presentara ni la menor oportunidad de conseguir trabajo. Todo, absolutamente, se encontraba reservado para los nacionales. Ni siquiera en los barcos daneses lo admitían ya, porque el negocio de navegación había ido de mal en peor y se encontraba casi en bancarrota. Cuando se dirigió nuevamente a los capitanes alemanes, le dijeron: «Daneses no, fuera de aquí.»

Stanislav tenía que agenciarse una buena tarjeta de marino alemán. Pidiendo informes en las oficinas de navegación, en las que se extendían dichos documentos, le indicaron que primero debía ir a la jefatura de policía para que le dieran un certificado de buena conducta.

— Aquí conseguí mi antiguo carnet.

— Veamos; pero éste es danés; aquí no estamos en Dinamarca, estamos en Alemania y no reconocemos lo que esas gentes de allá escriben o dicen.

En su carnet danés no constaba su verdadero nombre; así, pues, no podía presentarlo con toda facilidad a las autoridades policiacas.

En el cuartel de policía dio su verdadero nombre; por lo tanto, no le era posible presentar allí su tarjeta.

Después de dar su verdadero nombre, pidió un certificado para poder conseguir un nuevo carnet de marino.

– ¿Está registrado en Hamburgo? -le preguntaron.

– No. Llegué aquí ayer, en un barco danés que fue al astillero seco.

– Bien, entonces lo primero que debe hacer es conseguir su certificado de nacimiento, pues sin él nosotros no podemos extenderle ningún carnet nuevo -dijo el inspector de policía.

Stanislav escribió a Poznan, pidiendo su certificado de nacimiento. Esperó una semana. Ningún certificado llegó. Esperó dos semanas. Ninguna respuesta. Esperó otra semana más y aun así no llegó el certificado. Había enviado una carta certificada, con doscientos cincuenta billones de marcos para cubrir los gastos. Nada de ello sirvió, pues no recibió ni certificado ni respuesta.

Debía haber sabido que nadie se ocupaba de un trabajador sin empleo. Bien diferentes habrían sido las cosas si él hubiera sido banquero o presidente de ferrocarriles, en lugar de un pobre marino sin trabajo y sin dinero. ¿Por qué no moría o emigraba? Y además, ¿cómo habían de preocuparse en Polonia por el certificado de nacimiento de un hombre sin trabajo, que vivía en Alemania? Si era un buen polaco, ¿por qué no vivía en Polonia como un tipo decente y se enrolaba en el ejército? Los polacos tenían otras preocupaciones. Allí estaba, por ejemplo, la alta Silesia, la que Polonia veía con ojos patrióticos porque tenía buenas minas de carbón y bien desarrolladas industrias. Además, allí estaba Danzig, otra preocupación de los patriotas, que deseaban poseer Alemania hasta cien kilómetros al oeste del río Elba, parte del mundo que dos mil años antes había estado en posesión de los eslavos. ¿Y por qué no tomar toda la Sajonia, que había estado gobernada en la misma época por un rey polaco, Augusto, mejor conocido por el nombre de Augusto el Fuerte? Una vez que se le concedía el derecho de ser nación independiente, podía hacer uso de él y apoderarse de todo el mundo. ¿Quién se ocuparía del certificado de nacimiento de aquel marino borracho? Mejor vayamos a ver el desfile del ejército, con sus nuevos uniformes.

El dinero que Stanislav había juntado en el barco danés, hacía tiempo que se le había terminado. Todo lo había gastado en San Pauli, en donde sabían el verdadero valor de las coronas danesas. Las coronas danesas eran casi tan apreciadas como los dólares y algunas veces hasta mejor recibidas. En

San Pauli nadie conocía las coronas mejor ni sabía apreciarlas tanto, cuando estaban en los bolsillos de un marino guapo y orgulloso, que las muchachas. Y, a decir verdad, aquellas muchachas hicieron cuanto pudieron por conseguir, aunque fuera una corona, de aquel Stanislav de buen ver. Siempre ocurre lo mismo con el dinero del mundo. Suele irse fácil y amistosamente. Y cuando se ha ido y no nos queda ni un centavo, entonces sabemos cuán duramente se consigue.

– De cualquier manera, solo los estúpidos y los bueyes se convierten en bestias de carga -dijo Stanislav-. Pero un tipo decente debe mantenerse por encima del lodo. Y mantenerse inflexible.

«Ocurre que, de vez en cuando, cae de algún carro de carga, con la puerta floja, una caja o una canasta, y todo lo que hay que hacer -añadió Stanislav- es estar próximo al sitio en el que las cajas y las canastas caen; eso es todo. Fácil, ¿verdad?»

– Así parece -dije.

– ¿Qué más podía hacer? ¡Diablo, lo que yo deseaba tener un trabajo honesto! Dios lo sabe. Pero era imposible encontrar trabajo, aun cuando se ofreciera uno a servir de barrendero. Otras veces, cuando se tenía un poco de suerte, casi espontáneamente, se abrían un par de sacos de azúcar o de café en tus propias manos. Y si acertabas a pasar por allí con la mochila vacía, lo único que había que hacer era colocarla en el preciso lugar en que los sacos se habían abierto y entonces las mercancías caían exactamente en la mochila vacía; de otro modo habrían ido a parar al suelo para alimentar ratones y ratas, y realmente yo no lo hubiera permitido. Si el azúcar y el café, tan útiles a los humanos, caían en el lodo de la calle, ello habría sido insultar a Dios, que proporciona aquello de lo que el hombre debe gozar. Y supongamos que el café o el arroz, o lo que fuera, cayera por casualidad dentro de tu mochila vacía, pero que alguien te hubiera visto metiéndolo en ella, entonces podrían pensar que la estabas robando; habrían llamado a la policía, para que te arrestara por robar carros de carga. Te verías metido en un lío en la forma más inocente, ¿sabes?

»También había cocaína, salvarsán y algunas otras cosas. Había que tener compasión por los pobres seres que sufrían y necesitaban de tales cosas con urgencia. Nadie podía evitarlo. El corazón lo mandaba. Tú no puedes darte cuenta de lo que es necesario salvarsán y no tenerlo. Tú no debías de ser así, y pensar solamente en tu bienestar. Si deseas ser bueno, debes pensar en los que sufren.

»Verás, Pippip -explicó Stanislav-, todas las cosas tienen su oportunidad y llegará el día en que tú habrás de decirte: más vale pensar en algo distinto para cambiar. Yo creo que el gran error que las gentes cometan es que no suelen decir en el momento oportuno: "Mejor es que dejes a la chica, porque es muy posible que su mamá le haga una visita inesperada antes de que puedas salir por la ventana y salvarla de una buena paliza." Así pues, me dije: «Ahora tienes que conseguirte un buque, aun cuando tengas que robar uno, si no, te encontrarás en un aprieto.»

Cuando Stanislav tomó esa decisión se dirigió nuevamente a la policía, para notificarle que su certificado de nacimiento no había llegado aún.

— Ahí tiene usted, esos endemoniados polacos hacen eso para irritarnos; pero no se preocupe, que ya les daremos su merecido cuando la oportunidad se presente. Dejemos solo que los ingleses en China y en la India, los franceses en África y los italianos en Albania se llenen de lodo las manos un día, y entonces enseñaremos a esos apestosos polacos lo que es bueno.

A Stanislav no le interesaban las opiniones políticas del inspector de policía; pero había escuchado y asentido para hacerse agradable a la autoridad que tenía el poder de extender pasaportes y tarjetas de marino. Cuando hubo convenio en la matanza de todos los polacos, preguntó:

- ¿Dónde puedo conseguir mi tarjeta de marino, señor inspector?
- ¿Ha vivido en Hamburgo con anterioridad?
- Sí.
- ¿Antes de la guerra?
- Sí, inspector.
- ¿Mucho tiempo?
- Más de medio año.
- ¿Debidamente registrado con la policía?
- Sí, señor.
- ¿En qué sala?
- En esta misma.

— Muy bien -dijo el inspector-. Ahora vaya a la oficina principal de registro policiaco para que le den un impreso de solicitud. Después la trae con tres fotografías para que se la selle.

Stanislav consiguió la solicitud y regresó al cuartel. El inspector dijo:

— La solicitud está bien, pero ¿cómo puedo yo saber que es usted el suscrito?

— Puedo probarlo fácilmente. Verá usted, puedo traer al señor Andresen, el fabricante de velas con quien viví cuando estuve en Hamburgo. Pero no hay necesidad de eso, hay un sargento que me conoce y que está sentado exactamente atrás de usted en el banco.

— ¿Qué yo lo conozco? -dijo el sargento acremente.

— Sí, sargento; usted me conoce bastante bien -explicó Stanislav-. Todavía tengo que agradecerle una multa de nueve marcos cuando me prendió usted por haber tomado parte en una refriega; por entonces usaba usted un bigotillo que, por lo que veo, se ha rasurado...

— Sí, sí: ya le recuerdo. Usted es aquél. Bien, ¿cómo está? Ha crecido desde entonces. Usted trabajaba con el viejo Andresen -el sargento se aproximó y sonrió como si recordara los buenos y suaves tiempos de antes de la guerra-. Sí, recuerdo perfectamente que usted nos daba bastante que hacer. En Poznan le buscaban; había usted huido de su hogar y todos creyeron que había sido asesinado. No le enviamos a Poznan porque no teníamos derecho para hacerlo; usted trabajó aquí honestamente y allá, en su expediente, no aparecieron malas notas. Así pues, Poznan perdió todo interés por usted.

— Bueno -dijo el inspector-. Como todo está en orden no tengo objeciones que hacer, y le daré todos los certificados que desea para obtener su tarjeta de marino.

Dichoso, se presentó Stanislav al día siguiente en la oficina de navegación con su certificado.

El oficial encargado dijo:

— La solicitud y el certificado policiaco están en orden. El inspector confirma personalmente que identifica al solicitante; así, pues, todo parece estar en orden.

Stanislav sonreía. Sabía que tendría su tarjeta de marino en menos de dos horas.

— Pero -dijo el oficial antes de empezar un largo discurso burocrático.

Stanislav dejó de sonreír y miró ansiosamente.

— Pero -dijo nuevamente el oficial-, la nacionalidad, la ciudadanía, no aparecen muy claras en este caso, según veo, Koslovski. Dudamos de su ciudadanía. Dice en la solicitud: «Nacionalidad alemana.» Tendrá que probarlo

antes de que le demos la tarjeta de marino alemán, pues no las extendemos más que a nacionales.

Ya le habían dicho en el cuartel de policía que tal vez tendría que probar, ante las autoridades marítimas, su genuina nacionalidad.

Cortésmente, Stanislav contestó:

– Pero, oficial; si he servido en la Kaiserliche Marine, en la Marina Imperial y fui gravemente herido en la batalla de Skagerrack, después de la que fui capturado por los daneses.

El empleado elevó las cejas, se sentía a la altura de un dios. Antes de hablar, hizo un ademán agitando la cabeza, como si tratara de impresionar a algún mortal afligido con el poder que tenía para decidir sobre el universo entero. Por la actitud que asumió, era de esperar que gritara de un momento a otro: “¡Nunca el mundo antes que yo!”, y que la tierra desapareciera dentro de una niebla flotante. El gran gesto se materializó finalmente:

– Cuando usted servía en la armada alemana. *iHeil*, nuestro Káiser! Entonces, desde luego y sin lugar a duda, usted era un ciudadano alemán, porque nunca permitimos a ningún aliado que pusiera los pies en nuestros imperiales barcos de guerra. Y el glorioso día en que fue herido en Skagerrack, todavía era usted ciudadano alemán: fue entonces cuando dimos a los pérvidos hijos de la aún más pérvida Albión la paliza de su vida. ¡Gloriosos tiempos aquéllos! Ruego al viejo dios germano que vuelvan pronto, para acabar con esos perros roñosos para siempre. En aquellos tiempos, usted era un ciudadano alemán, del que la nación podía enorgullecerse. Pero, entienda esto, hombre; necesita usted probar que es aún ciudadano alemán. De ello no podrá excusarse, y mientras no le sea posible probar que todavía es usted ciudadano alemán, yo nada podré hacer por usted y no tendrá la tarjeta de marino. Esto es todo; buenas tardes.

– Perdone, señor; ¿adónde tengo que ir para probar mi ciudadanía?

– Al cuartel de policía, al Registro de Residentes, al Departamento de Ciudadanía.

Stanislav tenía que comer. No podía conseguir un barco careciendo de documentos; así, pues, tuvo que dedicarse nuevamente a lo que él llamaba su honorable profesión. Si todas las gentes tuvieran una ocupación decente y comieran con regularidad, la mayoría de los crímenes se evitarían. Resulta una bonita distracción sentarse en mullido asiento después de una cena excelente, rociada con medio litro de *scotch*, a conversar sobre el crimen y sobre la falta de moral de los sin trabajo. Pero parado sobre los zapatos de Stanislav, el mundo y la moral aparecían enteramente diferentes, y él no tenía manera de evitarlo. No tenía la culpa de que el mundo fuera como se le presentaba. Por ningún lado había trabajado para él, ni siquiera como tercer ayudante de un pepenador de basura. Todo el mundo confiaba en el seguro social del gobierno y en el socorro oficial, pero Stanislav sentía aversión a sostenerse de aquella manera. Prefería su honorable profesión.

— Se siente uno tan horriblemente deprimido -dijo-, parado todo el día entre los desocupados, para conseguir unos cuantos centavos. Parecía entonces que en el mundo entero sólo hubiera desocupados y que toda esperanza en tiempos mejores hubiera desaparecido para siempre. Preferí mirar en rededor para descubrir si alguna cartera se aburría de estar con su dueño, en vez de hacer fila entre aquellos desocupados que solo sabían hablar de su miseria. De hecho, yo respetaba los derechos de propiedad. Pero te aseguro que yo no hice este mundo, y que tenía que comer. Con solo que esos malditos burócratas me hubieran dado la tarjeta, hace mucho tiempo que habría iniciado el largo viaje.

Cuando fue al cuartel de policía y al Departamento de Ciudadanía, le preguntaron:

- ¿Dónde nació usted?
- En Posen, o en lo que ahora llaman Poznan.
- ¿Tiene certificado de nacimiento?
- Aquí está el recibo del correo de la carta certificada que envié hace varias semanas. Ni siquiera me contestaron, y se quedaron con el dinero que mandé para cubrir los gastos.

– Los sellos de identificación del inspector de su distrito servirán. Los acepto. El único detalle para llenar es el de la ciudadanía. ¿Adoptó usted la alemana? -preguntó el empleado.

– ¿Que si hice qué?

– Que si adoptó la alemana; es decir, que si eligió oficialmente la ciudadanía alemana. ¿Declaró usted en el tiempo fijado, ante una autoridad alemana, especialmente designada para tomar tales declaraciones, que deseaba usted hacerse ciudadano alemán después de que las provincias polacas fueron devueltas a Polonia, de acuerdo con los tratados?

– No lo hice -contestó Stanislav-. No sabía que eso tenía que hacerse. Pensé que, una vez que empezara a ser alemán, seguiría siéndolo mientras no me hiciera ciudadano de otro país. Yo estuve en la Marina Imperial, y combatí por Alemania en Skagerrack.

– Antes era usted alemán, porque Poznan pertenecía a Alemania. ¿En dónde estaba usted cuando todas las gentes nacidas en las provincias polacas, pero habitantes de Alemania, fueron oficialmente obligadas a adoptar uno de los dos países como tierra natal?

– Navegaba en un barco danés, y debo haberme hallado en las costas de China.

– Tenía usted obligación de haberse presentado al cónsul polaco del puerto más cercano, para hacer ante él la declaración.

– Pero yo ignoraba que tal cosa debía hacerse. Verá usted, cuando se navega y se trabaja duramente en el mar, no se tiene tiempo para pensar en nada.

– ¿No le advirtió su capitán que debía acudir al cónsul polaco?

– Navegaba en un barco danés, y danés era el capitán. De seguro a él no le importaban las órdenes dadas por las autoridades polacas o alemanas.

– Malo para usted, Koslovski -el empleado se sentó y pareció meditar en una solución. Cuando después de largas meditaciones encontró una, dijo: ¿Es usted rico? Es decir, ¿tiene usted alguna propiedad?

– No, señor; soy marinero.

– Entonces, punto final; nada puedo hacer por usted. Hasta los períodos concedidos para la elección han concluido. Lo siento, pero usted ni siquiera puede disculparse con el hecho de no haber declarado oportunamente por causas de fuerza mayor. Usted no naufragó, tocó muchos puertos en los que

hay cónsul alemán, o por lo menos cónsules de otros países autorizados para representar los intereses alemanes. El llamamiento para la adopción de ciudadanía se publicó repetidas veces en todo el mundo civilizado. Los boletines aparecieron en los pizarrones de todos los consulados.

— Los marineros nunca leemos los periódicos. Cuando tocamos un puerto tenemos muchas otras cosas que hacer que no son ir a los consulados para enterarnos de los boletines. ¿Dónde podía conseguir periódicos alemanes? Los periódicos publicados en otros idiomas, me resultan incomprendibles. Algunas veces, por casualidad, cayó en mis manos alguno, pero nunca me enteré del asunto de la adopción.

— Yo no tengo la culpa de ello, Koslovski. Lo siento. Tenga la seguridad de que me gustaría ayudarle, pero no tengo facultades para ello. Soy solamente un empleado que obedece órdenes. Ahora que la cosa, en realidad, no es tan mala como usted puede imaginar. Todavía le queda un camino, haga una solicitud al Secretario de Estado. Él puede ayudarle; pero el asunto requiere tiempo. Probablemente dos o tres años. A partir de la guerra, la ciudadanía se ha convertido en algo más estricto de lo que solía ser. Además, los polacos no guardan consideración alguna a nuestros nacionales. ¿Por qué nos habríamos de mostrar nosotros generosos? Y usted es polaco. Nació en territorio polaco. Y si he de ser sincero, amigo, creo que llegará un día en que esos roñosos polacos expulsen de su suelo a todos los alemanes que hayan adoptado la nacionalidad alemana. Y le aseguro, Koslovski, que nosotrosharemos lo mismo, porque es la única forma de tratar con esos bandidos piojosos.

Todos los empleados le aseguraron que deseaban ayudarle; pero que no tenían facultades para hacerlo. Pero supongamos que Stanislav hubiera gritado o faltado al respeto a alguno de esos empleados, de humilde o elevado rango, o que se hubiera atrevido a mirar con severidad a algún funcionario; entonces lo habrían enviado sin piedad a una prisión, por haber insultado a un funcionario y por haber cometido un atentado criminal contra el Estado. Entonces el funcionario, automáticamente se habría convertido en el omnipotente Estado, en el Estado investido de todos los poderes, fuerzas y privilegios posibles. Un semejante del funcionario insultado le habría perseguido judicialmente, otro le habría golpeado con un garrote y un tercero le habría encerrado en la cárcel, y otro lo guardaría durante el largo tiempo que otro funcionario más considerara suficiente para purgar el crimen. Pero toda esa confraternidad carecía de poder para ayudar a aquel pobre individuo a resolver sus dificultades... ¿Para qué sirve entonces el Estado y todo su

aparato, si no le es posible ayudar a un pobre ser necesitado?

Eso se preguntó Stanislav.

– Lo único que puedo darle es un buen consejo dijo el empleado, meciéndose perezosamente en el asiento: Más vale que se dirija al consulado polaco. El cónsul tiene la obligación de proporcionar a usted un pasaporte con el que pueda obtener fácilmente una tarjeta de marino. Si nos trae un pasaporte polaco, haremos una excepción con usted, por haber servido en la marina germana y por haber vivido en Hamburgo ahora y antes de la guerra. Yo mismo veré que consiga su tarjeta de marino alemán cuando presente el pasaporte polaco. Ese es el único consejo que puedo darle.

Stanislav recurrió al consulado polaco.

– ¿Dice usted que nació en Poznan?

– Sí, mis padres aún viven en Poznan.

– ¿Habla polaco?

– No, en realidad muy poco.

– ¿Vivió usted en Poznan, o en la Prusia Oriental o en alguna provincia polaca entonces bajo el control ruso, alemán o austriaco en el momento en que Polonia fue declarada nación libre?

– No.

– ¿Vivió usted en algún territorio considerado polaco entre 1912 y el día del armisticio?

– No, me hallaba en alta mar, navegando en mercantes daneses o alemanes.

– Lo que hacía usted o los barcos que tripulaba en aquel tiempo es cosa que no le he preguntado; solo una pregunta le he hecho y quiero que la conteste.

– Stanislav -interrumpí en ese punto de su relato-. Aquel era el momento oportuno para que lo hubieras cogido de las solapas y le hubieras espetado lo mejor de tu repertorio.

– Ya lo sé, Pippip, y de eso tuve deseos. Pero fui listo, mantuve aquella sonrisa de muchacho que va al primer baile, porque primero quería mi pasaporte; luego, una hora antes de que mi barco partiera, volvería yo adonde aquel tipo y le zurraría hasta dejarlo medio muerto y, en seguida, volvería al barco.

El cónsul polaco continuó:

– ¿Dijo usted que sus padres viven aún en Poznan? -Sí.

– Tomando en cuenta que es usted mayor de edad, nosotros, desde luego, no podernos considerar la adopción de nacionalidad que sus padres hayan hecho por usted, suponiendo que lo hubieran hecho. Lo que nos importa es la respuesta correcta a nuestras preguntas: ¿Registró usted personalmente sus deseos de permanecer siendo polaco ante un cónsul polaco, o ante cualquier otra persona autorizada por nuestro gobierno para aceptar tal declaración?

– No. Ignoraba que debía hacer tal cosa.

– Lo que usted sepa o lo que ignore carece de importancia para mí. Lo que deseo es que me conteste: ¿Registró usted su declaración?

– No.

– Entonces, ¿qué hace usted en esta oficina? Usted es alemán, no polaco. Vaya a ver a los funcionarios de su país y no nos moleste más. Es todo. Buenas tardes.

Stanislav relataba ese pasaje de su historia sin alterar la voz ni irritarse, más bien hablaba con tristeza. Habría gustado de expresar su opinión acerca de la burocracia a la manera de los marinos, pero el cónsul se encontraba lejos de su alcance.

Yo le dije:

– Mira qué pronto esos países, recién nacidos, han adquirido las costumbres de los funcionarios prusianos. Algunos de esos países ni siquiera contaban ayer con un lenguaje propio, civilizado, y ahora se manejan más brillantemente aún que los poderosos. Puedes tener la seguridad de que estos nuevos países, que ni siquiera están seguros de sus propios nombres, harán todo lo posible por convertir a la burocracia en única religión del Estado. Deberías estar enterado de lo que Norteamérica ha logrado en los ciento cincuenta años de su nueva existencia. Con qué rapidez ha sobrepasado aun a la Rusia imperial en cuestión de pasaportes, visas y restricciones de la libertad. En todo el mundo, a consecuencia de la guerra por la democracia, y por temor a las ideas comunistas, la burocracia se ha convertido en el nuevo zar que gobierna, poniendo en juego mayor omnipotencia que la de Dios Todopoderoso, negando el nacimiento de seres vivientes cuando éstos no presentan un certificado, y haciendo imposible a los humanos moverse libremente sin un permiso debidamente firmado y sellado.

– Todo se vuelven conferencias de hombres de chistera acerca de la cultura, la civilización y el bienestar de la raza humana -dijo Stanislav-. La cosa se ve bien en la primera plana de los periódicos, pero todo son palabras vanas, hipocresía y un nacionalismo loco... Difícilmente puede retornarse a la vida una vez que se embarca uno en el *Yorikke*, sobre todo en las condiciones reinantes. La única esperanza de liberación reside en la posibilidad de que el barco se hunda sin arrastrarlo a uno consigo; sí, expulsándolo como si se tratara de un leproso. Pero supongamos que después de ello vuelve uno a encontrarse nuevamente en alguna playa. ¿Qué se puede hacer? Solo volver a otro *Yorikke*.

Stanislav regresó al cuartel de policía y al Departamento de Ciudadanía.

– El cónsul polaco no me reconoce como tal -dijo.

– Debería haber sabido eso antes -explicó el inspector-. Esos puercos roñosos polacos merecen una paliza, eso es lo que necesitan. El viejo Dios Cristiano es nuestro testigo en los cielos. Pero ya recibirán su merecido y no les quedarán ganas de volver a las andadas -el inspector subrayó esta última frase con un puñetazo dado en su escritorio. Cuando se hubo calmado dijo-: Ahora, Koslovski, ¿en qué puedo ayudarle? Debía usted tener algunos documentos, pues de otra manera nunca conseguirá un barco. Por lo menos en estos días.

– Ciertamente, señor inspector; debería tener papeles.

– Bien, bien, Koslovski. Le diré lo que debe usted hacer. Le daré un certificado policial. Mañana por la mañana irá con él al departamento de pasaportes. Es despacho... espere un momento..., sí, despacho 334, de este mismo edificio. Y de seguro le darán el pasaporte. Con él irá usted a la oficina de navegación y allí conseguirá la tarjeta de marino. En posesión de la tarjeta conseguirá usted el mejor trasatlántico de la Rot.

– Gracias, señor inspector.

– La cosa va bien, ya ve usted que hacemos cuanto podemos.

Stanislav se sentía tan feliz que habría abrazado al mundo entero. Los alemanes probaban ser, en último término, menos burócratas que los de otras naciones.

Se dirigió al departamento de pasaportes. Presentó el certificado policial y las fotografías selladas por el inspector, como prueba de que él era el mismo hombre que aparecía en las fotografías. Firmó su hermoso pasaporte con escudo impreso, pagó setenta y cinco mil millones de marcos, y abandonó el departamento con el pasaporte más elegante que jamás poseyera en su vida. Con aquel pasaporte en su poder, habría podido emigrar hasta la mismísima

tierra del Señor y habría sido recibido en Ellis Island con la música de una gran banda y el canto de múltiples sirenas. *Yes, sir.*

Apenas podía creer que él fuera poseedor de un pasaporte como aquél, en el que todo era perfecto. Nombre, lugar y fecha de nacimiento; ocupación: marino calificado. Honrosamente relevado del servicio en la marina imperial. Aquello parecía un himno. Pero veamos, ¿qué es esto? ¿qué? «¿Sin nacionalidad?» Bien, ello no importa. Sin duda que conseguiré la tarjeta de marino. Bien, bien, ¿pero qué significa esto? «Válido solamente en el interior del país.» Tal vez el empleado cree que los buques navegan en las arenas de Brandenburgo; pero no importa, el pasaporte es un primor.

Al día siguiente, Stanislav se presentó con su lindo pasaporte en la oficina de navegación para solicitar su tarjeta de marinero.

– ¿Quiere usted una tarjeta de marinero?

– Sí, por favor.

– Con ese pasaporte no podemos dársela. Usted carece de nacionalidad. Y lo más importante para obtener su tarjeta que lo identifique como marino, es tener debidamente establecida su nacionalidad. Su pasaporte está perfectamente para Alemania; pero no para un país extranjero, y no le da derecho a la tarjeta de marino.

– ¿Cómo puedo conseguir entonces un barco? ¿Puede usted hacerme el favor de decirme cómo?

– Su pasaporte es bueno. Con él puede enrolarse en cualquier barco extranjero; los únicos que le están vedados son los alemanes. El pasaporte dice que usted vive en Hamburgo, dice quién es usted, de dónde viene y todo eso. Es usted un viejo marino con experiencia, y le será fácil conseguir un barco, cualquier barco extranjero. Además, ganará usted más dinero en un barco extranjero.

Dos días después, Stanislav consiguió un barco holandés. Era un mercante elegante, casi nuevo. Aún olía a pintura fresca, y pagaban en hermosa moneda holandesa.

Cuando el capitán vio el pasaporte rió ampliamente y dijo:

– Buen papel. Eso es lo que a mí me gusta, gente con buenos documentos. Vayamos con el cónsul, leamos el reglamento, firmemos y le daré su adelanto. Zarparemos con la marea alta, por la mañana temprano.

El cónsul holandés registró su nombre completo: Stanislav Koslovski. Marino calificado; edad, estatura, peso. Entonces preguntó:

– ¿Tarjeta de marino?

Stanislav dijo:

– Pasaporte.

– Es lo mismo -dijo el cónsul.

– El pasaporte es nuevo, todavía la tinta está fresca. Hace dos días apenas que se lo extendieron. Todo está en orden. Conozco personalmente al funcionario que lo firmó -dijo el capitán, encendiendo un cigarro.

El cónsul tomó el pasaporte, satisfecho de tener en sus manos aquella obra de arte de la burocracia. Volvió las hojas y asintió aprobatoriamente. Estaba satisfecho.

De pronto fijó la mirada. La sonrisa de satisfacción desapareció de sus labios. Volvió y revolvió las hojas.

Tomó aliento y dijo con voz cortante:

– No puede usted enrolarse.

– ¿Qué? -gritó Stanislav.

– ¿Qué? -gritó también el capitán. Tanta fue su sorpresa que dejó caer la caja de cerillas.

– El hombre no puede enrolarse -repitió el cónsul.

– ¿Por qué no? -preguntó el capitán-. Le he dicho a usted que yo conozco al funcionario que firmó el pasaporte. El documento está en orden.

– No estoy haciendo objeciones al pasaporte -dijo el cónsul-, pero no puedo dar mi visto bueno, porque este hombre carece de nacionalidad.

– ¿Y a mí qué me importa? -dijo el capitán-. Yo quiero a este hombre; mi primer piloto lo conoce y sabe que es un excelente hombre para el timón. Sé qué barcos ha tripulado y conozco a sus amos. Así, pues, sé lo que vale. Por eso lo quiero; necesito hombres como él.

El cónsul dijo, haciendo sonar los dedos:

– Mire, capitán, toda vez que usted gusta tanto de este hombre, ¿por qué no lo adopta?

– ¡Qué tontería! -ladró el capitán.

– ¿Se hace usted responsable de este hombre hasta que abandone su barco?

– No le entiendo, señor cónsul.

— Le explicaré. Este hombre, no importa lo buen marino que sea, no podrá desembarcar en ningún puerto; es decir, podrá hacerlo mientras el barco no haya zarpado. La compañía naviera a la que usted pertenece será responsable y estará obligada a sacarlo de ese país inmediatamente y ¿a dónde lo llevaría usted o su compañía?

Rápidamente, el capitán contestó:

— Siempre podrá volver a Hamburgo, de donde ha salido.

— Podrá, podrá. La verdad es que no podrá -el cónsul empezaba a adoptar el tono de un juez moralizador-. Él tiene un pasaporte alemán bueno solo para Alemania, y Alemania no está obligada a recibirlo una vez que él la abandone. Ahora que él puede obtener un certificado especial, independientemente de este pasaporte, en el que se estipule que puede salir y entrar a Alemania, siempre que quiera. Solo que un certificado de esa especie nada más puede ser extendido por el ministro de Estado alemán, y no creo que le sea fácil obtenerlo, porque sería igual a un certificado de ciudadanía, que es justamente lo que se le ha negado. De otro modo, se le habría extendido un pasaporte sin restricciones. El hecho es, y está bien establecido, que él nació en Poznan y que ni Alemania ni Polonia, por una u otra razón, le han reconocido nacionalidad. Bien podría acudir a la Liga de las Naciones; pero la Liga no tendría país que adjudicarle. Así, pues, cualquier documento que la Liga extendiera en su favor, no vendría a solucionar el hecho de carecer de nacionalidad. Ahora que si usted está dispuesto a hacer constar que se hace responsable de él, después de que abandone su barco...

— Yo no puedo hacer semejante cosa, porque soy solo un empleado de la compañía -dijo el capitán.

— Entonces, yo no puedo hacer nada -y al decirlo, el cónsul tachó con energía el nombre de Stanislav anotado ya en el registro, con lo que indicaba que el caso estaba concluido.

— Escuche -dijo el capitán inclinándose sobre el escritorio-. ¿No podría usted hacer una excepción? Me gustaría contar con él, porque sería difícil encontrar un hombre para el timón tan bueno como él. Yo podría acostarme a dormir y entregarle el barco, con la seguridad de que nada malo ocurriría. Nació con el instinto de la navegación, lo sé. Hemos conversado durante más de dos horas.

— Lo siento, capitán; lo siento mucho, pero no puedo servirle -y el cónsul se levantó de su silla-. Mis facultades están extremadamente limitadas, tengo reglamentos que obedecer. Yo no soy más que un fiel servidor del gobierno.

Cuando terminó, estiró la boca diagonalmente como si tratara de producir una sonrisa de antemano estudiada ante un espejo. Al mismo tiempo levantó los hombros casi hasta hacerlos alcanzar sus orejas, dejó caer los brazos laciamente, balanceándolos hasta la altura de los codos. Parecía un pájaro herido con ambas alas rotas. Hacía una triste figura, pero era la figura real de un burócrata excelente, que sabe que de su palabra depende que algunos hombres mueran o vivan.

— ¡Maldita sea! ¡Al diablo con todo eso! -juró el capitán, e irritado tiró el cigarro al piso y lo aplastó, bailando sobre él como un negro salvaje. En seguida miró al cónsul como si ese enano fuera un grumete a quien sorprendiera vertiendo un cubo de pintura negra sobre la cubierta recién lavada. Después, de dos zancadas atravesó la habitación, y salió golpeando la puerta en forma tal que todo el edificio se estremeció.

Stanislav, que había salido primero, le esperaba en el corredor. El capitán se le aproximó y preguntó:

— Y ahora, ¿qué puedo hacer contigo, Lavski? Nada. El diablo sabe cuánto me gustaría tenerte en el barco. Pero ahora no es posible que te tome, ni bajo pretexto de emergencia, porque ese tipo sabe tu nombre y, si se entera, no me sería fácil salir bien del lío. ¡Cómo odio a estos malditos escribientes! ¡Más que a un chubasco en el Zuider! Bueno, toma cinco guilders y vete esta noche de paseo. Ahora tendré que echarme a buscar otro marino calificado, los buenos son más raros que el sol en el mar del Norte. Buena suerte.

El capitán desapareció y junto con él el hermoso y elegante barco holandés.

Un barco. Stanislav lo necesitaba horriblemente. -El tráfico honesto -dijo está bien por algún tiempo mientras éste no sea muy largo. Verás aquí una canasta, allá una caja, más allá un saco con azúcar o café. Ello no afecta a nadie, porque es cargado a gastos extraordinarios y considerado como pérdida inevitable de los grandes comerciantes. A ellos no les importa y a mí me ayuda a mantenerme a flote. Las cajas, las canastas, los sacos, bien pudieron ser rotos o averiados durante la descarga. Pero, en fin, ese no es el asunto. La cosa es que uno llega a cansarse «del tráfico honesto».

Yo nada dije y le dejé que mostrara hasta el fondo de su alma.

— Créeme, Pippip; llega uno a sentirse horriblemente cansado y aburrido de esa clase de negocios. Hay algo falso en el asunto y uno lo siente, ¿sabes? Parece que vivieras hurgando el bolsillo de alguien. Casi como si vivieras de una mujer. Y se siente uno ruin, ¿sabes? Durante algún tiempo, la cosa es inevitable. No puedes conseguir trabajo a pesar de todos tus esfuerzos, ni aun cuando quisieras vender el alma al diablo. Uno quiere hacer algo, ser útil, y no me refiero a esa tontería del deber de cada hombre. Eso no sirve. No, es algo que desde tu interior te guía a hacer algo útil y a no andar rondando eternamente como un mendigo vagabundo. Es que... ¡diablo!, no puedo explicarte claramente. Es que uno desea crear algo, ayudar a la marcha de las cosas. Tú...tú..., quiero decir que algún día, cuando todo haya terminado, uno desearía tener la satisfacción de haber hecho algo durante la vida en este loco mundo. Lo que deseo expresar es que uno quiere mantener el timón aun en medio de los peores temporales, sin perder la dirección. Lograrlo es algo que no tiene comparación en el mundo entero. Ningún «tráfico honesto», por jugoso que sea, puede compararse con esto. Te agarras al timón y el viejo buque trata una y otra vez de desviarse, lo intenta con todas sus fuerzas en medio de la tormenta; pero no importan sus esfuerzos; tú te agarras al timón y lo llevas por el camino recto, ¿sabes?

Stanislav me cogió por el cinturón y me hizo tambalear de un lado a otro, para mostrarme cómo sujetaría el timón.

— Déjame -le grité-. Yo no soy la rueda.

— No te enojes; solo quería demostrarte cómo se hace. Verás, cuando

uno logra salir de la tempestad sin desviarse ni un ápice de la ruta, el corazón salta como un pescado en la sartén. Y entonces uno empieza a jurar a voz en cuello lleno de gozo y satisfacción. Piensa en lo poderoso que te sientes... tú, pobre gusanillo de la raza humana, tú, pudiendo sujetar a un buque de quince mil toneladas en medio de una gran tempestad, conduciéndolo como a un bebé hacia los brazos de su madre. Entonces el viejo o el piloto se te aproximan, miran la rosa y dicen: «Buen trabajo, Koski, amigo; es usted un buen marino, es uno de esos que no he visto muy frecuentemente durante los últimos veinte años. Vaya un trabajito el que ha hecho, muchacho. Condúzcalo así y le aseguro que podremos regresar sin haber perdido ni quince minutos del tiempo calculado.» Bien te puedo decir, Pippip, que entonces sientes el corazón latirte en el cuello, lo sientes claramente. Entonces serías capaz de gritar tu felicidad. Créeme, el mejor de los «tráficos honestos», no importa cuánto pueda producirte, no podrá hacerte sentir la felicidad que puedes obtener guiando al viejo *Carolina* a través de la tormenta.

— Nunca he tomado el timón de una buena cáscara grande -interrumpí-, pero he manejado el timón de barra de quinientas toneladas perfectamente. Supongo que lo que dices es perfectamente razonable. Pintar resulta muchas veces tan grato como sujetar el timón. Cuando puedes trazar una línea verde, sin pasarte al fondo café, te sentirás satisfecho de haber hecho un gran trabajo. Porque necesita uno emplear buen tiempo para hacerlo, sobre todo cuando el barco está en alta mar, y es necesario, además, aprender a no salpicar con la pintura todo cuanto nos rodea, como suelen hacer los perros cuando se sacuden sobre un piso limpio.

Stanislav calló por un momento. Meditaba. Al cabo de unos minutos, escupió sobre la borda como buen marinero. Cortó con los dientes la punta de un puro negro, que había comprado una hora antes a un vendedor que se había aproximado con su bote de remos para vender tabaco, cerillas, tarjetas postales, fruta, chocolate, chicle, botones, hilo, agujas, papel para cartas, estampillas y todas esas cosillas que suelen ofrecer esos traficantes a la tripulación de los barcos.

Stanislav encendió su cigarrillo, escupió nuevamente sobre la borda y dijo:

— Tal vez te rías de lo que voy a decirte; pero es absolutamente cierto. Ahora estoy en esta cáscara paleando carbón, levantando cenizas y haciendo los trabajos más sucios y miserables, esos que cualquier grumetillo puede hacer, cuando en realidad yo soy un marino calificado y con seguridad diez veces mejor que cualquiera de esos tres borrachos que se creen aquí la gran cosa. Tal vez sea una vergüenza, una verdadera desgracia que siendo buen

marino me vea obligado a palear carbón y a todo lo demás; pero también puede que no lo sea. Ello es necesario para que la cáscara marche y alguien tiene que hacerlo. Y te diré, Pippip, hasta esto tiene su gracia. Eso de echar al túnel unas seiscientas paladas de carbón, y hacerlo en mal tiempo, y mirar después a la montaña de combustible que uno ha amontonado frente a los hornos, arrancando una mirada de admiración a tu fogonero, produce tanta felicidad que serías capaz de ir y besar esa montaña de carbón. Todo parece entonces divertido y útil al mismo tiempo. La montaña también lo mira a uno con visible sorpresa, pues solo media hora antes se encontraba en un rincón de la carbonera alta, y antes de darle tiempo para reflexionar se encuentra abajo, lista para entrar en los hornos y convertirse en vapor para el buque. ¿No te hace eso feliz? ¿No sientes haber hecho algo importante? Seguramente que sí. Y aun aquí, créeme, los resultados del tráfico más honesto no pueden compararse con lo que se siente cuando has formado una montaña de carbón en la cámara de calderas. Se siente uno tan saludable y sensato como no creo yo que ni el capitán pueda sentirse al llegar a puerto, sin averías, después de capear una tempestad.

— Algunas veces me he sentido así -dije.

— ¿Por qué dedicarse entonces al «tráfico honesto»? ¿Es de uno la culpa? Claro está que no. Se ve uno obligado a ello porque no hay nada mejor que hacer. Podrías tenderte en la cama todo el día, o vagar aplanando calles día y noche; pero te volverías loco.

— Pero has olvidado decirme qué ocurrió cuando el holandés se fue -inquirí.

— No pude soportarlo más. Necesitaba conseguir un barco y salir, para no volverme loco. Vendí aquel excelente pasaporte, que de nada me servía, en veinte dólares, a un norteamericano extraviado. Después ocurrió que una noche, en la estación de carga, un saco de café se desfondó y yo conseguí algo de plata. El café era muy caro entonces. Una que otra vez ayudé a algunos pescadores daneses a introducir *brandy* a Dinamarca, pues los impuestos cobrados allí por *brandy* extranjero eran elevadísimos. Aquél era un buen negocio. Cuando logré juntar algún dinero tomé el tren para Emmerich, estación fronteriza entre Alemania y Holanda. Pude atravesar la frontera durante la noche; pero cuando estaba comprando mi boleto para Rotterdam, me echaron mano y en la noche me volvieron a echar por la frontera a Alemania. Sorprendido de aquello, le pregunté:

— ¿No querrás hacerme creer que los guardafronteras pasan gente de contrabando a través de la línea alemana durante la noche?

Quería saber la opinión de Stanislav en aquellos asuntos, en los que yo me consideraba un experto.

– ¿Ellos? -dijo-. ¿Ellos? No me hagas reír. Ellos hacen eso y cosas peores. Todas las noches, por todas las fronteras de Europa, se efectúa un animado intercambio de viajeros no gratos. Hombres, mujeres y niños. Echan a los polacos, a los extranjeros indeseables, a los comunistas y pacifistas, a través de las fronteras holandesas, belgas, francesas, polacas, suizas y danesas, sin darle importancia al asunto. Y, por supuesto, los checos, los rumanos y todos los demás hacen lo mismo. No pueden hacerlo abiertamente, porque les costaría un dineral. ¿Y quién es capaz de pagar por eso? La cosa se hace en tan gran escala que ha llegado a considerarse como un procedimiento legítimo. Todos lo saben, aun cuando nadie lo admite.

Moviendo la cabeza dije:

– Stanislav, no creas que soy tan inocente; eso no me lo puedes hacer creer.

– Es la pura verdad, créaslo o no. He encontrado veintenas de hombres en la frontera holandesa a quienes han ocurrido cosas que te harían abrir la boca de sorpresa si te las contara. Pero, ¿qué pueden hacer los funcionarios? Parece que el procedimiento es el más humano bajo las circunstancias reinantes. No es posible que los asesinen o los echen al mar. Esas gentes no han cometido ningún crimen, no han hecho nada malo. Solamente carecen de pasaporte. Algunos no pueden pagar por él. Algunos han tenido dificultades cuando debieron hacer la adopción. Otros perdieron su país, por haber sido éste dividido entre cinco o seis naciones. Todos los países tratan de deshacerse de gentes sin pasaporte o sin nacionalidad debidamente establecida, pues siempre causan dificultades en los países que los guardan. Ahora que si todos los países mantuvieran la costumbre de que la gente pudiera viajar a donde quisiera, sin pasaporte, como antes de la guerra, ese tráfico con seres humanos, ese expulsar gentes -las más de las veces gentes decentes- cesaría inmediatamente, toda la corrupción y todos los males inherentes a pasaportes y visas y restricciones del movimiento del hombre dejarían de existir.

– Ya yo lo había dicho -interrumpí.

– Ya sé que lo habías dicho; pero quítate de la cabeza la idea de que tú lo inventaste. Miles de personas lo dijeron antes que tú. ¿A quién benefician los pasaportes? A nadie más que a los burócratas. Pero por el hecho de que quinientos millones de personas sensatas admitan la razón de lo que tú y yo decimos, no hay que esperar cambio alguno. Eso es lo que yo puedo decirte.

Los funcionarios de la frontera holandesa habían advertido a Stanislav que si intentaba cruzarla nuevamente lo condenarían a trabajos forzados, lo encadenarían o, por lo menos, lo enviarían a un campo de concentración. Nada de aquello le importó. Él necesitaba un barco tanto como los banqueros necesitan depositantes. Nada temía. Así, pues, la misma noche volvió a cruzar la frontera, internándose nuevamente en Holanda. Había aprendido a esquivar las patrullas fronterizas, y actuó con más cuidado e inteligencia. Llegó a Amsterdam. Cuatro días después consiguió un barco italiano, un real y verdadero barco de la muerte, adecuado para hacer marinos-ángeles o marinosdemonios, según el caso. En el primer viaje, se estrellócontra las rocas. Él y dos compañeros más sobrevivieron y pudieron alcanzar tierra. Andrajoso y mendigando logró llegar a un puerto en el que, al cabo de dos semanas, consiguió otro buque. Otra cáscara al servicio de la muerte. En la primera oportunidad la abandonó en un puerto nordafricano. Había agotado todas sus posibilidades de sobrevivir cuando el *Yorikke* atracó en aquel puerto. Sabía al servicio de quién estaba y de quién estaría; pero hacía días que no probaba bocado. Y habiendo puesto en práctica varias veces su «honorable tráfico», la atmósfera se había tornado demasiado pesada para él y necesitaba buscar un respiradero; el único que pudo hallar fue el *Yorikke*. Saltó a él y fue bien recibido. Cuando se sintió seguro sobre cubierta, se aproximó a la barandilla y se dio el gusto de hacer gestos indecentes a la policía que estaba en el muelle.

Y ahora ¿en dónde se encuentra? Un hombre bueno, cordial y físicamente de primera, deseoso de trabajar honestamente. ¿En dónde estoy? ¿Dónde están todos los que algún día serán muertos? En algún arrecife desolado, o en alguna playa a bordo de algún barco de la muerte al que va unido su destino. Nadie puede navegar eternamente en barcos de la muerte. Algun día, no importa lo lejos que se encuentre, tendrá que pagar por su viaje, y el pago de éste se hace siempre a bordo del barco, hasta terminar con él.

Un día le dije a Stanislav:

– Me han dicho que en la litera que queda arriba de la mía se murió alguien. ¿Lo conocías, Lavski?

– Claro que lo conocía. Éramos casi hermanos. Era alemán de Mülhausen, en Alsacia. No sé cuál sería su verdadero nombre, pero decía llamarse Paúl. Aquí le llamaban *franchise*. Era paleador. Una noche, sentados los dos sobre un montón de combustible, me contó su historia y mientras hablaba lloraba como un niño.

»Aprendió la profesión de calderero en Estrasburgo o en Metz, no recuerdo en cuál de esos dos pueblos. Cuando terminó su aprendizaje, viajó,

como suelen hacer la mayoría de los artesanos alemanes, hasta lograr una buena experiencia en su oficio.

»Fue a Francia, en donde trabajó durante algunos meses. Después se dirigió a Italia, en donde también trabajó por cierto tiempo.

»Cuando el lío sangriento empezó, él se encontraba en Suiza. No tenía ni dinero ni trabajo. Lo aprehendieron por vagancia y lo deportaron a Alemania. Allí lo enrolaron en el ejército. Peleando en el frente italiano, fue capturado por las tropas de ese país. Pudo desertar, robó algunas ropas de civil y empezó a vagar por Italia. Se hallaba en la parte sur, la que conocía por haber trabajado en ella antes de la guerra. Sin embargo, lo cogieron nuevamente. Nadie sabía que era desertor; aceptaron la historia que contó respecto a que había andado vagando por Italia durante todo aquel tiempo.

»De allí escapó antes del armisticio y voló a Suiza. De Suiza lo deportaron nuevamente a Alemania. Allí encontró trabajo bien pagado, en una cervecería. Era en el tiempo en que había ciertas dificultades con los comunistas; pero éstos, después de un corto éxito, fueron sofocados por los socialistas. Lo encarcelaron y más tarde lo deportaron como francés. Los franceses, sin embargo, no lo aceptaron, posiblemente porque lo creyeron comunista. Todas las gentes temen ahora a los comunistas, como en el tiempo de los emperadores romanos toda la gente temía a los cristianos. Oficialmente, por supuesto, los franceses rehusaron reconocerlo por el hecho de haber permanecido largo tiempo fuera de Alsacia, que entonces había vuelto a ser territorio francés, y porque no había declarado la adopción de su nacionalidad. ¿Qué pueden importar esas tonterías a un trabajador? Muchas otras cosas tiene en qué pensar y por las que preocuparse cuando no tiene trabajo, y se ve obligado a correr como conejo hambriento para encontrar algo que comer.

»Lo curioso era que, mientras los franceses sin declararlo, no lo aceptaban debido a sus ideas comunistas, él ni siquiera conocía los fundamentos del comunismo. No tenía ni la menor idea de lo que eso era. Y hablaba sólo de tonterías, sin propósito determinado. En eso residen las dificultades de novecientas noventa y nueve de cada mil personas que creen saber algo y en realidad nada saben. Si los capitalistas supieran la verdad acerca del comunismo, estoy seguro que aceptarían ese sistema de la mañana a la noche, para vencer su temor a la depresión. Desde luego que es mucho mejor que no lo acepten, pues echarían a perder el asunto, tanto como las originarias ideas cristianas fueron estropeadas en el preciso momento en que fueron adoptadas por un emperador.

»Después, los alemanes le ordenaron que dejara Alemania en cuarenta y ocho horas si no quería ser condenado a trabajos forzados durante seis meses, y hallarse a la salida de la prisión con la misma orden de deportación. Además, se repetiría la sentencia, si reincidía, una y otra vez, hasta su muerte.

»¿Qué podía hacer ante semejante dilema? Tenía que dirigirse a Francia. Varias veces había estado en el consulado francés sin éxito alguno. Cuando se presentó allí por octava vez, el cónsul no lo recibió y le prohibió volver a poner los pies en su oficina. Hacía mucho tiempo que no tenía trabajo. En la frontera francesa lo cogieron y lo enviaron de regreso a Alemania, en donde lo condenaron nuevamente a seis meses de trabajos forzados. Los alemanes le advirtieron nuevamente que debía alejarse. Caminó a Luxemburgo. Dos días después de su arribo, fue empujado una vez más a Francia. No hablaba mucho francés. No pasó mucho tiempo sin que volvieran a aprehenderlo. Juró ser ciudadano francés. Se hicieron investigaciones oficiales, que dieron por resultado se pusiera en claro que había adquirido una ciudadanía fraudulenta y que no tenía derecho a ella.

»Esto es considerado como un crimen mayor que el asalto a un banco o la violación de una muchacha en el buque sin su entero consentimiento. Lo condenaron a cinco años, más o menos, por semejante delito. Pero la sentencia de cinco años por crímenes de esa especie es solo el comienzo; ya recurrirían después a la silla eléctrica. Dios, el Todopoderoso, ya no puede conceder nacionalidad a seres humanos, porque cualquier burócrata puede oponerse a ella si le viene en gana.

»Los franceses le dejaron un hueco por donde escapar unos dos años de los cinco de prisión. Se dirigió a la oficina de reclutamiento de la legión extranjera y se convirtió en legionario. Si podía soportar aquella vida durante nueve años, los franceses le concederían una pequeña pensión y un décimo de ciudadanía.

»No pudo soportarlo y, para sobrevivir, tuvo que huir. Me contó que la cosa no era tan sencilla como la pintaban en las películas. ¿Adónde podía ir? Si tenía suerte, tal vez a territorio español. Pero la distancia era muy grande, y, además, había ciertos marroquíes que ambicionaban el dinero que se paga por la captura de desertores. Se dijo que prefería matarse antes de regresar al campamento como desertor cautivo, pues lo que les espera a su retorno no es muy agradable.

»Hay otra clase de marroquíes que no entregan a los desertores, aun cuando la suma ofrecida por su captura sea muy elevada. Estos cogen al desertor, lo desvisten enteramente y lo dejan tendido sobre la arena ardiente.

De hallar tal destino preferiría ser enviado nuevamente al regimiento. Otros hay que cogen a los legionarios y los torturan para que mueran lentamente, con refinamiento tal, que muchas veces el tormento dura más de una semana. Entre ellos nadie es más odiado que los legionarios. Hay también tribus que cogen al cautivo y lo venden a buen precio a gentes de remotos lugares, al sur del desierto de Sahara, para hacerles trabajar como esclavos en las norias.

Eso también es muy agradable. Por estas razones, la legión extranjera cuenta con muy pocas deserciones. La verdadera legión, la camaradería y honor de los soldados, no son exactamente iguales a como se pintan en las películas para deleite de las muchachas vendedoras de los grandes almacenes, y para provecho de las compañías cinematográficas.

»Sin embargo, el muchacho caminó con suerte. Encontró a unos marroquíes que lo primero que deseaban era atarlo a la cola de un caballo y descuartizarlo. Pudo hacerles comprender que era alemán. Pero los alemanes son tan perros cristianos como los franceses. No hay entre ellos mucha diferencia. Solo que los alemanes han combatido a los malditos franceses, lo que les acreedita en algo. Ello obedece a la misma causa por la cual los alemanes son queridos en Cuba, Nicaragua, en general en la América Hispana y en España, por haber matado a unos cincuenta y cinco mil yanquis. Para todos los mahometanos, incluyendo a los marroquíes, los alemanes gozan de algún aprecio. Han peleado al lado de los turcos, también mahometanos. Todos los mahometanos cautivos de los alemanes fueron tratados como ningún otro prisionero, en virtud de que se les consideraba más amigos que enemigos. Ello es sabido en todo el mundo musulmán.

»Solamente que es difícil hacer entender a un mahometano no turco, que uno es alemán y, sin embargo, pelea al lado de los franceses en su legión. Unos árabes creen que un alemán tiene diferente apariencia que un inglés o un francés. Al ver que un alemán tiene gran semejanza con un francés, los marroquíes sospechan de su legionario cautivo, y creen que éste trata de engañarlos.

»Nadie puede saber lo que ocurrirá en la mente de un marroquí cuando capture a un Paúl. Llega a creer, sin embargo, que nunca ha combatido a los marroquíes y que si se encuentra en la legión es sólo para evadir varios años de prisión en Francia, por alguna falta de la que en realidad no es responsable. Así, pues, lo visten, lo alimentan, curan sus heridas y lo pasan de tribu en tribu y de clan en clan hasta que puede llegar a la costa española, en Marruecos. Fue allí donde abordó al *Yorikke*, anclado para entregar una carga especial a los marroquíes.

»El capitán se mostró encantado de contar con él. Necesitaba con urgencia un paleador. Paúl también estaba contento de hallarse entre nosotros. Él era ignorante y no podía saber que su situación no había cambiado.

»Sin embargo, dos días fueron suficientes para que se percatara del lugar en que se encontraba y de que era más difícil escapar del *Yorikke* que de la legión. Después de un turno durante el que cayeron tres barras en un horno y cinco en otro, y a pesar de tener el combustible casi a la mano, me dijo: "Me arrepiento de haber dejado la legión. Si he de decir verdad, esto es diez veces peor que nuestras campañas de sudor y castigo combinadas. Comparándolo con esto, créeme, camarada, allá se vive como príncipe encantado. Por lo menos la comida es pasable, las habitaciones limpias y se dispone de jabón, camisas lavadas y algún descanso. Aquí siento que muy pronto iré a alimentar a las ratas."

»-“¡Te expresas como una vieja, Paúl! -dije, tratando de consolarlo-. Ya te acostumbrarás y hasta llegarás a encontrarlo divertido alguna vez, cuando te encuentres en puerto con algún dinero. No dejes caer la cabeza. ¡Arriba con esa barba!”

»Parece que a Paúl le había ocurrido algo ya antes, debido a sus aventuras, a sus angustias y a la inclemencia de los cambios bruscos de temperatura del desierto, porque aquello ocurrió con verdadera rapidez. Empezó a escupir sangre espesa. Cada día más y más. Después vomitó cubos de sangre. Una noche, cuando llegué a relevarlo lo encontré en la carbonera alta, yacente sobre un montón de carbón y con la cara bañada en sangre. No estaba muerto. Lo llevé al camarote y lo coloqué en su litera. Tomé su turno, a fin de que pudiera descansar.

»En la mañana, cuando fui a verlo, estaba muerto. A las ocho lo echaron al mar en un tablón grasiento. El capitán ni siquiera se descubrió y dijo una oración por él. Se concretó a tocar su visera y a decir: “¡Abajo!”

»El muchacho no estaba vestido, sobre el cuerpo llevaba sus andrajos pegados a la piel con su sangre. A uno de los pies le ataron un gran trozo de carbón para que permaneciera en el fondo. Sentí que el capitán habría gustado de ahorrar hasta aquel trozo de carbón; eso leí en su expresión.

»A Paúl jamás se le registró en el libro de pago del barco. Dejó el mundo como un pedazo de lodo que se deshace. Nadie supo jamás su verdadero nombre. Era solamente el *franchise*, miembro de un país civilizado, que le había negado una existencia legal.»

XVIII

Durante el tiempo que Stanislav permaneciera en el *Yorikke*, más de un paleador había sido tomado, comido y digerido por la cáscara aquella.

Allí estaba Kurt. Era de Memel, territorio arrebatado a Alemania después de la guerra, sin mayor justificación que restar a Alemania todo lo posible. Nadie tenía la menor idea acerca de qué hacer o a quién entregar aquel territorio. Así, pues, permaneció independiente.

Cuando los residentes y los nativos de Memel tuvieron que decidir la nacionalidad que querían adoptar, Kurt estaba en Australia. Durante la guerra no había sido molestado demasiado por los australianos. Cuando la guerra terminó, sintió nostalgia del hogar y regresó a Memel.

Poco antes de salir de allí se había mezclado en una huelga. Combatiendo con los esquiroles, habían golpeado a una de esas ratas hasta dejarla muerta en mitad de la calle. Se le imputó a Kurt responsabilidad en ello y fue buscado por la policía. No podía dirigirse al cónsul alemán. Si hubiera hecho algún daño al ejército australiano, el cónsul habría hecho cualquier cosa por ayudarlo a salir del país; pero el hecho de mezclarse en una huelga, ya es otra cosa. Los trabajadores que atacan la propiedad de los capitalistas están descartados. Cuando se trata de sofocar una huelga, todos los cónsules trabajan de acuerdo, sin importar que pocos meses antes hayan deseado rebanarse el pescuezo mutuamente. El cónsul, sin duda habría entregado a Kurt a la policía australiana, o por lo menos les habría dado la pista. Los cónsules siempre están del lado del orden y de la autoridad del Estado. Las huelgas son siempre en contra del Estado, cuando son conducidas por los trabajadores, porque cuando las dirige algún líder no es posible determinar a favor de los intereses de quién han sido declaradas.

Kurt pudo entrar en Inglaterra sin papeles, con la ayuda de la unión de marinos australianos.

Inglaterra, por ser isla, resulta dura. Es fácil colarse en ella, pero no muy fácil salir, sobre todo si hay que hacerlo en determinado plazo. Kurt se encontraba como encajonado. No le era posible salir. Necesitaba ver al cónsul. El cónsul quiso saber por qué había dejado Sydney o Brisbane, es decir, el pueblo que fuera, sin poner en orden sus papeles. Y por qué, sobre todo, había

entrado ilegalmente a Inglaterra. Kurt no pudo contar su verdadera historia. No deseaba hacerlo. Inglaterra no ofrecía mayores garantías que Australia. Los ingleses le habrían enviado inmediatamente a Australia para que lo sujetaran a juicio.

Stanislav no recordaba exactamente qué pueblo de Inglaterra era aquel en el que Kurt había ido a ver al cónsul. Cuando se encontró en la oficina de éste, en donde todo, los cuadros que colgaban de las paredes, las etiquetas de los cajones, la voz del cónsul, le recordaba su país, del que había estado ausente durante tantos años, Kurt, no sabía por qué, empezó a llorar. El cónsul tomó sus lágrimas como expresión de hipocresía de un vagabundo que desea conseguir algo por medios torcidos. Así, pues, le ordenó a gritos que se dejara de comedias, porque de nada le servirían. Kurt le dio la única respuesta adecuada a la situación. La lengua alemana está bien provista de expresiones para casos semejantes. Para hacerlas aún más comprensibles, Kurt tomó un tintero y lo lanzó a la cabeza del cónsul, la cual empezó a sangrar inmediatamente. El funcionario llamó a la policía; Kurt no esperó a que llegara. Dio un empujón al conserje que trataba de impedirle que saliera, y ya en la calle echó a correr tan rápidamente como le fue posible.

Kurt había cometido un error al visitar al cónsul, pues debía haber sabido de antemano que nada haría por él. Era de Memel, y no habiendo adoptado nacionalidad alguna, de acuerdo con lo dispuesto por los tratados, esas obras maestras de la abrumadora y brillante estupidez de los hombres de Estado, ningún cónsul de la tierra podría ayudarlo. No era ni alemán, ni ciudadano de aquel gusanito que era la nueva nación, que no sabía qué hacer de sí, ni tampoco lo era de Australia. El cónsul era solo un criado al servicio del Estado; no tenía facultades ni para ayudar a buscar a una oveja extraviada.

Así, pues, Kurt murió para siempre. Nunca más pudo volver a ver a su tierra natal, a sus padres, a sus parientes. Todo parece tan extraño y espantoso. Pero así es. Que los investigadores políticos traten de cerciorarse de si esas cosas existen en la moderna civilización. Desde luego que no lo intentarán, y se concretarán a decir a voz en cuello que se trata de una exageración o de una flagrante mentira.

A Kurt, un alto funcionario del Estado le había dicho que su añoranza del hogar era solamente la comedia de un vago. Un vagabundo no puede sufrir de añoranza. Los sentimientos refinados se destinan solamente a los hombres y las mujeres de elevado rango, que tienen posibilidad de sacar de un cajón todos los días dos pañuelos limpios, de seda, si hace el favor, o, por lo menos, de legítimo lino irlandés.

— Yo tenía añoranza del hogar, yo tengo añoranza del hogar. Toda mi lucha y mi ir y venir no es más que una droga para adormecer mi añoranza. Necesité de algún tiempo y sufrí de muchos dolores en el corazón, antes de convencerme de que había perdido esta cosa a la que uno supone tierra natal, la que Dios nos dio y la que ningún emperador, ningún presidente, puede quitarnos. Pero ahora, esa tierra natal es envasada y colocada en los anaqueles y pasaportes de las oficinas consulares. Ahora está exclusivamente representada por funcionarios con credenciales, por hombres capaces de destruir nuestros verdaderos sentimientos por la patria en forma tan completa, que no queda en nosotros ni rastro de amor patrio. ¿En dónde está la verdadera patria del hombre? Aquella en la que nadie pueda molestarme, en donde nadie quiera saber quién soy, de dónde vengo, a dónde deseo ir, qué opino sobre la guerra, sobre los prelados, sobre los comunistas; en donde yo pueda ser libre de hacer y de creer en lo que me dé la gana, en tanto no amenace la vida, la salud o la propiedad honestamente adquirida por otros. Esa sería la única patria en la que valdría la pena vivir y en la que sería dulce morir.

»Kurt, el hombre muerto de Memel, se coló en un barco español que dejaba Inglaterra en el preciso momento en que Kurt necesitaba un barco con urgencia. No pudo permanecer mucho tiempo en la nave española. La tripulación estaba completa, y tuvo que desembarcar cuando llegó a su país. Después de ir de puerto en puerto buscando destino, encontró al *Yorikke*, un día en que estaba hambriento y desesperado. Lo tomó y se enroló como paleador. Siempre había trabajo para paleadores en el *Yorikke*.

»En el *Yorikke* se desconocían todos los medios de protección empleados para los trabajadores en países civilizados. No podía el *Yorikke* ocuparse de semejantes simplezas; en primer lugar porque costaban dinero, y después, porque los medios de protección constituyen un estorbo a las horas de trabajo. Todos deberían saber que un barco al servicio de la muerte no es un jardín de niños. Hay que abrir bien los ojos. Si la piel se te chamusca, si los nudillos se te quiebran, si las espinillas se te amoratan, si un brazo se te fractura, es solo la parte más perezosa de tu puerco cuerpo la que sufre. Trabaja y trabaja bien y no necesitarás de nada para cuidar de tus extremidades.

»El tubo de cristal del medidor del agua de la caldera carecía de la cubierta de alambre demandada por la ley, aun en Afganistán. Un día, cuando Kurt hacía su turno en la cámara de calderas, el tubo reventó.

»Todas las calderas cuentan con una válvula que, con la ayuda de una

varilla larga, sirve para cerrar inmediatamente la llave del tubo de agua conectado al medidor. Tan pronto como la válvula se cierra, ningún vapor puede pasar a través del manómetro roto, y es posible colocar un nuevo tubo de cristal sin peligro alguno para el hombre que lo hace.

»Pero la dificultad, en el *Yorikke*, consistía en que faltaban aquella válvula y la varilla, porque los fenicios no la empleaban y por lo tanto no había razón para que el *Yorikke* la tuviera. Solo existía la llave común y corriente, directamente conectada bajo el tubo de cristal, para lanzar el vapor y el agua hirviante que rebasaba el tubo roto. En menos de medio minuto el cuarto estaba tan lleno de espeso vapor caliente que no era posible mirarse la punta de los dedos, y parecía imposible para cualquier ser humano permanecer allí más de medio minuto sin asarse.

»Aquellos no podía considerarse como una excusa para el hombre que tenía obligación de cerrar el tubo. Ello debía hacerse, porque la presión del vapor bajaba tan rápidamente que la máquina podía pararse en cualquier momento. Y elevar la presión nuevamente hubiera sido cuestión de dos horas. Y supongamos que el barco estuviera próximo a algún arrecife; entonces habría podido naufragar si la máquina se detenía, a causa de la falta de control.

»¿Quién tenía que hacer el trabajo y cerrar la llave? Por supuesto, el paleador. ¿Quién más? Los más bajos y sucios hombres de la tripulación tenían que sacrificar su vida para que el *Yorikke* sobreviviera. En las historias de mar y en las películas, esas cosas son hechas, desde luego, por el capitán en persona, o cuando menos por el señor ingeniero jefe, porque en cualquier sitio del escenario, alguna chica espera para ofrecer un beso al gran héroe. En la vida real ocurre en forma totalmente distinta. Es el soldado raso el que lo hace. En los barcos, son los hombres más sucios y despreciados los que hacen lo que en el libro de bitácora se llama «el hecho más glorioso» del jefe.

»Kurt cerró la llave. La presión del vapor subió rápidamente. La máquina no se detuvo ni un segundo, y el piloto de guardia sobre el puente no perdió ni un momento el control del barco. Abajo, sin embargo, Kurt yacía sobre un montón de carbón. Tuvo que ser llevado a su litera por el segundo maquinista y el piloto.

»Yo no le deseo a nadie en la tierra, no importa cuánto pueda odiarle, que escuche los lamentos y sollozos que partían del catre que ocupaba Kurt y que nosotros tuvimos que oír durante horas y horas, sin cesar ni un minuto. Nunca antes, ni siquiera cuando me hundí con mi barco en Skagerrack, había creído que un ser humano pudiera lamentarse por tanto tiempo sin perder la

voz. No podía reposar ni sobre la espalda ni sobre el vientre. La piel le colgaba en largas tiras y jirones sobre el cuerpo a la manera de una enagua rota. Estaba cubierto de ámpulas, algunas tan grandes como la cabeza de un hombre. No creo que se hubiera salvado aun cuando hubiera sido atendido en un hospital. Tal vez se habría logrado, reponiendo toda la piel de su cuerpo en alguna forma. Pero sin duda los doctores habrían necesitado toda la piel de una cabra para reponer la pérdida. ¡Y cómo gritaba y se lamentaba! Yo hubiera querido sólo que el cónsul que le había negado el pasaporte hubiera escuchado durante su sueño aquellos quejidos. Sin duda no habría logrado paz en el resto de su vida, al enterarse de que el desgraciado papelito sellado que constituye el pasaporte era culpable del terrible destino de un joven, que se supone tenía alma. Pero esos tipos sentados ante un escritorio, garrapateando con una pluma, puliéndose las uñas y sonriendo, fastidian al que necesita algo de ellos, aun cuando solo sea un papel. ¡Se sienten tan superiores a nosotros, los trabajadores! Es fácil sentirse grande cuando uno se encuentra a cien leguas de la vida real, tal y como aquí la vivimos.

»¿Valor en el campo de batalla? No me hagas reír. Valor en el campo de trabajo. Aquí, por supuesto, no se obtienen medallas, ni informes especiales.

»Aquí uno no es héroe, es solamente un vagabundo, o un comunista que busca dificultades y nunca está de acuerdo ni satisfecho con las condiciones de vida ordenadas por el mismísimo Señor para que algunos acumulen ganancias.

»Gritó hasta morir. El primer piloto, que funcionaba como médico a bordo, no tenía absolutamente nada en el botiquín para aliviar al pobre diablo. Tratamos de hacerle beber un vaso de ginebra, pero no pudo pasarlo. Ya avanzada la tarde, tiraron por la borda a aquel muchacho de Memel. No puedo evitarlo, Pippip, tengo que descubrirme cada vez que hablo o pienso en ese muchacho. ¡Maldita sea! No me mires así. No soy una vieja llorona, pero no puedo sino poner la bandera a media asta en su honor y no puedo evitarlo al pensar cómo fue echado al mar como un convicto escapado. El segundo maquinista se asomó a la baranda cuando cayó al agua. Entonces dijo: «¡Mal rayo! ¡Por todos los diablos! Otra vez nos falta un paleador. ¿Cuándo estaremos completos?» Aquella fue la oración que dedicó al último viaje del muchacho. Era el hombre que tenía obligación de cerrar la llave. Ni el fogonero ni el paleador tienen obligación de hacerlo.»

Eso ocurrió con Kurt, de Memel. Su nombre tampoco aparece en el libro de bitácora. Es el segundo el que aparece como autor de ello. El «abuelo» miró el libro cierta ocasión en que fue a buscar jabón de tocador al escritorio del

capitán. *Yes, sir.*

Con el resto de la tripulación hablaba muy poco. La mayor parte del tiempo estaban trastornados o furiosos por alguna cosa y siempre somnolientos. En cada puerto se emborrachaban como todos los marinos.

A decir verdad, sin embargo, debo aclarar que no era yo quien dejaba de hablarles, sino ellos quienes no nos dirigían la palabra ni a mí ni a Stanislav. Él y yo éramos solamente paleadores. Y un paleador no es en sociedad un hombre tan elevado como un simple marinero de cubierta y menos aún como un marino calificado. Ellos son caballeros comparados con los paleadores, que viven en la inmundicia, entre el polvo, las escorias y la ceniza. Aquél que se roce con un paleador se ensuciará de tal manera que no podrá volver a sentirse limpio ni en una semana. El contramaestre, el segundo, el carpintero, eran personajes ante los que los paleadores tenían que inclinarse. Los capitalistas son muy tontos, de otro modo ya habrían encontrado un medio para llevarse bien con los trabajadores. Habrían podido hacer uso, en beneficio propio, de las distinciones de clases que existen entre los trabajadores mismos. Existen hasta nobles entre ellos: los aristócratas, quiero decir, los miembros del sindicato. Aquél que no nació para ligarse a un sindicato, es mirado como un indeseable inmigrante de Bulgaria, aun cuando en su país haya sido un profesor de ingeniería. El contramaestre, el carpintero, el segundo y otros que merodeaban por allí y que nunca supe qué hacían a bordo, todos ellos eran llamados oficiales inferiores. Eran, sin embargo, tan sucios y miserables como nosotros. Ninguno de ellos tenía mayor experiencia en navegación que nosotros. Para la marcha regular del *Yorikke*, nuestro trabajo era mucho más importante que el de ellos. Sin embargo, nosotros, los siempre sobretrabajados y sobrecansados paleadores, teníamos que servir la comida al segundo en la pequeñísima mesa de su agujero, en un camarote separado. Teníamos que limpiar su cueva y lavar sus trastos. ¡Qué gran hombre aquél a quien teníamos que servir! Pero, ¿cuál era su trabajo? Cuando el barco está en marcha, todo lo que tiene que hacer es merodear sin propósito definido. A veces pone un poco de grasa en algún lado de la máquina o una gota de aceite en la flecha de un molinete, o bien quita el polvo de un lado para ponerlo en otro. Como el *Yorikke* tenía solo dos maquinistas, de vez en cuando él hacía un turno en el cuarto de máquinas, especialmente

cuando el jefe estaba muy cansado o poco sobrio o cuando el mar estaba tan calmado que todo lo que el segundo tenía que hacer en el cuarto de máquinas era sentarse en un banco, fumar su pipa y leer confesiones verídicas. Cuando el buque estaba en el puerto, él era fogonero y paleador al mismo tiempo, y se encargaba también de las grúas que subían y bajaban la carga. Por esa razón se le consideraba un gran personaje, que debía disfrutar de habitación particular. Comía lo mismo que nosotros pero, para hacernos sentir la diferencia social que nos separaba, se le servía en domingo budín de arroz con mermelada bien humedecida por el «abuelo», para hacerla durar más y hacerla aparecer más abundante. El segundo también gozaba dos veces por semana de nuestras famosas ciruelas en almíbar, con almidón de color azul pálido. A nosotros nos daban budín solamente una vez por semana, y jamás budín de arroz. Esas elegantes diferencias se estilan hasta en la alimentación, para hacer notar que una persona vale más que otra, no por su trabajo o su talento, sino por su situación entre los trabajadores. Pero sin duda no habría César ni Napoleón sin esos jefecillos y capataces, que tienen un pie en el primer escalón de la escalera que conduce al generalato. Los jefecillos que vienen de más arriba no cuentan, son un fracaso. Los mejores son los que salen de la base, en donde fueron fustigados sin piedad solo unos días atrás. Ahora, pues, serán quienes mejor manejen el látigo. César puede confiar en ellos. Ellos desempeñan su trabajo mejor, y sin la colaboración de ellos estaría perdido.

Después viene el marino calificado. Y luego los grumetes que pintan y hacen cualquier trabajo en la cubierta o abajo. Todos ellos tenían un rango más elevado que el nuestro. Stanislav sabía más de navegación que los tres marinos calificados juntos. No solo el segundo y el marino calificado, sino hasta los grumetes se daban aire de grandes señores cuando pasábamos junto a ellos, como si trataran de sugerirnos que les pidiéramos licencia para ello. Esperábamos que algún día uno de aquellos tipos nos lo exigiera. Stanislav y yo habríamos deseado que lo hicieran.

Todos estábamos muertos. Todos estábamos convencidos de que seríamos alimento de los peces. Y resulta curioso que aun entre los muertos existan esas distinciones de rango, de clase. Quisiera saber lo que ocurre bajo la superficie de un cementerio, especialmente de los cementerios de Boston, San Francisco y Filadelfia, en donde está enterrada la rancia aristocracia del país. Sin embargo, había un lazo que nos mantenía unidos. Todos nos sabíamos moribundos. El nuestro era el destino de todo gladiador; pero nunca hablábamos de ello. Los marinos no hablan de naufragios. No es una buena costumbre. Aquél que no quiera ver acercarse al lobo, que no lo mencione. No hay que hacer ni la menor alusión al demonio, si no se quiere ir al infierno.

Todos sentíamos aproximarse cada vez más nuestro último momento. A menudo nos poníamos nerviosos. Tal vez ese mismo sentimiento tengan los criminales que saben que su última semana ha llegado.

No simpatizábamos entre nosotros. No nos odiábamos. Simplemente no podíamos ser amigos, ni siquiera camaradas. Pero, aun cuando parezca extraño, cuando pisábamos tierra jamás lo hacíamos solos. Siempre marchábamos en grupos de cuatro o de seis.

Ni siquiera un grupo de piratas que no hubiera echado mano a un botín en seis meses, tendría el aspecto que presentábamos nosotros. Ningún marino de los otros buques anclados nos habló jamás ni siquiera para decir «¿qué tal?» Estábamos tan sucios y andrajosos que ningún marino decente se habría considerado de nuestro gremio. Supongamos que hubiéramos tratado de hablar con otros marineros; habrían huido de nosotros tan rápidamente como les hubiera sido posible. Cuando nos divertíamos en alguna taberna o cantina en la que hallábamos compañeras de baile, podíamos decir cuánto queríamos; podíamos insultar a cualquier otro hombre presente, marinero o no marinero. Todos simulaban no haber oído lo que decíamos o no se daban por aludidos. Y, de paso, esas peleas entre marineros en puertos extranjeros, tan a menudo presentadas en las películas, son como otras muchas cosas de ellas, un embuste, una gran mentira. Los marineros no pelean ni la décima parte de lo que las historias de mar o las películas tratan de hacer creer al público que paga. Los marineros son más sensatos que los productores de películas. Nadie quiso jamás pelear con nosotros. Estábamos demasiado sucios y andrajosos hasta para ser golpeados por un marino decente. Tal vez de hacerlo, se habrían sentido infectados. Algunos marineros bebían su copa, pagaban y salían. Ocasiones hubo en las que ni siquiera bebían. Pagaban y salían. Todos ellos pertenecían a la honesta clase trabajadora, al cuarto rango del Estado moderno. Nosotros sentíamos no pertenecer ni al sexto, si éste existe dentro de la moderna civilización, lo que bien puede ser.

Pero había una razón más, por la que otro marino o grupo de ellos jamás peleaba con nosotros. Fácilmente se percataban de que a nosotros nada nos importaba. Habríamos sido capaces de matar despiadadamente una vez metidos en la pelea. Los habríamos despedazado. No habríamos dejado buena ni una de sus prendas de vestir y, aun ganando la batalla, les resultaría caro. ¿Qué podía preocuparnos a nosotros? ¿La prisión o la horca? Todo nos era igual. Ningún castigo nos asustaba, porque sabíamos lo que era que cayeran seis o diez barras de los hornos durante un turno. Teníamos a bordo a un portugués en espera solamente de acuchillar a un hombre hasta matarlo. Lo

había dicho, explicando que necesitaba pasar unas vacaciones en la cárcel, pues de otro modo moriría como un perro en el *Yorikke*. Decía que la peor prisión en la que había estado era la de un pueblecito en Nordáfrica. Pero que, sin embargo, era mejor que trabajar por la comida que daban en el *Yorikke*. Estoy seguro de que había a bordo otros que pensaban como él y que esperaban su oportunidad, pero que no lo confesaban con la franqueza de aquel muchacho.

La tripulación del *Yorikke* era conocida, digamos notoriamente, en todos los puertos del Mediterráneo, a excepción de los de Francia e Italia, en los que jamás se nos permitía desembarcar. Todos los puertos del oeste de África hasta el Congo francés, eran tocados ocasionalmente por nuestro buque, cuando el capitán lo consideraba prudente o cuando alguna tribu o nación pequeña enarbola las ideas de libertad e independencia, aconsejadas por nuestros paladines de la democracia y de los derechos de las naciones pequeñas maltratadas por las grandes.

Siempre que entrábamos a una cantina, el dueño estaba ansioso por sacarnos tan pronto como fuera posible, aun cuando dejáramos en su mostrador todo el dinero que llevábamos en la bolsa o en la boca. En ocasiones alguien tenía los bolsillos hechos pedazos y entonces guardaba su dinero en la boca y, si eran billetes, dentro de la cachucha. Éramos buenos clientes. El cantinero lo sabía. Sin embargo, ni por un momento nos quitaba la vista de encima. Vigilaba cada uno de nuestros pasos y de nuestros movimientos.

La gente que pasaba a nuestro lado por la calle, frecuentemente se retiraba de nosotros con horror. La lucha constante del *Yorikke* por su vida, para evitar ser enviado al fondo del mar, se hallaba impresa en todos nuestros gestos, en todos nuestros movimientos. Las mujeres palidecían cuando inesperadamente nos acercábamos a ellas, y las que estaban encinta lloraban lastimeramente al vernos. Se ponían ambas manos sobre el vientre y susurraban alguna oración para ahuyentar el mal agüero, y después corrían y corrían, sin volver la cabeza.

Los hombres sencillos, los campesinos, perdían la confianza en sí mismos cuando nos encontraban. Muchos de ellos mostraban su temor abiertamente. La mayor parte volvían la cara para otro lado, para que ni por un momento pudiéramos pensar que tenían intención de ofendernos.

Generalmente nos seguían uno o dos policías, que hacían todo lo posible por no perdernos de vista desde respetable distancia, para que no maliciáramos que les habían ordenado vigilarnos durante todo el tiempo que

permaneciéramos en el puerto. Pensaban que de habernos percatado de ello, habríamos enfurecido e incendiado a toda la población. En algunos puertos se corría la versión de que en realidad el *Yorikke* contaba con una tripulación de doscientos hombres, listos para asaltar cualquier pueblo o cualquier nave en alta mar en cuanto su jefe se lo ordenara. En esa parte de África hay cientos de puertecitos cuyos habitantes creen aún en cuentos de piratas de la época de los fenicios y los cartagineses.

La impresión que causábamos a los niños era tal vez la más notable. Algunos, especialmente los mayorcitos, lloraban llamando a su madre cuando nos veían. Otros se paralizaban como tocados por una vara mágica; otros corrían como gamos. Los más chiquititos, sin embargo, se detenían ante nosotros con los ojos bien abiertos, como si vieran a algún ave del paraíso. Otros nos seguían, se aproximaban a nosotros y sonreían abiertamente con sus caritas de sol dorado, diciendo con frecuencia: «Buenos días, marinero, ¿tienes un barco lleno de hadas para cruzar el mar?» Luego nos tendían la mano y nos rogaban que les trajéramos princesitas y doncellas, de dos centímetros de la Tierra Azul del Ensueño. Después nos miraban nuevamente, tomaban aliento y su cara adquiría la expresión de alguien que despierta de un dulce sueño. Entonces corrían y lloraban, sin volver la cara. Era en ocasiones como éas, cuando yo pensaba que tal vez ya estábamos muertos, y que solamente las almas de los niños eran capaces de vernos como éramos en realidad.

El *Yorikke* marchaba en forma especial, nunca intentada por otros barcos. Tal vez el capitán sabía lo que hacía y qué objeto tenían sus órdenes. A nosotros nos parecía que el *Yorikke* carecía de normas y de programas. No recuerdo muchas ocasiones en que el *Yorikke* haya llegado a tiempo normal al puerto de su destino. Evitábamos casi por completo tocar puertos franceses e italianos. Tampoco tocábamos puertos españoles de importancia. Cuando nos hallábamos frente a alguno de ellos, permanecíamos a una milla de distancia, y el capitán hacía señas a un bote para que lo llevara al puerto a recibir órdenes y a arreglar sus papeles con los cónsules y las autoridades.

Es esta una de las razones por las cuales los barcos al servicio de la muerte no son conocidos como tales. Estos barcos pertenecen a un período muy anterior a la guerra civil americana, cuando el tráfico de esclavos era un gran negocio y la ruptura de un bloqueo enriquecía a su propietario en solo tres viajes logrados con éxito. No, ya no existen barcos de la muerte. Esas son cosas del pasado. Cualquier cónsul dirá eso, y hay que creerlo, porque un cónsul es un alto personaje del rango diplomático. Nadie conoce a los barcos de la muerte. Ningún gobierno los reconoce. Y después de todo, las cosas que no se admiten, no existen. Tal como la revolución rusa; basta no percibirse de ella para que deje de existir.

Los siete mares se encuentran tan llenos de barcos de la muerte que es posible elegir el que se desee de entre ellos. A lo largo de todas las costas de China, Japón, India, Persia, las Islas Malayas, Madagascar, las costas este y oeste de África, los mares del sur, la América Latina hasta la altura más o menos de la costa mexicana del Pacífico, en la que se suelen hacer desembarcos de chinos y de sueños de paraísos artificiales a carretadas. El dinero siempre es útil, no importa la forma en que se haya obtenido. En tanto que uno lo tenga, ningún presbítero preguntará jamás cómo fue adquirido. Basta alquilar, o mejor, comprar un asiento en la iglesia y dar algo para las misiones en China.

Todavía hay lugar para dos mil o más de esos hermosos y útiles barcos. Las restricciones de migración no ayudan mucho a la industria naviera. Así, pues, ésta necesita buscar un medio mejor de hacer buen negocio. No es posible deshacerse de todos los vagabundos del mundo, porque entre ellos

puede haber algunos artistas, escritores o millonarios arruinados. También resultaría inconveniente acabar de un solo golpe con los tratantes de blancas, porque hay también de vez en cuando entre ellas esposas de hombres muy influyentes, y aun hijas de reyes, y hay financieros que gustan saborear aventuras fuera del círculo doméstico. La trata de blancas produce mayores ganancias a los caballeros encargados de vigilar para evitarla que a los que se dedican a ella. Ambos son buenos negocios. La misma dificultad que existe para acabar con los vagos, existe para acabar con los barcos de la muerte. No pocas compañías navieras irían a la bancarrota si no fuera por los barcos que tienen al servicio de la muerte. Otras compañías no sobrevivirían al auge ni a la depresión si no enviaran al fondo a algún barco cuando necesitan de dinero contante y sonante. El mejor camino es el recto. Solo que no da resultado, o de otro modo, el dicho es tan bueno como aquel que reza: El silencio es oro.

Entre los barcos al servicio de la muerte, hay algunos respetables, al igual que hay un buen número de mujeres encopetadas en el negocio de «acércate, lindo». No hay camino ni acera sin un vago, a pesar de los múltiples y frecuentes envíos de ellos al bote o a las cuerdas condenadas a trabajos forzados en canteras y carreteras. Después de todo, los mares son tres veces más extensos que la tierra. Por ello hay más lugar para los vagos que en la tierra.

Algunas gentes creen que es más fácil encontrar a alguien en el desierto que en el bosque y a un barco en mar abierto que en un delta como aquel de Nueva Orleáns. Por supuesto, no es así. Cinco buques pueden salir en busca de uno y no encontrarlo jamás, aun cuando su posición se conozca medianamente.

Nadie habría encontrado nunca al *Yorikke* si el capitán no hubiera deseado que lo encontraran. Algunas veces tenía buenas razones para dejarse encontrar, a fin de gozar de seguridad más tarde. Aquel capitán sabía lo que se traía entre manos. La marquesa de Pompshundure podía haberlo invitado y él jamás habría cometido una falta ni al beber, ni al comer, ni al bailar. Él sabía cómo manejarse y cómo salir de un mal paso en cualquier momento. Los documentos que exhibía tenían siempre apariencia de legales, ahora que, respecto a su autenticidad, nada podría aventurarse. El caso es que ni el mejor trasatlántico podría presentarlos mejores al ser requerido.

Un cañonero español se aproximó cuando el *Yorikke* bordeaba el límite de cinco millas. Supongamos que el capitán dijera que el *Yorikke* estaba fuera de él y que el español asegurara lo contrario; el español ganaría porque él representaba al Estado. El Estado siempre tiene razón, en tanto que los

individuos carecen de ella.

Así ocurrió que el cañonero hizo señales con banderas y silbatos. El capitán no hizo caso de ellas. Entonces el español, enojado, disparó dos veces para dar la orden de detenerse y esperar. Los disparos tocaron el mástil del pobre viejo y éste empezó a bailar, pensando que estaba en Abukir. El capitán reía. De cualquier forma no podía sacar al *Yorikke* del límite. No estábamos preparados para obligar al pobre viejo a redoblar su esfuerzo cerrando las válvulas de seguridad de las calderas. Así, el capitán dio la señal al maquinista para que se detuviera y esperara. No cabía duda de que el *Yorikke* estaba dentro de las cinco millas. El capitán se esforzó por hacer creer que no lo estaba. El español nos volaría si no nos detenemos.

Se trasladaron al buque. Hicieron muchas genuflexiones y se excusaron muchas veces por las molestias que nos causaban.

— Si, señor; perdóneme usted, pero se encuentra dentro del límite.

— No señor, acabamos de verificar nuestra posición. Si lo duda podemos verificarla juntos.

— Muy bien -dijeron al capitán-. ¿Podemos examinar sus documentos? Gracias, señor. Todo está en orden. Es solo cuestión de rutina, ¿sabe usted? Ahora, si no tiene inconveniente, señor ¿nos permite hacer una ligera inspección a su carga? No emplearemos mucho tiempo; media hora o tal vez menos, señor. Solo cumplimos órdenes; perdóneme, señor.

El capitán dijo:

— No tengo objeción que hacer, caballeros. Estoy a sus órdenes, caballeros. Pero, por favor, háganlo rápido, o haré responsable al gobierno de ustedes por cualquier trastorno. Ya me encuentro retrasado, caballeros. El viento no nos ha ayudado para nada -y rió. Después siguió riendo y riendo. ¡Cómo era capaz de reír solo aquel hombre! Aquello era un espectáculo y a la vez una fiesta para los oídos. Cambiaba del tono brillante y jovial de su risa, al irónico, para pasar al vulgar «¡ja!, ¡ja!» de una vendedora de pescado y reír después como un muchachito de secundaria. Recorría todas las escalas y todos los matices de la risa, mientras los funcionarios hurgaban en las bodegas y ordenaban sacar algunas cajas para abrirlas sobre cubierta.

Todos los niños a lo largo de las costas del Mediterráneo sabían la historia acerca del *corned beef* de Chicago. Como el marido cuya mujer es conocida de todos los hombres de la comarca y él es siempre el último en enterarse, así ocurre con los gobiernos. No es sino hasta que la población del municipio más atrasado olvida el asunto, cuando el gobierno se entera

oficialmente de que todo el pueblo fue alcanzado por la inundación de un año atrás. Así, pues, el gobierno español, que sufría a un dictador, se enteró, por un pobre escribiente, del tráfico intenso de *corned beef* de Chicago.

Los funcionarios del cañonero, ayudados por un experimentado funcionario aduanal, hurgaron en las bodegas del *Yorikke* como las hormigas el cuerpo de un ratón muerto. Efectivamente, buscaban *corned beef* y el capitán reía de tal manera que uno podía escucharlo de proa a popa.

Los oficiales se pusieron nerviosos, en parte porque no encontraron lo que buscaban; pero especialmente por la risa del capitán, que no sabían a qué atribuir. Pensaron que lo mejor era hablar claro y le preguntaron al capitán:

– Perdone usted; ¿lleva *corned beef* a bordo?

El capitán guiñó los ojos y sonrió como si tratara de hacerles el amor y dijo:

– Desde luego, caballeros; perdónenme, por favor. Portugués, lleva a los señores a la cocina y dile al cocinero que deje a los señores que inspeccionen el *corned beef* de Chicago.

El oficial encargado miró al capitán por un momento con expresión mitad boba y mitad sorprendida. Después dijo saludando:

– Perdón, capitán, basta. No deseo verlo. Todavía no terminamos con esto. Emplearemos solo unos minutos más, si usted no tiene inconveniente, señor.

– De ningún modo, caballero -dijo el capitán, inclinándose y sonriendo nuevamente.

El oficial de aduana experimentado y dos oficiales más estaban aún en la bodega, hurgando.

El oficial encargado se dirigió a la escotilla y señaló varias cajas para que las subieran a cubierta. El capitán ordenó a dos de nuestros hombres que ayudaran a los oficiales.

Las cajas fueron subidas. El oficial las golpeó a unas con las manos, a otras con los zapatos y a otras más con su navaja de bolsillo.

– Hágame el favor de abrir esta caja -pidió al capitán.

El capitán rió, levantando en esta ocasión los labios en forma irónica, y ordenó al portugués, quien ya tenía las herramientas listas, que abriera la caja señalada por el oficial.

Cuando la caja fue abierta, quedaron al descubierto una hilera de latas

que brillaron al sol.

EL oficial tomó primero una lata y luego otra, y el capitán lo imitó.

El oficial miró la etiqueta y el capitán sonrió. El oficial leyó: «*Van Houten's Pure Hollandish Cocoa. Free of Oil.*»

El capitán tendió al oficial una de las latas que había tomado, y riendo dijo:

– ¿Por qué no la abre? Así podría asegurarse de que es cacao.

Su sonrisa se tornó satánica. Yo le observaba y tuve la seguridad de que si alguna dificultad se presentaba, él habría sido capaz de matar al oficial como a una rata, de disparar sobre los que se encontraban abajo en las bodegas y de tratar de escapar confiando su suerte a las válvulas cerradas del *Yorikke*. Más tarde, cuando lo conocí mejor, me enteré de que era demasiado inteligente para hacer tal cosa. Tenía suficientes sesos para salir bien de cualquier mal paso sin importar lo comprometida que fuera su situación. Luego su sonrisa diabólica se tornó en ligera risita.

Cuando ofreció al oficial la lata que tenía en las manos, aquél le miró directa y fijamente. Se dio cuenta de su sonrisa irónica y palideció. Apretaba los labios. No parecía capaz de seguir controlando sus nervios. Las manos le temblaban. El sabía que algo andaba torcido en el barco y se irritaba contra sí mismo al verse burlado por el capitán.

Alcanzó la lata que el capitán le tendía. Volvió a mirarle a la cara, como suelen hacer los jugadores profesionales de poker, y, con gesto resuelto, dio la lata al portugués diciendo al capitán:

– Por favor, ordénele que la abra.

– Ábrela, portugués -ordenó.

El oficial recordó el *corned beef* de Chicago y esperó encontrarlo en aquella lata de *Cocoa Van Houten*. Cuando la abrieron, había en ella cacao. El oficial se mostró embarazado, casi desconsolado; pero sonrió al capitán.

Golpeó con los pies otras dos cajas y pareció escuchar el eco. Señaló otra caja para que fuera abierta y encontró en ella las mismas latas con las mismas etiquetas. Hizo a un lado la caja y ordenó que abrieran una tercera. Cuando estuvo abierta, el capitán la miró, se inclinó rápidamente y tomó dos latas al parecer al acaso. Tendió una de ellas al oficial y dijo, empleando nuevamente su sonrisa sarcástica:

– ¿No quiere examinar una de éstas?

El oficial miró con una especie de consternación a las dos latas que el capitán sostenía en sus manos, y durante dos o tres segundos pareció vacilar. Inesperadamente, sin embargo, y con la misma rapidez empleada momentos antes por el capitán, tomó otras dos latas de la caja. El oficial las sopesó en sus manos y cuando estaba a punto de entregarlas al portugués para que las abriera, el capitán dijo:

– Señor, ¿por qué no abre usted estas latas por su base?

El oficial lanzó una mirada al capitán, vio su sonrisa, se puso extremadamente nervioso y dijo:

– No señor, las haré abrir por arriba.

En aquella ocasión el oficial mostró una sonrisa que sin duda él consideró satánica. Pero el capitán era mucho mejor actor que él. Su sonrisa podía aparecer realmente diabólica, en tanto que la más esforzada del oficial aparecía boba.

Abrió la caja por la superficie y encontró en ella solamente cacao *Van Houten's*. El capitán rió a carcajadas. El oficial, casi loco de ira, vació toda la lata. Solo salió de ella cacao y el papel que la envolvía para mantenerla seca.

El oficial tomó cuatro latas más. Les quitó la tapa, olió el contenido y se quedó meditando por un rato, al cabo del cual ordenó a sus compañeros que se hallaban en las bodegas que subieran, porque la inspección había terminado.

Cuando todos los hombres se reunieron junto a la baranda para bajar por el puente al bote, el oficial suscribió los recibos por los daños causados, se inclinó ante el capitán y dijo:

– Le ruego me excuse por las molestias que le he ocasionado, pero necesitaba cumplir mis órdenes. Estamos, como usted sabe, en guerra contra los rebeldes del Rif y ya comprenderá usted por qué razón nos vemos obligados a inspeccionar de vez en cuando los barcos que navegan en nuestras aguas. Gracias, adiós, y que tenga un buen viaje.

– Gracias, señor -contestó el capitán, estrechando la mano del oficial-. Venga siempre que lo desee, ya sabe que soy su servidor. Adiós.

El bote de los oficiales partió y el capitán gritó hacia el puente:

– ¡En marcha, a todo vapor, para salir pronto del límite de las cinco! ¡Maldita sea!

Tomó aliento y exhaló silbando. Su risa había desaparecido. Palideció y

al cabo de un rato se enjugó el sudor de la frente.

Permaneció junto al barandal, donde se había despedido del oficial. Después caminó aproximándose a la cocina.

– Cocinero -gritó:- Sirve una buena cena de «después de la tempestad» esta noche. Haznos pastel de pasas, cacao con bastante leche, dos vasos de ron para cada hombre y té extra a las nueve. Ven para que te dé el cacao.

Entonces señaló las cajas abiertas, tomó una lata de aquí y otra de allá seguro de sus elecciones, las tendió al cocinero y dijo:

– Claro está que merecemos una cena especial.

– Sí, sí señor -dijo el abuelo, y desapareció.

– Portugués -llamó el capitán-, cierra las cajas y ponlas nuevamente en donde estaban.

Todo aquel tiempo yo me lo había pasado junto a la baranda observando aquel finísimo trabajo. Difícilmente recuerdo algún cuadro que me haya interesado más que aquella escena. ¡Qué no hubiera yo dado por saber lo que ocurría en el cerebro del capitán, cuando ofreció al oficial las latas que tenía en las manos y más aún cuando le sugirió que las abriera por el fondo! Mi admiración por el capitán creció a partir de aquel momento. Qué desgracia, pensé, que los tiempos de la piratería hayan acabado para siempre. Con aquel capitán habríamos podido robar a toda la marina mercante inglesa. Ahora es demasiado tarde, con la radio y todas esas cosas.

De cualquier forma, me puse a pensar en hacer algo útil cuando vi aquellas cajas llenas de cacao que serían reintegradas a la bodega. Nunca hay que perder una oportunidad cuando llama a nuestra puerta. Algunas cajas de aquel cacao holandés representaban dinero contante y sonante en el primer puerto. A la mayoría de la gente le gusta el cacao.

Aquella misma noche, satisfecho con la buena cena y gozando de bienestar, me colé en la bodega y escamoteé cinco cajas.

Cuando Stanislav bajó a relevarme, le dije:

– ¡Eh, Lavski!, a ti que te las das de listo, nunca se te ha ocurrido pensar que navegamos en una mina de oro. Me refiero al cacao, cabezón. Tráfico honesto. Por lo menos podemos hacernos con kilo y media fácilmente.

– No te ilusiones con dinero fácil en este viaje -contestó-. ¿Es que todavía andas en pañales, nene? Sin duda que sería una mina de oro si hubiera cacao en esas latas. Pero no la hay, es la única objeción que puedo hacer a tu

mina de oro. No creí que fueras tan idiota para creer aún en los anuncios de los periódicos, en las propagandas y en las etiquetas. Las etiquetas están correctas, solo que no corresponden a esas latas. ¿No las has inspeccionado? No sueñes con echarte ni un peso a la bolsa antes de haber inspeccionado. ¿No te he dicho un sin fin de veces que no confíes en el *Yorikke*, aunque creas que contiene maravillas? Si te fijas bien, encontrarás en las latas, no polvo sino cacao, cacao en semilla. Pero no encontrarás en ningún puerto compradores para él a menos que puedas vender al mismo tiempo los molinos para molerlo. Si encuentras el molino apropiado y tratas de moler las semillas, producirás un pupppupppupppupppupppuppp, y al que se las trague no necesitarán darle nunca más cacao con leche o sin ella. ¡Eres un inocente corderito! No comprendo cómo puedo entendérmelas con semejante bruto.

Yo estaba seguro de que Stanislav me engañaba, pues había visto el cacao con mis propios ojos como lo había visto el oficial español. Aquello no podía ser magia negra. Sencillamente no podía creerlo.

Inmediatamente subí a la carbonera y abrí las cajas. Stanislav tenía razón, contenían cacao, duros granos de cacao con cáscara brillante. Las cinco cajas contenían los mismos granos, no pude encontrar una sola que contuviera *Van Houten's Pure Hollandish Cocoa*. Todo aquello venía nuevamente de Chicago. Bajo la etiqueta que rezaba «*Pork and Beans*» podía uno tener la seguridad de encontrar cualquier cosa, hasta pezuñas, todo menos frijoles con tocino.

Cerré las cajas y las llevé nuevamente a la bodega. Ciertamente no me interesaba la calidad de cacao y de frijoles que los árabes cocinaban.

El capitán, solo él, sabía las palabras mágicas para convertir los granos de cacao en polvo cuando era necesario. Aquel hombre era un gran sacerdote de la magia negra. *Yes, sir.*

Estábamos a medio día de Trípoli y en medio de un temporal. Nuestra situación en el cuarto de calderas era tal que no sabíamos la mayoría de las veces si nos encontrábamos a babor, a estribor o en cualquier otro punto de los cuatro ángulos opuestos. En cierta ocasión en que fui lanzado sobre un montón de combustible y cuando hacía esfuerzos por enderezarme, miré casualmente al tubo de cristal del medidor del nivel de agua en las calderas, maravillándome de cómo semejante cosilla de tan buena apariencia era capaz de matar a un hombre en la forma espantosa que lo había hecho con Kurt, de Memel.

Entonces se me ocurrió preguntarme a mí mismo: ¿Sería yo capaz de saltar al tubo roto y cerrar la llave, sacrificando mi preciosa vida?

Decididamente, no. Dejaría que lo hiciera cualquiera que se sintiera valiente. A mí no me importaba un cacahuate ser valiente y que otros me llamen gran hombre.

Pero ¿quién puede asegurar lo que será capaz de hacer en determinada ocasión, cuando nadie hace la pregunta y se tiene que obrar rápidamente sin tiempo para reflexionar en las consecuencias? El fogonero sería el primero en sufrirlas. No tendría escapatoria, por hallarse atrapado por la puerta del horno, o cegado. ¿Podría dejar a mi fogonero en el lodo? Recordar sus gritos día y noche durante el resto de mi vida:

– ¡Pippip, por el diablo, sácame de aquí que me estoy quemando. Pippip, ven a rescatarme, pronto, o todo habrá acabado. Pippip, Pippip!

Solo hay que probar eso e intentar seguir viviendo. Solo hay que tratar de salvar el propio cuero abandonando al fogonero que pide ayuda a gritos. No, eso no; uno salta y hace lo que debe, aun cuando en ello vayan las vidas de ambos.

Si tuviera tiempo de reflexionar, no lo haría. Mi vida tiene tanto valor para mí como la del fogonero la tiene para él; mi vida pudiera...

– ¡Pippip, por el diablo, salta hacia atrás; no te pares, no te detengas; salta a babor y brinca!

Mi fogonero gritó con voz tan poderosa que el ruido de la máquina

desapareció. Sin volver la cabeza ni titubear, salté hacia babor y caí sobre mis rodillas, pues tropecé con el atizador que estaba junto a la pared. Caí y simultáneamente escuché un horrible estruendo tras de mí.

Vi palidecer al fogonero en forma tal, que a pesar de la capa de hollín y de sudor, parecía bañado con cal. Entonces supe que hasta los muertos pueden palidecer.

Me levanté, me froté las estropeadas rodillas y espinillas y me volví para mirar lo que ocurría.

El tubo de las cenizas había caído.

Era un tubo pesado, hecho de una gruesa hoja de hierro, de cerca de un metro de diámetro por tres de largo. A través de él se subía hasta la cubierta el depósito de las cenizas para ser vaciado en el mar. Ese tubo estaba suspendido por cuatro cadenas del techo del cuarto. La parte inferior del mismo se hallaba como a un metro y cuarto sobre el piso. Tal vez los agujeros de los cuales pendían las cadenas se habían roto u oxidado o quizás las cadenas se habían reventado. Cualquiera que haya sido el motivo, fue sin duda el temporal lo que precipitó la caída del tubo, que pesaba una tonelada, más o menos. Supongamos que alguien estuviera debajo de él en el momento de caer; habría sido dividido en dos, como cortado por un afilado cuchillo, o tal vez decapitado, o habría perdido una pierna, un brazo o ambos. ¿Quién habría pensado jamás que ese tubo podría caer? Pendía de aquel sitio desde que la reina Betsy tuvo su primer amante. ¿Por qué no habría de permanecer allí otros trescientos años? Lo que ocurre es que en estos tiempos revolucionarios, nada está a salvo; todo y todos se hallan inquietos, deseosos de cambiar posiciones y puntos de vista. Así, pues, el tubo cayó.

«Si, fogonero, de buen tajo nos escapamos.» Casi me alcanza. Me hubiera aplastado bien y bonito sin dejar de mí nada para el Día del Juicio. Bueno, de cualquier manera, algunas veces me pongo a pensar: ¿Qué harán los tipos encargados de reunir a todos los muertos para el Día del juicio con los marineros lanzados por la borda y devorados por los peces, por cientos de peces? Me gustaría saber cómo solucionan el problema de juntar a todos los marineros que fueron lanzados al mar, de entre cien mil millones de desechos de peces. Es por eso por lo que los marinos están excluidos y por lo que no les importa jurar por todos los diablos y escupir a todos los santos.

En aquella ocasión no hubo funeral con el escatimado trozo de carbón atado a los pies, con el despreocupado toque a la cachucha y la oración: «¡Maldita sea! ¡Por el diablo! ¡Otra vez nos falta un paleador! ¿Cuándo

podremos estar completos?»

El medidor del agua de las calderas causó una víctima; el tubo de las cenizas no lo logró. Quisiera saber qué será lo próximo y quién será el próximo. Tal vez sea el tablón que sirve de pasadizo entre la carbonera alta y el cuarto. Se le oye rechinar en forma amenazadora cuando uno lo cruza. Y si no es el tablón será...¿Pero qué objeto tiene aventurar? El fin llegará, de cualquier forma bien distinta de como uno lo supone.

En el siguiente puerto me escabullo y me quedo. Sabía, sin embargo, que solo podría conseguir otro barco al servicio de la muerte al cabo de un corto lapso de libertad. Los muertos tienen que volver a sus tumbas, aunque de vez en cuando aspiren con toda la fuerza de sus pulmones para conservarse saludables.

Los pensamientos de Stanislav y los míos deben haber sido arrebatados por el viento en alguna forma, porque cuando nos encontramos nuevamente en tierra, la policía no nos perdió de vista. En nuestra primera tentativa para dirigirnos a las afueras del puerto, a la primera manifestación de nuestros deseos de escabullirnos, la policía nos habría echado mano y nos habría obligado a regresar al buque. El capitán habría tenido que cubrir los gastos por la aprehensión de dos desertores de un barco extranjero. Nosotros, desde luego, habríamos tenido que responder por el pago de ella, sufriendo deducciones de nuestro salario. Y nuevamente nos veríamos arrodillados ante el capitán para sacarle un pequeño adelanto para un trago.

Volvimos a intentarlo en Beirut. Estábamos en una taberna esperando que el *Yorikke* zarpara para ir al encuentro de nuestro destino, cuando inesperadamente dos hombres se presentaron preguntando: «¿Marineros, son ustedes del *Yorikke*?» No contestamos afirmando ni negando. Pero aquellos pájaros no esperaron nuestra respuesta. Solamente dijeron: «Su barco ha izado la bandera azul y no querrán ustedes perder su empleo, ¿verdad, caballeros? ¿Podemos mostrarles el camino de regreso? Si no tienen inconveniente, mucho nos complacerá mostrarles el camino de regreso a su buque.»

Cuando subimos tristemente por la escalera, aquellos amables tipos esperaban aún en el muelle y allí estuvieron hasta que el *Yorikke* se encontraba tan lejos que hubiera sido imposible que regresáramos a nado. En algunos puertos hay tipos ciertamente bondadosos, que se preocupan por devolver a bordo de sus barcos a los marinos y los despiden con sus pañuelos hasta que se pierde la última nube de humo.

Después de todo, Stanislav tenía razón: «No hay modo de evadirse una vez que se está dentro. Si uno tiene la suerte de escapar del barco, ellos te encuentran en uno o dos días y te llevan directamente a otro barco de la muerte. ¿Qué otra cosa podrían hacer contigo? De algún modo tienen que sacarte, y no pueden deportarte, toda vez que careces de país.»

— Pero Lavski, ¿cómo pueden obligarme a que me enrole nuevamente? No pueden.

— ¡Ah! ¿Conque no pueden? Ya verás cómo sí. El capitán, siempre necesitado de brazos, paga una o dos libras porque te obliguen a regresar, jurándoles que te alistó cerrando el trato en una taberna y que te dio dos guineas adelantadas. Y un capitán, honesto hombre como él, siempre tiene razón, en tanto que el marinero mugroso está siempre borracho y equivocado. Aunque el capitán jamás te haya visto, ni lo hayas visto tú a él, como te necesita, te reclama como desertor. Y no trates de acogerte a la justicia, porque caerás en una trampa. El capitán jura y ¿qué será entonces de ti? Te acusarán de perjurio y te cobrarán diez libras, dejándote bajo la custodia del capitán. Despues trabajarás durante medio año sin remuneración alguna, debido a las diez libras por las que tienes que responder.

Quedé horrorizado al escuchar aquella espantosa historia de la moderna esclavitud. Entonces dije:

— Lavski, que Dios me ayude y bendiga mi alma extraviada; debe haber alguna justicia en este mundo.

— Hay justicia en este mundo. Montones de ella, pero no para los marineros y tampoco para los trabajadores que buscan dificultades. La justicia es para las gentes que pueden pagarla, y nosotros no somos de esos. Todos saben que uno no puede recurrir al cónsul, pues si uno pudiera no estaría en el *Yorikke*; hasta los niños saben quién y qué es uno. Si pudiéramos acudir al cónsul, nada ocurriría; pero los cónsules de nuestro país no son nuestros cónsules. Nosotros no podemos pagar cuotas ni deslizar un billete de cien dólares entre los papeles de su escritorio.

— ¿En dónde está tu libreta de pago, de marino danés? -pregunté.

— Mira, imbécil; hay momentos en los que realmente creo que no tienes sesos. ¡Preguntar eso! Si la tuviera no estaría aquí. Tan pronto como me dieron aquel pasaporte alemán, vendí la tarjeta danesa por diez dólares norteamericanos, y te juro que para el pájaro que me la compró valía un ciento. Tenía que salir de Rotterdam por cualquier medio. Yo lo hice porque estaba segurísimo de la validez de ese pasaporte. Era perfecto. Uno podía

fiarse de él como de una chica a la que has hecho tres hijos y es tan fea que no te presentarías acompañado de ella en pleno día sin sentirte mal.

— ¿Por qué no probaste suerte con aquel pasaporte en algún lugar, cuando el cónsul holandés te dijo que no podía autorizar tu enrolamiento?

— ¡Vaya si lo intenté! Yo hubiera sido el último en no acogerme a ese expediente. Conseguí un sueco. El capitán no tuvo tiempo de llevarme ante el cónsul porque ya estaba a punto de zarpar. Cuando me pidió mis documentos, le mostré aquel elegante pasaporte. El lo tomó, lo miró sorprendido y dijo: «Lo siento hijito, no hay trato. Si te tomo jamás podría deshacerme de ti y eso es imposible.»

— Cualquier alemán te habría tomado, ellos no podían rechazarte con ese pasaporte.

— También lo intenté, Pippip. Conseguí un buen alemán. Aun cuando la paga era miserable, decidí hacer uno o dos viajes para comenzar. Pero cuando el primer piloto vio mi pasaporte, me dijo inmediatamente: «No aceptamos puercos polacos. ¡Largo de aquí! Este es un barco decente.» Entonces conseguí otro alemán, pero de tercera categoría. No lo soporté. Los trabajadores, todos aquellos que dicen: «Proletarios de todos los países, uníos», son más patriotas que lo que jamás pudo serlo un general del Káiser, y de criterio más estrecho que el de la esposa de un predicador metodista. Casi nunca dejaba de escuchar las frases: «¡Fuera los polacos!» «¿No quisieras tragarte también el resto de Silesia, polaco?» «Hasta los puercos de los campesinos alemanes apestan menos que un polaco.» «¿Dónde está nuestro puerco polaco?» Nunca me lo decían directamente, a la cara. Pero lo oía por dondequiera que pasaba. Me sentía siempre con deseos de lanzarme por la borda. Yo aguanto bastante, pero no podía con aquello. Así, pues, cuando por primera vez regresamos a Rotterdam, me dirigí al capitán. Era amable y dijo: «Sé bien, Koslovski, lo que es esto y lo que siente usted. Créame que lo lamento; pero no puedo hacer absolutamente nada. Es usted un hombre de confianza y siento dejarle ir; pero si no lo hace enloquecerá o matará a un par de hombres de la tripulación. Y ninguna de esas cosas nos beneficiaría. Creo que le convendría mejor buscar un barco que no sea alemán. Sin duda lo encontrará.»

— Maravillosos estos camaradas marinos, y sin duda que deben vivir hablando de comunismo y de internacionalismo y de la eterna hermandad de la clase trabajadora. ¡Mal rayo! -dije.

— No hables así, Pippip -repuso Stanislav, excusándolos todavía-. Así los han educado. No pueden evitarlo. Lo mismo les ocurrió cuando estalló la

guerra. Tenían a Karl Marx en el librero y las armas al hombro para marchar en contra de los trabajadores del mundo. Todavía tendrán que pasar quinientos años para que no se emboben con lemas podridos. Ves; por eso me gusta el *Yorikke*. Aquí nadie te aprieta el pescuezo para que confieses tu nacionalidad. Porque nada tienen que arriesgar. Y no te creas que hay mucha diferencia con los rusos. Ellos están tan engreídos con su Rusia bolchevique como lo estaban con Alemania los nacionalistas que lanzaban hurras. Los bolcheviques cierran sus puertas a los trabajadores hambrientos de afuera con tanta energía como la empleada por los sindicatos norteamericanos. Los perros se comen a los perros, y los demonios son demonios entre sí. Prefiero irme al fondo con mi dulce *Yorikke*, antes que comer y vivir en un barco alemán. No lo querría ni como regalo de Navidad, siquieres saberlo.

– ¿No tienen los polacos actualmente una marina mercante de su propiedad?

– La tienen. ¿Pero en qué puede ello beneficiarme? -preguntó Stanislav-. Una autoridad de primera categoría, me aseguró que yo no era polaco, en tanto que los alemanes me consideran un puerco polaco. ¿Comprendes?

Pasaron días y más días, y, sin darme cuenta, hacía cuatro meses que estaba en el *Yorikke*. Cuando llegué, creí que no podría permanecer ni dos días a bordo.

Sin embargo llegué a convencerme de que el *Yorikke* era un barco en el que yo podía vivir y aun reír. De vez en cuando teníamos una gran cena «de después de la tempestad». Algunas veces acompañada de uno y hasta de dos vasos de ginebra. Nos servían pastel de pasas y cacao preparado con leche de lata. Algunas veces, cuando seleccionábamos carbón bueno para el cocinero, éste nos recompensaba con medio kilo de azúcar o una lata de leche. Siempre que tocábamos algún puerto en el que el capitán nos permitía bajar a tierra, recibíamos algún dinero con el que podíamos arremangar una o dos faldas y agarrar una buena borrachera. Había logrado completar mis cubiertos..., es decir, los instrumentos para comer. No diré que eran un juego perfecto, pues uno había sido adorno de la mesa de una taberna en Trípoli, otro de una cantina de Esmirna y otro procedía de Tánger. Hasta tenía algunos de repuesto para usarlos en caso de que me los escamotearan o se perdieran.

La inmundicia de los camarotes era cada día mayor; pero ya me había acostumbrado a ella. Una vez más el *Yorikke* se manifestaba como un excelente maestro probando la verdad de aquello que dice: «La civilización no es más que un barniz muy ligero sobre los animales humanos.» La litera en que me tendía para dormir, no era tan dura como me había parecido la primera vez que me acostara en ella. Me había confeccionado una almohada con trapos limpios que había conseguido en el cuarto de máquinas. Ciento que había chinches; pero también las hay en Nueva York, Boston y Balti, y también en Chic, y montones de ellas.

Lanzando una mirada de vez en cuando a mis compañeros, no comprendía yo cómo había sido posible que los considerara, cuando los vi por vez primera, como a la cuadrilla más inmunda que jamás viera, pues ahora me parecían bastante bien.

Todo mejoraba a mis ojos a medida que el tiempo corría. Y lo que ocurría era esto: Basta que la vista se acostumbre a algo para que cese uno de verlo.

No, sir; nada tenía yo en contra del *Yorikke*; en verdad era un buen barco, y cada día se ponía mejor. La tripulación no era ni tan ruda ni tan baja como la había yo juzgado el primer mes.

Stanislav era un muchacho inteligente, un verdadero hombre, diría yo. Mucho había andado por el mundo y muchas eran las cosas que había visto y los acontecimientos que había presenciado; y había acumulado tanta experiencia como desearía yo que cada presidente de los Estados Unidos poseyera. Lo maravilloso respecto de Stanislav era que no solo veía las cosas, sino que las veía claramente, todas le eran transparentes y siempre llegaba al fondo de ellas. Nadie podía engañarlo con lemas y palabras brillantes y huecas. De todas sus experiencias, de todo cuanto había visto y escuchado, hacía deducciones sabias y obtenía puntos de vista filosóficos, más útiles para él y para su comprensión del mundo que los más gruesos libros de filosofía escritos por grandes maestros y doctores.

Mis dos fogoneros no eran como los mecánicos de automóviles, que solo entienden de su oficio y fuera de él solamente saben la distancia que los separa de tal o cual lugar, cuánta gasolina necesitan por kilómetro y cuántas posibilidades tienen de ganar una partida de poker al jefe que emplea y desemplea. Mis fogoneros sabían hablar, porque habían aprendido a pensar.

Cuando conocí mejor a los marinos calificados y a los grumetes, me encontré con que ninguno de ellos pertenecía a la especie de piojos humanos. Nunca fue el *Yorikke* tripulado por hombres comunes y corrientes. Los hombres comunes y corrientes tienen certificados de nacimiento, pasaportes y libros de pago en orden, y nunca constituyen un problema para los burócratas. No hubiera existido jamás el grande y glorioso país de Nuestro Señor, si la mitad de los pioneros y de aquellos que pusieron los cimientos de esa gran nación hubieran podido mostrar pasaportes y atravesar Ellis Island con la facilidad con que puede hacerlo el duque de Windsor. Las gentes comunes y corrientes no podrán jamás saltar los muros, porque nunca se atreverán a asomar la cabeza para mirar lo que ocurre del otro lado; por lo tanto, no les es posible embarcar en una cáscara como el *Yorikke*. Gentes verdaderamente buenas creen en lo que se les dice y se sienten satisfechas con las explicaciones que se les dan. Debido a ello pudimos meternos fácilmente en Nicaragua, cruzar el océano para abatir a los alemanes y hacer a los banqueros emperadores de una república.

Nada aprovecha tanto a un muchacho como caer del muro. Si se le deja en casa, vendrá en seguida aquello de «¿Libertad?... pero sellada y certificada.»

Llegó un día en que el capitán ya me debía bastantes salarios, pero la cuestión era: ¿cómo podría escabullirme? Mi renuncia no sería bien aceptada en ningún puerto, toda vez que no llevaba documento alguno y el capitán no estaba obligado a darme una libreta de pago, y sin ella y careciendo de medios para probar que alguna vez había nacido en alguna parte, las autoridades marítimas me habrían embarcado nuevamente en el primer barco de la muerte que se presentara.

Solo había una forma de escapar, la de los gladiadores. Es decir, tropezar con un arrecife e ir a parar a la barriga de los peces. Sin embargo, tal vez se presentara una circunstancia afortunada. Los marineros que no son afortunados no debieran navegar. Así, pues, bien podría ocurrir que en alguna forma alcanzara yo la costa, pudiéndome acoger al expediente de pertenecer a la tripulación de un barco naufragado. ¡Pobre diablo! Las gentes que vivieran en la costa se compadecerían del marinero naufragado y lo protegerían y alimentarían.

El cónsul se entera de que hay un naufrago en alguna parte, requiere su presencia, no porque el hombre le importe, sino porque desea enterarse de cuándo y en dónde ocurrió el naufragio y, si es posible, hacerse relatar las circunstancias que lo determinaron. «Ahora, amigo, tenga cuidado con lo que dice.» El informe es de gran importancia no para el mundo, sino para la compañía que quiere cobrar, pues de no existir testigo ocular del desastre, la compañía tendrá que esperar un par de años antes de lograr el dinero. Una vez que ha rendido su informe, que lo ha firmado y ha jurado decir verdad, el marino naufrago recibe una libra esterlina y la declaración de: «Lo siento, pero como no puede usted probar su ciudadanía, nada me es posible hacer por usted. De cualquier forma, no se preocupe, pues un marino experimentado como usted podrá conseguir un barco en cualquier momento. Llegan algunos barcos. Espere algún tiempo y tenga paciencia.»

Por fin, un barco atraca sin dificultad. El marinero, hambriento, cansado de dormir en pajares, en las bancas de los parques, en los umbrales de las puertas, en los campos de cultivo, en el límite de la última casa del puerto y cansado por fin de esta vida de vagabundo, trepa al barco cuando ya sale. Se desliza hasta el cuartel de proa, lee lo que se halla escrito sobre la entrada del cuartel de la tripulación y se entera del lugar en que nuevamente se encuentra. Así, pues, se da cuenta de que el naufragio ha sido solamente una interrupción, o más bien dicho, un simple cambio en el nombre del barco y en el lenguaje del capitán. Los peces tienen paciencia.

Anclamos en Dakar. Dakar es un puerto decente en el que nada puede

hacerse. Está lleno de funcionarios franceses, de marineros franceses, de soldados coloniales franceses y de muchas mujeres francesas, a las que por carencia de dinero no podemos ver ni por encima. De ello no me quejo, porque las chicas árabes de Túnez y Trípoli que nos esperan, nada tienen que pedirles a aquéllas. No han de ser siempre francesas, porque después de todo, éstas nada nuevo han discurrido. Las muchachas árabes y egipcias tienen lo que hay que tener, y ello basta.

La limpieza de las calderas por dentro de las capas gruesas, escamosas, acumuladas por meses viene inmediatamente después de reponer las barras caídas de los hornos, cuando el fuego de la caldera ha sido sofocado solamente diez horas antes y la caldera vecina se encuentra a todo vapor. Pero eso no es todo. Hay que hacerlo cuando el barco se encuentra próximo a esa sección del divertido globo en la que uno dice: “¡Hey, fíjese bien! ¿Ve esa línea verde señalada con una E? ¿Sabe lo que significa? Es el Ecuador, o eso a lo que los hombres de ciencia llaman «el círculo imaginario, o el meridiano cero».” Pero nada imaginario hay en él cuando se tienen que limpiar las calderas en ese sitio.

¡El círculo imaginario! No hagan que me ría a carcajadas. En primer lugar, ese círculo está a la temperatura del rojo blanco. Aquél que se atreva a tocarlo siquiera con la punta de un dedo, tendrá que dar por perdido todo el brazo hasta la altura del hombro, totalmente chamuscado. Hay que probar poniendo el pesado atizador sobre la línea y se le verá derretirse como manteca sin que queden de él ni cenizas. *No, sir.* Si uno pone dos gruesas barras del mejor acero sobre ella, se fundirán de tal modo que quedarán convertidas en una sola.

— Ustedes, tontos, todavía no saben la historia completa -dijo Stanislav-. Déjenme contarles lo que me ocurrió en cierta ocasión en que crucé el E con el *Vaarsaa*, buena cáscara danesa. Ocurrió cerca de Nochebuena, según recuerdo. El *Vaarsaa* se calentó de tal manera cuando cruzamos el E, que bastaba con pasar un dedo o la navaja de bolsillo por el casco para hacer un hoyo en él. Resultaba gracioso escupir sobre el casco. Ahora que no es digno de un marinero decente el escupir al casco del buque en que navega. De cualquier manera hacíamos aquello por diversión, para ver lo que ocurría, y créanme, cada vez que escupíamos contra la regala, la escupitina se abría paso y quedaba un hoyo. El capitán, que se hallaba en el puente viendo lo que hacíamos, nos gritó: «¡Por el infierno, demonios! ¿Están tratando de hacer de mi barco un cedazo? Los mandaré encadenar a todos.» Eso dijo y después ordenó: «¡Tapen inmediatamente todos esos hoyos o juro que los echaré al

mar para festín de los tiburones!» No había mucho que hacer, frotamos con un trozo de madera sobre los agujeros, o con nuestros codos, y los agujeros se cerraban como si estuviéramos modelando barro o manejando un pastel fresco. Ya podrán juzgar cómo se había reblanecido el casco. Los mástiles nos causaron un sin fin de dificultades aquel día, porque todos eran de acero. Pero a pesar de que trabajamos como jóvenes demonios, nada pudimos hacer para evitar que aquellos mástiles de acero se inclinaran como velas de cera que reposan sobre una estufa caliente. Tuvimos que darnos prisa para colocar palancas a una altura considerable sobre la punta de los mástiles, con el fin de tirar de ellos y enderezarlos cuando aún estaban suaves. Porque de haberlos dejado en el estado en que estaban hasta después de cruzar el E se habrían enfriado y ya no habríamos tenido oportunidad de enderezarlos hasta que llegáramos a algún astillero. Por lo que les he contado, ya verán, pajaritos, si le es a uno posible bobear cuando se halla cruzando el E; ello sería muy peligroso.

— ¿Pero cómo es posible que ocurra cosa tan desagradable? -dije-. No comprendo, Stanislav, como fue posible que tú, un marinero hábil como tú, hayas podido jamás embarcar en un barco, en una cáscara dirigida por un capitán que no tuvo ni la más ligera precaución cuando llegaron al E. Debe haber sido un tacaño que intentaba ahorrar los gastos de pago del túnel, como esos que navegan durante cuatro semanas dando la vuelta por el Cabo de Hornos para no pagar los pocos centavos que cobra el gobierno norteamericano por la licencia para atravesar el canal de Panamá. Cuando nosotros cruzamos el E en el *Mable Harrison* -un barco al que puede llamarse realmente bueno, tan bueno como no creo que ninguno de ustedes lo hayan visto ni lo verán jamás-, cuando cruzamos el E, atravesamos el túnel bajo el océano, sin que nos importara un comino el viejo Ecuador. El túnel es muy frío, tan frío que se sorprenderían de encontrar algo semejante bajo el Ecuador. Ni por un momento recuerda uno estar navegando en el E. El túnel se encuentra perfectamente alumbrado, dentro parece que es de día.

— No creas que yo no conozco ese túnel -dijo Stanislav-. No lo atravesamos porque la compañía se negaba a cubrir los gastos, que eran crecidos. Creo que ascendían más o menos a una libra esterlina por tonelada registrada. Ese túnel debe producir carretadas de dinero. Pero como nunca he estado en él, no comprendo cómo, ¡por el diablo!, pueden cruzarlo barcos, digamos, de doce mil toneladas.

— Es más fácil de lo que puedes imaginar -expliqué-. Hay un gran agujero en la mitad del océano a través del cuál los ingenieros pusieron un tubo; mejor

dicho, varios tubos; creo que veinte, más o menos, para que el tránsito no se retarde. Tan pronto como el barco alcanza la entrada, se inclina un poco hacia proa y se desliza sobre rieles bien engrasados. Después de deslizarse un trecho en aquella forma, llega al poderoso túnel. Allí lo esperan hombres que, por mecanismo especial, lo colocan en un tren tirado por máquinas poderosas que corren sobre diez rieles. En algunos de los túneles carecen de rieles; allí tienen agua y el barco marcha normalmente. Por atravesar esos túneles cobran un poco menos, pero los buques marchan con mayor lentitud y hasta ha llegado a ocurrir que se hundan, perdiéndolo todo. Cuando el barco llega al final del túnel es colocado en una especie de muelle y elevado hasta mar abierto. Allí el muelle se abre y el barco sale ileso del E. De tener dinero, créemelo, lo invertiría solamente en acciones de esa compañía. No creo que produzcan menos de un veintidós por ciento. Y las acciones pueden conseguirse a bajo precio, porque hay muchas gentes que no creen ni en la compañía ni en la existencia del Ecuador.

— Nunca creí que la cosa fuera tan sencilla -dijo Stanislav-. Yo suponía que ponían al barco en una especie de escafandra y lo sumían, arrastrándolo por el fondo, y cuando estaba del otro lado del Ecuador lo sacaban.

— Claro que bien podrían hacerlo así -contesté-. Pero debe existir alguna razón por la cual no lo han hecho. Tal vez no les convendría hacerlo por una libra esterlina que cobran por tonelada. Porque sin duda debe ser más complicado hacer pasar un gran barco dentro de una escafandra. También podrían hacerlo...

— ¡Por todos los diablos! ¿Qué les pasa a ustedes? -gritó el segundo como un gorila loco, asomando la cabeza a través de la ventanilla-. ¿Es éste un círculo de costura para alguna misión africana, o qué? ¿Les pagan por escamar la maldita caldera o porque charlen como monos borrachos? Nunca lograremos terminar con este trabajo. Anden, puercos, y muevan las patotas.

— ¡Hey, tú; grandísimo hijo de...! Baja, acércate -grité yo a mi vez, con voz tal que hice retumbar la caldera-. ¿Cómo nos llamaste? ¿Puercos, o qué? Ven tú, ratero, y aliméntala. Deja que volvamos a navegar en alta mar una vez más, entonces date una pasadita por este lugar; te juro que te asaremos en el horno.

El espeso polvo de las escamas y el calor infernal me enloquecían. Si hubiera bajado, lo habría matado como a un piojo.

— Nada le dirá al viejo -dijo Stanislav-. Lo mismo ocurre con los oficiales en tiempo de guerra. No te acusan aunque les escupas a la cara. Te necesitan y

prefieren tenerte en las trincheras a tenerte en el calabozo.

Ganarás el pan con el sudor de tu frente. Bueno, el tipo que tal cosa dijo, con toda seguridad no escamó jamás una caldera en el *Yorikke*, estando el buque próximo al Ecuador, cuando el fuego bajo las calderas ha sido apagado sólo diez horas antes y cuando la caldera cercana está a todo vapor. Pero sufriendo o no sufriendo, las calderas deben ser escamadas con cierta frecuencia o volarían al cielo llevando consigo a toda la tripulación y con ella a los restos del barco.

Nos hallábamos sentados en aquella caldera como miembros activos de una colonia nudista. Las paredes estaban tan calientes que no podíamos tocarlas con las manos desnudas ni arrodillarnos en la base sin colocar un montón de trapos debajo de nosotros.

En el *Yorikke* nada había que se pareciera a gafas protectoras cuando de escamar las calderas se trataba. En la antigua Cartago, tales gafas se desconocían. ¿Como, pues, habían de existir en el *Yorikke*? El polvo de las escamas penetraba en los ojos, casi cegándonos. Y cuando uno trataba de hacerlo salir, frotándose, lo único que hacía era que penetrara más profundamente en los párpados, en tal forma que era necesario sacar las partículas con un alfiler o con la punta de una navaja. La molestia es atroz, insoportable, y tiene uno que pedir ayuda a alguno de los muchachos para que hagan la extracción de las partículas, que tienen la consistencia del vidrio. El que se presta a hacerlo usa sus manos terrosas y sucias, y los ojos se nos inflaman bajo la tortura y permanecen inflamados y rojos durante toda una semana.

Aun suponiendo que hubiera gafas, ningún bien harían. El polvo las oscurece en forma tal que no es posible ver en dónde se encuentra uno.

Hay necesidad de alumbrar la caldera para distinguir lo que se hace, pues la oscuridad interior es semejante a la de una mina de carbón. Si se dispusiera de luz eléctrica, la cosa sería más sencilla. Pero en el *Yorikke* solamente disponíamos de las viejas lámparas de Cartago. Cinco minutos, no más, y la caldera estaba llena de humo tan espeso que lo habríamos podido cortar con un cuchillo y que parecía resistirse con todas sus fuerzas a salir.

El martilleo y tamborileo y toda aquella horrorosa especie de ruidos, parecían golpearlos la cabeza hasta convertir nuestro cerebro en polvo.

A duras penas podíamos permanecer diez minutos en el interior, pues inmediatamente necesitábamos salir para tomar aire, tan agotados como los buzos que se sumergen en busca de perlas.

Nos habríamos podido arrastrar y asomar por el tubo del aire que desembocaba en el cuarto, pero la brisa del mar azotaría nuestros cuerpos calientes llenos de sudor espeso, causándonos una impresión semejante a la que debe experimentarse cuando una espada penetra los pulmones. Quince minutos después, se siente uno como si estuviera acostado desnudo en medio de una ventisca. Para escapar a esa aterradora tempestad de nieve, la que en realidad es solamente una suave brisa tropical, regresa uno rápidamente a la caldera y vuelve a la tarea para trabajar con mayor ahínco que antes, con la esperanza de que mientras más duramente se trabaja, con mayor rapidez nos será dado salir del infierno. Sin embargo, cuando han transcurrido diez minutos hay necesidad de arrastrarse nuevamente a este ciclón de Saskatchewan, cincuenta grados bajo cero, porque se tiene la seguridad de morir si no se respira una bocanada de aire fresco.

Llega un momento en que los nervios parecen estallar. Ocurre que cuando uno siente necesidad de salir, la siente también algún otro compañero que se arrastra lentamente hasta la ventanilla. La caldera tiene una solamente, y mientras más estrecha es, mejor resulta para aquélla. Sólo un hombre puede salir, y los otros tienen que esperar hasta que aquel se encuentra enteramente fuera. Mientras trata de deslizarse, la ventanilla queda totalmente cubierta y ni una sola bocanada de aire puede penetrar. Los dos hombres que permanecen dentro sienten exactamente lo que la tripulación de un submarino hundido. Sin ninguna diferencia.

En uno de aquellos trances, cuando Stanislav se encontraba fuera y yo me aproximaba para salir, escuché un ruido, volví la cabeza y vi al fogonero que yacía inanimado. Con mi último aliento grité:

– Lavski, el fogonero se ha caído; si no lo sacamos pronto morirá en medio de ese humo envenenado.

– Un minuto, Pip... -Stanislav aspiraba-; déjame tomar solo una bocanada de aire.

El fogonero yacía dentro de la caldera en medio de la nube de humo. Al principio no pudimos verlo claramente; pero cuando volvimos a entrar en la caldera, lo encontramos tendido bajo el canal de fuego inferior.

Resulta difícil para un ser humano deslizarse a través del agujero de la ventanilla. Primero hay que meter la cabeza, después un brazo, después ambos hombros, en seguida el otro brazo y finalmente la parte inferior del cuerpo. Después de practicarlo una docena de veces, sacando raspaduras en ambos brazos y lastimándose los hombros, logra uno hacerlo con rapidez y

habilidad.

Lograr sacar a un cuerpo casi inanimado resulta tarea muy difícil. Tuvimos que tomar una cuerda y atarla en rededor del cuerpo y bajo los brazos, en tanto que con otra lo sujetamos como con vendas a manera de momia. Cuando conseguimos sacarlo, tenía los brazos y los hombros pelados.

Stanislav trataba de llevarlo exactamente bajo el tubo de aire para colocarlo en el témpano. Cuando me di cuenta de su propósito le grité:

— Lavski, lo vas a matar. Debemos tratar primero de que respire bien, antes de intentar eso.

Le soplamos en la cara, le golpeamos las plantas de los pies y las palmas de las manos, y le aplicamos respiración artificial. El corazón le latía tan débilmente que apenas podíamos escucharlo, pero los latidos eran regulares. Le echamos agua en la cabeza y el pecho, y le oprimimos el corazón con un trapo mojado.

Si tenía la cara roja o pálida, era algo que no podíamos saber, porque a él, al igual que a mí y que a Stanislav, se nos veía más oscuros que un negro. Cuando noté que comenzaba a respirar, le llevamos hasta el tubo del aire y pusimos en él solamente su cabeza, cubriendole el cuerpo con trapos. Stanislav tuvo que subir a cubierta para torcer el tubo, porque la dirección del viento había cambiado.

Cuando buscábamos alguna distracción en la caldera, el ladrón de caballos se apresuraba a asomar la cabezota por la ventanilla robándonos el poco aire que por allí entraba; pero en aquellos momentos, cuando necesitábamos la ayuda de alguien, no apareció, se quedó cómodamente sentado en el refectorio saboreando su café y murmurando con el jefe acerca de la pereza de los paleadores y de los fogoneros. Un vaso de ginebra nos habría hecho mucho bien, tanto al fogonero como a nosotros, porque nos habría hecho olvidar por un momento siquiera el polvo del hollín que teníamos entre los dientes.

El fogonero volvía en sí poco a poco. Lo llevamos hasta un montón de carbón para que pudiera sentarse cómodamente. Todavía se encontraba muy lejos, bajo las palmeras del sur de España. Necesitó mucho tiempo para regresar al trabajo.

— ¿Cuál de los borrachos, piojosos aplanadores de playa está arriba otra vez? -el ladrón de caballos, aquel segundo maquinista, pasando del cuarto de máquinas a través del famoso corredor que se hallaba entre las calderas y el lugar en que trabajábamos, estaba parado exactamente en el rincón

gritándonos, cuando aún tratábamos de reanimar al fogonero-. Se les paga porque trabajen, y no porque se sienten a charlar cómodamente. ¡Por el diablo pónganse a trabajar!

Stanislav o yo habríamos podido decir: «Mire, señor; el fogonero estaba...» Pero en el mismo instante nos acometió exactamente idéntico impulso. Sin pronunciar palabra, ambos nos inclinamos, cogimos un pesado trozo de carbón y lo lanzamos a la cara de aquel ratero.

Él se movió casi con la misma rapidez que nosotros, y elevó el brazo para protegerse la cara casi en el mismo instante en que le lanzamos el carbón. Después voló a través del corredor bajo y angosto, pero Stanislav ya tenía listo otro gran trozo de carbón, Corrió tras él con la rapidez del rayo y lanzó el trozo al corredor con todas sus fuerzas, de manera tal que se hizo pedazos contra las paredes de la carbonera lateral; al mismo tiempo Stanislav gritó:

– ¡Lárgate de aquí, desgraciado! Si algún día te atreves a enseñar otra vez el hocico, te echaremos por el tubo de la ceniza para que vayas a alimentar a los tiburones, y ¡por Cristo! que te dejaré escupirme la cara si no lo hago. Y ahora ve a acusarme ante el jefe para que me quite un mes de salario. ¡Atrévete, grandísimo hijo de perra, y no te quedará ni un milímetro cuadrado de cuero sobre la jeta cuando lleguemos a tierra!

Stanislav había llegado hasta la puerta de acero del cuarto de máquinas, que el segundo había cerrado herméticamente tras de sí, pero escuchando lo que Stanislav gritaba a través de esa puerta, y tomando nota de ello.

Durante todo el tiempo que permanecimos en Dakar escamando las calderas, el segundo no volvió ni a aparecer ni a decir palabra, aun cuando dejara de escuchar el martilleo. A partir de aquel día nos trataba como a objetos de cristal. Se volvió aún más diplomático que el jefe. Una vez más el *Yorikke* me enseñaba algo nuevo, algo que en pocas palabras dice así: Resulta maravilloso para un trabajador tener un martillo o un trozo de carbón en el momento preciso y en forma adecuada. Cuando un trabajador no es respetado, debe culparse únicamente a sí mismo.

Cuando las calderas estuvieron escamadas y lavadas, recibimos dos vasos de ginebra y un buen adelanto. Reflexionamos y bajamos una vez más a puerto. Yo habría podido escabullirme en un barco francés que se dirigía a Barcelona, pero habría tenido que dejar cuatro meses de sueldo en los bolsillos del capitán y, realmente, yo no estaba en condiciones de enriquecer capitanes. Así, pues, dejé que el francés saliera sin mí. Stanislav habría podido coger un noruego en el que habría llegado hasta Malta, pero él tenía las

mismas razones que yo para no hacerlo, y sus sueldos atrasados alcanzaban una cantidad mayor que los míos.

Nos concretamos a vagar por el puerto y a echar miradas a los barcos y a las tripulaciones. Siempre que un marino toca algún puerto, andando por los muelles, por las calles y visitando tabernas, tiene la sensación de que va a encontrar inesperadamente a alguien o a algo, y, por lo tanto, va a recibir una sorpresa sin haber pagado por ella.

Libro Tercero

So many a little fancy ship Sails its lonely course, And yet it can't be such a rip
That others mayn't be worse.

Cuanto barquillo caprichoso, navega en apartada travesía. Y no obstante su
estado desastroso, habrá otros peores todavía.

Contemplar los barcos en el puerto es prácticamente lo único que vale la pena para un marino, una vez que ha visto a las damas y cuando no tiene dinero suficiente para humedecerse la barriga. Al cine no es posible ir, porque no todas las lenguas resultan comprensibles; así, pues, lo único que queda por hacer es criticar otros barcos, su apariencia, su tripulación, el rancho, la paga, y reflexionar sobre la conveniencia de tripular éste o aquél o permanecer en el mismo en que uno se encuentra.

Después de un largo recorrido, nuestra vista se detuvo en el *Empress of Madagascar*. Era un barco inglés de treinta o cuarenta mil toneladas. *Yes, sir.* Al mirarle comprendía uno que debía ser un buen barco para navegar. Su apariencia era espléndida. Limpio, brillante, recientemente pulido, casi nuevo. Difícilmente tenía más de cuatro años. Las líneas y adornos aún se hallaban brillantes y la pintura parecía tener solo un mes.

— ¿No te encantaría abrazarlo? -pregunté a Stanislav-. Tiene toda la facha de un buen camarada. Veámoslo más de cerca. Lo malo es que no podemos pretender su amistad.

Stanislav nada dijo. Se concretó a mirarlo con ojos de valuador, como si pretendiera comprarlo.

Si no fuera por los cuatro meses que me deben, me gustaría probar suerte con él. Pienso en si sería posible hacer que el jefe me despidiera en forma tan poco cortés que diera lugar a que lo golpeara. Entonces el viejo me pagaría y se reservaría solamente la mitad de un mes de paga por haber golpeado al jefe. También podría ir derechito al viejo y decirle sin rodeos: «Soy bolchevique; haré que toda la tripulación del barco se insubordine, nos apropiaremos de él y lo llevaremos a Rusia, en donde lo venderemos para nuestro propio beneficio.» También podía contarle la vieja historia acerca de la madre enferma en el hogar, a quien es necesario operar con urgencia. Quizá así lograra yo el mayor adelanto posible. Una vez que tuviera el adelanto en el bolsillo, esperaría al *Empress* y subiría en él cuando estuviera levando el ancla. La única dificultad estribaría en saber en qué punto podía dejarme, ya que era imposible que me llevara a Inglaterra. El Departamento de Trabajo Británico,

teniendo tantos cientos de desocupados a quienes atender, encontraría en mí un problema.

De cualquier modo, nada se perdía con probar.

Nos fuimos al puerto y allí dejé a Stanislav en un sitio que él juzgaba alegre y del que necesitaba con urgencia.

Entonces regresé hacia el buen *Empress*.

– ¡Hey, tú! -grité al descubrir a un muchacho con cachucha blanca apoyado sobre la regala.

– ¿Qué quieres? -contestó él.

– ¿No necesitan un fogonero?

– ¿Documentos?

– No.

– Entonces no hay nada; lo siento.

De antemano lo sabía yo. Un tipo como aquél, difícilmente haría amistad conmigo.

Caminé a lo largo del muelle, recorriendo el barco en toda su extensión. En la cubierta de popa vi un grupo de tripulantes jugando a las cartas. Estaba lo bastante próximo para comprender todo lo que decían. ¡Y vaya inglés en el que se expresaban! ¿Eso en aquella cáscara en la que aún relucían los adornos? Algo extraordinario debía ocurrir allí. Aquellos hombres jugaban pero no disputaban, ni peleaban, ni reían o juraban, o acusaban a alguien de hacer trampas.

¡Aletas de tiburón! ¿Pero qué es esto? Parecían muertos sentados sobre sus tumbas, apostando sus propios gusanos. Parecían bien alimentados, pero algo extraño había en ellos. Jamás había visto una partida de naipes entre marinos con la expresión de aquéllos. Algo extraño ocurre aquí. Un barco recién nacido. Además, inglés. ¿Pero, qué hace aquí en Dakar? En un puerto enteramente francés, más francés...que el mismo Marsella. ¿Qué cargará? Será... ¿Quién lo creería? Hierro viejo. En la costa oeste de África, cerca del Ecuador. Tal vez no consiguió carga para regresar a su puerto de origen y tomó hierro viejo, para no dejar a la compañía sin ganancia. Su puerto de origen era Glasgow. Tal vez allí necesiten con urgencia hierro viejo. Como lastre siempre es mejor el hierro viejo que las rocas. De cualquier modo, resultaba extraño que un buque de tan elegante apariencia no pudiera conseguir carga en África para Inglaterra o Escocia.

Si permanecemos por algún tiempo en Dakar, descubriré qué es lo que anda mal en ese barco.

Reflexionando con calma sobre aquellos tipos allí sentados, pensé que jugaban a las cartas como muertos en sus tumbas... ¡Caramba, muertos también! Pero no, eso no podía ser; era sencillamente imposible. Un barco como aquél; con la apariencia que tenía de buen camarada, no podía ser un truhán. No, no. Debo estar un poco deslumbrado o tener aún polvo de escamas en mis ojos. También es posible que vea visiones. Si tuviera algún dinero iría a ver al oculista.

Regresé para reunirme con Stanislav.

– Vayamos a conversar un rato con aquel *Norske* -dijo Stanislav.

Así, pues, nos dirigimos al barco noruego, en el que Stanislav había hecho migas con dos daneses conocidos suyos. Le habían prometido una lata de buena mantequilla. Esos muchachos viven realmente como personas. A mí me dieron además un gran pedazo de magnífico queso danés.

– Vengan, piratas; llegan a tiempo para la cena -dijo uno de los daneses-. Siéntense para que gocen de una real cena danesa. Calidad y, por supuesto, cantidad sobre todo.

Así, pues, nos sentamos a gozar de una comida humana, de algo que por mucho tiempo no habíamos disfrutado. Por un momento nos negamos a dar crédito a nuestros ojos; me resistía a creer que cenas como aquélla pudieran saborearse aún en alguna parte del mundo, y especialmente en el cuartel de proa de un carguero.

– ¿Vieron al inglés que se encuentra allá?

– ¿El qué? ¿Se refieren al *Empress of Madagascar*? -pregunté mientras comía.

– Aparentemente está esperando más carga o nuevas órdenes de la compañía -dijo uno de los hombres.

– Buen tipo -agregué.

– Sí, buen tipo por fuera y podrido por dentro. Más vale mantenerse a buena distancia de él.

– Pero no comprendo lo que quieras decir. ¿Qué tiene de malo?

– El exterior es magnífico, pero si le quitas el saco encontrarás andrajos -dijo el danés.

Otro interrumpió:

– Funciona legalmente, sus papeles son perfectos. Te enrola con miel y helado de chocolate. En la última comida de cada día te ofrecen pollo asado con aderezos, y budín, además.

– ¡Maldita sea tu charla! -exclamé con impaciencia-. Ahora desembucha de una vez.

El orador de la casa me dijo:

– No tienes cara de bobo ni de novato. Al verte creí que serías capaz de comprender. Pero como pareces estar en la luna, te lo diré: se trata de un barco de la muerte. En su próximo viaje se irá al fondo, en el que espera el infierno.

– Creo que lo que tienes tú es un poco de envidia -dije.

– Que el Señor te conserve la inocencia -dijo el danés-. Toma otra taza de café. ¿No te gustaría otro trozo de carne? Cótalo. Nosotros no tenemos necesidad de escatimar el azúcar y la leche, porque disponemos de toda la que queremos. ¿Deseas llevarte otra lata de leche?

– Esa pregunta casi me hace llorar -contesté-. Y como no quiero ofenderte, me la llevaré.

– Sí, marinero. Está cargado de muertos. Pero no de soldados de Francia para entregar los cadáveres a sus madres. No, éstos son cadáveres que aún comen; pero que ya han escrito a su hogar para que graben su nombre sobre la lápida de los marinos perdidos, erigida en la iglesia de su pueblo. Ellos ya nada tienen que perder. Si tú deseas que tu dulce nombre aparezca en una placa en cualquier lugar de tu iglesia, enrólate, nada más. Resulta distinguido ver escrito junto al nombre de uno el elegante nombre del *Empress of Madagascar*. Suena mucho mejor que *Caroline*, o *Clementina Pumpstay*, o *Landshit*. *Empress of Madagascar...* ¡Diablo! ¡Qué bien suena! Es como el nombre de una hermosa querida.

– ¿Por qué pretenden cobrar su póliza de seguros? -preguntó Stanislav.

– Sencillísimo, amigo. Me imagino que no hace ni tres años que salió de los astilleros. Quizá ahora comprendas. Creo que se puede confiar en ti. A la fecha, cuando mucho, tendrá tres años. Fue construido para el tráfico entre el Este de Asia y la América del Sur, con el objeto de competir con los holandeses que nuevamente minan los precios. La gente que lo construyó intentó hacer un modelo nuevo, capaz de desarrollar gran velocidad con menor gasto de combustible. Pero cuando hizo su primer viaje, solo pudo desarrollar cuatro nudos con un ataque de asma. Con velocidad semejante, cualquier

embarcación podía aventajarle, y no sería capaz de producir ni lo suficiente para pagar a su tripulación; eso sin hablar ya de otros gastos y de las utilidades para sus propietarios. Con sus cuatro nudos, no era más que hierro viejo; tal vez menos que eso.

– Podrían reconstruirlo.

– Seguramente que pudieron. Los propietarios pensaron en ello antes que tú y así lo hicieron. No una, sino dos veces. Pero cada vez quedaba peor. Necesitaba que el viento fuera favorable para poder hacer sus cuatro nudos. Así, pues, no le era dado ni vivir, ni morir honorablemente. Los propietarios no podían darse el lujo de hundirlo, porque se habrían arruinado. Pero he ahí el recurso del seguro.

– ¿Y tú crees que ello ocurría en su próximo viaje?

– Así será, pues ya ha tratado de cobrar dos veces en menos de tres semanas. Pero está tan fuerte que ni una grieta se le hace. La primera vez se estrelló contra un banco de arena, sobre el que nada más se sentó con la elegancia de un cisne. Estoy seguro de que en Glasgow ya se daban por dueños del seguro y deben haberlo celebrado con champaña. Pero vino el temporal, la alta marea le dio un fraternal abrazo y lo puso a flote en donde el mar tenía más de sesenta metros de profundidad y, claro, el viejo no pudo sino llevarlo sano y salvo al puerto. La segunda vez que intentó el juego fue la semana pasada, cuando nosotros ya nos hallábamos aquí. En un momento dado, el barco se encontró cómodamente sentado entre arrecifes. Buen trabajo del capitán, que es muy listo y sabe cómo hacer navegar una cáscara en un canal con solo quince centímetros de cada lado. Las estaciones inalámbricas, desde luego, habían sido descompuestas oportunamente, para que el capitán tuviera una excusa por no haberlas usado. Pero tenía que izar banderas para darle la necesaria apariencia al asunto. Sin embargo, la buena suerte del barco volvió a mostrarse. Justamente cuando el capitán ordenó que bajaran los botes salvavidas, un guardacostas francés se aproximó. ¡Lo que habrá dicho el capitán cuando vio aproximarse al guardacostas! ¡Pensar que había arreglado el asunto con tanta habilidad! Había sentado el barco elegantemente entre arrecifes cuando la marea estaba tan baja. Desde la costa, atendiendo a un mensaje inalámbrico, le enviaron tres remolcadores. Tan pronto como subió la marea, los remolcadores sacaron al caballero con facilidad sorprendente.

– ¿Y qué intentarán ahora? -pregunté.

– Algo desesperado, porque si vuelve a llegar a puerto en buen estado, la compañía de seguros hará una investigación. Pedirá un cambio de capitán. Y

mucho tienen los propietarios que trabajar antes de confiarse plenamente a un capitán. También podría ocurrir que la compañía retirara el seguro en cuanto el barco volviera a puerto, y entonces sería demasiado tarde para que sus propietarios se beneficiaran. Por ello verás la necesidad que hay de que haga la cosa en el próximo viaje, pues de no lograrlo, entonces ya nunca podría hacerla. Además, ello debe ocurrir por aquí cerca, es el sitio más seguro, pues se halla libre de la intromisión de barcos rápidos. Este ambiente es bueno. Más al norte, el tráfico es intenso; además, aquí nadie sospecharía.

– ¿Por qué se habrá quedado aquí tanto tiempo? -le pregunté.

– No tienen fogoneros.

– Tonterías -contesté-. Acabo de pasar por allí preguntando si necesitaban un fogonero.

– ¿Tienes papeles?

– No preguntes tonterías.

– Claro está que sin papeles no te tomarían. Es inglés, y tiene que obedecer las reglas. Se haría sospechoso si tomara muertos. Podría abrirse una investigación en su contra por llevar a bordo hombres sin documentos y que podrían resultar inexpertos. Necesita buenos hombres con papeles en regla. Los fogoneros que tenía fueron listos, se quemaron en tal forma que tuvieron que ser conducidos al hospital, al cuidado del cónsul británico. Ellos sabían su cuento. Es a ellos a quienes peor les va cuando el barco revienta. El agua invade la cámara de calderas e inunda los pasadizos y los corredores. Así resultan presos como ratas en ratonera, sin escapatoria posible. Se chamuscan hasta morir o se ahogan o son lanzados en jirones cuando los hornos reciben la ducha fría y estallan. Ahora no tienen que preocuparse por renunciar; hacen tiempo en el hospital hasta que el buque deje el puerto.

– Pero ¿cómo será posible que zarpe el buque sin fogoneros? -pregunté.

– No te preocupes, hijito. Ya están listos para secuestrar o para enrolarte por la fuerza.

– ¡Horrible! -fue todo cuanto pude decir.

Cuando regresábamos a nuestro bueno y viejo *Yorikke*, no pude dejar de pensar en ese hermoso barco, con aquella tripulación que parecía ver espectros a todas horas del día y de la noche.

Comparándolo con aquel reluciente *Empress*, el *Yorikke* resultaba un ciudadano honorable, bien perfumado con lavanda. El *Yorikke* no aparentaba ser lo que no era, vivía de acuerdo con su apariencia, haciendo honor a sus

costillas hundidas y a sus grietas.

¿Pero qué me ocurre? Ahora me doy cuenta de que admiro a ese truhán. Pues bien, no lo callaré, es necesario que le confiese mi admiración. Honradamente te admiro, viejo pícaro. Seis de las uñas de mis manos están negras y cuatro de las de mis pies están de color azul oscuro, debido a alguna de tus demostraciones de afecto. Las barras de los hornos aplastaron algunos dedos de mis pies y cada una de las uñas de mis manos tiene su triste historia que contar. Mi pecho, mi espalda, mis brazos, mis piernas, están cubiertas de cicatrices, de quemaduras y raspones. Cada una de esas cicatrices muestra el lugar de una herida que me causara sufrimientos que jamás olvidaré. Pero cada grito de dolor era un grito de adhesión a ti, viejo amigo.

Tú no eres hipócrita. Tu corazón no llora cuando su dolor no es profundo y verdadero. No danzas en el agua cuando no eres realmente feliz huyendo de alguna persecución. Tu corazón nunca miente. Es limpio y fino como el oro pulido. Nunca deben importarte los andrajos, buen amigo. Cuando ríes, ríen toda tu alma y todo tu cuerpo. Y cuando lloras, lo haces de tal manera que hasta los arrecifes se conmueven.

No quiero abandonarte jamás, amigo. Hablo de corazón, no lo haría ni por los buques más ricos y elegantes del mundo. Me une a ti un hondo y fraternal afecto. Yo te quiero, gitano de los mares.

Mi profunda admiración por el *Yorikke* me hacía reflexionar en una regla que considero buena: cuando quieras que tu mujer te sea fiel, no la ames demasiado, no la canses con demostraciones de aprecio, porque tal vez se aburra de ti y corra con otro hombre que le pegue. Pero acabando de escuchar la historia escalofriante de los plagios y llevando en una mano un buen paquete de mantequilla, en la otra un bote de leche y en el bolsillo un gran trozo de exquisito queso danés, es fácil comprender por qué mi afecto por aquel truhán se revelaba en aquel momento.

Sin embargo, algo extraño había en mi afecto creciente hacia el destortalado *Yorikke*. Algo malo estaba a punto de ocurrir, tal vez el tubo de las cenizas me esperaba, o el tablón que cruzaba sobre la cámara o el cristal del medidor del agua de la caldera. Así, pues, a pesar de mi aprecio por él empecé a preocuparme y a sentirme mal. Algo para mí se ocultaba tras de la atmósfera. El cuartel de proa estaba asqueroso y no podía soportarlo en aquel momento, después de haber gozado de la limpieza del buen *Norske*.

— Ven -dije a Stanislav-, salgamos un rato más. Caminemos por los muelles hasta que empiece a refrescar. Pronto soplará viento fresco. Entonces regresaremos y dormiremos sobre la popa, que es el sitio de mejor temperatura.

— Tienes razón, Pippip -contestó Stanislav-. Es casi imposible dormir aquí; hasta estar sentado resulta insopportable. Se idiotiza uno por momentos. Podríamos echar un vistazo al barquito holandés. Muchas veces suele uno encontrar, inesperadamente, a algún viejo amigo.

— No querrás decir que tienes hambre todavía, ¿verdad? -pregunté riendo.

— No, precisamente; pero podría conseguir un trozo de jabón y tal vez hasta una toalla.

Caminábamos perezosamente. Había oscurecido. Las lámparas del puerto brillaban débilmente. Ningún barco cargaba ni descargaba. Todo parecía dormir.

— Oye, ¿no te parece que el tabaco que nos dieron los daneses no es tan

bueno cuando se le ve de cerca? -pregunté, echando una bocanada de humo.

No acababa de pronunciar las últimas palabras y de volver la cara hacia él cuando recibí un terrible golpe en la cabeza. Sentí el golpe con toda precisión y caí, pero no pude moverme. Tuve al mismo tiempo una sensación extraña de pesadez y de hinchazón en las piernas. A mi alrededor escuchaba un aterrador gruñir y zumbar que no sabía a qué atribuir. De cualquier modo me daba cuenta de que no había perdido el conocimiento; al menos tenía la impresión de verlo y escucharlo todo.

Esa sensación no me duró largo tiempo, así me pareció. Me levanté y traté de caminar. En ello me hallaba cuando fui a dar contra una pared de acero. Todo a mi alrededor era oscuridad profunda.

¿Pero en dónde se hallaba y qué podía ser aquel muro acerado? Me moví hacia la izquierda. Allí estaba el muro. Y también al moverme hacia la derecha tropecé con él. La cabeza me dolía aún. No acertaba a comprender lo que había ocurrido. Al cabo de mucho pensar e imaginar me sentí rendido y me tendí sobre el piso.

Después de algún tiempo, cuando pude levantarme, me volví a encontrar entre los cuatro muros. No podía tenerme en pie fácilmente. Tropezaba y me tambaleaba.

Cuando estuve totalmente despierto, me percaté de que no era yo el que me tambaleaba, sino todo el piso el que se movía.

«¡Por el infierno y todos los demonios!», dije, «ahora sé dónde me encuentro: en un buque que navega por alta mar, feliz en marcha al infierno. La máquina produce rítmicos estampidos. Por lo menos hace una hora que navegamos.»

Las tinieblas me rodeaban todavía.

Empecé a golpear las paredes con los puños y con los pies para enterarme de lo que ocurría. De algo tenía absoluta seguridad: no estaba en el *Yorikke*, porque allí conocía hasta el último rincón. No podía estar en la cámara de los horrores, porque no había tenido disputa alguna con el capitán respecto al pago de mis horas extras. Y el segundo nunca se habría atrevido. En primer lugar, porque no podía prescindir de un buen paleador como yo me había hecho en los últimos cuatro meses, y, después, porque sabía que se vería encerrado en el horno tan pronto como yo volviera a la cámara de calderas.

Durante largo rato, nadie pareció darse cuenta de los golpes que daba yo a las paredes ni de mis gritos. Pero, de pronto, un rayo de luz penetró a la

caja en que me encontraba. El rayo se hizo más amplio y me percaté de que venía de la parte superior y de que era proyectado por una linterna eléctrica.

Una voz desagradable preguntó:

– ¿Acabaste de roncar, borracho puerco?

– Así parece, amigo -contesté-. ¡Hey, tú!, ¿me quieres ayudar a salir de aquí?

Sabía dónde me encontraba y lo que me había ocurrido. Estaba secuestrado, vilmente secuestrado. Estaba en el *Empress of Madagascar*, destinado a alimentar a los peces y a cooperar para el seguro de navegación.

– El viejo quiere verte -dijo el marinero.

Me dejó caer una cuerda y trepé por ella hasta la escotilla. Me pareció que me encontraba más abajo aún que la sentina.

– Son un hatajo de tales por cuales -dije en cuanto entré a la cabina del capitán.

– ¿Cómo dice usted? -preguntó el capitán con aire distinguido.

– ¡Malditos, tiburones, tales por cuales, piratas, secuestradores, es lo que son todos ustedes! -grité.

El capitán permaneció imperturbable. Encendió un cigarrillo y dijo:

– Sospecho, hombre, que aún está usted intoxicado. Le meteremos durante diez minutos en la ducha helada para que se serene y aprenda a dirigirse al amo de una embarcación británica. Más respeto, hombre; no olvide que está en la cabina de un capitán inglés.

Le miré a la cara y no agregué nada más. Nadie debe intentar coger con las manos las balas que pasan silbando. Ello a nadie favorece, ni siquiera a la pistola.

El capitán oprimió un botón.

Después dijo:

– Siéntese.

Se presentaron dos hombres andrajosos, con aspecto de toro, con caras horribles y con manos de gorila; parecían el eslabón perdido gruñendo extrañamente y representando el papel de alguna historia de misterio. Cualquier mujer común y corriente que se encontrara a estos dos pájaros a veinticinco metros de distancia de un sitio habitado, se caería muerta al verlos.

– ¿Es este el hombre? -preguntó el capitán.

– Si, él es -contestó uno de ellos.

– ¿Qué hace usted a bordo de mi barco? -me preguntó el capitán.

Actuaba como juez en un tribunal criminal inglés. Solo le faltaba la peluca blanca. Ante él tenía papeles en los que hacía anotaciones, como si fuera al mismo tiempo escribiente del juzgado. Preguntó nuevamente:

– ¿Qué hace usted en mi barco y cómo llegó a bordo?

– Eso es lo que quiero que usted me diga, señor; qué hago aquí y cómo llegué.

Entonces uno de los personajes de folletín interrumpió, expresándose en una jerga infame:

– Fue así, señor; seguramente que fue así. Nosotros, mi compañero y yo, hacíamos el aseo en el pañol número 11, cuando caímos sobre este hombre que dormía una borrachera de whisky.

– Bien, bien -dijo el capitán-, no es necesario hacer más preguntas. Todo ha quedado aclarado. Usted, hombre, trataba de llegar a Inglaterra como polizón. No creo que se atreva a negar esta acusación. Las leyes inglesas consideran como grave ofensa viajar de polizón en un barco inglés para penetrar en forma ilegal a las Islas Británicas. Le condenarían a seis meses de trabajos forzados, tal vez hasta a dos años, más la deportación. Estaría en mi perfecto derecho de tirarlo por la borda y explicar que había usted tratado de volar una embarcación británica al cruzar el Estrecho de Gibraltar y que le había sorprendido con las manos en la masa. Desde luego en mi carácter de capitán honorable, cuyos hechos se apegan a las leyes, nunca haría semejante cosa. A tipos como usted se les debería hacer izar al mástil cincuenta veces, hasta que aprendieran de memoria que los barcos británicos no fueron hechos para ayudar a los criminales a huir de la policía.

¿Qué podía yo decir? De haberle expresado mis verdaderos pensamientos acerca de la calidad social de su madre, los dos monstruos de folletín me habrían vapuleado durante tres horas. No más, porque bien sabía yo que mi cuerpo y mi capacidad de trabajo eran necesarios. Pero pasar tres horas entre las manos de los gorilas habría sido algo muy desagradable para mí. Por el momento no podría retribuirlos.

– Ya no los necesito, déjenme -dijo el capitán a los hampones.

Dirigiéndose a mí preguntó:

– ¿Qué es usted?

- Buen grumete. Pintor y pulidor de metales, señor.
- Usted es fogonero calificado.
- No, señor.

– ¿Pero qué es eso? No intentará usted mentir a un honorable capitán, ¿verdad, hombre? Me han informado que ayer por la tarde anduvo usted preguntando si había trabajo para un fogonero experimentado ¿Es eso cierto?

No contesté. Únicamente lamenté haber cometido el error de decir la víspera que era fogonero. De haber dicho que era grumete o simplemente marino, habrían perdido todo interés por mis huesos y en aquellos momentos me habría encontrado cómodamente sentado en mi querido *Yorikke*, escamando la caldera número 2 o lavando el cuarto de máquinas.

No pude dejar que mi imaginación siguiera trabajando, porque el capitán dijo:

– Puede usted considerarse afortunado por ser fogonero, porque dos de los que teníamos en servicio se hallan enfermos de fiebre tropical. Ganará usted su pasaje y sus alimentos en mi barco. Catorce libras al mes, y un chelín y seis peniques por cada hora extra en alta mar. Desde luego no tengo derecho a enrolarlo, porque es un polizón. Cuando lleguemos a Inglaterra lo entregaré a las autoridades. Lo siento. Si se porta usted bien diré algunas palabras en su favor en el juzgado, siempre que obedezca las órdenes que aquí se le den y que se porte debidamente para que solo le condenen a seis meses y luego lo deporten. Mientras se encuentre a bordo de mi buque y se porte correctamente, se le tratará como a cualquier otro miembro de la tripulación, sin distinción alguna.

No quise estropearle el placer de saborear su sermón. ¿Qué otra cosa podía hacer? Nada, absolutamente nada. *Yes, sir.*

– Nos llevaremos perfectamente, siempre que no nos busque dificultades, porque entonces no habrá agua potable para usted, pero sí mucho arenque ahumado. Creo que no le gustaría vivir en un ambiente cargado, así es que más vale que procuremos tolerarnos mutuamente y aceptar las cosas como vengan. Su turno empieza a las doce. Los turnos son de seis en seis horas, porque solo tenemos dos fogoneros, incluyéndole a usted. Las dos horas extras de cada turno serán pagadas aparte, a un chelín y seis peniques cada hora. Eso es todo. Buenos días.

Allí estaba yo a bordo del *Empress of Madagascar*. Con buena dirección para figurar en la lápida de mármol de la iglesia de mi pueblo. Mi pueblo

carecía de iglesia desde el último incendio de Chic. Así, pues, hasta ese pequeño honor de ver mi nombre próximo al del *Empress of Madagascar*, en el muro de la iglesia, se me negaba.

Podría hacerme rico a bordo de aquel buque, pues la paga era la misma sostenida por la unión de fogoneros ingleses. Pero allí estaba Inglaterra con la perspectiva de seis meses de trabajos forzados y dos años detenido en espera de la deportación. La dificultad estribaba en que nunca tendría la paga en mis manos. Los peces serían los beneficiados. Supongamos que tuviera yo la fortuna de salvarme de los arrecifes. De nada me serviría, ya que no podría conseguir un salvavidas; porque no estando enrolado, mi testimonio no valdría a la hora de declarar en el tribunal respecto al hundimiento del barco. Por lo tanto, no podría conseguir nada del seguro, porque no tenía manera de probar que estaba a bordo del *Empress*. Podrían encarcelarme juzgándome impostor al reclamar daños por el naufragio.

Ahora que no hay que preocuparse, porque no llegaremos a Inglaterra. En cuanto al fondo, bien, veamos los botes para saber aproximadamente la fecha.

Los botes se encuentran listos. Hay en ellos provisiones, velas, y agua fresca. Hasta ginebra desempacada para mantener la alegría. Bien, *Empress*, me parece que la boda tendrá lugar a más tardar dentro de tres días.

Tenía que echar una mirada por la cámara de calderas para encontrar la mejor y más rápida escapatoria cuando el momento llegara. Cuando escuchara el menor crujido, subiría y saldría con rapidez tal que hasta el demonio, persiguiendo a un predicador presbiteriano, se pondría amarillo de envidia.

III

Los camarotes estaban limpios y eran nuevos, todavía olían a pintura fresca y al baño de cloruro de cal. En las literas había colchones, aunque carecían de almohadas, sábanas y cobertores. El *Empress* no era tan rico como pretendía aparecer desde el exterior. No tardé mucho en enterarme del paradero de los cobertores y las almohadas. El capitán era más listo de lo que uno podía esperar. ¿Por qué enviar las almohadas, cobertores y cosas semejantes para servir de alimento a los peces, cuando aún había mercado para ellas?

Muchos de los trastos también habían desaparecido. Pero había quedado bastante para que pudiera yo comer como un ser humano. La comida era conducida por un muchacho italiano que conversaba amigablemente. El rancho era excelente, fuera de toda crítica. Aunque yo habría pensado que una última cena debía ser mejor. Por lo menos era mejor en el fuerte francés en que estuve a punto de ser fusilado por espía o algo por el estilo.

Me dijeron que nunca daban ron. El capitán era un abstemio empedernido y nunca daba ron. Estando a bordo de un barco en el que no hay ron de por medio, me sentía como en una misión, leyendo las frases simples de la Biblia. ¿Cómo es posible caminar como ser humano normal de proa a popa sin llevar un trago de ron en la barriga, para que nos ayude a mantenernos en pie?

El muchacho mesero llamó a todos los hombres franceses, para el *lunch*.

Se presentaron dos pesados negros. Los peleadores. En seguida llegó el fogonero. Caminaba lentamente.

Aquella cara me era conocida. La había visto antes en alguna parte. No sé precisamente en dónde. Pero me parece haber navegado anteriormente con su dueño. ¿Quién será?

Tiene la cara hinchada, los ojos amoratados por fuera y rojos por dentro.
Tiene la cabeza vendada.

– ¿Tú, Stanislav?

– ¿Pippip, tú también?

– Como tú, pescado y empacado. Volvemos a estar en el mismo agujero -le dije.

– A ti te fue mejor, Pippip. Yo luché con ellos, tuve una gran pelea. Los puse moros, les rompí media docena de dedos. Seguro. Y además hay uno que tiene en la cabeza un agujero del tamaño de un puño. Me volví en cuanto recibí el primer golpe en la cabeza. Tú estabas tendido cuan largo eres. Te dieron un gran cachiporrazo. Cuando te vi caer me incliné en el mismo instante, ¿sabes? Así, pues, el golpe que me tenían preparado me alcanzó a medias. Entonces me levanté y los vapuleé lindamente. Eran cuatro. Y no debes pensar por un instante que siguen siendo cuatro completos. De cada uno quedará cuando mucho la cuarta parte. ¿Quieres verlos? Anda y asómate a las literas de proa. Todavía están cubiertos de parches. Aguanté hasta el último *round*, pero entonces alguien que llegó más tarde durante el quinto, me cogió por la espalda. No sabía que él pertenecía a esta cuadrilla. Pensé que se disponía a ayudarme. Entonces recibí un gran porrazo en la cabeza.

– ¿Qué historia te contó el capitán? -pregunté mientras comíamos.

– ¿A mí? Entraron dos tipos para decir al capitán que me había emborrachado en el puerto y que durante una pelea había matado a un hombre y que inmediatamente después había corrido a bordo del *Empress* para esconderme y escapar, porque la policía me perseguía por haber asesinado a un ciudadano inocente en el puerto.

– Casi lo mismo que dijeron de mí.

– Y ahora -dijo Stanislav- hemos perdido la paga de tantos meses en el *Yorikke* y aquí no veremos jamás un centavo.

– Esto no durará mucho -dije-, difícilmente cuatro días. No podrían llevarlo a mejor cementerio que este en el que ahora se encuentra. Y te aseguro que la cosa ocurrirá cuando ambos estemos de turno. Los dos estamos destinados al bote número 4. Vi la lista en el corredor. Los fogoneros del turno de las doce a las cuatro irán al bote 4.

– Sí, lo sé; también yo vi la lista -dijo Stanislav.

– ¿Echaste un vistazo al cuarto para encontrar un escape? -pregunté.

– Hay doce fuegos y cuatro fogoneros. Los otros dos son negros, me parecen de Camerún o sus alrededores. Hablan un poquito de inglés y otro poquito de alemán. Los paleadores, todos son negros. Únicamente los jefes y los oficiales inferiores son blancos.

– Ellos, por supuesto, saltarán a un buen bote en el momento preciso.

– Me han dicho que esos hombres que están allí sentados, comiendo como perros, son los paleadores de nuestro turno.

Stanislav señaló a dos negros que, sentados a la mesa, comían sin interesarse en nuestra conversación. Eran unos pobres diablos.

A las doce de la noche bajamos, para iniciar el turno. Los turnos anteriores habían sido servidos por el segundo, auxiliado por los paleadores negros.

Encontramos todos los fuegos en muy malas condiciones. Durante dos horas trabajamos para levantarlos. A nadie parecía importarle que los fuegos marcharan bien o no y que la presión del vapor subiera o descendiera al mínimo. Los hornos estaban atestados de cenizas y escoria. Los negros no tenían ni la menor idea de cómo encender el fuego, removerlo y limpiar el horno. Se concretaban a lanzar al horno tantas paladas de carbón como podía contener y, una vez terminada esa tarea, esperaban a ver qué ocurría con el fuego y con el vapor.

Hay fogoneros, aun entre los blancos, que nunca se dan cuenta de que mantener un fuego en buenas condiciones es un arte que muchos hombres jamás llegan a comprender. No basta trabajar durante cinco años ante la caldera de un barco, para llegar a ser buen fogonero. Si no se entiende el arte del fuego se sentirá el mismo desinterés, después de cinco años, que la primera vez que se baja a la cámara de calderas para el primer turno.

Tuvimos pocas dificultades con barras caídas. Los bordes eran nuevos y, por lo tanto, anchos y fuertes; así pues, las barras se sostenían bien. Podría asegurar que costaba poco trabajo sacarlas cuando se quemaban y tenían que ser sustituidas por otras nuevas. Casi resultaba un placer reponerlas.

Los paleadores negros eran verdaderos gigantes, con brazos como troncos de árbol. Parecían tener fuerza para llevar sobre los hombros toda la caldera y subirla a la cubierta. Sin embargo, paleaban con lentitud tal que teníamos que apurarles y jurar hasta el límite para que arrimaran el combustible suficiente para mantener los fuegos en buenas condiciones. Pero no obstante su fuerza, resultaban incapaces de suministrar el combustible suficiente para mantener los fuegos en buenas condiciones; no lograban suministrar el combustible que necesitábamos, y, además, se pasaban el tiempo lamentándose y diciendo que el calor los haría caer muertos en cualquier momento, que se ahogaban, que se morirían de hambre y de sed y que tenían la boca tan llena de hollín y de cenizas que parecían estar ya muertos y cubiertos de tierra.

– Mira a estos Goliats negros -dijo Stanislav- muriendo a causa del trabajo que un muchacho haría sin quejarse de exceso de fatiga. No hay

comparación con la forma en que nosotros paleábamos en el *Yorikke*. Me gustaría saber qué querrían hacer con sus huesos estos mamuts. Uno de sus brazos es más grueso que mi pecho. Sin embargo, en el tiempo que ellos emplean para transportar una tonelada, yo transportaría seis y ni aun entonces tendría que secarme el sudor. Además, aquí tienen todo el carbón al alcance de las manos. En realidad no comprendo, ni por diez dólares comprendería.

— Es una lástima -dije yo- tener que abandonar al *Yorikke* justamente ahora, después de escamar las calderas y de haber paleado todo el carbón desde las carboneras más distantes. Ahora las cosas allá resultarán fáciles, con el combustible arrimado hasta el pañol. Durante cinco o seis días será un placer navegar en él. Pero al diablo con el *Yorikke*, tenemos algo por qué preocuparnos. Así, pues, ¿para qué llorar por un amigo perdido? A lo mejor él se divierte ahora.

Escudriñé bien el cuarto, así como los corredores, pasadizos y agujeros.

Stanislav siguió mis miradas y dijo:

— Ya eché yo un buen vistazo. Lo que debemos localizar sobre todo son los ventiladores, por los que podremos salir rápida y fácilmente. Generalmente son lo primero que se abre cuando el cascarón truena. Lo primero que hay que hacer es volar lejos de las calderas y los tubos en cuanto se escuche el más ligero crujido. El corredor que conduce hacia afuera y hacia arriba se convierte siempre en una trampa de la que no es posible escapar. Una vez arriba es imposible bajar, debido al vapor y al agua hirviente. Así, pues, más vale que no te aventures por el corredor.

Cuando terminé la inspección informé a Stanislav:

— En la carbonera superior hay una escotilla que conduce fácilmente a cubierta. Tenemos tiempo suficiente para escombrar el paso hacia la carbonera. Así no quedaremos atrapados. Cuidaré de instalar un malacate y tendremos cuidado de mantenerlo en buenas condiciones.

Stanislav inspeccionó la salida de la que le había hablado. Cuando regresó dijo:

— Debo reconocer que eres listo, Pippip. Es la única salida segura. Nos atendremos a ella sin probar ninguna otra.

Nuestro trabajo ante las calderas era sencillo. Podríamos haberlo hecho con una sola mano. No teníamos que preocuparnos por levantar las cenizas. Los paleadores negros lo hacían.

Los maquinistas jamás nos molestaban; de hecho, nunca les veíamos la cara. Ninguno de ellos se quejaba acerca de la presión del vapor. Mientras la máquina se hallara en movimiento, ellos parecían satisfechos. A nadie le importaba que el *Empress* corriera o marchara lentamente hacia la última ceremonia.

El funeral podía arreglarse con toda facilidad en la forma común y corriente. Bastaba media docena de perforaciones en el casco, cerca de la sentina de babor, para hacer que el cascarón se clavara suave pero seguramente. La carga de hierro viejo precipitaría la cosa lindamente. Después solo se necesitaría dar un pinchazo a la nariz de todas las bombas. La estación inalámbrica se encontraría fuera de servicio accidentalmente, en el preciso momento en que los agujeros empezaran a surtir efecto. Las estaciones inalámbricas suelen portarse así. No son perfectas. Cualquier consejo de navegación podría dar testimonio de ello y aceptarlo como evidencia. Era necesario que algunos miembros de la tripulación acompañaran al barco hasta el fondo del océano, para evitar sospechas. No debía darse lugar a ellas. Los dos o tres tipos que se encargaban de hacer los agujeros y de golpear las bombas debían prestar seguridad. Eran bien pagados y si cometían alguna indiscreción ante el consejo, pronto caerían en dos o tres trampas diferentes, de las que difícilmente podrían escapar jamás. Primero, se les acusaba de estar complicados en algún crimen. Después podría acusárseles de buscar venganza contra el capitán, por haber sido despedidos, al acusarlo de un crimen que todo el mundo sabía perfectamente que nunca podía ser cometido por un autorizado capitán británico. Y, por último, podía aplicárseles el viejo y buen método de invitarlos a un hermoso paseo. Sabedores de todo ello y llevándolo bien grabado en la mente, los dos o tres enterradores permanecían mudos. De cualquier forma, no eran ellos quienes perdían su dinero, sino otras personas que no les importaban.

Había otros muchos medios bien seguros de los que a menudo se echaba mano ¿Quién podía saber que la bomba de nitroglicerina se encontraba dentro de una caja de inocente apariencia entre la carga? En ese caso bien podría arrestarse a un par de anarquistas o de bien conocidos comunistas. Llevar a cabo un registro en sus habitaciones y encontrar algunas similares debajo de sus camas, metidas en alguna vieja maleta de cuero. Los jueces, los caballeros del consejo y todos los expertos que prestan testimonio ante el tribunal, odian a los anarquistas y a los comunistas; saben que los comunistas acostumbran hacer cosas desagradables de ese estilo y, así, el seguro es pagado. No son el juez, ni los caballeros del consejo, quienes pagan. Son los signatarios del seguro los que pagan. Además, ellos también odian a

los comunistas, y el caso los ayuda a expedir mejores leyes en contra de ellos y de los criminales sindicalistas.

A nosotros nos importaban poco los medios que emplearan para llevar a cabo el asunto en esta ocasión. El hecho era, en realidad, que no teníamos tiempo para averiguarlo. La cosa ocurriría cuando menos lo pensáramos, aun nosotros que nos hallábamos preparados.

IV

Creímos que el concierto empezaría un día después. Ocurrió a los dos días de encontrarnos frente a las calderas.

Acabábamos de tomar el turno de medianoche, y estábamos removiendo los fuegos, cuando sobrevino un estremecimiento atroz y después un estallido. Sabía por instinto que el funeral tendría lugar durante el turno de Stanislav y mío. Porque entonces los dos blancos que tenían todas las razones para desear al capitán lo peor en el tribunal o fuera de él, se irían al diablo. Los negros, los portugueses, los italianos de Malta y los griegos, no contaban. Todos ellos eran solamente vagabundos que nada sabían de barcos.

Cuando se produjo el estallido, fui lanzado contra los hornos, y con el estremecimiento que siguió retrocedí y fui a caer en un montón de carbón.

Tuve una sensación extraña, cuya causa no puedo desentrañar. Creí haberme vuelto loco. Pero inmediatamente noté que las calderas se levantaban verticalmente y que los hornos se hallaban encima de mí. Me di cuenta de que la proa se clavaba y la popa se encontraba por los aires.

Todas esas ideas y sentimientos atravesaron mi mente con la rapidez de un relámpago. No tuve tiempo de reflexionar en nada. Uno de los hornos en los que trabajábamos cuando ocurrió el estallido, no estaba debidamente cerrado y acababa de abrirse, y esparcía el fuego por el cuarto. Como solo algunos hornos se habían abierto, creí posible pasar saltando sobre aquellos montones de carbón ardiente y de cenizas. Las luces se debilitaron y cuando alcancé el castillo de estribor, se apagaron. El cuarto estaba bien iluminado por los cerros de combustible que ardían cada vez con mayor rapidez. Sabía que en menos de veinte segundos, las calderas harían explosión y los tubos del vapor estallarían antes, llenando el cuarto con tal cantidad de vapor ardiente que sería imposible salir a salvo de allí, porque éste nos quemaría y cegaría totalmente.

No vi a Stanislav. Me dirigí a nuestra escalera de cuerdas que conducía a la carbonera, pero no tuve necesidad de subirla porque, estando la proa clavada, pude caminar directamente hacia la carbonera y alcanzar la escotilla como si estuviera en un solo piso.

Cuando llegué a la carbonera, vi a Stanislav que ya la había traspuesto.

En aquel mismo instante y cuando me sentía a salvo, escuché un grito lastimero.

Stanislav, con un pie ya en la escotilla se volvió hacia mí y dijo:

– Ese es Daniel, el paleador. No podemos dejarlo; parece estar atrapado.

– ¡Mal rayo! Tenemos que sacarlo.

– Volando -contestó Stanislav-. Vuelve y sácalo, pero por todos los diablos, corre o estamos perdidos.

En un instante nos volvimos a encontrar en la cámara de calderas. Parecía que éstas estallarían dentro de unos segundos más. Los montones de brasas empezaban a llenar de humo toda la caverna, pero iluminaban bastante bien y pudimos descubrir el sitio en el que Daniel, uno de los negros gigantes, estaba tendido. El cuarto, cubierto de humo y de brasas, parecía el mundo subterráneo de los fantasmas.

Daniel tenía un pie aprisionado bajo un gran trozo de hierro desprendido de alguna parte. Tratamos de quitárselo de encima, pero ni siquiera pudimos moverlo. Tratamos con todas nuestras fuerzas de apartarlo con el atizador, pero fallamos.

– Es imposible, Daniel -grité al negro-; tienes el pie atrapado y atrapado se quedará.

Quisimos arrastrarlo hacia el plano, pero nos fue imposible también, pues comprendimos que de hacerlo tendríamos que descuartizarlo. No podíamos dejarlo y si no salíamos inmediatamente, no saldríamos nunca.

En un momento en que las brasas se inflamaron vivamente, descubrí que uno de los tubos del vapor se había reventado y se inclinaba sobre su caldera, la cual se hundía. El vapor silbaba a través de la grieta, que aún no era muy visible, pero cuyo ensanchamiento era cada vez mayor.

– ¡Por Cristo! -grité a Stanislav-. El tubo principal se viene abajo.

Stanislav le echó sólo una mirada y gritó al mismo tiempo:

– ¿Dónde está el martillo? Tráelo.

Antes de que acabara de decirlo, ya había yo puesto el martillo en sus manos. Rápidamente tomó una pala y con un gran golpe de martillo la aplano hasta hacerla parecer una lámina con mango. Colocó la lámina en la articulación de la rodilla de Daniel, y, poniendo el mango en mi mano, gritó:

– ¡Sujétalo, por el diablo!

Lo hice. Con otro fuerte golpe del martillo sobre el borde de la lámina, cortó profundamente la pierna de Daniel. Tuvo que dar dos golpes más antes de que la pierna se desprendiera. Ya podíamos arrastrarlo hasta la carbonera y de allí al pasadizo de cubierta. La cubierta, como todo lo demás, no se hallaba en posición horizontal, sino vertical.

Cerca del pasadizo se hallaba el otro negro compañero de Daniel. Nada le había importado su camarada, había corrido a escape. Le entregamos a su compañero inválido e inmediatamente lo atendió; hay que reconocerlo.

Toda la proa y el castillo se habían hundido. La popa se elevaba por el aire. Los ensayos con los botes salvavidas, que se llevaban a cabo todos los sábados a las dos, no se habían hecho con el barco en la posición en que ahora se encontraba y a la que un marinero difícilmente podría acostumbrarse.

La luz eléctrica brillaba aún en la cubierta. Sin duda el maquinista había conectado la luz del dínamo a las baterías de reserva.

Aparentemente las baterías comenzaban a mojarse, porque la luz cada vez era más débil.

Vimos a los pilotos, a los maquinistas, al capitán, al cocinero y a otros que no pude distinguir, trepando y arrastrándose por la cubierta. Se agitaban alumbrándose con linternas y faroles, y tratando de encontrar los botes.

No vi a ningún miembro de la tripulación que habita el castillo de proa. Se habían ahogado como ratas en una trampa.

Los oficiales, ayudados por los camareros y el cocinero, trabajaban con afán por bajar los botes. Lograron bajar el bote número 2, que fue arrebatado por el mar sin que un solo hombre hubiera podido saltar a bordo. Ni el bote 4 ni el 6 fueron encontrados. Al 5 no se le pudo alcanzar y, además, estaba tan abollado que de nada habría servido.

Así, pues, quedaban solamente dos botes de que echar mano. Lograron encontrar el número 1. El capitán ordenó a un grupo que lo ocupara pero en él no nos encontrábamos ni Stanislav ni yo. El capitán no saltó con ellos. Se encontraba parado sobre la pared trasera del castillo principal, situado en medio del barco. Trataba de dar la impresión de que sabía que su deber era ser el último en abandonar el barco. Ese gesto causaría magnífica impresión cuando se hicieran las investigaciones en el tribunal y siempre resultaba tema favorito de los lectores de los suplementos dominicales. Así, pues, los signatarios del seguro no se sentirían engañados y admitirían que la cosa había sido voluntad de Dios, contra quien nada podemos hacer, y se decidirían a pagar todo el seguro.

Los hombres que quedaron a bordo, agarrándose y arrastrándose por la cubierta vertical, trataron de echar mano del bote número 3, único que quedaba libre. Logramos desengancharlo y después de mucho trabajo saltó sobre las olas.

El capitán ordenó que se ocupara. Stanislav y yo estábamos a punto de subir, también dos maquinistas, el negro Daniel y su compañero que cuidaba de él. Después nos seguían el primer piloto, el maquinista, un ayudante y el camarero.

Parecía que las calderas no estallarían, porque el fuego había salido de los hornos, y los que aún quedaban encendidos habían perdido su fuerza debido a la posición del barco, que mantenía los hornos no abajo y dentro de las calderas sino a un lado de ellas. La cámara de calderas, desde luego se hallaba en aquel entonces tan llena de gases tóxicos, vapor, y agua hiriente que cualquier hombre atrapado allí debía encontrarse ya en los umbrales de... bueno, del lugar donde tuviera que esperar a que las trompetas sonaran. Si las calderas no se hubieran portado tan bien, ni el barco ni un solo miembro de la tripulación habrían existido en esos momentos.

El capitán, después de gritar y silbar varias veces tratando de atraer a algún hombre que pudiera escapar, ordenó que los botes salieran. Tomó su lugar en el número 1. Nosotros teníamos una linterna de emergencia al igual que los del otro bote. Además, en las manos de los oficiales y los maquinistas brillaban aún algunas internas eléctricas. Todas juntas, sin embargo, lograban alumbrar solo débilmente.

Empezamos a remar junto con los del bote número 1.

La mar no estaba muy agitada; un marinero con un buen barco bajo sus pies la habría considerado espléndida. Pero para nosotros estaba dura, muy dura. Uno no la habría sentido con el barco cargado; pero sobre aquellas barquillas se sentía realmente agitada. Cuando se encuentra uno próximo a rocas y arrecifes en el mar, éste se presenta diferente a como es cuando no hay arrecifes próximos. Mientras que en otros sitios las olas pueden alcanzar una altura solamente de un metro a metro y medio, cerca de los arrecifes y de las rocas aún casi escondidas, las olas alcanzan cerca de tres y hasta cinco veces esa altura, especialmente cuando, como a menudo ocurre, dos o tres corrientes diferentes se encuentran en las rocas. Un barco naufragado constituye otro obstáculo para el libre movimiento del mar, y, por tanto, las aguas próximas a él se agitan aún más.

Tomando esas circunstancias en consideración, será fácil comprender

por qué ocurrieron los particulares accidentes que cambiaron totalmente los hermosos planes elaborados tan cuidadosamente por el capitán. Y podría decir con absoluta seguridad que nunca pasó por su mente la idea de que nos pudiéramos encontrar en aquella situación.

El bote número 1 luchaba duramente por alejarse del barco, cosa que resultaba muy difícil. Habría sido más fácil a la luz del día. Tal vez. A la luz del día es posible observar el ritmo de las olas y tratar de salir en el momento en que están bajas. Cuando el bote estaba aproximadamente a veinte metros y los hombres se disponían a remar, una ola poderosa lo estrelló contra el casco del buque.

Algo más ocurrió, en el preciso momento en que el bote se estrellaba: una pesada parte del buque se desprendió y cayó con gran estrépito sobre el bote, al que partió en incontables pedazos. Escuchamos los gritos y lamentos de los hombres solo por un instante, pues dos segundos después reinó el silencio. Tuve la impresión de que el estruendo, los gritos y los hombres habían sido tragados de un solo bocado por un gigantesco monstruo marino. Nada más supimos del bote.

Sin duda aquél fue el naufragio más elegante en aras del seguro, pues «hasta el capitán había sacrificado su vida tratando de salvar el barco». Todas las personas que se encontraran presentes en el tribunal se pondrían en pie y permanecerían dos minutos en silencio como homenaje al capitán y a su valerosa tripulación.

Habíamos hecho todo lo posible para escapar al derrumbe y a las agitadas aguas próximas al barco; pero prácticamente no contábamos con más remeros hábiles que el primer piloto. Usualmente los pilotos nada saben de ello; pero Stanislav era un elemento de primera clase tratándose de remos. Hice cuanto pude por ayudarle. Daniel nada podía hacer. Sollozaba y suplicaba, pidiendo un trago de ginebra para calmar su horrible dolor. El otro negro jamás había tenido un remo en sus manos y los camareros eran inútiles. El piloto se hallaba fuera de práctica y los golpes de su remo no producían el impulso necesario.

Su idea no era del todo mala. No podía serlo. Cualquier otra idea no habría tenido sentido. Hice todo lo posible por dirigirme a la oscura torre visible contra la leve claridad del horizonte.

Ambos alcanzamos al agonizante *Empress of Madagascar*. La empresa no había resultado fácil. Docenas de veces fuimos lanzados hacia adelante y hacia atrás antes de llegar a aquel cielo en medio del agitado mundo.

Trepamos usando la regala a manera de puente. No fue tarea fácil llegar a la mitad del barco, ya que no teníamos dónde asirnos. Tuvimos que hacer un largo rodeo por la popa antes de lograr alcanzar el extremo de la pared del castillo central. Aquella pared era la cubierta, ya que todo lo que fuera horizontal en el barco, se encontraba entonces en posición vertical. Los dos pasadizos que se hallaban uno a babor y el otro a estribor, eran tubos para elevadores en vez de corredores. Para bajar por ellos era necesario usar las puertas y sus marcos a manera de escalera. La cabina del capitán y los camarotes de los oficiales estaban al final de los pasadizos en la popa.

El *Empress* se elevaba como una extraña torre firmemente sujetada entre dos rocas. Más tarde he podido confirmar que aquella posición era extraordinaria, pues raramente se han dado, se dan y se darán casos semejantes. Cómo había podido quedar en aquella posición era cosa que solamente el mismo barco podría explicar. Su posición era tan sólida que cualquiera lo habría tomado por una parte de la roca en la que había ido a morir. No temblaba ni se agitaba. Solo de vez en cuando se sentía una especie de crujido, cuando se levantaba alguna ola extremadamente alta y pesada y lo golpeaba, tratando de sacarlo de entre las rocas, como para darle el golpe de gracia. En ocasiones se estremecía ligeramente como si temiera algo terrible que pudiera ocurrirle. Pero, después de eso, volvía a permanecer como una roca.

No había huracán, ni siquiera viento fuerte. Las pesadas olas que llegaban sin cesar a golpear el barco, parecían provenir de una tempestad lejana. Por las apariencias, el tiempo se mantendría bueno durante unas seis horas, el cielo había estado oscuro toda la noche sin llegar a verse enteramente negro. Lo cubrían nubes ligeras prontas a deshacerse en niebla. Nos arrastramos hasta la cocina que estaba abierta. Entramos y dormimos lo mejor que fue posible.

El cielo empezó a ponerse gris. Después el sol apareció en el horizonte dorando el mar.

Fresco, limpio, dorado, se levantó de su baño en el mar y empezó a subir por el firmamento como guerrero invencible en guerra constante contra las tinieblas. No recuerdo ninguna otra ocasión en que la aurora me haya causado una impresión tan profunda de gloria terrestre. Tuve un sentimiento íntimo de felicidad y me llenó el orgullo de ser hombre y de vivir en una edad en la que un sol semejante era rey del mundo.

Escudriñamos el mar. Nada se veía. No parecía haber supervivientes. No confiaba en que nadie pudiera llegar a recogernos. Stanislav presentía lo

mismo. En todo el día anterior no habíamos visto ni un solo barco, ni siquiera habíamos divisado la ligera estela de humo dejada por alguno que pasara a distancia. Nos percatamos de que el capitán había alejado al *Empress* de las rutas ordinarias tanto como le había sido posible. Sus dos últimas experiencias le habían enseñado a mantenerse alejado de barcos, guardacostas y botes tripulados por patrullas. Había preparado un fácil funeral y una bonita huida suya en compañía de algunos hombres. No se había preocupado por el hecho de perder a toda la tripulación del cuartel de proa, a todos los remeros experimentados. El marino calificado que en el momento del choque se encontraba manejando la rueda del timón, había sido lanzado a través de las ventanas delanteras y había desaparecido. Los dos vigías de proa se habían perdido antes que los otros. Si los botes hubieran sido conducidos en la forma estipulada en las listas, por lo menos dos habrían salido sin dificultad.

Cuando el día lució con toda claridad, salimos a explorar y, en busca de almuerzo, bajamos por los corredores.

En el fondo encontramos las dos cabinas del capitán.

Encontré una brújula de bolsillo y me posesioné de ella; Stanislav tuvo que guardarla porque yo no tenía ni un solo bolsillo sin agujeros. En la cabina había dos tanques de agua fresca para uso personal del capitán. Más tarde encontramos otros dos más grandes en el comedor de los oficiales. Ello representaba que no nos faltaría agua por lo menos en un mes, si, como estábamos seguros, los tanques de la cocina recibían agua de los tanques del buque por medio de dos bombas especiales y aquéllos, sin duda, cargaban aún cuatro mil litros. Pero bien podía haber ocurrido que los tanques se hubieran reventado y gotearan.

En el *Yorikke* estábamos familiarizados hasta con el último rincón. Habríamos podido encontrar cualquiera, aun el más escondido y apartado, sin necesidad de luz. Pero aquí era diferente. No conocíamos nada del barco. Solo que en cuanto surgió la pregunta «¿cuándo comemos?», Stanislav, haciendo uso de su sentido práctico, encontró la despensa. Al mirar lo que contenía, nos convencimos de que podríamos vivir durante seis meses como reyes asiáticos en París. No necesitábamos siquiera beber agua fresca, porque la despensa estaba bien surtida con cerveza inglesa, diferentes clases de vinos, whisky, brandy y una hilera de botellas de cuatro mil litros con agua de soda y mineral. Nosotros habíamos creído seriamente que el capitán era sobrio. Habría sido el primero y único capitán escocés de quien supiera que era sobrio.

Colocamos la estufa en la cocina y la encendimos. Ahora podíamos cocinar. Probaron las bombas. Una de ellas no funcionaba, pero la otra lanzaba grandes chorros de agua. Ésta estaba fría porque, al parecer, el refrigerador había funcionado hasta el último momento.

Desayunamos elegantemente. Nada nos faltó. Era mucho mejor de lo que yo había visto aun en el *Tuscaloosa*. «*Tuscaloosa, Tuscaloosa, Nueva Orleáns,*

Jackson Square.» Bien, pero no pensemos. Pensar no me hará ningún bien, hallándome en un arrecife de la costa oeste del África.

Después de comer y de fumar los puros del capitán, empecé a sentirme ligeramente enfermo. Stanislav tampoco parecía sentirse bien.

Por un momento pensé en que tal vez había algo malo en la comida.

Entonces Stanislav dijo:

– Dime, Pippip, ¿qué crees? Empiezo a sentirme mareado. Nunca me había pasado después de la primera vez que navegué en aquel buque de pescadores de Fünen.

Entonces me puse peor que un marinero de agua dulce en su primer viaje en mar picado. Ahora, no encontraba explicación alguna. El barco estaba firmemente encajado entre las rocas. El rudo romperse de las olas contra el pesado casco del *Empress* lo hacía temblar ligeramente de vez en cuando, pero ello no podía ser causa de nuestro mal.

Después de reflexionar, Stanislav dijo:

– Ahora te diré qué es lo que nos ocurre. Nuestro malestar se debe a la idiota posición de la cabina y a los golpes del agua. Todo está de cabeza mientras nosotros aún estamos sobre nuestros pies, ¿sabes? Lo que necesitamos es acostumbrarnos a la posición de las cosas y dentro de uno o dos días estaremos bien.

– Tienes razón -admití.

Dejamos la cabina, subimos a la pared trasera del castillo principal y de allí trepamos al puente de navegación; entonces el mal nos abandonó. Sin embargo, todavía teníamos una sensación curiosa por hallarnos en aquel barco que guardaba aquella posición extravagante formando un ángulo extraño con el horizonte.

Los excelentes cigarros que fumaba aguzaron mi entendimiento. Dije a Stanislav:

– Así es la vida, solamente lo que uno dice para sí mismo hace de nosotros lo que somos. Lo que quiero decir es que en cuanto uno es capaz de distinguir lo que es imaginación de lo que es realidad, empieza a darse cuenta de cosas verdaderamente notables y a mirar el mundo desde un nuevo punto de vista, en el que no tienen cabida lemas acuñados, ni frases hechas, ni ideas baratas. Quisiera saber hasta dónde podría llevarnos semejante cambio en nuestros pensamientos y en nuestra interpretación del mundo exterior.

Stanislav siguió mi discurso. Siempre le había considerado un filósofo de altos vuelos, capaz de tomar las cosas como se presentan y de sacarles el mayor provecho.

Tomando una de mis frases dijo:

– Podría llevarnos. Sí, tienes razón, Pippip. Puede llevarnos a gozar de la más hermosa vida que un marinero puede haber soñado o leído. Tenemos aquí cuanto deseamos. Podemos comer y beber cuanto queramos, hasta caviar y Chablis. O un buen arenque inglés, ahumado y lavado con *staut* y *ale*. Nadie puede intervenir ni oponerse a lo que digamos o hagamos. ¿Pero de qué nos sirve todo ello? Mientras más pronto podamos salir de aquí, mejor me sentiré. Supongamos que no aparezca ningún barco. Tendremos que hacer algo para llegar a la costa. Todos los días lo mismo, eso es algo que no se puede soportar. Yo no creo que haya en el cielo ni bajo él algo semejante a eso que llaman paraíso. Porque no sé adónde irán los ricos. Ellos no pueden ir al mismo sitio que los marineros y los trabajadores comunistas. Lo que sé decirte es que si hubiera un paraíso y yo tuviera la mala suerte de ser embarcado para allá, me pondría a gritar mañana, tarde y noche las blasfemias más terribles, con el único objeto de que me echaran de allí para no tener que tocar más el arpa y cantar himnos religiosos acompañado de las hermanas metodistas y de los predicadores de las misiones para marinos, y de los bibliotecarios de éstas, y de las viejas del comité de moralidad y purificación, que buscan en los cuartos de los marineros hermosas fotografías pornográficas adquiridas con nuestro buen dinero en puertos españoles y portugueses, para confiscarlas y dormir con ellas debajo de la almohada después de rezar por los marineros pecadores. El infierno debe ser un sitio placentero para esconderse de los salvadores de almas.

Riendo le dije:

– No te aflijas, Stanislav; porque ni tú ni yo entraremos al cielo. En primer lugar, carecemos de papeles, de pasaportes. Puedes fiarte de esta circunstancia porque siempre exigen la presentación de documentos sellados por cónsules y autorizados por algún sacerdote, cuando uno llega a la puerta. En otra forma, te la cerrarán en las narices. No hay que olvidar ninguno de esos papeles que acreditan a los ciudadanos modernos, tales como certificado de nacimiento, de vacunación, de bautizo, de confirmación, de matrimonio; recibos de impuestos, por servicio telefónico, de consumo de luz y fuerza; un testimonio de que no tienes conexiones con los criminales sindicalistas de Moscú y otro de la policía en el que se haga constar que no tienes cuentas pendientes con ella. Creerás que lo que digo es broma. Pero ¿por qué diablos habría de necesitar el hombre tantos papeles aquí, en la tierra? ¿No dicen los predicadores que todo lo que aquí ocurre es solo una preparación para el más allá? Pues los documentos no son más que una preparación para tener listos

los que serán necesarios allá.

— Lo que dices, Pippip -contestó Stanislav-, me hace reflexionar. Todo este lío en que estamos metidos no me convence. Todo cuanto aquí tenemos me parece demasiado bueno para ser duradero. No puede durar, yo sé lo que te digo. Sospecho que nuestra aparente buena suerte esconde algo malo. Presiento que todo esto de lo que ahora disfrutamos, toda la buena comida y bebida que tenemos, está a nuestro alcance porque algo muy duro nos espera, y todo esto nos es enviado sólo para darnos un poco de ánimo antes de que llegue el final. Conozco bien esta sensación, ya la tuve antes de que nos mandaran a pelear a Skagerrak.

— ¡Caramba! No digas barbaridades. Tú eres de los tipos que cruzan los dedos para ahuyentar la mala suerte. Todas las cosas desagradables llegan por sí mismas. No necesitan ayuda de nadie. Hay que vivir la vida cuando se tiene. Tú nada sabes sobre lo que el porvenir te reserva, y no hay manera alguna de evitarlo o mejorarlo.

Stanislav recobró su buen humor usual. Rió y ahuyentó su filosofía germana, mezclada con fatalismo eslavo. Silbó, pero inmediatamente después dijo:

— ¡Maldita sea! Un marino silbando. ¡Por el infierno! No sé lo que me pasa. Creo que comí demasiado bien. Soy un idiota. Nunca en mi vida me asaltaron pensamientos tan estúpidos. Es la primera vez. La cosa empezó cuando estaba sentado en una de las cómodas sillas del viejo, bebiendo en sus vasos y usando sus cubiertos. Y allí, justamente allí, a nuestros pies, casi tocándolos, se encuentran nadando en el cuartel de proa todos aquellos muchachos que todavía ayer estaban vivos. Bastaría sumergirse unos cuantos palmos en el agua, forzar las puertas, para que todos ellos salieran flotando, muertos, ya hinchados, con los ojos ampliamente abiertos. No quieren que nos sentemos sobre ellos aquí, tranquilamente, a comer y a beber como reyes. Sin duda llamarán al visitante invisible de los barcos para que nos oblique a abandonar la rica mesa y a reunirnos con ellos. Un barco es algo vivo, con alma, y, por lo tanto, le disgusta tener muertos en el vientre produciéndole indigestión. Los cadáveres que conduce a veces, como carga pagada, no cuentan. Eso es cosa normal. Pero a los marineros muertos, nadando y flotando en su interior, no puede arrojarlos. Esto es odioso.

— ¿Qué podemos hacer? -pregunté- ¿Podemos remediarlo?

— Eso es exactamente lo que quiero decir -contestó Stanislav-. Nada podemos hacer. Eso es lo malo. Pero mira: todos han desaparecido y

solamente tú y yo hemos quedado. Algo torcido debe haber en ello.

— Óyeme, Stanislav; a nada conduce que hables de ese modo. Si no quieres callar, nos separaremos; tú tomarás el camarote de estribor y yo el de babor. Y cuando nos lleguemos a encontrar, ni siquiera nos saludaremos. Mientras viva no quiero oír semejante tonterías. Ya tendremos más tarde mucho tiempo que dedicar a ellas. Además, si quieres seriamente conocer mi opinión sobre el hecho de que nos hayan dejado atrás... pues, hombre, nada encuentro que decir. Es, sencillamente, que nosotros no pertenecíamos al barco. Fuimos *shanhayados*, secuestrados, robados. No vinimos por cuenta propia. Nunca deseamos mal alguno al *Empress of Madagascar*, ya que ningún daño nos había hecho. ¿Por qué habíamos de ayudar a su funeral? Él lo sabía y por esa razón nos respetó. Por eso estamos aún aquí en tanto que los otros han desaparecido.

— ¡Por todos los diablos, Pippip! ¿Por qué no me dijiste eso antes? Claro que tienes razón.

— No soy tu consejero. Además, nunca me pediste consejo ni me has pagado por que te lo dé -dije-. Y mira, Stanislav, realmente debías ser menos ingrato con tu suerte.

— ¿Quéquieres decir con eso, Pippip?

— Lo que he dicho, que eres ingrato. Nada más. Pero necesitas que alguien te lo diga. El destino te ha hecho poseedor del cincuenta por ciento de una de las últimas obras de la marina mercante de Su Majestad Británica. Es un poquito lento este barco, es verdad; pero también lo son otros menos hermosos. Si alguien te regala un buen pavo, tú no vas a tener el mal gusto de pedirle también el aderezo. No solamente tienes el cincuenta por ciento de este elegante buque británico. También eres propietario de un almacén como no lo hay en muchos puertos de las costas occidentales de África. Caviar, jamón, gelatina, mantequilla dorada, leche, puntas de espárragos, espinacas, budín de ciruela, diez diferentes clases de sopas, carnes, pescados, frutas, todas las galletas que necesites, bizcochos, y, lo mejor de todo: *ale*, *stout*, buen *scotch*, tres marcas de coñac, vino francés, italiano, portugués; vino de Málaga. Hombre, Stanislav, realmente no mereces lo que el destino te depara. Eres rico, Stanislav, ¿te das cuenta de que eres propietario de un barco? Podemos formar la compañía inmediatamente. Te doy mi voto para la presidencia, si tú votas por mí para la vicepresidencia. Yes, sir. Nunca vi un tipo más desagradecido que tú. Poseedor de un barco de treinta mil toneladas registradas y todavía preocupándose por los gastos. Bueno, amigo; me voy abajo para hacerme un elegante *cocktail* como jamás has visto.

— Tienes razón -dijo Stanislav recobrando su buen humor-. Nos emborracharemos. Puede llegar alguna cáscara a rescatarnos y en toda mi vida no me perdonaría haber abandonado todos estos tesoros sin probarlos siquiera.

Entonces iniciamos un banquete que no habría sido mejor de destinarse a los primeros propietarios del *Empress*, cuando lo sacaron de los astilleros. Creo que estábamos un poco bebidos. Si el banquete aquel duró un día o un día y medio es cosa que no puedo recordar. Nos emborrachamos, recobramos la sobriedad, volvimos a emborracharnos y a estar sobrios. ¿Cuántas veces ocurrió esto? Ninguno de los dos podríamos determinarlo.

De vez en cuando, para refrescarnos la cabeza, nos íbamos a cubierta para ver si pasaba algún barco. Nunca vimos uno. Estábamos seguros de que nadie nos había visto, porque de ser así se habrían aproximado para saber lo que le ocurría a nuestro barco y por qué se encontraba de cabeza, con los pies en alto.

— El tiempo se pone malo -dijo Stanislav una tarde.

Tenía razón. Ya entrada la tarde empezó a empeorar. Parecía ser el peor temporal que azotara aquella parte de África.

Estábamos sentados en la cabina del capitán, iluminada por una lámpara de petróleo.

Stanislav, inquieto, iba de su silla a la ventana.

— ¿Qué te pasa? Nada podemos hacer contra la tormenta.

Me miró con cara preocupada. Después de un rato dijo:

— Mira Pippip, si la tempestad llega, como supongo, es muy fácil que el *Empress* sea arrancado del arrecife, y arrojado lejos con su vientre lleno de agua, y se deslice como sobre las gradas de un astillero. Entonces tendremos tiempo apenas de escapar. Será mejor que veamos qué podemos hacer, antes de que nos lleve a un viaje sin retorno.

Encontramos un cable de diez metros aproximadamente que se ató a la cintura para estar preparado. Yo encontré en un cajón una cuerda resistente, del grueso de un lápiz.

— Subamos a cubierta -aconsejó Stanislav-. Es preferible sentarse en la parte abierta que permanecer encerrados, porque quedaríamos atrapados en cualquier momento y ya no nos sería posible escapar. En tanto que en la parte abierta siempre hay una posibilidad de huir.

Salimos y volvimos a sentarnos en la pared trasera del castillo principal. La tempestad llegó con fuerza tal que tuvimos que cogernos a las argollas y ganchos que encontramos en la pared.

El huracán soplaba cada vez con mayor intensidad. Azotaba el castillo principal con tal fuerza que a cada instante esperábamos que arrancara el puente y se lo llevara. Las embestidas nos barrían. Las olas azotaban el casco cada vez con mayor fuerza. La cabina del capitán y las que la rodeaban estaban inundadas.

— Si el temporal dura toda la noche, no quedará nada del puente ni de la parte anterior de la cabina para mañana. Parece que el mar quiere llevarse todo el castillo. Más vale que hagamos algo antes de que eso ocurra, Pippip. Trepemos a la pared trasera del castillo de popa, en el que se encuentra la maquinaria del timón. Creo que es el sitio más seguro. Pero adiós comidas de reyes asiáticos y bebidas de príncipes. En la casa de máquinas no hay alimento ni siquiera para un ratoncito.

— Por mí, muy bien, Stanislav. Vayamos al castillo de popa.

— Todavía queda la posibilidad de que, suponiendo que la tempestad se calme, parte del castillo principal quede en buenas condiciones. El castillo no puede desaparecer con una ola solamente, no importa lo fuerte o alta que sea. Irá siendo destruido en partes. Debemos esperar una hora siquiera antes de subir. Aquí tenemos un techo en tanto que allá arriba estaremos a merced de los golpes, los que, si nos cogen desprevenidos, pueden barrernos.

Esperamos la oportunidad de subir.

Tres olas gigantescas, cada una de ellas en apariencia diez veces más grande y pesada que las que arrastraran al *Empress* por primera vez, azotaron al naufrago con fuerza tal que nosotros pensamos que aquello era el fin del mundo.

La tercera de esas olas hizo estremecer al *Empress*, pero aún permaneció fuertemente asido a los arrecifes. Tuvimos la impresión de que se había quebrado o de que alguna de las rocas que lo sujetaban se había hecho pedazos. Se estremeció como nunca. Perdimos la seguridad en su firmeza.

El mar parecía saber que el final del *Empress* estaba próximo y que nada podría salvarlo de su destino. Sobre nosotros se mecían nubes negras y pesadas. La tormenta acrecentaba su furia a cada instante.

A través de las rasgadas nubes vimos brillar un segundo los luceros que, a pesar de la horrible tempestad, parecían musitar la eterna promesa: «¡Con

nosotros están la Paz y el Reposo!», pero otro significado hallamos en aquellas palabras: «¡Las llamas de la incesante creación, de la inacabable inquietud nos envuelven; no aspires a nosotros si deseas paz y reposo, porque no podemos darte nada que no encuentres en ti mismo!»

– Stanislav -grité-, los golpes se aproximan nuevamente. ¡Allá va! El *Empress* es arrastrado.

Miré, a la débil luz de las estrellas, cómo el primer golpe de una ola gigantesca se abalanzaba sobre el *Empress* como pesado monstruo. Después cayó sobre nosotros.

Sentimos cómo sus cien garras mojadas trataban de arrancarnos del lugar al que nos asíamos.

Nos prendimos con todas nuestras fuerzas. El *Empress* fue lanzado hacia las alturas, detúvose por un instante -así nos pareció- sobre la punta de la proa, después dio media vuelta y se detuvo estremeciéndose y temblando, como embargado de espanto o de pena.

El segundo golpe nos arrebató aún con mayor fuerza, haciéndonos perder el aliento. Sentí que era lanzado al mar, pero todavía tenía anillos de hierro en las manos, por lo que comprendí que todavía me encontraba en el barco.

El *Empress* se lamentó como un ser que muere cubierto de heridas espantosas. Dio una vuelta lentamente. Con la popa en alto se tambaleó y empezó a inclinarse hacia estribor. Oímos tronar su casco y romperse sus mástiles. Ni por un momento más permaneció con la popa mirando hacia las nubes. Nuevamente volvió a estremecerse. La muerte de una joven mujer que no desea morir no puede ser más penosa que la valiente resistencia del *Empress* ante la inminencia de su final.

Resulta extraño que, a pesar de que mi partida estaba tan próxima como la de él, no me preocupara. Me sentía como el soldado que en el campo de batalla olvida su propia muerte al ver lo penosamente que su camarada hace el viaje a la gloria.

Repentinamente, casi sin darme cuenta de ello, grité:

– Stanislav, jea!

No sé con seguridad si él gritó también. Creo que debe haberlo hecho, pero yo nada oí.

Llegó el tercer golpe, fue aquél más pesado y poderoso, llegó con entera conciencia de su victoria.

El *Empress* parecía ya indiferente. No reaccionó más. Parecía haber muerto de miedo.

El cuarto golpe llegó en forma atronadora, bramando. Pero su presentación fue una comedia inútil. El *Empress* había muerto. No se estremeció cuando el tercer golpe se abalanzó sobre él. Se tendió dulcemente y para siempre. Las olitas que siguieron a la formidable embestida acariciaron y besaron al *Empress* en el momento en que se arrodillaba y exhalaba el último suspiro.

Un golpe más llegó con prisa de enterrador. El *Empress* fue levantado suavemente una vez más, y obligado a girar y, sin golpear su casco contra las rocas, fue colocado sobre uno de sus costados y con un gorgoteo apenas perceptible en medio del estruendo del mar, bajó a la tumba.

Antes de que desapareciera definitivamente, oí gritar a Stanislav.

– Salta y nada, Pippip; nada por tu vida o te llevará la corriente. Sal de ella.

No era tan fácil nadar como lo sugería Stanislav, porque un mástil o alguna otra cosa al romperse y caer me había lastimado un brazo. Sin embargo, nadé con todas mis fuerzas.

Una ola me tomó y me arrojó lejos de la corriente, en forma tal, que pude escapar del *Empress* que se hundía y huir del peligro de ser arrastrado.

– Pippip, jea! -oí que gritaba Stanislav-. ¿En dónde estás? ¿Estás a salvo?

– ¡Sí, vente para acá! -contesté-. Aquí hay suficiente lugar para ti. No, aquí jea! Aquí estoy. Cógete. Aquí, aquí, ven. ¡Ea! ¡Ea! ¡Acá!

Tuve que gritar bastante antes de que Stanislav supiera en qué dirección debía nadar para alcanzarme.

Al cabo de un largo rato se aproximó. Me alcanzó. Le tendí la mano y trepó al sitio al que yo me encontraba agarrado.

– ¿Sabes dónde estamos sentados? -preguntó Stanislav.

– No. Hacia aquí fui lanzado -dijo-. Y ni siquiera podría decir exactamente cómo. Me figuro que es alguna de las paredes de madera de uno de los departamentos del puente. Tal vez del cuarto de mapas. Tiene algunas argollas de acero fijadas con barras y con agarraderas de latón.

– No tuve tiempo para mirar de cerca las cabinas del puente -dijo Stanislav-, de otro modo sabría de dónde provienen estas paredes. De todos modos nada importa lo que sean o de dónde vengan. Felizmente, todavía ciertas partes de algunos buques son de madera. De otro modo no estaríamos aquí.

Estuve de acuerdo.

– Esto me hace pensar en los viejos libros de cuentos, en los que siempre puede verse a un marino naufrago abrazado a un mástil y flotando sobre las altas olas. Entonces nada se hacía como ahora. Ahora los mástiles también son de acero. Trata de abrazarte al mástil de acero de un barco moderno que se hunde y verás a dónde vas a parar y a qué velocidad. Si alguna vez ves cosa semejante en la ilustración de un libro o en una película, grita con todas tus fuerzas que el escritor o el director de la película son unos embusteros. Y si puedes, dales un buen sopapo.

– ¡Caramba!, vaya que tienes serenidad para hablar de semejantes tonterías en las condiciones en que nos hallamos.

Stanislav parecía estar irritado conmigo. -¿Qué esperas que haga? ¿Quieres que solloce por el barco que se hundió? ¿O que entone un himno? ¿O que me arrodille para decir una oración? ¿O que lllore como un niñito que se ha quemado los dedos? ¡Al diablo! ¡Quién sabe en dónde nos encontraremos dentro de una hora! Esta es mi última oportunidad para darte mi opinión sobre mástiles de acero. Y escucha mis palabras, eso es algo que no debe olvidarse, porque en realidad es muy importante. Los mástiles ya no sirven en los buenos cuentos.

La mañana aún se hallaba lejos. La noche estaba pesada y oscura. Las olas eran altas y nos lanzaban de un lado para otro. Difícilmente distinguíamos

alguna estrella. Hacía frío. Pero el mar estaba caliente, como suele ocurrir en los trópicos.

– No cabe duda de que somos afortunados. Mira tú que poder escapar y ponernos a salvo es cosa casi increíble -dijo Stanislav.

– ¡Vete al diablo con tu gimoteo! ¿Quieres despertar a todos los tipos que se encuentran en el fondo? Eres un aguafiestas. ¿Pretendes llamar a todas las almas de éstos que ahora ofrecen buena comida a los peces para que vengan por nosotros? ¿Quién te crió? ¿En dónde te educaste? ¡Por el infierno, descreído, mal rayo! ¡Maldita sea nuestra estampa! Si estás aquí sentado no grites de ese modo. Toca madera. ¡Por veinte mil demonios! ¿Por qué me habré asociado a un blasfemo como tú? No comprendo cómo pudieron enganchar los alemanes a un tipo así.

– ¿No puedes cerrar el hocico? Necesitamos juntar nuestros pensamientos para saber qué podemos hacer -interrumpió Stanislav.

– ¿Pensar? ¿Pensar? ¿En qué quieres pensar? Dime. Aquí sentados sobre un pedazo de madera en mitad del océano, y tú queriendo pensar. Lo único que deseo es que nos separemos para no verte más, porque tu presencia me enferma. Pensar. ¡Vaya!

– ¿Qué otra cosa podemos hacer ahora? Si nos vence el sueño, estamos perdidos.

– ¡Cómo cambia el mundo! Durante meses y meses tuvimos que preocuparnos por documentos y tarjetas de identificación. Después por aquellas ratas del tamaño de un gato, al mismo tiempo que sudábamos sangre cuando caían las barras de los hornos. Y ahora, de golpe, deja de importarnos la existencia de pasaportes en el mundo. ¿Qué nos importa que las barras de los hornos del Yorikke caigan o no? ¿Qué nos importa la tarjeta de marino? Cuanto un ser puede poseer carece ahora de importancia, es inútil. Lo único que poseemos es el aliento y por él lucharé con dientes y uñas. No quiero darme por vencido, no me daré por vencido. Ahora, no me iré al fondo.

– Mi opinión sobre las alegrías de la vida difiere mucho de lo que tenemos en este momento -dijo Stanislav, interrumpiendo mis reflexiones.

A ello contesté:

– Pienso nuevamente, Stanislav, que eres ingrato con tu destino. ¡Qué cambiante es la vida humana! Piensa en ello. Ayer, eras casi propietario de uno de los mejores barcos de la marina mercante de Su Majestad. Eras propietario a medias de la mejor despensa, con caviar, scotch y champaña. Ahora todo ha

desaparecido y aquí estamos luchando con los peces. ¿Qué más, cuánto más placer esperas en la vida? No es posible tenerlo todo. Otros tienen que conformarse con lo que leen en las novelas, nosotros lo tenemos en realidad. ¿Quieres cambiar de puesto?

– No sé exactamente, pero me figuro que me agradaría cambiar posiciones y leer las historietas en vez de vivirlas. Y si sigues hablando de esa manera, en lugar de cogerte bien de los anillos y de las agarraderas, perderás la última oportunidad de vivir esas historietas. Como siempre, Stanislav tenía razón, porque hubo un instante en el que casi fui barrido de la tabla. Los golpes no se dejaban sentir en la misma forma que cuando estábamos en el barco, ahora se concretaban a jugar con nosotros levantándonos a quince metros y dejándonos caer...

A menudo permanecíamos sumergidos durante casi un minuto. Ello nos ayudaba a recordar que estábamos en alta mar y no leyendo cuentos en la cama. -Debemos hacer algo -sugerí-. Se me han paralizado los brazos, recibí un golpe en ellos y voy perdiendo terreno. No podré sostenerme por mucho tiempo.

– A mí me ocurre lo mismo -dijo Stanislav-. Pero nos queda el recurso de las cuerdas y del cable, déjame tener el tuyo.

Tomé la cuerda que me había atado a la cintura cuando aún me hallaba en el barco, y Stanislav me ayudó a amarrarme a las argollas y agarraderas. Con mi brazo inválido no habría podido hacerlo solo. Hecho esto, él se amarró con la cuerda que había llevado consigo. Estábamos listos para correr la siguiente aventura. Después de mil horas llegó la mañana, trayendo consigo un día calmado. La marea estaba aún alta. -¿Ves tierra? -preguntó Stanislav.

– Ninguna que yo sepa. Siempre tuve la certeza de que no habría sido capaz de descubrir América, ni aun cuando me hubieran arrojado a sus playas. Bien, nada veo, ni siquiera una banderita de humo. Stanislav hizo de pronto un gesto significativo: -Hombre, ¿no somos afortunados? Tenemos la brújula que encontraste en la cabina del capitán. Ahora podremos navegar.

– Sí, ahora podremos navegar -dije-, por lo menos ahora podremos saber siempre en qué dirección queda la costa de África y en cuál la de América. Todo lo que necesitamos es un mástil, velas, un remo o un pedazo de timón. Poco ¿verdad?

– Sí. Pero tengo la sensación de que nos dirigimos a algún otro sitio que tampoco es playa -eso dijo Stanislav.

Durante las horas de la mañana, el cielo aclaró. En la tarde volvió a

cubrirse de nubes. Antes de oscurecer, una niebla liviana empezó a caer sobre el mar. Con ella el mar entró en calma.

La vasta distancia que nos separaba del horizonte, de la inmensidad, se hundió cuando la niebla se cerró ante nosotros. El mar se hacía más pequeño a cada instante, hasta que llegó un momento en que tuvimos la impresión de navegar en un lago, y a medida que el tiempo pasaba, hasta ese lago se iba estrechando cada vez más. Ahora nos parecía que éramos arrastrados por la corriente de un río. Teníamos la sensación de poder tocar los bancos con nuestras manos. Los muros de niebla parecían velar levemente las riberas.

Estábamos somnolientos. Al cabo de un rato, el sueño me venció y soñé. Cuando desperté miré en rededor y dije:

– Mira, Stanislav, allí está la playa. Nademos. Cuando mucho nos separan cien metros ¿Ves? Allí precisamente, tras el muro de niebla.

Yo bien sabía que estábamos próximos a la playa. Pero ninguno de los dos tenía fuerza suficiente para desatar las cuerdas, saltar y nadar hasta la playa. Yo no lograba, por más esfuerzos que hacía, aclarar mis pensamientos y razonar. Algo había en mi cabeza que velaba mis pensamientos. Sentía como si estuviera borracho o como si la pandilla de los que practican el secuestro me hubiera golpeado. Deseaba hablar a Stanislav, aunque fuera de tonterías, con el único objeto de mantenerme despierto. Pero me era imposible. Vi cómo el sueño iba venciendo a Stanislav hasta hacerlo caer. Yo, por mi parte, no pude vencerlo y volví a dormir.

Desperté cuando la noche había caído y el agua resbalaba sobre mi cara. La niebla se hallaba aún sobre el mar, que parecía de cristal, lo cual indicaba que la niebla se tornaría aún más densa. En aquel momento no lo era, solamente se tendía sobre el agua. Muy alto sobre mí podía ver brillar los luceros. Me pareció escuchar su llamada. Ahora miraba claramente las riberas de ambos lados del río, cuyas aguas nos arrastraban aún. Bien podía ser el Hudson o el Mississippi. ¿Cómo habíamos llegado allí? Esa era cosa que no podía yo determinar. Pensar me causaba sufrimiento. La niebla se abrió y grandes jirones de ella empezaron a flotar. A través de ellos veía los cientos de luces centelleantes de un gran puerto. ¡Qué gran puerto era aquél! Tenía rascacielos y otros grandes edificios de apartamentos y oficinas. Vi las ventanas iluminadas, tras las que se veía gente sentada y en acción. Veía sus sombras. Todos se ocupaban de sus asuntos, sin percatarse de que aquí, en el gran río, dos marineros indefensos eran arrastrados hacia el mar. Los rascacielos y casas de apartamentos se agrandaban cada vez más. Me veía obligado a levantar la cabeza sobre el cuello para alcanzar a ver la punta de los

más altos. ¡Qué gran ciudad era aquella que cruzábamos! Las luces lejanas parecían, no obstante, estar al alcance de nuestras manos. Los rascacielos llegaban hasta las nubes, y las luces de las ventanas parecían estrellas en el firmamento. Exactamente sobre mí, en el cenit, las cúspides de los rascacielos se cruzaban entre sí, tanto que llegaban a verse inclinadas tocándose unas a las otras. Llegué a temer que aquella inclinación extrema fuera causa de su derrumbe y de que sus ruinas me sepultaran. Pero sentía un gozo interior al pensar en la posibilidad de que eso ocurriera para verme libre de aquel modo de las penas que me acosaban y, entre las cuales, la sed era la más atormentadora. Traté de huir de ella y de mi deseo ardiente de agua fresca, pero me fue imposible. El deseo de beber agua fresca crecía, crecía. Oré con toda el alma porque los rascacielos cayeran sobre mí, acabando con el mundo...

Un terror espantoso se apoderó de mí y grité como loco:

– ¡Mira ese gran puerto, Stanislav! Debe ser Nueva York. ¿No ves? Despierta. ¡Por el diablo!, date prisa Stanislav despertó, se desperezó, se rascó, se estremeció de frío, trató de ahuyentar el sueño, miró en rededor, trató de penetrar la niebla y miró hacia las riberas del río.

Hizo un gesto con el que parecía significar que no veía claro. Se frotó los ojos una y otra vez para hacer salir de ellos la sal. Después de mirar hacia todos lados, dijo:

– ¡Estás soñando, Pippip; vuelve en ti, muchacho! Esas no son las luces de un puerto, son las estrellas del cielo lo que ves. Estás soñando. No hay riberas de río alguno. ¿Cómo podríamos encontrarnos en un río? Aún estamos en alta mar, lo que es fácil de saber a juzgar por las grandes olas. Por lo menos estamos a treinta millas de la costa. Tal vez sean doscientas. Me parece que esta maldita noche no tiene fin.

No creí en lo que me decía, no podía creer en ello. Deseaba saltar de la tabla y alcanzar las riberas del río. Pensando en cuántas brazadas necesitaría dar para alcanzar las riberas, me quedé dormido nuevamente. La sed, el hambre y la sal que tenía en la boca me despertaron.

La luz del día brillaba con claridad. Stanislav me miraba. Tenía los ojos rojos como si le sangraran. El agua salada me hacía sentir la cara como cubierta por una máscara de acero. Stanislav movía los labios extrañamente. Pensé que trataba de tragarse la lengua. La tenía hinchada y parecía que no le cabía en la boca. Luego pensé que tal vez lo que intentaba era escupirla y aliviarse de aquella molestia. Me miró con ojos escrutadores. Corrientes de

sangre cruzaban por sus ojos. Se encolerizó y gritó con toda la fuerza de su voz:

– ¡Tú, perro embustero! Tú acostumbrabas decir que el agua del Yorikke era pestilente. ¡Tú, rata apestosa! El agua del Yorikke es la mejor agua del mundo, pues proviene del manantial helado de Nampamptantin de Hamtinoa, de los manantiales de... de... de los manantiales...los manantiales de los bosques de pinos... de los frescos...del agua... de los cristalinos manantiales... arroyo corriendo en la sombra de pinos del bosque de pinos... de pinos.

Nunca pensé que dijera tonterías. Sus palabras traducían pensamientos tan claros para mí como cortas órdenes mandadas desde el puente. Dije:

– Tienes razón, Stanislav, buen muchacho. El agua del Yorikke era agua helada del Polo Norte, y el café era excelente. ¿Dije alguna vez algo en contra del café del Yorikke? Ni lo hice, ni lo haré jamás.

Stanislav luchaba nuevamente con su lengua. Parecía que el aliento le faltaba, que estaba a punto de morir. Hizo un movimiento de deglución y trató de apretar los labios. Cerró los ojos y creí que se disponía a dormir. Con un movimiento rápido se sacudió y gritó hacia algún punto en la distancia, sin lanzarme ni una mirada: -Faltan veinte minutos para las cinco, Pippip. ¡Por el diablo, levántate! Trae el desayuno, Sesentapuntados, quince botes de ceniza, ceniza, sí, de carbón combustible para calderas, latas con cenizas tubo túnel que levantar. ¡Levanta! Tira de la palanca. Iza, aplasta el tubo. Trae el desayuno. Otra vez papas apestosas y arenque ahumado enfermo. El café. Mucho café. Mucho, mucho más café. ¿Dónde está el café? Agua. Trae agua, enfriá las cenizas ardientes. El agua. Agua. Agua. Aaagua.

– No puedo levantarme -dije-. No puedo hacerlo ahora. Estoy muy cansado. Extenuado. Tendrás que levantar tú solo las cenizas. ¿Dónde está el café? ¿Qué era aquello? Oía gritar a Stanislav, pero lo oía como si estuviera a tres millas de distancia. Mi propia voz venía también de una distancia de tres millas. Entonces se abrieron tres hornos. Montones de carbón encendido salían de ellos. El calor... no podía soportarlo. Me acerqué al tubo para coger una bocanada de aire fresco. Spayni, mi fogonero, me gritó: «¡Pippip, por el diablo cierra las puertas del horno. El vapor está cayendo, cayendo, presión cayendo. Todo se sale y gotea. Sal, Pippip, el tubo de ceniza se viene abajo, te aplastará la barriga!» Los tubos de vapor revientan y el vapor silba en el cuarto de las calderas y sobre mí, hirviéndome y escaldándome. Corré hacia el sitio en el que guardábamos la artesa del agua para enfriar las cenizas. Deseaba beber aquella agua lodosa porque estaba sediento. ¡Diablo! ¡Qué sediento estaba! Pero era espesa y salada. Sin embargo, bebía y bebía sin saciarme. Los hornos

estaban aún abiertos y yo no podía cerrarlos, las puertas eran demasiado pesadas. Tenía que dejarlas abiertas. Se levantaban por encima de mí y descubrí que era el sol lo que ardía sobre mi cabeza abrasándome mientras yo golpeaba con mis manos el agua del mar.

Me cansé tratando de cerrar los hornos y me quedé dormido, tendiéndome sobre la litera como muerto. El fogonero tomó la artesa de agua y con movimiento rápido lanzó toda el agua al cuarto de fuego. El agua me mojó, desperté, y me percaté de que una ola había barrido la tarima.

– ¡Allí está el Yorikke! -gritó Stanislav repentinamente, señalando algún sitio vacío sobre las olas. Su voz se hallaba a cientos de millas de distancia. Quizás mis oídos habían perdido la capacidad para calcular distancias.

Stanislav comenzó a gritar en voz más alta. Me daba cuenta de ello, de que gritaba con todo el poder de sus pulmones; sin embargo, yo solamente percibía leves sonidos, tan lejanos como el cielo.

– ¡Allí, allí está el barco de la muerte! Está en el puerto. ¿No ves el barco noruego? Allí está, glorioso. Dorado por el sol. Lleva a bordo agua helada de los fiordos. ¿Ves, Pippip?

Se encontraba medio incorporado sobre sus rodillas, y señalaba con ambos brazos el espacio.

– ¿Dónde está el Yorikke? -dije gritando a mi vez. -Viejo, ¿no lo ves? ¿Estás ciego? Ahora se detiene. Está esperando, esperando. Por favor, por favor, míralo. Su voz era suplicante, llena de compasión. -¿No ves, Pippip? Seis barras han caído. ¡Mal rayo!

Ahora son ocho. ¡Qué tales por cuales! Dame una lata de mermelada de ciruela para meterla al horno y acabar de una vez con las barras. ¿Dónde está el café? ¿Por qué no me dejaste una gota? Esto no es jabón de una lavandería china, es mantequilla, dorada mantequilla. ¡Dame el té! ¡Maldita sea! ¿Dónde está el café? Eres un maldito mentiroso, hijo de perra. ¡Dame el té! Cómete de una vez toda la lata de leche, Pippip. Si no lo haces, te la robarán. Son salteadores. Otro trago, puro, ¿me oyes? ¡Quítate la falda, muchachita linda! Toma el café, el café.

Yo, sin tener la seguridad de encontrarme en mi juicio, observaba a Stanislav. Y me di cuenta del poder que tenía, de la forma en que luchaba por no sucumbir. Golpeaba la tarima con los puños. Agitaba todo el cuerpo, aún atado con los cables. Tendía los brazos y el pecho en todas direcciones apuntando aquí y allá, gritándome y preguntándome si no veía al Yorikke, unas

veces navegando a todo vapor, otras veces virando, luego volviéndose, más tarde deteniéndose y echando el ancla.

Para mí todo era indiferente. Empezó a dolerme el cuello de tanto volverlo para observar las maniobras del Yorikke, que se apresuraba a salvarnos. Stanislav, mirando sin cesar algo que ocurría en el mar de acuerdo con su imaginación, comenzó a gritar nuevamente.

— ¡Deténganlo, deténganlo! Pippip, estarnos siendo arrastrados y el barco no podrá salvarnos. Yo tenía que hacer algo, tratar de retener las barras, porque todas habían caído. ¿Ves al fogonero? Mi fogonero está en la caldera. ¿En dónde está el agua? Pero ahora tengo que correr para subir a bordo antes de que el barco zarpe. Luchaba con la cuerda, con la que se había sujetado a la tarima. Había perdido la habilidad de deshacer nudos. Trabajaba en forma absurda sin hallar la manera de aflojarlos; los apretaba, por el contrario.

— ¿En dónde está la pala? ¡Diablo, cortémosle la pierna de una vez, o nos iremos al fondo! El agua empieza ya a subir.

Manejó la cuerda con mayor prisa y menor habilidad aún. La cuerda, no muy resistente, rozada constantemente contra los anillos y las agarraderas de bronce y manejada por las duras manos de Stanislav, no aguantaría mucho. Finalmente empezó a reventarse y a aflojarse. Con un último y rudo esfuerzo Stanislav se libertó.

— El Yorikke ha salido, está navegando. ¡Date prisa Pippip! El Norske tiene agua helada. ¿Ves a los muchachos apoyados en la regala, agitando la cafetera? No quiero permanecer en un barco de la muerte, no quiero, no quiero. Stanislav temblaba agitadísimo. A cada instante se agitaba más. Todavía sus pies se hallaban entre algunas lazadas de la cuerda, y él se percató de ello con el último reflejo de su mente moribunda. Sacó las piernas de las lazadas y se sentó a la orilla de la tarima con ellas dentro del agua.

Yo miraba todo aquello como si ocurriera a cientos de millas de distancia y como si lo viera a través de un telescopio. Personalmente nada tenía que ver con aquello. Así pensaba, aun cuando pueda parecer extraño.

— Allí está el Yorikke. El capitán nos está saludando. ¿Lo ves, Pippip? Se toca la cachucha. Trozo de carbón en mi pierna. ¿Por qué no vienes? Lo miré. No comprendía lo que quería decir. No podía formarme idea alguna con sus palabras. Porque eran palabras, solo palabras.

— ¡Apresúrate, Pippip! Pastel de pasas, té, cacao, también «de después del huracán». Ahora me percataba de que él tenía razón. Sí, sin duda alguna allí estaba el Yorikke. Flotando sobre las aguas majestuosamente. Lo veía con

toda claridad. Lo reconocía por la curiosa apariencia de su puente, tendido siempre alto en el espacio.

Seguramente allí estaba el Yorikke. En aquel momento la tripulación desayunaba. Veía las ciruelas nadando en engrudo azul. El té no era tan malo. Era bueno aun sin leche y sin azúcar. El agua fresca no apestaba y los tanques estaban como nuevos. Me ocupaba en aflojar los nudos de la cuerda con que estaba atado a la tarima. Mis dedos, sin embargo, no me obedecían. Hacían lo que querían.

Llamé a Stanislav para que me ayudara a desatar la cuerda. Pero él no tenía tiempo. Ni siquiera puso atención a mi llamada. No supe cómo, pero vi sus pies otra vez enlazados con la cuerda. Y él trabajaba de prisa por libertarse nuevamente.

Sus gritos y su trabajo incesante con la cuerda le hicieron reventar antiguas heridas, las heridas que había recibido cuando luchara con la pandilla del secuestro. De las cicatrices manaba sangre espesa que escurría por su cara. Eso no le importaba y él parecía no darse cuenta.

Yo pellizcaba y tiraba de la cuerda. Era muy gruesa, y había sido bien atada por Stanislav. No podía romperla, ni frotarla, ni me era posible salir de ella escurriéndome como una culebra. Cuando creí haber ganado unos cuantos centímetros, me percataba de que estaba mejor atado que nunca. El agua había apretado los nudos en tal forma que parecían soldados. Miré en rededor en busca de un hacha, un cuchillo o una pala. Ello me recordó que algunos años atrás, en cierta ocasión, había sostenido una pala para ayudar a cortar la pierna de un negro que se lamentaba. La brújula volvió a caer en el agua nuevamente, y tuve que sacarla con la ayuda de una barra ardiente, aún al rojo. Seguía luchando con la cuerda, que se negaba a dejarme libre. Me pareció estar luchando con un policía que registraba mis bolsillos ante el cónsul norteamericano, quien me preguntaba si deseaba un boleto para una comida. Los nudos cada vez se apretaban más. Aquello me enfurecía, y yo blasfemaba acerca de todo lo que se me ocurría, y de todos los que me acordaba.

Stanislav había puesto nuevamente sus piernas en el agua; pero permanecía quietamente sentado sobre la tarima.

Se volvió hacia donde yo estaba sin mirarme y movió la cabeza. Después, gritó:

– ¡Ven, Piplav Pap Pip! Solo tenemos que hacer veinte metros. Es arena, ¡corre! Todas las barras están fuera de su lugar. Siete minutos tiempo

agua a un maquinista. Levántate, abajo está lleno de cenizas. ¡Levántate! El corredor -chilló con gritos agudos, horribles-: Ningún Yorikke, allí no había Yorikke alguno. Todo es niebla flotante. Allí no... no... El ruido me hería y grité tanto como pude: -¡No hay Yorikke! Es una endiablada mentira. ¡No hay Yorikke! Tiré de la cuerda con todas mis fuerzas, porque mirando en rededor, descubrí que el Yorikke se había alejado. Solo veía el mar. Solo veía las olas correr de horizonte en horizonte como una eternidad en movimiento.

- ¡Stanskinslovski, no saltes! ¡Por Dios, estás quieto!-grité. Estaba asustadísimo. Sentía como si hubiera sufrido una pérdida irreparable-. ¡Stanislav, no saltes! ¡Espera! ¡Espera! Por Dios, resiste, Stanislav, resiste. No te des por vencido. ¡Nunca! -Él se aproxima, está levando anclas a toda prisa y yo corro hacia el barco. Tengo que correr hacia el Yorikke. Correr. Correr. Cien metros. Fünen, ¡ea! Voy, voy, ya voy...

Él saltó. Sí. Saltó. No había riberas en el río. No había puerto. No había barco ni playa. Solamente el mar. Solo las olas rodando de horizonte en horizonte, besando los cielos, brillando como los espejos de un sol poniente.

Dio algunas manotadas sin tratar de tomar una dirección precisa. Después elevó los brazos. Se hundió. En silencio profundo.

Miré al agujero por donde había desaparecido y pude verlo durante un largo tiempo. Me parecía que se hallaba a una gran distancia. Grité hacia él: -¡Stanislav, Lavski, hermano, camarada, marinero, querido, querido camarada! ¡Ven! ¡Ea! ¡Ea! ¡Ea, marinero! ¡Ven! ¡Aquí estoy! ¡Ven!

Él no me escuchó. Habría podido venir. Sin duda que habría podido. Pero no volvió jamás. No había allí barco.

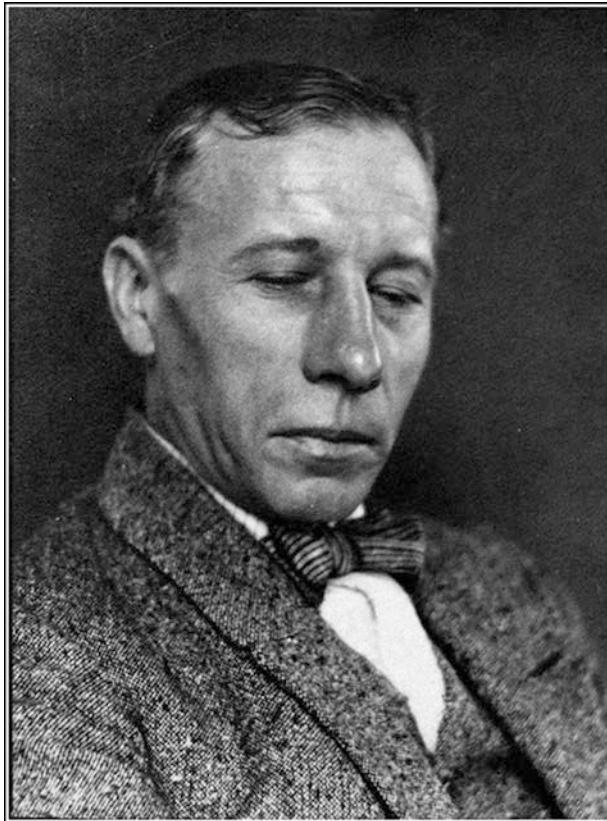
No había puerto, ni Yorikke. No volvió. No, sir. Algo muy notable hubo en ello. No se elevó. Podía haber salido a la superficie. Es algo que no entiendo. Se había enrolado para un largo viaje. Para un viaje muy largo.

No puedo comprender. ¿Cómo pudo enrolarse? No tenía tarjeta de marino. Carecía en absoluto de documentos. Se exponía a que lo echaran.

Sin embargo, no volvió. El Gran Capitán lo había enrolado. Lo había tomado sin documentos. Y el Gran Capitán le dijo: -Ven, Stanislav Koslovski, dame la mano. Estrecha la mía. ¡Ven, marinero! Te enrolaré en la tripulación de un buen barco. De un barco bueno y decente. En el mejor barco que tenemos. No te preocupes más por documentos. Aquí no necesitas de ellos. Estás en un barco honorable. Ven a tu camarote, Stanislav. ¿Puedes leer lo que dice en la puerta, Stanislav?

Y Stanislav contestó:

– Sí, sí señor, «¡El que aquí entra se libra de penas para siempre!»



Acerca del autor:

Bruno Traven

(Alemania, 1882 - Ciudad de México, 1969) Escritor estadounidense. Es uno de los casos más singulares de la literatura contemporánea: su biografía está llena de contradicciones, y a pesar de los años transcurridos desde que murió, aún no ha sido posible esclarecer de modo incontrovertible su identidad.

Nacido probablemente en 1882 en la Alemania Oriental (hoy Polonia), durante su infancia no se llevó bien con sus padres, quizás adoptivos; su verdadero apellido podría ser Feige. También podría haber nacido en 1890 en Chicago, de padres escandinavos (Torsvan) que regresaron a Alemania al cabo de pocos años. Hasta 1924 usó los pseudónimos de Maurhut, primero, y de Marut, después, con los cuales publicó sus primeros cuentos en Alemania, donde llevaba a cabo diversas actividades apoyándose en grupos anarcosocialistas.

En 1925 se encontraba ya en México, país en el que adoptó el nombre de Traven y desde donde mandó una carta a su editor alemán en la que afirmaba: "Escribo en inglés y lo hago traducir al alemán porque la Alemania

de 1925 es un país donde la actividad literaria goza de una gran libertad, mientras que en América sería censurado". Si la carta es auténtica (hay problemas de atribución), se entiende por qué se puede considerar a Bruno Traven como un escritor estadounidense. Las historias de sus libros, a excepción de *El barco de la muerte* (1926), se sitúan además en el mundo latinoamericano, y no puede olvidarse el gran éxito que tuvieron en el mundo anglosajón.

Por otra parte, aun suponiendo que hubiera escrito en alemán, en la lengua enjuta y sin adornos que aún se hablaba en Pomerania después de la Primera Guerra Mundial, los temas de las obras de Bruno Traven están tomados siempre del mundo mexicano, de los indígenas, de los blancos explotados, de las estructuras de poder mesoamericanas. Es inolvidable, por ejemplo, el llanto de la madre por la muerte de su hijo en *Puente en la selva* (1927). Otras dos novelas de innegable importancia, *Die Baumwollpflücker* (1925) y *Die Carreta* (1931), tienen por protagonistas a los indígenas. *El barco de la muerte*, en cambio, está ambientada en Europa, y narra las vicisitudes de un marinero forzado a padecer la suerte alucinante de los rechazados del mundo debido a la falta de documentación y, por tanto, de identidad burocrática.

El tesoro de Sierra Madre (1946) lo hizo famoso por la película del mismo nombre; dirigida en 1948 por John Huston e interpretada por Humphrey Bogart, la versión cinematográfica alcanzó un éxito considerable. Otras novelas de Bruno Traven, como *Die weisse Rose* (1929), *Government* (1931), *Die Ribellion der Gehenkten* (1936) o *Aslan Norval* (1960), tuvieron un éxito menor, pero todas son testimonio de sus aspiraciones libertarias y antiimperialistas, y de un nivel literario notable.